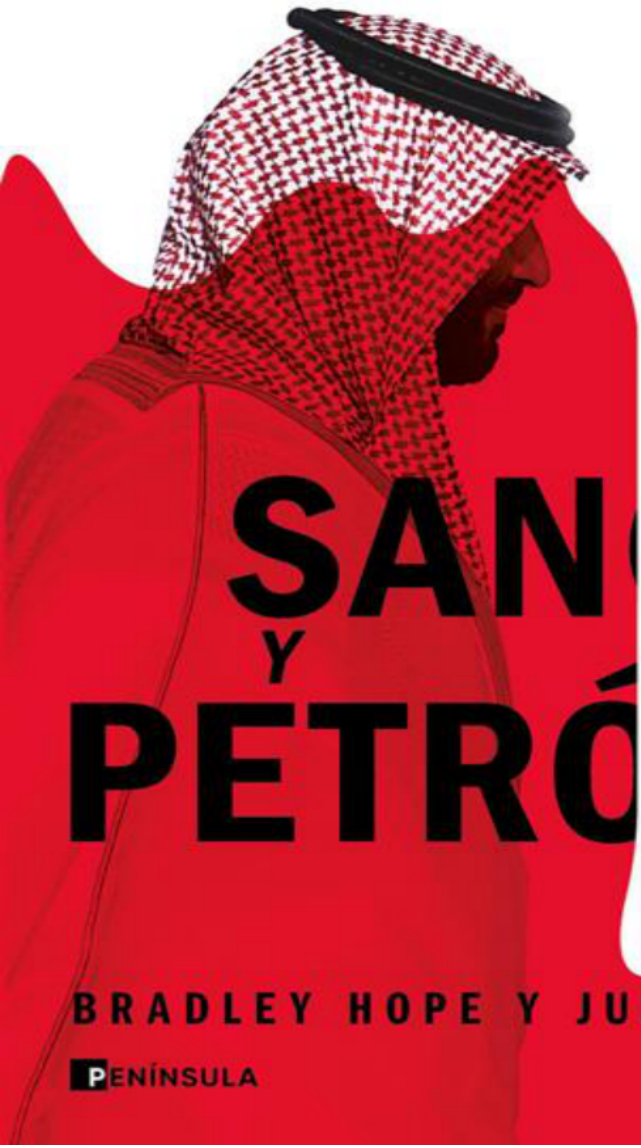
LA IMPLACABLE LUCHA DE MOHAMED BIN SALMÁN POR EL PODER MUNDIAL



«Explosivo»
THE TIMES

«Excelente»
FORBES

«Espectacular»
THE FINANCIAL TIMES

SANGRE Y PETRÓLEO

BRADLEY HOPE Y JUSTIN SCHECK

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota de los autores
Elenco de personajes
La dinastía de los Saúd
Lema
Prólogo
1. El rey ha muerto
2. Mohamed
3. Fiestón en las Maldivas
4. Yo soy el cerebro
5. Traedme a McKinsey
6. El capitán Saúd
7. Miles de millones
8. La pequeña Esparta
9. Una jugada maestra
10. Bloqueo
11. Sellado con un beso
12. Malas artes
13. Davos del desierto
14. La purga
15. El secuestro del primer ministro
16. Da Vinci
17. El hombre del año
18. A sangre fría
19. El señor de los huesos
20. Imparable
EPÍLOGO. Tormenta decisiva
Agradecimientos

Láminas
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

El súbito ascenso al poder del príncipe Mohamed bin Salmán sorprendió al mundo entero. A pesar de sus aparentes esfuerzos por vender una imagen de modernidad y reforma, la suya es una historia plagada de excesos, represión y brutales asesinatos. Hope y Scheck, dos de los periodistas que mejor conocen la península arábica, nos ofrecen el mejor retrato hecho hasta la fecha de una de las familias más ricas del mundo, al tiempo que nos permiten ahondar en la mente de un líder que aboga por cambiar los equilibrios de poder en el mundo.

Sangre y petróleo

La implacable lucha de Mohamed bin Salmán por el poder mundial

Bradley Hope y Justin Scheck

Traducción de Àlex Guàrdia Berdiell

ediciones península

A Wayne Hope y William LaRue —B. H.
A Chelsea, Owen y Henry —J. S.

Nota de los autores

Empezamos esta andadura porque la flamante figura política y empresarial de Mohamed bin Salmán es una de las más importantes del mundo, aunque su persona sigue siendo una incógnita para todos los que se ven afectados por las cruciales decisiones que decide tomar cada pocos meses. Ni los países de Oriente Medio que se están acomodando a su violento uso del poder, ni las tecnológicas que están creciendo gracias a los miles de millones de dólares que ha invertido en ellas, ni las familias de disidentes y críticos con el régimen cuyas vidas se han visto totalmente transformadas, ni la gente afectada por su decisión de empezar a usar el petróleo como arma económica a principios de 2020... Nadie tiene ni la más remota idea de cuáles son sus criterios ni de cómo se las apañó para hacerse un nombre tan deprisa.

Nosotros somos periodistas de investigación especializados en temas de dinero: cómo se gasta, cómo fluye y para qué se usa. Por lo tanto, entramos en este proyecto pensando que teníamos que desaprender todo cuanto sabíamos sobre Arabia Saudí y Mohamed, empezar desde cero y seguir la pista del dinero. Cuanto más ahondábamos, más nos congratulábamos por haber tomado ese enfoque desde el principio. Muchas de las cosas que creíamos saber sobre él eran una perversión de la realidad, hechos tergiversados para exagerar rasgos de su personalidad y hacerle parecer desequilibrado, heroico o desatado.

Obviamente, es inevitable prejuzgar a un nuevo mandatario que está aplicando reformas a un ritmo vertiginoso en un país que lleva décadas sin cambiar mucho, pero hacerlo nos impide conocer más a fondo a la persona que hay en el ojo del huracán. Si no entendemos mejor su forma de ser, su familia, sus motivaciones y estratagemas y los detalles de las batallas que ha librado para llegar al lugar que ocupa, los analistas de hoy no poseeremos la información necesaria para llegar a una conclusión.

Con esto no pretendemos justificar, disculpar ni elogiar las decisiones y acciones que ha tomado Mohamed durante los últimos cinco años. Este es el mejor relato que hemos podido construir sobre su ascenso al poder basándonos en nuestra investigación, iniciada con nuestra labor en *The Wall Street Journal* en 2017. Entonces nos dedicábamos a analizar sus planes de reforma económica desde Londres y visitábamos periódicamente el país arábigo como periodistas.

Investigar a Mohamed bin Salmán es peliagudo. Parece contradictorio, pero trabajar desde Londres y Nueva York ha sido una de las mayores ventajas para descubrir las claves que buscábamos. Casi ningún líder del golfo Pérsico con poder se sentiría cómodo hablando sin tapujos sobre el príncipe heredero en su propio país, por miedo a que se le grabara por medios electrónicos (una posibilidad muy real) o, simple y llanamente, a que se le viera reuniéndose con individuos sospechosos como nosotros. Cuando viajan a Londres, París o Nueva York, esas personas se quitan un gran peso de encima y empiezan a hablar de los hechos con un poco más de naturalidad.

Otra cosa útil de haber residido en esas dos capitales del mundo es que, desde que llegó a la Corte Real, la historia de Mohamed bin Salmán ha ido ligada a los negocios y las finanzas. Pocos líderes mundiales han mostrado tanta pasión ni tanta relación con los negocios internacionales como Mohamed. La familia Saúd gobierna Arabia Saudí con mano de hierro, por lo que hay un elemento del gobierno diario que se asemeja a dirigir una oficina de inversión familiar, pero desde una tierna edad Mohamed quedó maravillado por las leyendas de emprendedores y magnates, así como de los famosos políticos influyentes de la historia. Para entenderle, hay que saber que no es solo el líder *de facto* del país: también es el director general de la Corporación Saúd.

Este libro es fruto de años de investigación, pero mayormente de nuestros esfuerzos de 2019, cuando nos dedicamos a entrevistar a todas las personas que encontramos que habían interactuado con Mohamed a lo largo de los años. Viajamos de un país a otro destapando viejas declaraciones financieras y registros públicos confidenciales que documentaban el crecimiento de su imperio personal y político, y leyendo todo lo que podíamos rescatar de cuanto se había escrito sobre Mohamed y Arabia Saudí.

La mayoría de nuestras fuentes hablaron con nosotros a micrófono cerrado, es decir, nos daban permiso para tomarles declaración, pero no para citar quiénes eran, así que quedaban protegidas por el anonimato. Eso nos obligó a ser especialmente cuidadosos a la hora de encontrar varias fuentes que hubieran presenciado los mismos hechos, para estar seguros de su veracidad. Por lo tanto, cada anécdota narrada se basa en el recuerdo de más de un testigo y, en la medida de lo posible, se sustancia con correos electrónicos, documentos jurídicos, fotografías, vídeos y otras grabaciones. Las citas y conversaciones que reproducimos aquí se reconstruyeron a partir de anotaciones y recuerdos de nuestros colaboradores, así como de grabaciones y otros materiales. También extrajimos información de bases de datos públicas, muchas de las cuales ocultaban a plena luz del día las pistas de las tramas empresariales de Mohamed.

Esperamos que este libro arroje nueva luz sobre uno de los líderes jóvenes más ambiciosos del mundo, uno que podría ostentar el poder durante décadas.

Elenco de personajes

La casa de los Saúd

Rey Salmán bin Abdulaziz al Saúd: hijo del fundador del reino y padre de Mohamed bin Salmán.

Príncipe heredero Mohamed bin Salmán al Saúd.

Príncipe Jalid bin Salmán al Saúd: hermano menor de Mohamed y exembajador en Estados Unidos.

Sultana bint Turki al Sudairi: primera esposa del rey Salmán.

Fahdah bint Falah al Hizlain: tercera esposa del rey Salmán y madre de Mohamed bin Salmán.

Príncipe heredero Muqrin bin Abdulaziz al Saúd: hermanastro del rey Salmán y, brevemente, heredero natural del trono.

Príncipe heredero Mohamed bin Naif al Saúd: sobrino del rey Salmán y responsable durante muchos años de la lucha antiterrorista, próximo al Gobierno de los Estados Unidos.

Rey Abdulah bin Abdulaziz al Saúd: hermanastro y predecesor del rey Salmán.

Príncipe Miteb bin Abdulah al Saúd: hijo del rey Abdulah y exjefe de la Guardia Nacional de Arabia Saudí.

Príncipe Turki bin Abdulah al Saúd: séptimo hijo del rey Abdulah.

Príncipe Badr bin Farhán al Saúd: príncipe de una rama lejana de la familia, ministro de Cultura e íntimo amigo de Mohamed desde hace años.

Príncipe Abdulah bin Bandar al Saúd: otro príncipe, jefe de la Guardia Nacional y amigo de toda la vida de Mohamed.

Príncipe Sultán bin Turki al Saúd: hijo de un hermano del rey Salmán, un príncipe descarado cuyas críticas le han enemistado con los miembros más poderosos de la familia.

Palacio

Jalid al Tuwaijri: jefe de la Corte Real del rey Abdulah.
Mohamed al Tobaishi: responsable de Protocolo del rey Abdulah.
Rakán bin Mohamed al Tobaishi: responsable de Protocolo de Mohamed e hijo de Mohamed al Tobaishi.

El séquito de Mohamed

Bader al Asaker: fiel socio de Mohamed y director de su fundación privada.
Saúd al Qahtani: asesor de Mohamed especializado en aplastar la disidencia.
Turki al Sheij: amigo de Mohamed desde hace muchos años, ha llevado acontecimientos deportivos y espectáculos extranjeros a Arabia Saudí.

La región

Mohamed bin Zayed al Nahyán: príncipe heredero de Abu Dabi.
Tahnún bin Zayed: consejero de Seguridad Nacional de Abu Dabi.
Tamim bin Hamad al Zani: emir de Catar.
Hamad bin Jalifa al Zani: exemir de Catar.
Abdulfatah al Sisi: presidente de Egipto.
Saad Hariri: primer ministro del Líbano.
Recep Tayyip Erdoğan: presidente de Turquía.

El Ritz

Príncipe Al Walid bin Talal al Saúd: primo de Mohamed y el hombre de negocios saudí de mayor fama internacional.
Adel Fakeih: empresario saudí y posterior ministro de Economía y Planificación.
Hani Joya: consultor empresarial saudí.
Mohamed Huseín al Amoudi: empresario saudí con inversiones en Etiopía.
Alí al Qahtani: general.

Bakr bin Laden: vástago de la familia Bin Laden, dedicada a la construcción.

La disidencia

Jamal Khashoggi: columnista de opinión conocido por su larga trayectoria apoyando y en ocasiones criticando al Gobierno saudí.
Omar Abdulaziz: disidente instalado en Canadá que critica a los mandatarios saudíes colgando vídeos en internet.
Loujain al Hazloul: activista por los derechos de las mujeres que infringió la ley saudí intentando entrar en el reino desde los Emiratos Árabes Unidos conduciendo ella misma.

El gobierno de los EUA

Presidente Donald Trump.
Jared Kushner: marido de Ivanka Trump y asesor del presidente.
Steve Bannon: exasesor de Trump.
Rex Tillerson: ex director general de ExxonMobil y posterior secretario de Estado.

El mundo de los negocios

Jeff Bezos: fundador y director general de Amazon.com.
David Pecker: director general de American Media, que publica *The National Enquirer*.
Ari Emanuel: agente de Hollywood y cofundador de la agencia de representación Endeavor.
Masayoshi Son: director general de la inversora y tecnológica japonesa SoftBank.
Rajeev Misra: jefe del Vision Fund de SoftBank.
Nizar al Basam: intermediario saudí y exbanquero internacional.
Kacy Grine: banquero independiente y confidente de Al Walid bin Talal.

Una nota sobre los nombres: siguiendo la norma saudí, los hombres se identifican por un sistema patrilineal. El nombre de Mohamed bin Salmán significa «Mohamed, hijo de Salmán». Su padre es Salmán bin Abdulaziz y el padre de este último, Abdulaziz bin Saúd (conocido como Ibn Saúd), el fundador de la actual dinastía. El nombre «Saúd» hace referencia a la casa, al apellido de la familia.

La dinastía de los Saúd

Miniárbol genealógico[1]

La familia real de los Saúd es una de las más grandes del mundo. Sus miles de miembros descienden del fundador de la actual dinastía, Abdulaziz, que tuvo docenas de hijos e hijas. Desde que murió en 1953, todos los reyes de Arabia Saudí han provenido de ese linaje, y muchos de esos hijos han tenido a su vez docenas de vástagos. El príncipe heredero Mohamed bin Salmán está llamado a ser el primer rey del país de la tercera generación.

REY ABDULAZIZ

Nacido hacia 1876; muerto en 1953.
Reinó de 1932 a 1953.
Fundó la tercera dinastía Saúd.
Conocido en Occidente como Ibn Saúd.

PRÍNCIPE NAIF BIN ABDULAZIZ

Nacido en 1934; muerto en 2012.
Príncipe heredero entre 2011 y 2012.

REY ABDULAH BIN ABDULAZIZ

Nacido en 1923; muerto en 2015.
Reinó entre 2005 y 2015.
Tuvo al menos catorce hijos y veinte hijas.

MOHAMED BIN NAIF

Nacido en 1959.
Durante muchos años, ministro del Interior.
Responsable de Seguridad Nacional y estrechamente ligado a la CIA.
Príncipe herededro entre 2015 y 2017.

TURKI BIN ABDULAH

Nacido en 1971.
Licenciado en la Universidad de Georgetown, expiloto de combate y gobernador de Riad.

MITEB BIN ABDULAH

Nacido en 1953.
Amante de los caballos y excomandante de la Guardia Nacional.

PRÍNCIPE TALAL BIN ABDULAZIZ

Nacido en 1931; muerto en 2018.
Líder del movimiento reformista
Príncipes Libres en los años sesenta.

AL WALID BIN TALAL

Nacido en 1955.
Empresario e inversor
de talla mundial.
Ha colaborado en multinacionales
con gente del nivel de Bill Gates.
Su madre era hija del primer
ministro libanés Riad al Solh.

REY SALMÁN

Durante muchos años,
gobernador de Riad.
Déspota con el resto de la familia.
Ha reinado desde 2015.
Ha tenido trece hijos con dos esposas.

PRIMERA ESPOSA,
SULTANA BINT TURKI AL SUDAIRI

Muerta en 2011.

Fahd bin Salmán
Sultán bin Salmán
Ahmed bin Salmán
Abdulaziz bin Salmán
Faisal bin Salmán
Hasa bint Salmán

TERCERA ESPOSA,
FAHDAH BINT FALAH AL HIZLAIN

Mohamed bin Salmán (Mohamed)
Nacido en 1985.
Príncipe heredero desde 2017.

Saúd bin Salmán
Turki bin Salmán

Jalid bin Salmán
Nacido en 1988.
Exembajador saudí en los EUA.
Viceministro de Defensa.

Naif bin Salmán
Bandar bin Salmán
Rakán bin Salmán

Ninguna dinastía supera las tres generaciones.

IBN JALDÚN, *Muqaddimah* (1377)

Aprovecha las oportunidades; se desvanecen como las nubes.

ALÍ IBN ABI TÁLIB

Prólogo

La llamada urgente que recibió justo antes de las cuatro de la madrugada le puso los pelos de punta. El rey necesitaba verle lo antes posible. «Venga de inmediato», le dijeron de la Corte Real.

Durante décadas, el príncipe Al Walid bin Talal había sido el empresario saudí más renombrado del mundo. Era el tipo de persona con quien uno querría codearse, aunque fuera solo para atisbar cómo debía de ser vivir con una riqueza aparentemente inacabable. Con una fortuna estimada de 18.000 millones de dólares, para muchos norteamericanos y europeos era el saudí por antonomasia: escandalosamente rico, elegante, excéntrico y manirroto. Tenía una flota de aviones, incluido un *jet* 747 con una especie de trono en el medio, y un yate de noventa millones de dólares que podía alojar tranquilamente a veintidós pasajeros con treinta tripulantes dedicados a satisfacer todas sus necesidades. Cuando algo le llamaba la atención, compraba diez o veinte ejemplares, aunque fuera un caro armatoste de gimnasio. Uno para cada casa, pisito, complejo desértico y yate.

Al Walid gozaba de lo lindo con esa fama y con las representaciones de su persona y, si alguien le visitaba a su oficina en Riad, París o Nueva York, le mostraba montones de revistas con su rostro en la portada o las largas entrevistas que le hacían sobre su trayectoria empresarial. En algunas habitaciones tenía más de doce fotos o cuadros de sí mismo en diferentes etapas de su vida. Le gustaba beber té en una taza con su cara.

El príncipe era una pieza formidable de la economía estadounidense. Tenía acciones de Citibank, Apple y Twitter. De la mano de Bill Gates, la Kingdom Holding Company de Al Walid adquirió una fracción de la cadena hotelera Four Seasons, famosa por sus lujosos establecimientos. Cuando viajaba, llevaba una comitiva de más de veinte personas: cocineros, personal de limpieza, mayordomos y asesores financieros.

Y, de repente, ¡pum! Una fría noche de noviembre de 2017, en su

oasis del desierto, sintió como un escalofrío le recorría la espalda mientras se vestía para verse con el rey. Arabia Saudí estaba viviendo cambios colosales. Algunos eran obvios, como la desaparición de la policía religiosa de las calles o la vuelta de la música a las cafeterías, tras décadas en las que había estado prohibido todo lo que pudiera remover los sentidos. El país llevaba tanto tiempo siendo rehén del wahabismo —como conocen los disidentes al movimiento ultraconservador musulmán— que el pueblo saudí estaba realmente aturdido con el ritmo de las reformas: se abrían cines, las mujeres podían pasear con más libertad que nunca y se hablaba de alejarse de la economía del petróleo para siempre.

Pero los más ricos y poderosos de la nación también percibían otra cosa: un crujido. Los cimientos de sus adornados palacios parecían resquebrajarse. ¿Qué más daba que Al Walid llamara «amigos» a jefes de Estado y a algunas de las personas más pudientes del mundo? Su inviolabilidad como príncipe multimillonario se estaba desmenuzando.

Su tío Salmán bin Abdulaziz al Saúd llevaba más de dos años reinando. Durante ese tiempo, Al Walid había oído rumores de aristócratas a quienes se convocaba de noche o a quienes se engatusaba para que se subieran a un avión, todo a fin de llevarlos a la fuerza a Arabia Saudí y encerrarlos. Quien estaba detrás de todo era el hijo del monarca y joven primo de Al Walid, Mohamed bin Salmán. Mohamed solo tenía treinta y dos años, pero ya se había ganado una reputación por su forma de ser y por su arrojo con los cambios agresivos.

Mohamed era diametralmente opuesto a los tíos que lo habían precedido, a esos exmonarcas que extraían el poder del consenso real y que se inclinaban por un conservadurismo extremo por miedo a poner en riesgo a la dinastía. Habían llegado al poder siendo pobres viejecitos, sin el coraje ni la energía para emprender grandes cambios. Pero Mohamed era joven y estaba lleno de vitalidad. Medía más de 1,85, tenía una nariz grande y sonreía con tanta pasión que se le entrecerraban los ojos. Cuando hablaba, parecía llenar la conversación de caricias que estaban a medio camino entre el afecto y la amenaza. Tenía mucha energía y podía enviar preguntas e instrucciones a sus subordinados a cualquier hora del día o de la noche. En poco tiempo, Mohamed le había declarado la guerra al Yemen, había abanderado

un boicot contra un país vecino y había consolidado más poder que ningún otro miembro de la familia Saúd desde la fundación del reino.

Al Walid ahuyentó los fantasmas. Los príncipes detenidos eran familiares de segunda y, en muchos casos, disidentes políticos que causaban problemas desde su residencia de Francia o el Reino Unido. Unos meses antes había hablado con un extranjero y le había expresado su admiración por los planes de Mohamed, su entusiasmo por ver cómo finalmente Arabia Saudí dejaba de ser un bastión intolerante de la corriente más conservadora del islam y se convertía en una potencia árabe moderna, con una economía diversificada y con más igualdad entre hombres y mujeres. Mohamed había incluso adoptado algunas ideas superagresivas de Al Walid para reformar la economía.

En abril de 2017, Al Walid le dijo a Robert Jordan, exembajador de los EUA en Arabia Saudí: «Es el cambio que llevo esperando toda mi vida». Directores generales, banqueros y líderes políticos de todo el mundo lo habían ido a ver a su santuario, un campamento en las afueras de Riad lleno de enormes tiendas, donde los huéspedes recreaban una versión falsa e idílica del estilo de vida beduino que sus antepasados habían practicado hasta mediados del siglo XX.

Al Walid era muy espléndido. Su corte solía darse festines propios de una pequeña aldea, con cordero asado, montones de arroz y surtidos de zumos. Al Walid era un maniático de la salud que procuraba tener un médico a mano las veinticuatro horas del día, y comía delicias veganas preparadas especialmente para él. En cuanto sus invitados habían catado la comida, el príncipe invitaba a los pobres de la zona para que pudieran acabarse las bandejas.

Luego se llevaba a sus invitados a pasear por las dunas y a observar las estrellas mientras se sentaban alrededor de una vigorosa hoguera. Pero no todo era tan bucólico. Cuando su séquito se retiraba a las tiendas, tenían televisión de pantalla plana, remolques con baños relucientes y agua caliente para ducharse.

Poco después de colgar el teléfono, Al Walid salió del campamento en su propio coche. Llegó a la Corte de Riad más de una hora después y un súbdito real salió para explicarle que la reunión tendría lugar en el hotel Ritz-Carlton. Lo condujeron a un nuevo coche, que formaba parte de un gran convoy. «Ay, el móvil y la cartera..., los tengo en el otro coche», dijo Al Walid, cada vez más

inquieto.

Le contestaron que ya se los traerían. Desconectado del mundo, Al Walid empezó a temblar. Sus guardias, su secretario y su chófer tuvieron que subirse a coches distintos. El trayecto duró solo unos minutos, culminando en el caminito que conducía desde la puerta exterior hasta el hotel, unos cuatrocientos metros que el vehículo recorrió con total parsimonia.

Según confesó luego a sus amigos, al entrar al vestíbulo y verse rodeado de personal de seguridad de la Corte Real, tuvo la espeluznante sensación de que el hotel estaba vacío. Lo acompañaron a un ascensor y luego a una *suite*, donde se quedó esperando. Agitado y un tanto aburrido, encendió la televisión. Las noticias anunciaban con excitación que docenas de empresarios, miembros de la familia real y políticos estaban siendo arrestados bajo sospecha de corrupción. Él era el primero en llegar. El Ritz ya no era un hotel, sino una cárcel improvisada.

Las renovaciones del edificio se habían ordenado tan solo unas horas antes. El viernes 3 de noviembre de 2017, por la noche, un equipo de operarios se desplegó por las nueve plantas del Ritz-Carlton y empezó a sacar con un taladro el bombín de las doscientas puertas de las habitaciones. Se quitaron las cortinas y se desmontaron las mamparas de las duchas. Las *suites* grandes, normalmente reservadas para directores generales extranjeros o príncipes de la *jet set*, se transformaron en salas de interrogatorio.

El Ritz-Carlton se pensó originariamente como palacio de congresos para recibir a los dignatarios extranjeros. La vía que conduce hasta él está franqueada por palmeras y ofrece una vista privilegiada de la fachada palaciega; así, los primeros ministros y presidentes que visitan el país pueden admirarla mientras el convoy se acerca a la entrada. Veintiuna hectáreas de bella exuberancia integran los jardines, todos ellos propiedad de la contigua Corte Real. El césped está perfectamente cortado y hay un patio sombreado con olivos de seiscientos años de antigüedad importados del Líbano. Cuando los huéspedes entran al ornamentado vestíbulo, bañado en puro mármol, descubren un magnífico arreglo floral, imponentes esculturas de

caballos y un leve olor a madera de agar, que humea en las mesas donde los hombres saudíes perfuman su tocado, el *shemagh*. El presidente Obama se hospedó allí en 2014 y Donald Trump se alojó en las proximidades durante dos noches, en una visita de altos vuelos que hizo poco después de asumir la presidencia.

El viernes en cuestión, agentes de la Inteligencia y miembros de la Corte Real entraron enérgicamente en el hotel para apoderarse del espacio. Los guardias se repartieron por todas las plantas y vigilaron las salidas. El personal del hotel recibió órdenes de expulsar a cualquier persona que siguiera dentro del edificio y de cancelar las reservas para los días siguientes.

Un hombre de negocios que había reservado para al cabo de unos días llamó y un recepcionista le dijo, leyendo un guion: «Debido a una reserva imprevista de las autoridades locales que obliga a aumentar el nivel de seguridad, no nos encontramos en disposición de alojar huéspedes hasta que se restablezca el funcionamiento normal».

Justo antes del amanecer, empezaron a llegar los invitados especiales.

Durante las primeras noches, muchos de los detenidos tuvieron que dormir en una de las salas de eventos del hotel. De vez en cuando los dejaban ir al baño, pero siempre acompañados por una escolta armada. Algunos llevaban un segundo móvil escondido en los pliegues del *thaub*, ya que los guardas dejaban de buscar cuando confiscaban el primer teléfono. Las fotos que sacaron a escondidas esa noche muestran a hombres resignados sobre colchones finos, tapados con sábanas baratas y coloridas. Sin embargo, las imágenes no reflejan que se trataba de algunos de los hombres más poderosos del mundo árabe: potenciales herederos al trono, magnates multimillonarios, ministros y una docena de príncipes. Algunos guardaban secretos que había que desentrañar. Casi todos tenían riquezas inimaginables que, según el flamante capo del reino, eran fruto de décadas de corrupción.

La lista era demencial. Entre ellos estaba Miteb bin Abdulah al Saúd, hijo del antiguo monarca y poderoso comandante de la Guardia Nacional, una rama especial de las Fuerzas Armadas creada para proteger a la familia real de cualquier amenaza, con 125.000 hombres estacionados por todo el país. Una de sus funciones era impedir golpes militares. Pero su jefe, que en su día había sido considerado posible heredero al trono, acabó recluido contra su voluntad.

En los primeros días fueron detenidas más de cincuenta personas. En las semanas siguientes, trescientos hombres fueron obligados a registrarse en el Ritz y otros lugares seguros de Riad.

Los arrestos fueron obra de un comité anticorrupción, hasta ese momento secreto, creado por orden del rey. El fiscal general anunció que se querían recuperar 100.000 millones de dólares malversados durante décadas a través de la corrupción y el expolio.

Aunque se practicaron en nombre de Salmán, los arrestos de los hombres más ricos y poderosos de Arabia Saudí fueron orquestados por el sexto hijo del monarca, Mohamed. Tres años antes, ni los analistas más expertos habían oído hablar de él. Pero hete aquí que el príncipe heredero estaba haciéndose con Arabia Saudí y con el mundo por la fuerza.

Un grupo de sastres penitenciarios confeccionaron prendas blancas idénticas para todos los presos. Los reclusos podían ver la televisión y hacer llamadas una vez por semana, con supervisión. Se les permitía darse un chapuzón en la gran piscina de azulejos, presidida por una bóveda ornamentada pintada de azul cielo y nubes. Pero solo podían bañarse dos detenidos a la vez, y sin hablar.

Los interrogatorios podían empezar a cualquier hora. Se despertaba sin contemplaciones a las dos de la madrugada a los prisioneros y se les hacían preguntas. Para muchos, lo trágico era el aislamiento y la humillación de ser interrogados durante horas por agentes de la Corte Real.

Algunos alardeaban de haber ayudado a construir el reino. Además de magnates de la construcción, estaba el propietario de una agencia de viajes que había ayudado a miles de alumnos a estudiar en Estados Unidos y Europa y un ministro que había contribuido a modernizar el sistema sanitario y financiero del país. Evidentemente, podían haber aprovechado para hacerse ricos, algunos incluso infringiendo la ley escrita. Pero nadie había sido tachado de delincuente hasta entonces. Lo cierto era que muchos de los negocios que Mohamed ahora desechaba como reprensibles habían sido aprobados por los súbditos más fieles del último rey, cuando no por el propio monarca. Entonces se habían aceptado sus actos, pero ahora habían cambiado las reglas.

Hubo denuncias de abusos y torturas. El mayor general Alí al Qahtani, jefe de seguridad de Turki bin Abdulah al Saúd (también

preso en el Ritz), escupió a sus interrogadores y cuestionó su autoridad. Solo unos pocos saben lo que pasó a continuación, pero terminó falleciendo en estado de reclusión. Arabia Saudí siempre ha sostenido que las denuncias de abusos y torturas de los investigados eran totalmente falsas.

No obstante, la mayoría de los prisioneros agacharon la cabeza. Desprovistos de dinero y de poder, eran meros mortales enfrentados a una amenaza física jamás concebida. Para elevar la presión sobre Al Walid, Mohamed también encerró a su hermano pequeño, Jaled bin Talal. Ni los detenidos admitieron las acusaciones de corrupción en público ni se habló de ellas en las noticias, y todos los acuerdos fueron confidenciales.

Los arrestos del Ritz fueron más surrealistas aún si tenemos en cuenta que, unos días antes, en ese hotel y en el palacio de conferencias aledaño se habían reunido los peces gordos de la economía y la política mundial para celebrar un acto de tres días, bautizado por los organizadores como Davos del desierto. Se había presentado como la puesta de largo de la nueva Arabia, la apertura de un país previamente incomunicado, la constatación de su entrada en el mundo de los negocios de altos vuelos.

El 30 de octubre, el magnífico vestíbulo de mármol fue testigo de cómo el mayor gestor de fondos del planeta, el fundador de Blackstone Steve Schwarzman, recibía prolíficas atenciones en una esquina mientras, en la otra, Tony Blair les exponía los planes de Mohamed a un grupo de banqueros. El inversor Tom Barrack, asesor clave de Trump en cuestiones de Oriente Medio y fundador de Colony Capital, estaba sentado con su séquito e intercambiando tarjetas con un reguero de visitantes. El secretario del Tesoro de Trump Steven Mnuchin cenaba con su esposa en el Hong, el lujoso restaurante chino del Ritz-Carlton. Masayoshi Son, fundador del japonés SoftBank, ocupaba una de las *suites* que días más tarde serviría como celda principesca.

La extraordinaria yuxtaposición entre la cumbre Davos del desierto y la transformación del hotel en una prisión, así como el cambio en la ventura de tantos hombres escandalosamente ricos,

hacen de esa purga un hecho singular en la historia política y económica reciente. Nunca se había privado tan repentinamente de libertad y patrimonio a tantos multimillonarios, todopoderosos de las finanzas que podían mover cielo y tierra con su inmensa fortuna.

Ahora que estamos en 2020, que ya han sido liberados casi todos los detenidos y que se han recabado decenas de miles de millones de dólares en efectivo y bienes, salta a la vista que lo sucedido fue una ceremonia de presentación de Mohamed bin Salmán.

Los arrestos del Ritz no guardaban relación con los planes para reformar el país o transformar la economía. Más bien sirvieron para poner de manifiesto algo que hasta entonces habían ignorado analistas, diplomáticos y buena parte de la familia. El astuto Mohamed adoraba los grandes gestos, amaba el riesgo y tenía un carácter implacable. Hasta ese momento, podía pensarse que era un reformista moderado, como los cinco reyes anteriores a su padre. Cada uno había tenido su estilo, pero ninguno habría sopesado cargarse a los poderes fácticos para alterar el futuro del Estado. Con la violenta purga del Ritz, Mohamed colocó un fardo de dinamita en las bases del *statu quo* y lo hizo añicos.

Cuando se acabaron de recoger los pedazos, controlaba ya el Ejército, la Policía, las agencias de inteligencia y todos los ministerios, además de poseer acciones en muchas de las grandes empresas del país a través de sociedades estatales. No era rey, pero era uno de los hombres más poderosos de la Tierra.

1

El rey ha muerto

Diciembre de 2014-enero de 2015

Todo el mundo esperaba que el rey muriese. Era diciembre de 2014 y Abdulah bin Abdulaziz, el sexto miembro de la tercera dinastía de los Saúd en gobernar Arabia, se estaba apagando poco a poco en una cama de hospital en medio del desierto, en las afueras de Riad.

Abdulah siempre había sentido devoción por el desierto. Iba allí a pensar y, cuando se hizo mayor, a escapar del tráfico de la capital, de las procesiones de hombres que aguardaban para pedirle favores y de las interminables decepciones de un Gobierno partido que se resistía tenazmente a abrazar la modernidad. En las dunas, las noches invernales sin luna le traían al recuerdo las epopeyas de su padre y fundador del reino, Abdulaziz, que luchó a lomos de un camello para conquistar Arabia. Qué tiempos tan sencillos...

La nación sumaba apenas ochenta y tres años; menos que el propio Abdulah, que tenía noventa. Durante gran parte de su infancia había sido un reino poco habitado y con escasos vínculos con el mundo exterior, salvo por los peregrinos que llegaban para visitar las ciudades santas del islam de La Meca y Medina. Una de cada cuatro personas del mundo reza mirando a la Kaaba, en el corazón de La Meca, y aspira a peregrinar allí al menos una vez en la vida.

Cuando Abdulah cumplió los cuarenta, Arabia Saudí estaba cambiando a un ritmo vertiginoso. El descubrimiento de un océano de petróleo bajo el desierto se tradujo en un flujo de dinero que permitió convertir las ciudades de adobe en metrópolis modernas con rascacielos y centros comerciales. Pero la severa interpretación del islam nacida en el país —conocida como «wahabismo» en honor a su fundador del siglo XVIII, el predicador Mohamed ibn Abdul-Wahhab— seguía siendo una piedra angular de la vida saudí. Los delincuentes

eran decapitados en las plazas y los taciturnos agentes del Comité para la Promoción de la Virtud y la Prevención del Vicio, o *haia*, patrullaban las calles en busca de infractores, como, por ejemplo, mujeres que no se cubrieran todo el pelo y el cuerpo. En las décadas siguientes se modernizó la infraestructura, pero social y políticamente siguió siendo un país tan implacablemente conservador que muchos extranjeros tenían la sensación de que estaban viajando atrás en el tiempo.

Paradójicamente, en los dos mil el pueblo saudí ya era uno de los más conectados a internet. La flamante y creciente juventud tenía dinero suficiente para comprar móviles y pocas ocasiones de satisfacer sus necesidades sociales, así que pasaba horas y horas en Twitter, Facebook y YouTube. Conocían al dedillo la cultura pop occidental, aunque no podían participar en ella. Arabia Saudí había prohibido hacía mucho tiempo los conciertos y los cines, así como los encuentros en público de hombres y mujeres no casados.

Abdulah llegó al trono en 2005. Para él, reinar fue una auténtica losa que lo ató a obligaciones diarias más propias del medievo. Los reyes saudíes reciben en audiencia a una ristra de plebeyos, ministros y asesores, y compaginan ese deber con la recepción de presidentes y primeros ministros extranjeros, con quienes posan repantigados en sofás de colosales palacios dorados. Cada año, los súbditos, parientes y ministros del rey reciben a decenas de miles de solicitantes con problemas de salud o que tienen alguna disputa o piden una condonación de deuda.

Tras una vida entera fumando y dándose festines, con problemas de espalda, diabetes y una enfermedad coronaria, Abdulah ya no podía ni pasar la noche reclinado sobre cojines, descansando en las tiendas con electricidad y televisiones gigantes que sus súbditos montaban en el desierto. Su salud llevaba de capa caída desde 2010, cuando tuvieron que operarlo varias veces. En noviembre de 2014, uno de los primeros espadas del rey, su sobrino Mohamed bin Naif al Saúd, le pidió opinión a un médico estadounidense amigo suyo: «¿Cuál es el pronóstico para el cáncer de pulmón?». El médico le preguntó cómo estaba de avanzado. Según el príncipe, nadie se lo había contado a Abdulah, pero el cáncer estaba en estadio IV. «Tres meses como máximo», contestó el doctor.

Al cabo de menos de ocho semanas, ingresaron a Abdulah en un hospital improvisado en medio del desierto, conectado a monitores y sueros. Entretanto, los miembros de la corte y más de una docena de hijos —muchos de ellos hombres de mediana edad con diferentes grados de venalidad— trataban de determinar qué hacer a continuación.

Sabían que la muerte de un rey suponía una gran transición de riqueza y de poder. Todas las transferencias en la historia del país habían provocado un pulso entre las diferentes ramas familiares dimanantes de Abdulaziz al Saúd (conocido en Occidente como Ibn Saúd). Él fue el primer rey de la actual Arabia y todos los que ha habido desde entonces eran hijos suyos.

A lo largo de los reinados, cada soberano se las había ingeniado para hacer casi intocables a sus propios hijos. Les concedían cuantiosas pensiones y otras prebendas que sumaban miles de millones de dólares. A menudo les adjudicaban cargos importantes en ramas administrativas o militares.

Pero Abdulah había cortado el grifo a sus hijos y durante buena parte de sus vidas les había vetado el poder político. El rey dispuso para sus descendientes asignaciones mensuales que sumaban millones de dólares al año, además de *jets* privados, pero les impidió acceder a los miles de millones de dólares con los que contaban algunos de sus primos. Abdulah creía que la familia extensa empezaba a salirse de madre, así que había puesto fin a la etapa de exceso y desenfreno de los Saúd. Y los primeros en notarlo fueron sus propios hijos.

Estos tenían la sensación de ser una decepción para su padre. En los años previos a su muerte, Abdulah valoró la posibilidad de meter a uno de ellos en la línea de sucesión al trono, pero llegó al lecho de muerte sin tener claro que ninguno tuviera madera de gobernante. A Miteb lo había nombrado jefe de la Guardia Nacional, pero parecía más interesado en las carreras de caballos que en su trabajo y delegaba gran parte de las funciones en sus subordinados. Y cuando Turki bin Abdulah fue a ver a su padre al hospital en sus últimos días, el rey se dirigió de viva voz a los sanitarios que lo rodeaban. Refiriéndose al expiloto de la Fuerza Aérea y fugaz gobernador de Riad, le dijo al fantástico equipo de médicos y enfermeros norteamericanos y europeos: «Contemplad a mi hijo, el piloto de

F-15». Y, tras detenerse para tomar aliento, añadió: «Mirad lo gordo que está. ¿Creéis que cabría en un F-15?».

Los hijos temían que el trasvase de poder de Abdulah a un nuevo monarca hiciera peligrar sus ambiciones. No habían tenido todavía la oportunidad de amasar una buena fortuna y, si era coronado el pariente equivocado, nunca podrían enriquecerse.

Sabían que, tras una sucesión, las arcas pasaban a la familia del nuevo rey. Con el tiempo, los hijos del último monarca (igual que los hijos de los precedentes) veían menguar su poder y sufrían una pérdida de ingresos. Los hijos de Abdulah lo habían vivido en primera persona en repetidas ocasiones. ¿Qué fue de los Bin Jalid, los hijos del rey Jalid, que gobernó entre 1975 y 1982? Apenas se los mencionaba ya.

Los tira y afloja entre hermanos, sobrinos y primos por hacerse con el poder eran parte inherente del sistema de gobierno instaurado por el fundador del reino. Ibn Saúd tuvo unas tres docenas de hijos con un sinnúmero de esposas y concubinas. Estos fueron haciéndose mayores durante décadas y forjaron una línea de sucesión natural que funcionó porque abarcaba varias generaciones. El mayor de todos nació hacia 1900 y el más joven, allá por 1947.

Ibn Saúd murió de un ataque al corazón en 1953, mientras dormía, y cedió el trono a su primogénito Saúd. Once años después, los hermanos de Saúd obligaron al pródigo rey a abdicar en su hermano menor. Desde entonces, el poder ha ido pasando de un hermano a otro, siguiendo un método en el que los hijos de Ibn Saúd elegían conjuntamente a un heredero, seleccionando al hermano de mayor edad que consideraran apto para gobernar. Especialmente poderosos eran los hermanos conocidos como los Siete Sudairis, los hijos de Ibn Saúd con su esposa favorita, Husa al Sudairi. Cada vástago de Ibn Saúd albergaba la esperanza de reinar algún día. En palacios y yates, los príncipes alimentaban esas especulaciones mientras veían pasar las horas con su séquito.

En 2015, la mayoría de los hijos habían fallecido y, de los pocos que quedaban con vida, casi todos superaban la setentena. El trono estaba a punto de llegar a la tercera generación. El problema era que

no había ningún mecanismo para decidir cuál de los cientos de nietos debía reinar. La edad era la manera más fácil de clasificar a los hijos originales, pero era un sistema inviable para escoger entre los cientos de príncipes de la siguiente generación.

Abdulah intentó corregirlo. Al llegar al trono, creó un consejo con todos los hijos vivos de Ibn Saúd y los descendientes de los que habían fallecido. El llamado Consejo de la Lealtad tenía que elegir a un príncipe heredero para que asumiera el trono al morir el monarca y a un sustituto que fuera el segundo en la línea de sucesión. La intención era impedir los cambios bruscos de poder. Pero ante la cercanía de la muerte, Abdulah y sus hijos empezaron a tener otro propósito: limitar el poder del sucesor de Abdulah, el príncipe heredero Salmán.

Salmán era el más poderoso de los Siete Sudairis que quedaban y un avispado y taimado cortesano. Abdulah y sus hijos sabían que querría meter a su ambicioso hijo *millennial*, Mohamed, en la línea de sucesión. De suceder, sería una calamidad para el clan Abdulah. Mohamed llevaba años acumulando riñas con los hermanos y sus principales vasallos; en una ocasión le escupió en la cara a un poderoso director de inteligencia. En el mejor de los casos, si Mohamed amasaba poder, cortaría el acceso del clan al poder y al dinero. En el peor de los casos, les arrebataría los bienes y la libertad.

Para apartar a Mohamed, los hijos de Abdulah recurrieron a Jalid al Tuwaijri, jefe de la Corte Real de Abdulah.

Tuwaijri lucía un bigote lacio. Solía llevar un anillo de diamante y gafas sin montura. Era el saudí más poderoso fuera de la familia real y había nacido prácticamente para el trabajo. Su padre luchó con Ibn Saúd para conquistar regiones de Arabia y más tarde ayudó a Abdulah a transformar la Guardia Nacional en una fuerza formidable.

A medida que Abdulah envejecía, Tuwaijri iba acumulando poder. Ratificaba nuevas leyes en nombre del monarca y se presentaba prácticamente como secretario general del Consejo de la Lealtad. Era el único que podía participar en las reuniones secretas sin ser príncipe, y era custodio exclusivo de las actas de lo que se debatía en el consejo.

La función más importante de Tuwaijri era gestionar las

audiencias con Abdulah, para lo cual le venía de perlas que al rey no le gustara hablar por teléfono. Solo se sentía cómodo charlando en persona. Hasta el embajador en Estados Unidos volaba desde Washington a Riad para hablar un par de horas. Fueras un hombre de negocios, un ministro o incluso el hermano del rey, si querías ver a Abdulah tenías que pasar por Tuwaijri. Los chupópteros y observadores de Palacio le llamaban «rey Jalid».

Su poder era inusitado para alguien de fuera de la familia. Al príncipe heredero Salmán y a su hijo Mohamed no les hacía ni pizca de gracia. Tuwaijri sabía que tenía que poner coto al poder de Salmán si no quería correr el mismo destino que los hijos de Abdulah, si no peor. Para Salmán y Mohamed, Tuwaijri personificaba todos los problemas de Arabia Saudí. El funcionario poseía mansiones, barcos y unos doscientos coches de lujo. Se pegaba viajes de semanas enteras con séquitos de veinticinco personas y aprovechaba para irse al Ritz-Carlton de Manhattan, al lado de Central Park, donde dilapidaba millones de dólares y se sacaba fotos con los neoyorquinos como si fuera miembro de la realeza. Rahul Bhasin aún guarda una foto de Tuwaijri detrás del mostrador de Parkview Electronics, la tiendecita de cámaras y móviles que tiene al lado del Ritz, donde Tuwaijri solía comprar iPhones a montones. «Pensaba que era un príncipe o algo», dice Bhasin. Pocas cosas sacan más de quicio a Salmán que ver a un plebeyo actuar como si tuviera sangre azul.

Uno de los grandes aliados de Tuwaijri era Mohamed al Tobaishi, responsable de Protocolo de Abdulah. Tobaishi era básicamente un secretario personal víctima de la vanidad. Cuando no estaba en alguna de las lujosas residencias que tenía repartidas por el mundo, vivía en una quinta de Riad de noventa habitaciones llamada Samarra. Ambos eran intermediarios multimillonarios que se escondían tras un título servil, hombres que aceptaban dinero a cambio de concertar encuentros con altos dignatarios; nunca admitieron haber hecho nada malo ni se los condenó por nada, pero el Estado acabó confiscándoles bienes. A ojos de Salmán y de su hijo, eran un peligro para la dinastía y un ejemplo del desfalco desbocado.

Mohamed bin Salmán tuvo sus propios lances con Tuwaijri, quien había intentado adoptar un papel paternal con él cuando se había empezado a ocupar de tareas gubernamentales a los veintitantos. Pero Mohamed descubrió que Tuwaijri tenía dos caras. En tanto que fingía

apoyarle, urdía formas de impedirle progresar en la jerarquía familiar. Mohamed les confesó a sus amigos que le «tendía trampas». Tuwaijri intentaba expulsarlo del Gobierno a cada ocasión que se le presentaba o, en su defecto, trataba de sobornarlo para que claudicara. Mohamed también estaba resentido: hacía unos años, Tuwaijri lo había disciplinado por orden de Abdulah por menospreciar a altos cargos del Ejército.

Cuando la vida de Abdulah tocaba a su fin, el segundo en la línea de sucesión al trono era Muqrin bin Abdulaziz al Saúd, el más joven de los hijos de Ibn Saúd. Para Tuwaijri y sus aliados del clan Abdulah, Muqrin era como un resguardo contra todos los intentos por catapultar al joven Mohamed. Si no lograban apartar a Salmán de la línea de sucesión, al menos tenían que defender a Muqrin.

Salmán era un hombre alto con una perilla teñida de negro. Con setenta y nueve años, llevaba medio siglo siendo el matón de la familia y el guardián de los secretos de los Saúd. Entre susurros, los miembros más jóvenes barajaban la posibilidad de que Salmán hubiera colocado cámaras en el dormitorio de más de un poderoso Saúd.

Tres generaciones de príncipes y adláteres guardaban anécdotas de cómo Salmán les había abofeteado, de cómo habían recibido la brutal caricia de su anillo de oro y esmeralda (el que Salmán llevaba en el dedo meñique) como castigo por beber alcohol, por conducir demasiado rápido por las afueras de la capital o por haber sido pillados *in fraganti* mientras intentaban llevar a cabo algún descarado chanchullo.

En la Corte Real, su temperamento era de sobra conocido. Salmán era más bien callado y calculador y le gustaba citar poemas islámicos mientras jugaba a las cartas cada noche. Pero si detectaba una falta de respeto, se ponía hecho un basilisco. A principios de los noventa, Salmán caminaba con paso ligero por el palacio de Yeda de su hermano, el entonces rey Fahd, cuando un guardia real le cortó el paso. Salmán se quedó estupefacto cuando el guardia le dijo que el rey estaba ocupado.

Le dio una bofetada tan fuerte que el anillo salió volando. «¡Yo

soy el príncipe! ¿Tú quién eres?», le gritó Salmán mientras jóvenes cortesanos y sirvientes se arrastraban por el suelo, buscando el anillo. Cuando Fahd reprendió a su hermano, Salmán dejó un sobre para el guardia con 100.000 riales, más de 20.000 dólares. «Que se lo den al idiota ese», musitó al salir. (Según un miembro de la familia real, esto no ocurrió.)

Varios hijos de Ibn Saúd hicieron fortuna usando su posición para obtener pagos de empresas que operaban en el país, pero Salmán no tenía tanto afán por hacerse rico. Prefería invertir la asignación real en los palacios, sus esposas e hijos y dedicar su energía a dirigir Riad, el núcleo de poder histórico de los Saúd.

Tras gobernar la provincia durante cuarenta y ocho años, Salmán controlaba millones de hectáreas de terreno que habían ido aumentando de valor a medida que la ciudad se iba transformando. Al principio de su mandato, Riad era una aldea, pero ahora se había convertido en una urbe moderna de más de cinco millones de personas. Salmán también supervisaba la relación con los predicadores wahabitas, cuya alianza con los Saúd se remontaba al propio Wahhab, y cuyo apoyo había ayudado a la familia a obtener y mantener el poder desde la fundación del país.

Salmán toleraba distintos puntos de vista en su palacio y fomentaba debates como ningún otro príncipe. Su Saudi Research and Marketing Group poseía dos de los periódicos árabes más grandes de Oriente Medio. Y no eran meros altavoces del Gobierno, sino que difundían opiniones de toda la región sobre las cuestiones más importantes del momento —especialmente sobre la causa palestina—, aunque hay que decir que nunca osaban cuestionar la monarquía ni criticar la política exterior. Salmán invitaba a escritores, expertos y diplomáticos extranjeros a cenar cada semana. A un contacto norteamericano le dijo que había leído todas las novelas publicadas por un determinado escritor saudí.

La relación de Salmán con sus hijos mayores era fría. Salmán había sido padre joven: tenía solo diecinueve años cuando nació su primer hijo. Era distante y autoritario, férreo y decidido a educar a los pequeños. Quería que sus hijos aprendieran que había mucho más en

el mundo que los dos pilares saudíes, el oro negro y el wahabismo. La vida estaba llena de poesía, literatura e ideas, y Salmán, hijo del hombre que conquistó Arabia a lomos de un camello, quería que sus descendientes aprendieran cosas que les fueran a ayudar como estadistas.

Salmán veraneaba a menudo en España y Francia y eran muchos los intelectuales y hombres de negocios que le visitaban para tomar el té. Los miembros de la familia mercante sirioespañola Kayali frecuentaban sus palacios, igual que los miembros de la familia Asad, que sigue gobernando Siria. En París, Salmán invitaba a abogados y políticos a charlar y debatir, muchas veces acerca de la turbulenta situación de Oriente Medio.

Parece que esas ideas marcaron a fuego a los hijos que Salmán tuvo con su primera esposa, Sultana bint Turki al Sudairi, a comienzos de los cincuenta. Estudiaron en el extranjero y aprendieron idiomas. Fahd y Ahmed hicieron fortuna dirigiendo el Saudi Research and Marketing Group, criando caballos de carreras de primer nivel y entablando una fructífera asociación con UPS. Sultán fue el primer saudí en viajar al espacio en la aeronave norteamericana Discovery; Abdulaziz era un experto en petróleo que llevaba las espinosas negociaciones del Gobierno con otros países productores; y Faisal, el académico, se doctoró en Ciencias Políticas en la Universidad de Oxford con una tesis sobre las relaciones entre los Estados del golfo e Irán entre 1968 y 1971. Todos tenían amistades en Estados Unidos y en Londres y a menudo se reunían con políticos extranjeros. Eran imponentes, cosmopolitas y de sensibilidad occidental. Para algunos, no parecían muy saudíes. Incluso se opusieron cuando Salmán decidió contraer segundas nupcias mientras seguía casado con su madre, una costumbre de la cultura saudí.

Era 1983 cuando la madre de los príncipes, Sultana al Sudairi, ingresó en un hospital de Pittsburgh para un trasplante de hígado. Sultana era una figura respetada dentro de la familia y prácticamente venerada por sus cinco hijos y su hija. La familia llegó a Pittsburgh con una comitiva de docenas de familiares y súbditos; cada mañana corrían al vestíbulo del Hospital Universitario Presbiteriano para asegurarse de llegar antes que Salmán. Flanqueado por dos guardias de seguridad, Salmán se dedicaba a recorrer el hospital de punta a punta mientras esperaba noticias de los médicos.

Antes del viaje, los tres hijos mayores de Salmán (Fahd, Sultán y Ahmed) se enteraron de que su padre estaba tramando casarse con una mujer mucho más joven. No era nada raro; una vez consumado el matrimonio, Salmán tendría dos esposas en un país donde un hombre podía estar casado hasta con cuatro mujeres a la vez. Pero sus occidentalizados hijos veían la poligamia como algo retrógrado, ofensivo para su madre y especialmente cruel cuando se estaba enfrentando a una enfermedad que podía costarle la vida.

Salmán hizo oídos sordos a las objeciones de sus hijos, pero, en Pittsburgh, Fahd insistió. Al final se fue del hospital en un arrebato y se subió a un avión privado, desde donde le escribió una carta a su padre; se la entregó a un mensajero para que la llevara de vuelta a Pittsburgh: «No te cases con esa mujer —le escribió Fahd—. Es un insulto para tu esposa».

Salmán no se paró en barras. La joven, Fahdah bint Falah al Hizlain, era la hija de un líder ajmanita, una tribu descendiente de una larga estirpe de guerreros que habían luchado tanto con los Saúd como, a veces, en contra de ellos. Dos años más tarde, Fahdah dio a luz a su primer hijo, Mohamed bin Salmán. Luego llegaron cinco más.

Esos seis niños tuvieron una educación muy diferente a la de sus hermanos, mucho mayores que ellos. Al llegar a la mediana edad, Salmán perdió esa severidad con la que había criado a su primera prole. Según recuerda un miembro de Palacio, una noche que estaba jugando a las cartas en casa del hijo del rey Fahd, un Mohamed de cinco años entró y empezó a tirar de los tocados a los hombres. El muchacho vertió una taza de té y arrojó al suelo algunas cartas hasta que Salmán lo llamó. Entre risas, abrazó a su rollizo hijito. «Llévate a Mohamed», le ordenó a uno de los cuidadores, que no se libró de una patada en la entrepierna por parte del pequeño.

Mohamed y sus demás hermanos carnales no absorbieron la pasión por el estudio y la vida en el extranjero que se les había inculcado a los primeros hijos de Salmán. Mientras los hermanos mayores buscaban su camino, el adolescente Mohamed iba dando tumbos. Tenía el hábito de soñar despierto durante los actos en familia, una tendencia que algunos confundían con ensimismamiento. Cuando estaba de vacaciones en Marbella o donde fuera, él y su hermano menor Jalid solían irse a explorar o a hacer submarinismo. Se pasaba horas jugando a videojuegos, sobre todo a la saga *Age of*

Empires, donde armaba ejércitos y conquistaba enemigos. También cogió un gusto especial por la comida rápida. Salmán seguía trayendo a catedráticos y escritores y celebraba seminarios semanales, pero cuando exhortaba a Mohamed a estudiar o leer libros en vez de jugar a la consola, sus palabras eran más una tierna regañina que una orden estricta, como las que les había dado a sus hijos mayores.

Una tarde, Salmán recibió la llamada inquieta de un súbdito. Parecía ser que Mohamed, que aún no era adolescente, estaba en un supermercado vestido con uniforme militar y montando una escena. La policía quería detenerle, pero el joven príncipe recalcaba que no podían. Era sobrino del rey e hijo del gobernador de Riad. Salmán manejó el asunto con discreción, pero quedó claro que el viejo tirano sentía especial debilidad por Mohamed, a quien sacaba casi cincuenta años, por lo que parecía ser, más bien, su abuelo.

Durante un viaje familiar a Cannes en el 2000, Salmán invitó a un abogado con bufete en París llamado Elie Hatem. Hatem había conocido a miembros de la familia real trabajando en grupos políticos promonárquicos y se había codeado bastante con ellos durante sus expediciones a Francia. Un día que Hatem fue a comer con ellos, Salmán le dijo a Mohamed, que entonces tenía quince años, que no jugara tanto a los videojuegos y leyera un poco. Los hombres se estaban dando un suntuoso banquete de comida mediorientalmientras Mohamed estaba comiéndose un menú del McDonald's. El joven respondió con desgana: «Sí, papá».

Una tarde, Salmán le pidió a Hatem que le echara un ojo a Mohamed y que se asegurara de que hacía algo de provecho. «A ver si consigues que lea cualquier cosa, aunque sea una revista o un periódico, y que deje los juegos», le dijo al abogado. El muchacho se dedicó a ver la televisión.

Poco después de esa visita a Francia, la vida del joven príncipe cambió. Tuvo una epifanía que alteró su forma de ver el dinero y el poder. Los testigos como Hatem veían a un joven sin oficio ni beneficio eclipsado por los éxitos de sus hermanos, pero ignoraban lo que el príncipe iba asimilando durante sus años en la sombra. Mientras los hermanos aprendían modales de los maestros que su padre traía a casa, Mohamed observaba a Salmán con atención y aprendía sobre el poder.

Cuando Abdulah estaba en su lecho de muerte, Mohamed tenía casi treinta años y era un adversario dignísimo de los hijos y cortesanos del rey. Era más enérgico, original e inclemente de lo que nadie imaginaba. Era decidido y estaba absolutamente convencido de saber lo que el país necesitaba no solo para sobrevivir, sino para prosperar. Y como no se apartó de su padre durante la veintena y no se fue a estudiar fuera, Mohamed descubrió todas las debilidades de sus parientes rivales.

A medida que la familia crecía, el papel de Salmán como guardián de la moral empezaba a ser más exigente y espinoso. Cada príncipe podía tener hasta cuatro esposas, y con cada una de ellas haber tenido cuatro hijos y un número similar de hijas. Durante los cuarenta y ocho años de Salmán como gobernador de Riad, la familia extensa se fue ensanchando hasta llegar a unos siete mil príncipes y al menos la misma cantidad de princesas. Todos crecían convencidos de que tenían derecho a un pedazo de los beneficios del petróleo. Muchos llevaban una vida acomodada pero relativamente normal y algunos se hacían filántropos o inversores; otros eran vagos, ludópatas o alcohólicos. Bastantes eran codiciosos a más no poder y gastaban sumas exorbitadas en colecciones de Bugattis y relojes Patek Philippe, hasta el punto de que «saudí» se convirtió en sinónimo del despilfarro en las ciudades occidentales.

Estas vidas lujosas suponían un problema a la hora de dirigir el país. Ibn Saúd y sus hijos habían pasado al menos una parte de su infancia en el desierto, cerca de los combatientes beduinos y de los predicadores conservadores que los apoyaban. Para ellos, un nuevo Cadillac, la caza con halcón y los festines ya constituían una vida de lujo. Las nuevas generaciones estudiaban en el extranjero, viviendo durante largos periodos de tiempo en las burbujas privilegiadas del Mayfair londinense o del Decimosexto Distrito parisino. Muchos habían perdido parte de su cultura saudí y de su conexión con esos intereses islámicos tan ligados a la Casa de los Saúd.

En los dos mil, gran parte de la flor y nata de los Saúd no era lo bastante saudí para sintonizar con la explosión juvenil del país. La población estaba aumentando y, gracias a los teléfonos móviles y a las redes sociales, estaba conectando más y más con el resto del mundo. Su carencia de libertades empezaba a encorsetarlos. Pero los jóvenes

príncipes vivían ajenos a buena parte de las cosas que tenían lugar en su país. Se encontraban demasiado atareados veraneando y licenciándose.

Salmán intentó liderar la lucha contra esa pérdida de identidad, disciplinando a los príncipes que cometían actos occidentales impropios de la conservadora Arabia. Muchos lo consideraban un excéntrico, un miembro que detentaba poder en la familia y en el reino, pero que nunca pasaría de ser gobernador de Riad. Para Salmán, los números no salían.

En 2010, cuando Abdulah llevaba un lustro reinando, Salmán tenía más de setenta años y dos hermanos mayores igual de consolidados entre él y el trono. Durante gran parte del reinado de Abdulah, Tuwaijri —el mandamás en la Corte Real— no consideró una amenaza ni a Salmán ni a sus hijos. Estaban muy lejos de la línea de sucesión.

Pero, entonces, uno de esos hermanos mayores murió en 2011 y el otro, en 2012. En cada caso, Abdulah nombró a un nuevo príncipe heredero él mismo, en lugar de permitir que fuera el Consejo de la Lealtad el que decidiera el sucesor, a pesar de que había sido creado con ese propósito. Cuando murió el segundo hermano, Abdulah nombró a Salmán príncipe heredero y a su hermano más joven, el exdirector de Inteligencia Muqrin, segundo príncipe heredero.

Ante la creciente fragilidad de Abdulah, Tuwaijri intentó distanciar al rey del príncipe heredero. Seguía esperando que Abdulah estuviera dispuesto a marginar a su hermano. A veces Tuwaijri denegaba a Salmán y a sus hijos el uso de los aviones reales. Cuando Salmán llamaba para pedir audiencia, le decía que el monarca estaba demasiado ocupado. Esa situación duró meses, hasta que Salmán se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo tras ver a Abdulah en un acto familiar. «¿Por qué ya nunca vienes a verme? —le preguntó el rey—. Eres uno de mis hermanos favoritos.» Salmán comprendió que Tuwaijri intentaba arrinconarlo.

Este echó mano de sus cómplices para difundir el rumor de que Salmán sufría demencia, en un intento por acelerar los planes de sucesión. Trató de persuadir a otros influyentes miembros de la familia para que hicieran realidad la última gran reforma progresista de Abdulah: traspasar la corona a la siguiente generación. Una opción era incluir a uno de los hijos de Abdulah, como Miteb o Turki, en la

línea de sucesión como segundo príncipe heredero para que algún día reinara. O tal vez podían meter en la línea de sucesión a Mohamed bin Naif, responsable de Seguridad Nacional y estrechamente ligado a la CIA y al Departamento de Estado de los EUA. Los norteamericanos lo verían con buenos ojos. Además, Bin Naif controlaba el poderoso Ministerio del Interior. Dado que los hijos de Abdulah controlaban la Guardia Nacional —la fuerza tradicionalmente beduina que protegía a la familia real—, la unión entre ambas ramas les otorgaría un mando completo sobre el Ejército.

Para que el plan llegara a buen puerto, Tuwaijri tenía que cerrar todos los flecos con la familia antes de que Salmán interviniera. La mejor solución era que Abdulah muriera en el desierto, sin que el resto de la familia pululara por allí. Así, Tuwaijri tendría algo de tiempo —unas horas, posiblemente hasta algunos días— para recabar apoyos y asegurarse de que Salmán no nombraba a uno de sus hijos para un cargo destacado. Mientras la respiración de Abdulah se iba apagando en su tienda del desierto, Tuwaijri dictó la orden de impedir que Salmán se enterara.

Los hijos de Abdulah estaban nerviosos, pero secundaron el plan. Se consideraban aptos para gobernar. Antes de la enfermedad terminal de Abdulah, su hijo Miteb le confesó al embajador de los EUA Joe Westphal que era un pretendiente a la corona.

El problema del complot, como pronto descubrió Tuwaijri, era que su equipo tenía una brecha. Mohamed bin Salmán había reunido a espaldas del clan Abdulah a un grupo de leales y competentes funcionarios, hombres que podían recabar información dentro y fuera de la familia. Ellos fueron quienes alertaron a Mohamed del estado en el que se encontraba el rey y el príncipe procuró que otros parientes importantes se enteraran.

El deterioro del monarca conmocionó a la familia extensa. Incluso los que sabían de su cáncer desconocían que se debatía entre la vida y la muerte. Presionaron a Tuwaijri para que trasladara a Abdulah de su oasis en el desierto a un hospital de Riad gestionado por la Guardia Nacional. El traslado se hizo al abrigo de la noche y el hospital echó a cualquier persona susceptible de filtrar la noticia de que el rey estaba a punto de fallecer. Alucinado, un médico contó a sus amigos cómo había escalado una valla y se había colado por la puerta trasera para poder visitar a sus pacientes. En una sucesión real,

el secretismo es importante, ya que transmite a la población la falsa impresión de que se está produciendo una transición tan fluida como inevitable.

Por entonces, el clan Abdulah y Tuwaijri ya habían renunciado a conservar la corona. Su máxima aspiración era que, si Salmán se hacía con el poder, el siguiente en la línea de sucesión fuera alguien sin animadversión hacia los hijos de Abdulah. Quizás lo más importante fuera procurar que no nombrara a su hijo Mohamed. Por eso propagaron rumores sobre la escasa experiencia del joven príncipe, sobre su estilo despiadado y sobre su codicia.

La situación siguió en el aire durante unos días. La Corte Real montó una tienda en el exterior del hospital para familiares y allegados que iban a ver al moribundo. Varios miles de ciudadanos, muchos de ellos pobres, se concentraron a las puertas del hospital y rezaron durante la noche entera. A la Embajada de los EUA en Riad no paraban de llegar noticias de que el consejo de príncipes iba a reunirse para decidir el sucesor de Abdulah, pero no conseguían determinar exactamente cuándo.

La mayoría de los visitantes se pasaban por la tienda y se sentaban con Miteb, Turki u otro de los hijos de Abdulah. Solo los más cercanos podían entrar en la habitación de la primera planta donde reposaba el monarca. Los visitantes recorrían un pasillo de noventa metros e iban dejando atrás las habitaciones de los demás pacientes hasta que llegaban a una ventana de dos metros. Detrás yacía el rey, muriendo.

Cuando Abdulah llevaba varios días ingresado, Mohamed llamó para saber cómo estaba su tío. Tuwaijri le contestó que no había nada que temer, que estaba estable. Resultó inverosímil. Dos días antes, una de las hijas mayores del rey había ido a ver a su padre. Desde el otro lado de la ventana vio a Abdulah con un paño en la frente y sin mostrar signos de respiración. Parecía diminuto; para la persona que la acompañaba, parecía muerto.

Poco después, Mohamed recibió una llamada en la que le dijeron que el rey había fallecido. Metió a su padre rápidamente en un convoy y fueron como una exhalación al hospital de la Guardia Nacional.

Tuwaijri los esperaba en el recibidor. Salmán estaba harto de él. La bofetada al jefe de la Corte Real fue tan fuerte que el golpe resonó por todo el pasillo del hospital y se oyó desde la sala de espera. Tuwaijri se percató de que había apostado el todo por el todo a apartar a Salmán y había perdido. Con esa bofetada, el próximo soberano y su joven hijo anunciaron el inicio de un nuevo reinado, una etapa como ninguna de las que había vivido el país desde que era un puñado de feudos en guerra por unos cuantos camellos, comida y oro.

La noticia de la muerte de Abdulah tardó unos días en propagarse, gracias en parte a la deferencia de los periodistas locales con la Corte Real. Entre bastidores, Salmán destituyó de inmediato a Tuwaijri de su cargo de secretario del Consejo de la Lealtad. Mientras muchos otros funcionarios conservaban su puesto, él fue defenestrado. Como recién nombrado jefe de la Corte, Mohamed se involucró en cuerpo y alma en las deliberaciones y los planes. Cuando su padre estaba cansado o necesitaba una pausa, Mohamed se quedaba toda la noche trabajando, celebrando reuniones y haciendo llamadas. No cabía duda de que era tanto su momento como el de su anciano padre.

Cuando se anunció la muerte, Salmán nombró a su hermanastro Muqrin príncipe heredero y a su sobrino Mohamed bin Naif, príncipe heredero segundo. Parecieron decisiones comedidas destinadas a apaciguar a la familia extensa y a los líderes tribales, que ostentaban poder sobre pequeños dominios esparcidos por el país: parecían decir «Tranquilos, que todo sigue igual». Mohamed fue nombrado ministro de Defensa, pero seguía sin estar en la línea directa de sucesión. Durante las ceremonias, se subordinó a sus familiares de mayor edad por respeto, pero ya estaba poniendo en marcha una serie de ambiciosos planes.

Los miembros más liberales de la familia atisbaron una nueva etapa de agitación. Para describir el ritmo al que había cambiado el país en el medio siglo precedente, los diplomáticos usaban la palabra *glacial*. Poco imaginaban que Arabia Saudí fuera a iniciar una revolución en breve.

2

Mohamed

23 de enero-1 de mayo de 2015

Los generales reunidos en la sala de crisis del Ministerio de Defensa saudí creían saber bien lo que estaba a punto de pasar. Llevaban décadas al mando de las Fuerzas Armadas y suponían que el nuevo ministro sería prácticamente igual que el último. Ante cualquier adversidad, Arabia Saudí seguía los dictados de Estados Unidos de América, su histórico protector. Tratarían el tema seriamente y acordarían seguir debatiendo igual de seriamente al día siguiente o a la semana siguiente, hasta que Washington decidiera al fin lo que había que hacer.

Mohamed bin Salmán tenía veintinueve años. Llevaba menos de ocho semanas de experiencia al timón de las Fuerzas Armadas saudíes cuando se sentó a presidir la mesa en forma de cuña y dio una orden sin precedentes: «Desplieguen los F-15». Los militares se quedaron con un palmo de narices. Arabia Saudí no solo iba a la guerra: abría el camino.

Los rebeldes hutíes habían tomado buena parte del Yemen, el país vecino de Arabia Saudí, capturando una ciudad tras otra. Su osadía, el apoyo de Irán y la cercanía con Riad convertían a la guerrilla en una peligrosa amenaza para la frontera sur.

Para Arabia Saudí no hay amenaza mayor que Irán, cuyos ayatolás consideran Oriente Medio su dominio estratégico. Con los poderosos misiles y el armamento militar de Irán, los rebeldes se sentían envalentonados y capaces de plantar cara a las fuerzas saudíes, más numerosas y mejor equipadas. El día antes, un comandante rebelde había declarado que, si Arabia Saudí intervenía, los hutíes no frenarían su expansión en La Meca, sino que llegarían hasta Riad.

Mohamed no estaba dispuesto a oír amenazas y en marzo de

2015 ordenó el inicio de la campaña militar más ambiciosa de la historia saudí. Igual que a sus propios generales, la decisión sorprendió a Estados Unidos. Un miembro del Consejo de Seguridad Nacional afirma que, cuando los saudíes contactaron con la Casa Blanca para preguntar si querían participar en la inminente campaña de bombardeos, se quedaron «de piedra».

En la semana previa a los ataques, Mohamed se reunió en privado con el rey y con asesores de la Corte Real y prometió que la intervención sería rápida y brutal: «En un par de meses habrá acabado», les dijo a representantes saudíes y a contactos del Departamento de Estado de los EUA.

Todos estaban inquietos. Aunque Estados Unidos llevaba años animando al país a tomar las riendas de su propia seguridad, el reino nunca había liderado un ataque desde el frente, ni había puesto a la ciudadanía en riesgo ni su valor a prueba. A diferencia del osado príncipe, que no poseía formación militar, muchos de sus generales habían estado en la Academia Militar estadounidense de West Point o en su equivalente británica, la Real Academia Militar de Sandhurst. Recelaban de las muestras de fuerza y sabían que el Yemen presentaba terreno montañoso, población díscola y aguerridos combatientes. El país llevaba un siglo resistiéndose a todas las potencias extranjeras.

La Seguridad estadounidense estaba acostumbrada a lidiar con una larga retahíla de príncipes cautelosos y serviciales. De repente tenían delante a un nuevo tipo de líder, alguien que no tenía reparo alguno en arrojar bombas con o sin el apoyo de los EUA. La Casa Blanca rechazó intervenir, pero ofreció inteligencia y señaló objetivos.

Las aeronaves saudíes cruzaron en masa la frontera, sumándose a combatientes de los Emiratos Árabes Unidos y otros aliados árabes para lanzar bombas guiadas por láser sobre reductos hutíes. Enseguida afloraron los problemas. Aunque Arabia Saudí poseía armamento de alta tecnología, no siempre contaban con el conocimiento necesario para usarlo.

El Ejército temía una guerra terrestre porque podía poner al pueblo en peligro, así que priorizó una estrategia de ataques aéreos. Los oficiales dibujaban una cuadrícula sobre un mapa de la región yemení que se iba a atacar, a la cual enviaban tropas extranjeras. Muchos de esos soldados eran adolescentes sudaneses que el dictador de su empobrecido país remitía a cambio de ayuda saudí. Su objetivo

era sacar a los civiles de las diferentes cuadrículas. Luego llegaban los bombarderos, que atacaban pensando que solo quedaban combatientes y que los modernos misiles y la inteligencia facilitada por Estados Unidos resultarían en ataques precisos.

La estrategia descarriló en un abrir y cerrar de ojos. Los soldados extranjeros eran descuidados en su desalojo de civiles y las coordenadas no siempre eran las correctas. A veces, en el mando de operaciones usaban mapas distintos a los de los pilotos. Incluso cuando las coordenadas eran las correctas, había ocasiones en que las radios terrestres de la Fuerza Aérea no conseguían comunicarse con los cazas. En esos casos, los pilotos tenían que volar a baja altitud para que el control de la misión pudiera transmitirles los objetivos por teléfono móvil. Muchas veces, los sistemas de guía láser no estaban bien calibrados, de modo que las bombas caían muy lejos del objetivo inicial.

La operación Tormenta Decisiva estremeció los cimientos de Oriente Medio, pero pocos analistas previeron el desastre en el que se acabaría convirtiendo, ni supieron que era un indicio del nuevo rumbo que estaba tomando Arabia Saudí.

Mohamed quiso enviar un mensaje de fuerza al país. Horas después de los primeros ataques, el Gobierno distribuyó imágenes de él con una expresión decidida, estudiando mapas y departiendo con líderes del Ejército. La guerra apuntaló la idea de que Mohamed era un nuevo tipo de líder. No iba a achantarse ante las provocaciones.

Al poco de empezar los bombardeos, Tony Blinken voló hacia Riad para ver cómo andaban las cosas. El asesor de seguridad del vicepresidente Biden se vio con el saudí en quien más confiaba Estados Unidos, Mohamed bin Naif, y lo encontró esquivo. No tenía muchas ganas de hablar sobre el Yemen y dejó entrever que era una causa perdida. Según le confesó a un agente de inteligencia estadounidense, Mohamed bin Salmán ni le había avisado con antelación del primer ataque. La guerra no era su lucha y parecía que no quería que lo fuera. Blinken regresó a Washington con más preguntas que respuestas.

Para la Casa Blanca, era obvio que Mohamed era un príncipe con poder para tomar decisiones importantes desde el punto de vista geopolítico. Y las estaba tomando con rapidez, quizás hasta sin pensar. En Washington andaban de cabeza intentando llenar los huecos de su

biografía; hasta su fecha de nacimiento parecía un misterio. ¿Cómo podía ser que, tras tantos años estudiando príncipes, apenas hubiera registros de un Saúd tan ambicioso?

Tras los bombardeos sobre el Yemen, empezó a hablarse tanto del príncipe que al final se tuvo que abreviar su nombre. Se lo llamaría Mohamed a secas.[1] A medida que indagaban en su historia, los militares y analistas de inteligencia estadounidenses descubrieron que su ascenso había sido más raro de lo que habían imaginado. Resultó que no solo había heredado esa osadía de famosos generales y soldados de la historia, sino leyendo sobre magnates e inversores norteamericanos.

Si Mohamed se sobrepuso a su estupor adolescente, a su gusto por los videojuegos y a la comida rápida, fue gracias al dinero. O, mejor dicho, al dinero que pensaba que no tenía. Un día, hablando con un primo, el quinceañero príncipe se enteró de que su padre no había amasado una gran fortuna en las décadas que llevaba de servicio, al menos para lo que era habitual en Arabia. Y eso que era uno de los miembros más poderosos de la Casa de los Saúd. Para más inri, tenía una peligrosa deuda con otros príncipes y hombres de negocios, lo que hacía muy vulnerable al clan Salmán.

Mohamed empezó a temer por el futuro de su rama familiar. Como confesó después: «Fue el primer baño de realidad y el primer desafío de mi vida». Al poco tiempo, Mohamed le hizo a su padre una extraña petición atendiendo a su condición de príncipe: quería abrir una tienda. Salmán se rio y le contestó que se dedicara a hacer los deberes del colegio, sin entender la ansiedad que escondía la propuesta.

En términos convencionales, Salmán y sus hijos nadaban en la abundancia. Tenían palacios en Arabia Saudí, una gran residencia de veraneo en Marbella donde los jardineros cortaban el césped para formar la palabra «SALMÁN» y otro complejo palaciego del tamaño de un campus universitario en la costa marroquí, cerca de Tánger. En cada uno había docenas de criados esperando para satisfacer cualquier capricho regio. El problema era que Salmán se había gastado gran parte de sus ganancias del petróleo. No las había ahorrado ni invertido

y no había fundado ningún negocio lucrativo, como sí habían hecho otros príncipes de espíritu más emprendedor. No era titular de una licencia para vender coches Mercedes-Benz ni para distribuir productos General Electric, un mecanismo que utilizaban muchos aristócratas para aumentar sus ingresos.

Había amasado un inmenso poder político, pero tenía relativamente poca riqueza para lo que era normal entre los Saúd. Sus parientes más cercanos habían invertido un poco en empresas e inmuebles, pero vivían una existencia tan suntuosa como precaria, pues dependían de los pagos del rey y del Tesoro. Cuando el dinero tardaba en llegar, el personal podía quedarse sin cobrar. En la primera década de los dos mil, amigos y familiares quedaron sobrecogidos al oír un rumor que circulaba por París, que decía que los contratistas y empleados del príncipe Salmán y su familia llevaban seis meses sin cobrar. Para mostrar dadivosidad —esa que se espera normalmente de un príncipe con los plebeyos que van a verle para pedir ayuda—, Salmán solía endosar cheques de un banco local; su propietario, amigo de Salmán, se veía obligado a financiarlos.

La nula fortuna sería un grave problema para los hijos de Salmán en caso de que se vieran apartados del eje de poder. Sus ingresos irían menguando y diseminándose entre cada vez más descendientes, y terminarían dependiendo de la buena voluntad del rey de turno. Mohamed se percató de que estaba lejos del poder y de que no ocupaba ningún lugar en la línea de sucesión. La única solución aparente era convertirse en el hombre de negocios de la familia. Desechado el plan de abrir una tienda, al cabo de unos pocos años mostró interés por la petroquímica.

Por esa época, hizo un viaje a Kuwait y aprovechó para preguntarle a un representante del Gobierno si los kuwaitíes podían procesarle betún, un derivado del petróleo, para una nueva idea de negocio que estaba tanteando. Cuando se pusieron en contacto con él, le dijeron que solo podrían asumir el 40 % del volumen que había solicitado. «No me sirve —les contestó—. Mi plan es ser más rico que Al Walid bin Talal en dos años.»

Al Walid era el saudí más famoso del mundo. Salía por televisión dentro y fuera del país; era un nombre ilustre en Wall Street y en los grandes medios de comunicación; y vivía la vida opulenta que la gente esperaba de un príncipe saudí. Incluso su hijo, que ocupaba un lugar

mucho menos destacado que Mohamed, recorría Riad a toda pastilla con su Lamborghini. Los directores generales querían codearse con esos príncipes y los famosos querían ser vistos a su lado, siempre y cuando fuera la realeza quien corriera con los gastos. Pero nadie hacía cola para darse la gran fiesta con Salmán; lo más estimulante que hacía antes de acostarse era echar una partida de *balut*, un juego de cartas de cuatro jugadores parecido a la francesa *belote*. Y se levantaba a las siete cada mañana.

Mohamed también mostró interés en la bolsa. Llevaba años guardando las monedas de oro que su padre y su tío, el rey Fahd, le daban por la festividad Aíd al Fitr que concluye el ramadán. Con dieciséis años, Mohamed tenía 100.000 dólares ahorrados tras vender el oro y unos cuantos relojes de primera categoría que le habían regalado. Fue el capital con el que inició su andadura como operador. Compró, vendió y al final se quedó «sin un duro», según confesó él mismo más adelante.

Pero, al principio, el valor de su cartera creció brevemente. Y Mohamed no dejó de buscar el frenesí de replicar esos beneficios efímeros a mayor escala. Soñaba con ir al extranjero una vez licenciado y, luego, dedicarse a la banca, a las telecomunicaciones o al sector inmobiliario.

Esas ambiciones se desvanecieron cuando surgió una necesidad más urgente en casa. Cuando Mohamed tenía diecisiete años, su hermanastro mayor Fahd murió de golpe; la Corte Real alegó problemas del corazón, pero Fahd había tenido siempre buena salud. Fahd era el hijo de mayor edad de Salmán y había nacido cuando su padre tenía solo diecinueve años. Había trabajado en la Administración, en el sector privado y como propietario de caballos de carreras. Su repentina muerte fue un auténtico varapalo para Salmán.

Dos meses después llegaron los atentados del 11 de septiembre de 2001 y el subsiguiente escrutinio al que se sometió a Salmán por haber apoyado a organizaciones benéficas islámicas, algunas de las cuales habían desviado fondos para financiar la actividad terrorista. El siguiente julio, casi un año exacto después de la muerte de Fahd, otro hijo de Salmán —Ahmed— murió de un ataque cardíaco cuando tenía cuarenta y tres años. Otro príncipe más, un primo, murió en un accidente de coche en Riad mientras iba de camino al funeral.

La retahíla de catástrofes fue casi insufrible para Salmán, y

Mohamed no se apartó de su lado en ningún momento. A una edad en la que muchos príncipes salían del país para formarse en Boston, Londres o París, Mohamed barrió literalmente para casa. Iba a la Universidad Rey Saúd y destinaba gran parte de su tiempo libre a escribir en su libreta lo que observaba en los *majlis*, las asambleas que su padre celebraba con asesores y demandantes. Salmán tenía otro motivo para buscar que su hijo favorito no se fuera de Riad. Como sus hijos mayores habían perdido parte de su identidad saudí en el extranjero, quería moldearlo a él y a sus hermanos a su imagen y semejanza en Arabia. Según Mohamed le dijo en una ocasión a un norteamericano que estaba de visita: «No fui a la Sorbona para aprender a ser príncipe».

Y Salmán no era una excepción. Ibn Saúd dijo una vez que, «para liderar a los hombres, uno tiene que recibir educación en su propio país, entre su gente, y crecer en un entorno impregnado de las tradiciones y la mentalidad de sus compatriotas».

Como gobernador de Riad, Salmán tenía un perfil menos internacional que algunos de sus hermanos, pero administraba la región central llamada Néyed, el hogar ancestral de la tribu de los Saúd. Controlaba las transacciones de bienes inmuebles, mediaba con los líderes religiosos que respaldaban a la familia y presidía los arrestos y ejecuciones en la plaza Al Dirah de Riad, famosa por las frecuentes decapitaciones. Corregía a los príncipes díscolos, arbitraba en disputas familiares y era el guardián de la genealogía de la familia, resiguiendo las relaciones de sangre con las tribus saudíes y remontándose generaciones enteras.

Salmán también era un abanderado de la histórica alianza con el mando religioso wahabita. Enviaba fondos a escuelas islámicas de todo el mundo y era muy escéptico con la relación internacional más importante del país. Él creía que la alianza con los EUA era básicamente comercial, y no la íntima amistad que los príncipes encargados de la política exterior profesaban a sus homólogos estadounidenses.

Un diplomático residente en Riad recuerda la primera vez que Salmán le invitó a su *majlis*, en una sala enorme rodeada de largos sofás donde el príncipe oía semanalmente los ruegos del pueblo. Un súbdito condujo al norteamericano hasta una sala que medía casi como medio campo de fútbol, tapizada con alfombras de intrincados

diseños y presidida por una araña de cristal.

Salmán recibía en audiencia desde un gran trono situado en medio de la pared del fondo. Había una hilera de demandantes sentados a su derecha. El príncipe le hizo un gesto al diplomático para que tomara asiento a su lado: «Le doy una cálida bienvenida. Sé que Arabia Saudí y los Estados Unidos tendrán siempre una relación especial». Mientras el diplomático se apresuraba a darle las gracias, Salmán le interrumpió: «Siempre y cuando nos sigan vendiendo sus armas».

En una cena celebrada en honor al entonces vicepresidente Dick Cheney, que estaba de visita en Riad, otro diplomático acabó sentado al lado de Salmán. Mientras Cheney conversaba con el rey, Salmán le preguntó al norteamericano que tenía a su lado: «¿Quiere saber cómo he logrado mantener Riad estos últimos cuarenta años?». El diplomático le dijo que sí y Salmán replicó: «Cada semana celebro tres *majlis*: uno para los sabios religiosos y dos para la gente. Les concedo audiencia incluso a los barrenderos bengalíes. Porque el día que no sepa lo que piensan los barrenderos bengalíes será el día en el que perdamos el poder».

De vez en cuando, Mohamed iba con amigos a pasar la noche al desierto y ordenaba a sus súbditos que montaran tiendas y encendieran un fuego. A menudo iba con su hermano menor Jalid y sus dos primos, Badr bin Farhán y Abdulah bin Bandar. Hacían carreras de *quads* por las dunas, organizaban partidos de fútbol y jugaban a la consola. Junto a las llamas, mientras se hartaban de hamburguesas del McDonald's u otros platos más tradicionales, Mohamed les confesaba sus planes para ser multimillonario. Departían sobre Steve Jobs o Bill Gates, hombres que construyeron auténticos imperios anteponiendo los resultados y siendo más astutos que la competencia. Y hablaba con afecto, devoción y creciente frustración sobre la juventud saudí. Según recuerda uno de los presentes, una noche dijo: «Tenemos en nuestras manos el futuro de nuestra generación. Si no damos un paso al frente nosotros, ¿quién lo hará?».

De joven, Mohamed también sentía fascinación por Alejandro Magno. Leía libros de historia sobre él y se deleitaba pensando en su intrépida fundación del Imperio. Algunos de sus mejores amigos de la época lo acabaron llamando «Iskander», como se llama en árabe a Alejandro.

Un día, Mohamed envió un inesperado mensaje a Abdulrahmán al Yeraisy, el septuagenario propietario de un conglomerado de Riad que vende papel, servicios de telecomunicaciones y mobiliario. El hijo del príncipe Salmán quería prestados un millón de riales, unos 250.000 dólares. No era extorsión, pero tampoco era una petición que Yeraisy pudiera desechar de plano. Su negocio familiar operaba en Riad, y Salmán gobernaba la ciudad. Seguramente era mejor pagar los 250.000 dólares que afrontar las posibles consecuencias de negarse. Fahd al Obeikán, cuya familia posee una empresa manufacturera, recibió una solicitud parecida. Solo que Mohamed le pedía medio millón de dólares. El patrón industrial aflojó la mosca, como otros.

El príncipe invirtió el dinero en acciones de Estados Unidos y, al cabo de unos años, cuando Arabia Saudí inauguró su propia bolsa, también invirtió en ella. El Tadawul, como fue llamada, era un lugar ideal para un príncipe que quería ganar dinero. No había muchas empresas en el mercado y la mayoría estaban sujetas a decisiones del Gobierno. Y para alguien que se pasaba el día entero en la Corte Real era muy fácil recibir información privilegiada.

Mohamed también empezó a crear empresas y a adquirir participaciones en otras. Fundó una compañía de recogida de residuos y un grupo de inmobiliarias que bautizó en honor al pintoresco acantilado Tuwaiq, al suroeste de Riad. Terminó comprando acciones de más de una docena de empresas en su propio nombre, algo relativamente raro en el país, donde la gente con poder posee muchísimos bienes a través de apoderados o testaferros. Su transparencia era señal tanto de su formalidad como de su ingenuidad.

Según el registro mercantil, Mohamed y sus hermanos carnales invirtieron en una tecnológica que se hizo con una codiciada licencia de emisión del Gobierno, además de derechos de propiedad en piscifactorías, planes de desarrollo inmobiliario, actividades de compraventa de materias primas y restaurantes. Tenían un parque empresarial en Riad. Su sociedad tenedora poseía una compañía asociada con un hospital de Luisiana para mandar pacientes saudíes que necesitaban un trasplante.

Mohamed también se metió en el sector de la promoción inmobiliaria. Uno de los problemas constantes que tuvo Salmán como gobernador de Riad fue la especulación. Viendo el enorme capital que entraba en Riad, empresarios y miembros de la familia real

aprovechaban para comprar terrenos no urbanizados y los conservaban con la esperanza de acabar vendiéndolos a un precio mucho mayor, en vez de edificar ellos mismos.

Tras trabajar para su padre, Mohamed tenía el sector de la vivienda entre ceja y ceja. Empezó a pactar con ricos propietarios. Si aportaban una parte del suelo, él mismo encontraría a un promotor dispuesto a edificarlo. El promotor y el dueño pasarían entonces a ser copropietarios del nuevo plan de desarrollo y Mohamed se llevaría un porcentaje para su familia. Funcionaba bien porque había una grandísima demanda de nueva vivienda y porque ningún terrateniente ni constructora podía decir que no al hijo del gobernador. Fue un modelo que más tarde intentó reeditar a una escala mucho mayor.

Como en su país le iba más o menos bien, Mohamed empezó a establecer contactos extranjeros. Sabía que los príncipes más importantes de la corte tenían acceso a información de espionaje que él no poseía, así que intentó mejorar su proceso de obtención de inteligencia. En 2006 consultó al C4ADS, un centro de investigación de Washington que usa información de acceso libre para descubrir redes de financiación ilícita. Quería que el C4ADS creara una institución privada con la propia oficina del príncipe, pero los directivos del grupo declinaron la propuesta.

Mohamed llevaba a hombres de negocios internacionales a su casa y los invitaba a hablar sin tapujos con Salmán y su comitiva sobre la vida y sobre filosofía. El adolescente, convertido ya en un joven altísimo, se sentaba a un lado y escuchaba atentamente, aunque no hablaba mucho. Cuando intervenía, solía ser para contar una anécdota de un libro de historia o de un texto religioso. Una vez, en París, se estaba hablando sobre la naturaleza del espacio y de Dios cuando Mohamed metió baza con una inesperada referencia a un pasaje del Corán. Ya estaba casado con una prima suya, Sarah bint Mahshur, y habían empezado a tener niños. Sería padre de dos hijos y dos hijas.

Habiendo leído tanto sobre historia, Mohamed había terminado viendo el mundo en términos de confrontación. Le carcomía que una potencia como Estados Unidos pudiera ejercer control sobre Arabia Saudí de un modo que recordaba a la época colonial. Según un confidente suyo: «Es como si en su cabeza necesitara un enemigo y Occidente fuera como los romanos o los bizantinos o los otomanos». A principios de los dos mil, Mohamed le dijo lo siguiente sobre las

potencias occidentales: «No nos convienen».

En esas conversaciones, Mohamed parecía un saudí más arquetípico que sus hermanos mayores, occidentalizados. Solo hablaba árabe, pero atraía a esos hombres con una especie de magnetismo que los llevaba a querer estar cerca del príncipe. Según un norteamericano que conoció esa sensación, Mohamed inspiraba lealtad gracias al poder de su padre y a su propia ambición, pero sobre todo a través de su carisma, esa habilidad de los políticos para hacer que la gente que entra en su órbita se sienta especial.

Convirtiendo ese atractivo en oportunidades de negocio, Mohamed utilizó intermediarios para persuadir al gigante estadounidense Verizon de que llevara infraestructura de fibra óptica a Arabia Saudí. A raíz del acuerdo firmado en 2008, Verizon entró en una asociación temporal de empresas cuya mayor parte era una de las muchas compañías de Mohamed. El departamento jurídico de Verizon estaba dirigido por William Barr, que acabó siendo fiscal general de Estados Unidos. La empresa mandó a Arabia Saudí al abogado Craig Silliman, actualmente asesor jurídico principal de la compañía. Una vez allí, Silliman se reunió con Mohamed para ultimar el acuerdo.

El pacto sirvió para afianzar la reputación del príncipe. Una vez cerrado el trato, Salmán se jactó de ello ante un visitante: «Gracias a mi hijo, la familia acaba de ganar millones». En el Gobierno estuvieron contentos porque habían temido que los rivales en la región estuvieran creando mejores redes de fibra óptica.

Pero Mohamed aún era joven y tenía poca experiencia empresarial. Su compañía no poseía ninguna de las capacidades necesarias para llevar a término una unión internacional de empresas. Unos dos años más tarde, Verizon hizo las maletas y se fue, considerando perdida la inversión.

Las iniciativas locales de Mohamed sí iban viento en popa y empezaron a generar millones de dólares, lo que alivió su ansiedad y engrosó la caja con un dinero que se necesitaría para mostrar magnanimidad con las grandes tribus y las causas religiosas. Todo eso hacía falta para sumar seguidores y sentar una base que apoyara la candidatura de su padre al trono.

Pero entonces, estando aún en la veintena, Mohamed fue investigado por una serie de chanchullos. La comisión reguladora descubrió un patrón extraño en las cuentas de varios príncipes,

incluido Mohamed. Justo antes de que se anunciaran grandes novedades, pujaban por acciones y se embolsaban suculentos beneficios. La comisión sospechaba que usaban información privilegiada y que no era solo suerte. Muchas veces, el que salía perdiendo en la transacción era el Gobierno.

El principal responsable de la bolsa saudí en ese momento, Mohamed al Sheij, decidió investigar el asunto. Interrogó a Mohamed y determinó que el responsable de las irregularidades había sido un operador que actuaba en nombre del príncipe, y no este último. Aun así, le aconsejó al joven que metiera sus acciones en un fondo de inversión.

El incidente enojó mucho al rey Abdulah, que emitió un decreto para subrayar que ni siquiera los príncipes estaban por encima de las leyes del mercado. El nombre de Mohamed no aparecía, pero la experiencia fue fastidiosa y su posición en la familia se vio resentida.

Al Sheij, presidente de la comisión bursátil CMA y exletrado de White & Case, lo había tratado con firmeza pero con respeto y lo había impresionado, salvándolo del peligro. Antepuso el derecho al estatus, algo que rompía por completo con el viejo esquema saudí de que «el gobernante es quien más sabe». Al Sheij había estudiado en Estados Unidos y había trabajado para el Banco Mundial. El príncipe supo entonces que el hombre que lo tenía que investigar podía llegar a ser un poderoso aliado algún día.

Octubre de 2012, comedor del líder islámico Salmán al Ouda. Ouda no sabía qué pensar del joven príncipe sentado frente a él. Ni siquiera sabía por qué se había autoinvitado Mohamed bin Salmán, al que Ouda consideraba un príncipe menor con una influencia incierta en la Corte Real. Si hubiera sido por él, habría declinado educadamente el encuentro, pero Mohamed ya había sufrido antes un desaire de parte suya (más o menos hacía un año, en una boda). No era recomendable ignorar de nuevo al hijo del príncipe heredero.

Así que ahí estaba Mohamed, sorbiendo café en el sofá y hablando sobre historia mundial mientras Ouda, uno de los imanes más populares del islam y con más de trece millones de seguidores en Twitter, lo escuchaba. Mohamed expresaba su opinión sobre la

religión, sobre los líderes árabes y sobre cómo debía dirigir el país un gobernante. Ouda pensó que eran moralejas vacías de un recién licenciado que no había vivido mucho fuera de la biblioteca ni del reino. Pero entonces Mohamed dijo algo que le llamó la atención.

Dijo que su modelo era Maquiavelo.

Ouda se quedó en silencio. El sacerdote quedó conmovido ante el intento de Mohamed de ganarse su respeto con lo que sabía y no con su derecho de nacimiento. Pero el contenido del mensaje era inquietante. Si el príncipe citaba *El príncipe*, se avecinaban tiempos tumultuosos para el país y para el propio Ouda.

Entre los enemigos de Mohamed, la corpulencia, el mal temperamento y la desaliñada barba que recorría su garganta le habían valido el apodo de «Oso Extraviado». En toda la familia había ido ganándose la fama de ser muy mordaz. Según una anécdota muy trillada y siempre contada con una nueva variación, le envió una bala a un funcionario del catastro que se había negado a reconocerlo como titular de una parcela que él le había exigido. Eso le mereció otro apodo: *Abu Rasasa* («padre de la bala»).

Incluso en su cargo oficial, Mohamed se ganó la fama de tocar las narices a poderosos familiares. En una ocasión se presentó con autobuses llenos de trabajadores filipinos en el palacio de su propia tía, una de las esposas del difunto rey Fahd. Le comunicó que tenía que irse porque se necesitaba el edificio para otra cosa. Cortarían la electricidad a medianoche. En la cultura saudí eso suponía una afrenta más grave aún, ya que la edad y el rango se tienen en suma consideración.

En las sobremesas, a altas horas de la noche, los saudíes acomodados bromeaban con el linaje tribal de Mohamed por parte de madre. Sugerían que su forma de ser le venía de la sangre beduina. Como ya se ha mencionado, su madre, Fahdah, pertenece a la tribu ajmanita del noreste de Arabia. Su miembro más famoso es Rakán bin Hizlain, un reverenciado combatiente de la época otomana. Por el otro lado, Ibn Saúd, el abuelo de Mohamed, era el guerrero del desierto por antonomasia: casi dos metros de pura fuerza, estrategia y valentía. Mohamed es el nexo entre esos dos linajes. Eran solo habladurías, por supuesto, pero acabarían siendo importantes para crear el mito al que los jóvenes saudíes recurrirían para identificar a ese príncipe reformista que se dirigía directamente a su perfil demográfico.

En la familia Saúd, Mohamed se hizo conocido por la ambición, por la autoconfianza y por la protección de su poderoso padre, Salmán.

En 2011 murió el hermano de Salmán, Sultán, que había sido ministro de Defensa durante cuarenta y ocho años. El clan Sultán controlaba el Ejército, así que tenía un gran poder y una inmensa fortuna. El traspaso de ese poder a Salmán le confirió una nueva arma a un príncipe que ya era influyente. Poco después, Salmán nombró a Mohamed asesor militar.

El joven, que aún no había cumplido los treinta, empezó a dar órdenes a diestro y siniestro a príncipes mayores que llevaban años en el cargo, incluidos los hijos del anterior ministro de Defensa y del rey Abdulah. Al final cruzó una línea: se puso a injuriar a un primo que le sacaba unos treinta años y que había sido general durante una eternidad, un príncipe llamado Jalid bin Bandar. Jalid se había negado a acatar las órdenes de Mohamed, quien montó en cólera.

Por aquel entonces, Mohamed ya había provocado la renuncia de cuatro altos cargos de las Fuerzas Armadas, todos ellos príncipes y uno de ellos hijo de Abdulah. El rey sabía que tenía que pararle los pies al joven arribista y convocó a Mohamed a su casa de veraneo en Tánger. Pero, cuando llegó, no recibió de Abdulah la severa reprimenda habitual. En vez de eso, el rey le ordenó a Tuwaijri, jefe de la Corte Real, que lo reprendiera. Fue una humillación. Para Mohamed, Tuwaijri era un simple sirviente que se había puesto a cantarle las cuarenta al nieto de Ibn Saúd. Volvió a Riad y le contó a su padre lo que había sucedido.

En ese momento Salmán era príncipe heredero y ministro de Defensa, y se enfadó aún más que su hijo. Llamó a Abdulah y le dijo que Mohamed actuaba en su nombre y que, si no le gustaba, Salmán dimitiría. Abdulah dio marcha atrás y el príncipe volvió a ocupar su cargo en el Ministerio.

Gracias al tiempo que había invertido a observar los *majlis* con su padre, día tras día, Mohamed también había descubierto los entresijos del poder en el país. Sabía que Salmán era vulnerable y que dependería de él protegerle y proteger el linaje familiar.

Salmán superaba los setenta y estaba en la línea de sucesión, pero tenía problemas de salud como Abdulah. A raíz de una operación de espalda, se había vuelto adicto a los calmantes. Le volvían irascible y

olvidadizo, un hecho que Jalid al Tuwaijri y sus aliados intentaron explotar en los meses previos a la muerte de Abdulah.

Mohamed se propuso no apartarse de su padre y ayudarle a combatir su adicción. Empezó a darle pastillas idénticas a las que llevaba años tomando, salvo que esas eran nuevas y con menores dosis, fabricadas especialmente a petición de Mohamed. En unas semanas logró que su padre saliera de su largo y profundo letargo. Ambos, que ya eran como uña y carne, aprovecharon ese tiempo juntos para hablar de los males que azotaban a Arabia Saudí y de sus ideas para cambiar las cosas.

Al poco tiempo, Mohamed le preguntó a un amigo de la familia si veía algo diferente en Salmán. «Sí —contestó el amigo—: Ya no se pasa el día gritándome.» Mohamed le dedicó su característica sonrisa de oreja a oreja, que le obligaba casi a cerrar los ojos.

En 2011 y 2012 empezaron a reparar en el extranjero en el ambicioso nuevo rostro de la familia Saúd. La elitista *Gulf States Newsletter*, escrita por exdiplomáticos, espías y otros analistas de Palacio, informó de que Mohamed había presidido una ceremonia de la Asociación Nacional de Jubilados en Riad el 21 de marzo de 2011, cuando su padre aún era gobernador. Según decía la breve noticia: «El príncipe suele pasar desapercibido, pero últimamente ha aumentado su presencia pública. Los expertos señalan que Mohamed se tiene por alguien particularmente ambicioso, con el ojo puesto en el Gobierno y el control de otros entes estatales».

Esa ambición radicaba sobre todo en la economía, algo que, tras sus escarceos con los negocios y mercados, Mohamed consideraba su campo. Siempre iba rodeado de una camarilla de asesores con formación económica, empresarial y jurídica. Se pasaban horas charlando y escribiendo lo que acabarían siendo los conceptos clave de la Visión 2030, con su Plan de Transformación Nacional para Arabia Saudí, cuyo propósito era abandonar la economía basada en el petróleo en solo dos décadas. Había pocas ideas innovadoras, pero, dada la histórica reticencia al cambio en el país, eran revolucionarias. Arabia Saudí era reacia a los cambios. No prohibió la esclavitud hasta 1962, y lo hizo por la presión del presidente Kennedy.

Para probar, Mohamed decidió crear su propia fundación, en la que no necesitaría aprobación de nadie salvo de él mismo. Sería la oportunidad de crear una institución saudí moderna desde cero. La llamó MiSK, o Fundación Mohamed bin Salmán bin Abdulaziz, y, para evitar las trabas del pasado, sacó un concurso para consultores que quisieran ayudarle a diseñarla de arriba abajo. Las empresas occidentales acudieron a la llamada como un rayo.

Mohamed también se apoyó en su rico primo Al Walid bin Talal. En 2012, Al Walid le escribió una carta a Tuwaijri, el jefe de la Corte Real de Abdulah. En ella le decía que Arabia Saudí podía ir encaminada a una crisis. Los precios del petróleo eran altos, pero el presupuesto saudí estaba ahogándose por culpa del dineral dilapidado en subvenciones y ayudas a la población. La sanidad era casi gratuita, el Estado costeaba los estudios en el extranjero y la ciudadanía recibía subsidios especiales por cada hijo nuevo. Un residente de Riad podía dejarse el grifo abierto durante horas y apenas sufrir consecuencias, y eso que Arabia Saudí era uno de los países con menos agua del mundo. De hecho, tiene que desalar 1.200 millones de metros cúbicos de agua al año, más que ninguna otra nación de la Tierra.

La población estaba creciendo, los costes también, y el resto del mundo hablaba cada vez con más insistencia de la necesidad de quemar menos petróleo. ¿Qué pasaría cuando los precios del barril se desplomaran? Según Al Walid, si el país quería evitar una catástrofe, tenía que diversificarse, invertir en energía solar y nuclear y empezar a trasladar al extranjero parte de su riqueza petrolera para tener fuentes de ingresos distintas.

Para ello, Al Walid sugería convertir el Fondo Público de Inversión saudí (PIF), un fondo soberano, en un gestor colosal que redirigiera los ingresos del petróleo a otros sectores. Era el mismo modelo que utilizaban con sus ahorros los Estados vecinos de Abu Dabi, Kuwait y Catar. Al Walid defendió su plan en una reunión con grandes príncipes y otros integrantes de la Corte Real de Abdulah. Mohamed se mostró de acuerdo. En una segunda reunión, presentaron el proyecto al monarca.

Pero el rey y sus asesores no quisieron saber nada del asunto. Desinvertir en el petróleo para priorizar otras áreas suponía un riesgo, y los Saúd eran alérgicos al riesgo. Arabia Saudí no lo había hecho nunca. Además, el PIF era como un armario infestado y lleno de

inversiones caídas en el olvido, un fondo de empresas locales cuyos propietarios habían obtenido dinero a modo de rescate, a veces gracias a sus vínculos con la realeza. La idea de que pudiera convertirse en una inversión de primera parecía utópica. Y la vieja guardia también creía que el mundo seguía necesitando petróleo.

Mohamed hizo muy buenas migas con un funcionario llamado Turki al Sheij, un policía que le sacaba unos cuantos años y que tenía debilidad por los coches y los relojes despampanantes. Era uno de los Sheij, descendientes directos del fundador del wahabismo en el siglo XVIII.

A principios de 2015, con Salmán en el trono, todas las ideas de Mohamed pasaron a ser de máxima prioridad. El día siguiente al funeral de Abdulah, Mohamed se había apoderado por completo de la Corte Real y, a las cuatro de la madrugada, estaba despachando órdenes para citar a destacados representantes y empresarios saudíes a un encuentro ese mismo día. Entre otras cuestiones, les preguntó si corría algún riesgo de paralizar la función pública eliminando la mayoría de los comités y organismos que Abdulah llevaba décadas usando. Algunos argumentaron que un cambio de ese calibre se tenía que hacer poco a poco para vigilar que no hubiera efectos imprevistos. Él respondió: «Qué tontería. Si es lo que hay que hacer, se hace sin dilación».

Cuando su padre llevaba seis días como rey, Mohamed fue nombrado presidente de una nueva entidad llamada Consejo de Asuntos Económicos y de Desarrollo, uno de los dos comités que lo supervisaban casi todo en el país. Tenía carta blanca para reformar los planes económicos y de desarrollo, pero se rodeó de asesores con poca experiencia gubernamental y los exhortó a debatir medidas con él hasta bien entrada la noche.

Dos meses después ya había escogido el PIF como la institución que iba a situar Arabia Saudí en el mapa global de inversión y que iba a liderar muchas de las reformas. En abril absorbió la principal fábrica de dinero del país, Saudi Aramco. Mohamed estaba asumiendo el control de la compañía más grande y rentable del mundo.

Una de las primeras decisiones que tomó fue contratar empresas

demoscópicas internacionales para saber qué pensaba la gente de Arabia Saudí, centrándose sobre todo en lo malo. Los resultados fueron los esperados: una sociedad cerrada y cuna de terroristas, sin cines ni entretenimiento, con derechos escasísimos para las mujeres y otras opiniones de sobra conocidas. Mohamed creó un equipo para abordar cada tema con un plan de acción. Era hora de que Arabia Saudí mirara de tú a tú al resto del planeta, según les dijo a sus súbditos. Les subrayaba constantemente que tenían todo lo necesario para ser un país poderoso en el plano internacional, con una economía fuerte que ya no dependiera del petróleo.

Pero lo más importante de todo fue el anuncio del rey Salmán. Su hermano Muqrin se caía de la línea de sucesión: Mohamed sería el nuevo príncipe heredero segundo, solo por detrás de su primo Mohamed bin Naif. Por fin Mohamed tenía poder real. Todos esos movimientos estremecieron a los primos de la familia, impotentes ante la entrada de Arabia Saudí en una época *salmánica* que podría durar décadas en caso de que Mohamed siguiera los pasos de su padre.

Las piezas se movieron sin armar escándalo ni provocar grandes titulares, pero los hechos eran insólitos en la historia del país. Mohamed ya era príncipe heredero segundo y comandante de las Fuerzas Armadas. También controlaba los grandes y borboteantes pozos petrolíferos, que podían respaldar sus ideas más descabelladas.

3

Fiestón en las Maldivas

Julio de 2015

Las modelos fueron las primeras en llegar. Botes llenos de jóvenes con las piernas largas fueron atracando uno tras otro en el muelle de la isla privada de Velaa. Los criados y trabajadores del complejo no daban crédito. Había tantas... Unas ciento cincuenta en total, y la mayoría llevaban días viajando. Habían volado desde Brasil o Rusia hasta Malé, la capital de las Maldivas, un diminuto país del océano Índico. Desde dicha ciudad, las chicas habían embarcado en aviones más pequeños hacia el archipiélago septentrional y desde allí habían cruzado el gran oasis turquesa del Índico en botecitos, hasta llegar a Velaa. En el complejo había empleados que daban la bienvenida a cada mujer y que la llevaban regiamente en un carrito de golf hasta un centro médico, donde se le hacían pruebas para comprobar que no tuviera ninguna enfermedad de transmisión sexual. Los hidroaviones con Mohamed bin Salmán y sus amigos no llegaron hasta que las pruebas terminaron y las mujeres se hubieron instalado en sus bungalós.

Era verano de 2015 y Mohamed estaba más cerca del trono saudí de lo que nadie hubiera podido predecir. En los seis meses de reinado de su padre se había apoderado de Riad con más arrojo y rapidez que ningún otro príncipe de la historia reciente. Se había hecho con la economía de uno de los países más ricos de la Tierra y tenía potestad para gastar el dinero como estimara oportuno. Lideraba la guerra en el Yemen y estaba entablando conexiones políticas en las capitales del mundo. Además, llevaba tres años sudando la gota gorda para reformar las ONG de su padre y amasando capital político con poderosos miembros de los Saúd. Resumiendo, era hora de celebrarlo.

Necesitaba un lugar discreto acorde con su flamante y

elevadísimo estatus. Las Maldivas eran la opción ideal. Era un paraje espectacular ante la inmensidad del océano y repleto de complejos ocultos que se podían vigilar perfectamente durante el tiempo que el príncipe quisiera, gracias a la supervisión de un Gobierno tan amigable con los saudíes que estaba valorando vender un archipiélago al país arábigo.

Mohamed había descubierto Velaa un año antes, cuando, viajando con la comitiva de su padre, quedó prendado del complejo. Su promotor checo adquirió los derechos para construir una isla virgen y la diseñó para que fuera uno de los destinos más lujosos y caros del mundo. De la cincuentena de bungalós, muchos están edificados sobre un arrecife de coral; tienen terraza propia y piscina. Cada uno tiene su mayordomo. Y hay una discoteca y una máquina que fabrica nieve artificial para que los huéspedes puedan disfrutar de una ventisca en una playa tropical.

Como el Gobierno maldivo prohíbe a los complejos turísticos construir edificios más altos que los árboles de la isla, el promotor instaló palmeras inconmensurables en una playa para poder erigir una torre con vistas al océano. Su tejado llega justo hasta la copa de las palmeras trasplantadas, y a los pies hay una bodega surtida de vinos franceses con precios desorbitados. Y aparte está el restaurante principal del complejo, que se alza sobre el agua del mar. En él, los comensales pueden ver tortugas marinas nadando a sus pies mientras ellos disfrutan de platos *gourmet* preparados por un chef experto.

La isla ofrece una mezcla de servicio y secretismo sin parangón. La primera vez que Mohamed estuvo allí, el director general del complejo era un experimentado gestor de hoteles maltés llamado Hans Cauchi. Mohamed quedó impresionado con él. Su personal tenía una formación impecable; algunos habían estudiado en el International Institute of Modern Butlers y sabían ser atentos y discretos. Incluso el personal administrativo advertía que tenía que inclinarse siempre que Mohamed o el rey Salmán pasaban a su lado.

Cuando se planeó la fiesta de 2015, Cauchi ya no trabajaba para Velaa. Entonces representaba a Mohamed en grandes compraventas de objetos de lujo, como casas y yates. Pero Mohamed le encargó que ayudara a organizar el evento.

Fueron unas vacaciones dignas de un príncipe. Primero, porque, según los empleados, se «compró» el complejo. Eso significa que

Mohamed y sus invitados tuvieron la isla entera para ellos durante casi un mes. El rapero Pitbull de Miami aceptó la invitación, aunque se quedó en otro complejo de una isla cercana. También fueron la estrella coreana de pop Psy y Afrojack, uno de los pinchadiscos más famosos del mundo.

El dinero no era inconveniente para Mohamed. Su negociado aceptó pagar una prima de cinco mil dólares a cada uno de los más de trescientos empleados del complejo, un auténtico dineral si se tiene en cuenta que cobraban unos mil o mil doscientos al mes. Y sin contar las propinas que cabía esperar.

Para salvaguardar la privacidad del príncipe, los directores de Velaa le prohibieron al personal llevar sus *smartphones* al trabajo durante la visita. O llevaban un Nokia 3310 o no llevaban nada. Los empleados que rompían la norma eran despedidos en el acto.

El secretismo no era un capricho. Mohamed sabía que la juventud saudí estaba cansada de las décadas de obsceno despilfarro de la familia gobernante. Los jóvenes estaban hartos de las noticias que corrían por internet sobre las ostentosas casas de los príncipes, los tremendos derroches en Harrods y las carreras con coches deportivos por las calles de Mayfair. Mohamed estaba cultivando una imagen de reformista y no quería que lo equipararan a los miembros reales consentidos de su generación, como el hijo del rey Fahd, Abdulaziz bin Fahd, un poderoso príncipe conocido por viajar por el mundo con un séquito de veinticinco personas, acosado por sórdidas acusaciones de sexo y violencia presentadas ante la justicia. En 2012, un miembro de su comitiva fue declarado culpable de drogar y violar a una mujer en el hotel Plaza de Manhattan, donde Abdulaziz tenía alquiladas varias habitaciones juntas.

Esa actitud entrañaba un riesgo cada vez mayor para la familia, que se tenía por benéfica y pía y gobernaba su floreciente país con generosidad, mano firme y una histórica alianza con algunos de los clérigos más conservadores del islam. Infringir las normas islámicas mientras se imponían estrictas leyes al pueblo era una manera rápida de malbaratar el apoyo popular. Cada vez que se descubre a un príncipe derrochando millones de dólares en fiestas con alcohol y modelos ligeras de ropa, se agranda la brecha entre los gobernantes y los gobernados.

Mohamed creía que los cambios demográficos añadían cierta

urgencia a la cuestión. Muchos saudíes vivían cerca del umbral de la pobreza, e incluso los mejor formados tenían problemas para encontrar trabajo en las ciudades más pequeñas y en la Provincia Oriental, más pobre y con mayoría chií. Las bases de la inestabilidad ya existían, por lo que Mohamed procuraba no alimentarlas dándole al pueblo un nuevo motivo de animadversión hacia la familia real. Durante la Primavera Árabe le había visto las orejas al lobo. Entonces, los Hermanos Musulmanes —un movimiento islamista nacido hacía noventa años— se hicieron temporalmente con la presidencia de Egipto, denunciando que el despilfarro y el alcoholismo de los monarcas saudíes evidenciaban la corrupción de los regímenes del golfo.

Era de vital importancia que el pueblo saudí no se enterara de que Mohamed iba a pagar unos cincuenta millones de dólares para irse de vacaciones con su séquito a Velaa.

En cuanto llegaron los invitados, los camareros de la isla se hicieron a un lado: el príncipe llevaba personal propio para satisfacer las necesidades de cada persona. Según dos empleados maldivos, parecía como si los saudíes no quisieran que ciudadanos de otro país musulmán los vieran beber.

Los mayordomos, los encargados de la limpieza y los chefs no esperaban que hubiera tan pocos saudíes para tantísimas mujeres extranjeras. Según se informó al personal, solo había unas pocas docenas de hombres, todos ellos amigos y parientes de Mohamed. Tras llegar, se retiraban a sus bungalós y prácticamente no salían hasta la noche, aunque Mohamed sí salió al menos una vez a montar en motos de agua con algunos de sus acompañantes. Quizás tuvieran miedo de que les sacaran fotos en la playa *in fraganti* o quizás se estaban ciñendo a la nocturnidad habitual del verano saudí.

Cuando el sol se ponía y llegaban los artistas, salían los hombres. En la pista principal, junto a la piscina, se colocaba un pinchadiscos. Algunas noches tocaba una banda. Por el resto de la isla había escenarios con otros actos más modestos. Una noche pinchó Afrojack, un DJ neerlandés acostumbrado a actuar en estadios llenos. Estaba pinchando música electrónica —empezando tranquilamente y subiendo la intensidad hasta llegar a un clímax catártico—, cuando Mohamed se encaramó de repente al escenario. Coreado por hombres y modelos, se puso a los mandos y empezó a pinchar sus discos

mientras Afrojack se alejaba balbuciendo, intentando no maldecir en voz alta hasta encontrarse lejos del príncipe.

Las fiestas duraban hasta el amanecer. Entonces, muchos hombres se retiraban a sus aposentos y no volvían a emerger hasta bien entrada la tarde.

Pero Mohamed era incapaz de soltarse del todo, incluso en una buena juerga. Según un testigo presente, durante el día se paseaba en pantalón corto y camiseta con un par de amigos, pero se mostraba pensativo. Mientras los demás hombres hablaban por los codos, Mohamed permanecía callado y parecía reflexionar sobre algo mucho más grave que las mujeres y la música.

Y, de golpe, todo llegó a su fin. Un medio local filtró la noticia del viaje de Mohamed y las agencias de noticias financiadas por Irán se hicieron eco de ella. Menos de una semana después de empezar el viaje, Mohamed y su delegación se fueron. Las mujeres se marcharon poco después.

Mohamed también se daba grandes caprichos. Alquiló durante medio día el Serene, un yate de ciento treinta metros de eslora que en 2014 alquiló Bill Gates por cinco millones de dólares a la semana. El príncipe lo vio desde el cielo y se enamoró. Tenía un mirador submarino para ver peces, un *jacuzzi*, dos helipuertos y una sala de reuniones de estilo ejecutivo. Era elegante y lujoso, perfecto para acoger peces gordos, pero también podía transformarse en un paraíso donde celebrar fiestas nocturnas con íntimos amigos.

Durante seis semanas, el equipo de Mohamed estuvo negociando con representantes de su propietario, Yuri Shefler, hasta que lograron llegar a un acuerdo por 429 millones de euros, más o menos el doble de su coste original. También invirtió más de trescientos millones en un llamativo palacete francés cerca de Versalles, con fuentes y majestuosos jardines... ¡y un foso!

De esta forma, el dueño oficial del yate y del palacio francés pasó a ser la Eight Investment Company, dirigida por un gran amigo de Mohamed, Bader al Asaker. Se trata de una de las empresas que Mohamed fundó en Arabia Saudí en 2014, cuando empezó a amasar una fortuna considerable. La compañía formaba parte a su vez de

Three Hundred Fifty Six Holding Company, una sociedad tenedora titular de muchos de sus bienes personales, fundada allá por 2012, cuando se puso a invertir en bolsa. Dentro de esta última, había otras empresas bautizadas con números, como la Fifty Five Investment Company y la Ninety Investment Company.

Con el tiempo, algunas de esas propiedades se fusionaron con las del Estado. En los años siguientes, el Serene sirvió a veces como *majlis* para reunirse con la diplomacia extranjera y con delegaciones de altos vuelos. Al final, acabó siendo la joya de una flotilla de once embarcaciones que Mohamed usaba como palacio marítimo para relajarse lejos de las miradas indiscretas de la familia.

En Riad y en sus prohibitivas casas del extranjero, los adversarios de Mohamed se comían las uñas. La táctica ya no consistía en esperar a que el rey Salmán muriera para que pudiera acceder al trono un hijo de Abdulah o del difunto príncipe heredero Naif, histórico ministro del Interior. Mohamed ya dirigía el cotarro con el beneplácito del rey. Aunque Mohamed bin Naif seguía interponiéndose entre Mohamed y el trono, el joven estaba tomando medidas que lo convertían *de facto* en el líder del país, con más poder del que hubiera tenido ningún monarca hasta entonces.

En mayo de 2015, Mohamed bin Salmán se convirtió en presidente de un nuevo consejo público que iba a supervisar la petrolera estatal. Su nombramiento fue especialmente difícil de digerir para muchos tíos y primos. Aramco era la fuente de riqueza de todo el país, y los Saúd nadaban en la abundancia con un pedacito de sus ganancias. Si Salmán quería colocar a uno de sus hijos a los mandos de Aramco, ¿la opción evidente no habría sido Abdulaziz? Abdulaziz había sido viceministro de Petróleo durante años y tenía mucha experiencia negociando internacionalmente sobre temas del crudo.

Uno de los principales rivales de Mohamed era Turki, el hijo de Abdulah a quien el difunto rey había insultado y llamado gordo desde su cama de hospital. Turki era expiloto de la Fuerza Aérea y gobernador de Riad desde 2014 por decreto paterno. Le gustaba decir que era el cuarto en la línea de sucesión al trono. Pero si ascendía Mohamed, el joven rey podría gobernar hasta que Turki se volviera un

viejecito.

Desde que había dejado la Fuerza Aérea, Turki se había vuelto ostentoso. A menudo viajaba con un convoy de dos 737 con amigos, asesores y tal cantidad de maletas que tardaban horas en desembarcar. También poseía un harén moderno, una serie de hermosas mujeres que vivían a cuerpo de rey en distintos lugares del mundo y que cobraban un sueldo mensual con la condición de que contestaran al teléfono y se prestaran a verse con él siempre que se las necesitara. Incluso cuando iba a ver a su hermana o hermano en algún palacio de Riad, Turki llevaba un *bisht* marrón o negro, una especie de caftán bordado con hilo de oro que los saudíes utilizan como traje de etiqueta.

Turki se creía una víctima de la disciplina relativamente mezquina de su padre y también estaba obsesionado con el dinero. Por culpa de eso, lo habían salpicado varios escándalos. Entre otros, desempeñó un papel secundario pero importante en la turbia debacle del fondo soberano 1Malaysia Development Berhad. Según la polémica que estalló a finales de 2015, presuntamente percibió decenas de millones de dólares de 1MDB por su contribución al fraude, en el que su asesor de inversión había utilizado sus contactos y su nombre para dar la impresión de que Malasia estaba invirtiendo de la mano del Gobierno saudí. Parece que los estafadores se embolsaron cientos de millones de dólares con esa maniobra. Turki y otros implicados niegan los cargos.

Como les pasa a muchos hombres ricos, el gusto de Turki por el poder fue a más. Él y sus asesores creían que Mohamed era una amenaza, pero se veían capaces de forjar una alianza para plantarle cara al hijo de Salmán. Su plan radicaba en la extraña estructura militar saudí.

Para equilibrar el reparto de poder, las Fuerzas Armadas estaban divididas en tres ministerios, cada uno dirigido por un hijo distinto de Ibn Saúd. Durante décadas, el poderoso príncipe Sultán y sus hijos controlaron el Ministerio de Defensa, que estaba al timón del Ejército y de la Fuerza Aérea. La Guardia Nacional estaba bajo el auspicio del rey Abdulah y su clan. El príncipe Naif y sus hijos llevaban mucho tiempo dominando la tercera rama, el Ministerio del Interior. Salmán puso a Mohamed a cargo de la cartera de Defensa cuando llegó al trono, pero dejó las otras ramas en poder de las familias que llevaban

años controlándolas.

Turki veía factible mantener a raya al joven Mohamed. Según le dijo a un asesor: «Solo tiene el Ejército. No es tan fuerte como cree».

Pero urdir un plan contra Mohamed era aventurado. Tenía fama de frustrar los complots contra él y, como dice un confidente, poseía «una capacidad increíble para oler el peligro». Los hijos de Abdulah sospechaban que podían tener los teléfonos pinchados, igual que años antes los príncipes estaban convencidos de que Salmán escuchaba sus conversaciones privadas.

Turki tanteó el terreno para ver si el Gobierno de los EUA apoyaría un potencial golpe de Estado. Para ello se vio con exabogados de los servicios de inteligencia en ciudades como Los Ángeles, para que no se enteraran ni Salmán ni Mohamed. Tampoco se reunía directamente con miembros del Gobierno, porque seguramente alguien lo habría descubierto. Hablando con un abogado y defendiendo un posible nuevo Ejecutivo encabezado por los hijos de Abdulah y Naif, dijo: «Quiero saber si me apoyarían si no hubiera más alternativa que la de tomar el poder por la fuerza». Turki presentó a Mohamed como voluble, un déspota en potencia.

Mohamed bin Naif era más prudente. Igual que su padre, que dirigió el ministerio antes que él, era reacio a hacer nada que pudiera perturbar el equilibrio familiar. Confiaba ciegamente en la inercia de los Saúd, que llevaba décadas impidiendo las grandes conmociones en el alto mando. También había sido el saudí más leal a los servicios de inteligencia y seguridad estadounidenses desde hacía casi quince años, pues había sido el contacto principal del reino en los proyectos contra el terrorismo. Bin Naif se creía protegido gracias a la importancia de su relación con los EUA.

A mediados de 2015, Mohamed tenía más poder que nunca, pero sabía que eso no significaría gran cosa a menos que pudiera llevar adelante sus planes de reformas. Hacía poco que se había sumado al Consejo de Asuntos Políticos y de Seguridad y, nada más sentarse a la larga mesa con miembros de ese organismo, se percató de lo difícil que sería hacer realidad las transformaciones que tenía en mente.

Entre los integrantes de dicho órgano estaba Bin Naif, que

parecía contrario a cambiar nada aunque no lo dijera sin tapujos. En cada propuesta, tanto si era la de permitir conducir a las mujeres como la de abrirse al turismo, o él o sus asesores citaban las posibles consecuencias. También estaba presente Musad al Aibán, el miembro de mayor antigüedad y partidario del continuismo. Otro era Saúd bin Faisal al Saúd, asesor de asuntos extranjeros formado en Princeton, que se encontraba en la recta final del párkinson, entre otras enfermedades, y que estaba centrado en conflictos enquistados como el de Israel y Palestina. Miteb bin Abdulah, el hijo taciturno del exmonarca y propietario del hotel Crillon de París, apenas conseguía ocultar su desprecio por Mohamed; su bigotito y su papada parecían fruncirse de manera perpetua. A medida que el príncipe consolidó su poder, el consejo se fue librando poco a poco de aquellos que el príncipe veía más reticentes al cambio.

Mohamed también entendía que, si quería reforzar su posición, debía pulir su imagen. Para rehacer el país de arriba abajo, necesitaría reclutar a la juventud, ya que más del 60 % de la población tenía menos de treinta años. Era la franja de edad con menos poder del país. Muchos no encontraban trabajo y sufrían la nula cultura de emprendimiento en Arabia Saudí. Pero estaban más preparados y superaban holgadamente en número a los interesados ideólogos religiosos y los enfurruñados príncipes. Con la chispa de la Primavera Árabe, la juventud también podía amenazar al Gobierno de los Saúd. O un gobernante reformista podía seducirlos y transformarlos en la base de su poder.

Parece que a los enemigos de Mohamed no se les ocurrió este ardid, sino que priorizaron los métodos tradicionales de acumular poder, encandilando a los viejos líderes religiosos y señores tribales. Fue un craso error.

Para ganarse a los jóvenes, Mohamed necesitaba conectar con ellos en el entorno donde más tiempo pasaban: internet. En una sociedad que prohibía la interacción pública entre hombres y mujeres, el consumo de alcohol, el baile, los conciertos, el cine o incluso la cachimba, el mundo virtual era una vía de escape crucial para la juventud, y también una manera de confraternizar.

Pero lo más importante quizás fuera otra cosa. Gracias a internet, la juventud sabía exactamente qué le prohibía su anquilosada monarquía. Sabía que los reyes habían jurado defender las leyes más

fundamentalistas a fin de conservar el favor de los imanes, un favor que llevaba años afianzándolos en el poder. Como apenas tenían permitido encontrarse o divertirse en público, los jóvenes vivían cada vez más en la red, viendo vídeos en YouTube y Netflix y siguiendo la cultura de los famosos por Facebook, Twitter e Instagram.

Mohamed percibió la importancia de las redes sociales mucho antes que los chochos príncipes del país. Sin encuestas ni elecciones, Twitter era una buena manera de sondear lo que opinaba la gente sobre una política o un líder y ayudar a un ambicioso y joven príncipe a demostrarles a los miembros reales mayores que tenía el apoyo del pueblo, cosa que no era trivial para una familia que vivía con el miedo crónico a un levantamiento popular. Las malas opiniones en Twitter podían desgastar a un gobernante. En 2014, cuando el reinado de Abdulah tocaba a su fin, Mohamed se asustó porque usuarios anónimos de Twitter empezaron a propagar el rumor de que su padre sufría demencia. Si la cosa se salía de madre y esas patrañas calaban en Arabia Saudí y en el extranjero, los hermanos de Salmán podían ceder a las presiones y encumbrar a uno de sus rivales, con lo que impedirían al clan el acceso al trono.

Mohamed respondió ordenando a su mano derecha Bader al Asaker —el hombre que había manejado la compra del yate y del palacete y que dirigía su fundación MiSK— que desenmascarara a las voces críticas de Twitter. La investigación duró años y acabó recurriendo a alta tecnología de espionaje israelí, pero empezó empleando una estrategia mucho más convencional: el soborno. El relato de las indagaciones que se presenta a continuación se basa en la documentación que figura en el Departamento de Justicia estadounidense, y por el momento se compone solo de acusaciones, dado que en 2020 aún se estaba estudiando el caso en sede judicial.

Asaker es un hombre aparentemente afable. Lleva gafas oscuras y rectangulares y no desentonaría en absoluto en un congreso de informática. En 2014 no era funcionario, sino que trabajaba directamente para Mohamed. Pero, como empleado del hijo del príncipe heredero, tenía acceso a casi todo. El 13 de junio de ese año, Asaker viajó a San Francisco para verse con un egipcioestadounidense llamado Ahmad Abouammo, que dirigía las colaboraciones de Twitter en Oriente Medio.

En teoría, solo era una visita más de alguien importante de un

mercado clave para Twitter. Abouammo guio a Asaker por la sede de la empresa en el distrito South of Market. Asaker le explicó que trabajaba para un destacado príncipe que usaba Twitter compulsivamente. Intercambiaron sus contactos y acordaron volverse a ver en Londres en otoño. En ese encuentro, Asaker le regaló al empleado de Twitter un reloj Hublot de más de 20.000 dólares.

Y entonces llegó la petición. Algunos usuarios de la red social estaban importunando a Mohamed, entre ellos uno que se hacía llamar Mujtahidd, quien había estado censurando vilmente a la familia real y difundiendo rumores sobre sus miembros más ilustres, a menudo aportando algo de verdad. Era un embrollo político, pero, como no se estaba cometiendo ningún delito penal ni terrorista, Twitter se negaba a revelar la identidad de sus usuarios a la justicia saudí. Asaker le preguntó a Abouammo si podía ayudarle a obtener información sobre las personas que habían registrado esas cuentas.

Abouammo dijo que sí y usó su acceso a los sistemas internos para encontrar la dirección de correo y el teléfono de Mujtahidd. Fue un movimiento temerario del empleado de Twitter, ya que podía estar desenmascarando a personas críticas ante un Gobierno conocido por encerrar a la disidencia.

Las peticiones se prolongaron durante meses. Entretanto, Salmán fue coronado y Mohamed fue nombrado príncipe heredero. De repente, Asaker trabajaba para uno de los hombres más poderosos de Arabia Saudí. Acabó pagándole más de 200.000 dólares a Abouammo, depositándolos en una cuenta de un banco libanés que el segundo abrió a través de un familiar. Tras un depósito de 9.911 dólares, Abouammo le mandó un mensaje a Asaker: «Hermano mío, arrancaremos el mal por activa y por pasiva».

La destreza técnica de Abouammo era limitada. Además, tener un solo topo no era un sistema fiable para acceder continuamente a información privada de usuarios. Asaker quería un espía mejor. La fortuna le sonrió y Twitter contrató a un joven saudí llamado Alí Alzabarah, que había estudiado en Estados Unidos con una beca saudí.

En San Francisco, los amigos de Alzabarah lo consideraban el típico ingeniero informático; un «rarito», como le llamaba un amigo lleno de admiración. No mostraba interés en nada que no fuera la informática y no abría la boca hasta que la conversación versaba sobre programación o sobre el futuro de la tecnología. Fuera del trabajo,

Alzabarah se pasaba gran parte del día en casa o socializando con un grupillo de saudíes que vivían y trabajaban en tecnológicas de la bahía de San Francisco.

En febrero de 2015, Asaker contactó con un intermediario para que se pusiera en contacto con Alzabarah. Resultó que el ingeniero era un gran patriota y quería ayudar al país como pudiera. Y aunque su trabajo consistía en pulir los sistemas para que Twitter funcionara como era debido y no tenía acceso a las cuentas de los usuarios, la compañía le permitía consultar cierta información privada. Muchos de esos usuarios tenían registrados sus teléfonos, direcciones de correo y direcciones IP, que identifican la localización desde donde alguien inicia sesión. Eso significaba que, en algunos casos, Alzabarah no solo podía desenmascarar a un anónimo crítico con el régimen, sino incluso concretar su ubicación.

Al cabo de unos meses, Asaker fue a Estados Unidos con una delegación oficial y le preguntó a Alzabarah si podían verse. Alzabarah le mandó un mensaje de texto a su esposa para decirle: «Voy a Washington. Me han convocado a la oficina de Mohamed bin Salmán».

Poco después de esa reunión, Alzabarah empezó a utilizar sistemas internos de Twitter para peinar la información de más de seis mil usuarios. Mujtahidd, en particular, seguía siendo un objetivo. Tuiteaba lo que afirmaba que era información privada sobre la familia real. Algunas noticias, como la inminente destitución de Muqrin como príncipe heredero en abril de 2015, resultaron ser ciertas. El mes siguiente, Mujtahidd publicó documentación embarazosa de Francia en la que se detallaba que la viuda de un ex príncipe heredero se negaba a pagar millones de dólares por su estancia en hoteles de lujo.

Unos días más tarde, Alzabarah entró en la cuenta de Mujtahidd y encontró su número de teléfono y dirección IP, tal como Asaker le había solicitado. Luego le pidió información de otros usuarios. Alzabarah le reveló a Asaker que había uno que vivía entre Turquía e Irak. Otro residía en Turquía. Un tercero, un saudí, era un profesional que utilizaba la encriptación para ocultar su identidad, aunque una vez inició sesión sin encriptación y Alzabarah consiguió rastrear su dirección IP.

El ingeniero de Twitter se dio cuenta de que estaba facilitando información valiosa a los hombres de Mohamed; la Corte Real

sospechaba que algunas cuentas a las que accedía estaban vinculadas a actividades terroristas y las autoridades anunciaron una recompensa de 1,9 millones de dólares para cualquier persona que ayudara a frustrar un atentado. En su cuenta privada de Notas de Apple, Alzabarah redactó varios borradores de un texto con el que intentaba reclamarle a Asaker ese dinero.

Alzabarah habló por teléfono con Asaker el 18 de junio y al día siguiente accedió a la cuenta de Omar Abdulaziz, un saudí que obtuvo asilo en Canadá después de que el país arábigo le retirara la beca por haber criticado en público al Gobierno. Abdulaziz terminó entablando un estrecho vínculo con un periodista y crítico con el régimen saudí, Jamal Khashoggi.

Intensificando y perfeccionando la vigilancia, Alzabarah hizo un viaje a Riad, desde donde siguió con su acceso a cuentas de usuarios. El rarito se había convertido en un espía internacional y quería que el Gobierno saudí reconociera su labor y le garantizara una cierta protección en caso de que se metiera en un lío. En otra entrada de Notas de Apple, Alzabarah se preguntaba: «¿Dónde me he metido? ¿Cómo me va a afectar esto?». Se planteaba si el Gobierno ayudaría a su preocupado padre, o si la fundación de Mohamed le brindaría formación empresarial. Ya que estaba asumiendo tantos riesgos por los líderes del país, quería un trabajo fijo: «Algo que asegure mi futuro y el de mi familia».

Alzabarah regresó a San Francisco y a Twitter y siguió facilitándole información a Asaker sobre el disidente Mujtahidd. Poco después pareció apuntarse un tanto, porque la cuenta de Mujtahidd fue cerrada y el tuitero afirmó en internet que Twitter le había dicho que su cuenta era «vulnerable», aunque días más tarde consiguió recuperarla.

Alzabarah continuó trabajando para Asaker y escalando en Twitter hasta ocupar un puesto destacado como ingeniero. En una carta borrador para Asaker, escribió: «Estoy muy feliz por el ascenso, pero todavía me complace y me enorgullece más nuestra colaboración».

Los hombres de Mohamed sabían que los activos humanos como Alzabarah eran frágiles. Podían asustarse, acabar detenidos o perder su acceso a información importante. Así pues, idearon otras formas de espionaje gracias a las buenas artes de otro confidente de Mohamed,

Saúd al Qahtani, exsúbdito de la Corte Real de Abdulah. Saúd cayó embelesado por Mohamed enseguida y se convirtió en uno de sus más fieles esbirros. En junio de 2015 le mandó un correo al director de Hacking Team, una empresa italiana que desarrolla programas de espionaje virtual para Gobiernos. Según decía Qahtani en el mensaje, la secretaría del rey «quisiera iniciar una cooperación productiva con su empresa y forjar una alianza larga y estratégica». Un montón de documentos de Hacking Team filtrados en internet revelan que el Gobierno saudí invirtió millones de dólares en comprar *software* de espionaje.

Qahtani le propuso a Mohamed ir mucho más allá. En vez de encontrar a disidentes concretos, podía utilizar Twitter para cosechar apoyos a sus reformas y comparar su popularidad con la de otros miembros de la familia real. Al parecer, un opaco grupo financiado por el Ministerio de Educación ya estaba trabajando en un proyecto que podía venirle como anillo al dedo.

Bajo los auspicios de un informático saudí llamado Nasir al Biqami, un grupo de programadores liderados por un norteamericano empleado por Lockheed estaba usando inteligencia artificial para entender cómo surgían las ideas y estrategias en Twitter. Qahtani puso al grupo bajo el paraguas de la Corte Real y se convirtió en su valedor. Su misión sería analizar la opinión en Twitter sobre Mohamed y algunos de sus principales rivales, incluidos algunos hijos de Abdulah y el príncipe heredero Mohamed bin Naif.

Saúd determinó que Mohamed necesitaba aumentar su presencia y esforzarse más por lavar su imagen y atacar a los que intentaban mancillarlo. En una sede de la Corte Real en el distrito diplomático de Riad, Saúd reunió a un grupo de especialistas que se dedicaron a crear miles de cuentas falsas de Twitter con fotos y nombres que parecían ser de jóvenes saudíes normales. Sus tuits elogiaban a Mohamed y sus planes y censuraban a los rivales.

Curiosamente, el equipo de Turki bin Abdulah también había llegado a la conclusión de que las redes sociales eran importantes y las empezaba a ver como un arma. Por eso contrató a un asesor suizo que inundó Twitter e Instagram con propaganda contra Mohamed bin Salmán.

Qahtani respondió elevando el tono y la financiación, utilizando cuentas aparentemente extranjeras para publicar tuits de apoyo a

Mohamed. Algunas cuentas eran falsas. Entre las demás, como aquellas pertenecientes a norteamericanos, había un meteorólogo ya fallecido, un tertuliano de televisión especializado en finanzas y un esquiador olímpico. Según descubrió un profesor británico con base en Catar, eran cuentas reales de las que los saudíes se habían adueñado. Qahtani también empezó a tomar buena nota de la gente que criticaba al príncipe, a quienes a veces atacaba con legiones de bots. Se ganó el apodo de «Señor Hashtag» por su agresiva presencia en Twitter; entre la juventud saudí, su ejército acabó siendo conocido como las «moscas».

La iniciativa de Qahtani terminó por eclipsar la presunta filtración de Asaker justo cuando ese pozo se estaba secando. El topo, Alzabarah, no había sido tan cuidadoso como cabría esperar de un preocupado experto en tecnología. Hablaba con Asaker por una línea de teléfono abierta y se comunicaban por correo electrónico. Los agentes de inteligencia de los EUA lo descubrieron.

La situación era delicada, porque los casos que abren las agencias de inteligencia no pretenden procesar ciudadanos en los tribunales estadounidenses. Anteponen lo que pasa fuera de las fronteras. Si se usaran las inmensas cantidades de datos que recopilan para abrir casos judiciales, podrían surgir todo tipo de problemas. Uno de ellos es precisamente que se sabría a quién se ponen escuchas en el extranjero.

Pero a veces descubren hechos claramente investigables por la fiscalía. Un ejemplo es que empleados de una empresa estadounidense acepten pagos de un Gobierno extranjero para acceder a datos privados de los usuarios. Visto lo visto, los agentes de inteligencia compartieron la información con el Departamento de Justicia y al final llegó a manos del FBI de San Francisco.

Un día, a finales de 2015, un agente del FBI salió del edificio federal construido en la época Kennedy en el sórdido barrio de Tenderloin. Bajó tranquilamente hacia Market Street, cruzando una manzana salpicada de jeringuillas, y llegó a la sede de Twitter. El agente se reunió con un equipo jurídico de la empresa y soltó el notición. Twitter tenía un topo.

Por entonces, Abouammo había abandonado la compañía, pero

Alzabarah aún estaba en activo. La situación era peliaguda, dijo el agente, y la investigación estaba en sus albores. El agente le pidió a la empresa que no informara a Alzabarah de nada, porque, si se enteraba, el caso podía peligrar.

Pero los abogados de Twitter desconfiaban de los federales. Como sucede a menudo en las tecnológicas, les molestaba que las fuerzas del orden se creyeran con derecho a pedir toda la información privada que quisieran. Los datos de los usuarios eran sagrados para los abogados de la empresa. Aunque el mismísimo Gobierno de los EUA solicitara información para detener a alguien que estaba vendiendo datos a un tercer país, Twitter era reticente a cooperar. Así que, en lugar de satisfacer la petición del FBI y guardar discreción para contribuir al caso, a la tarde siguiente convocaron a Alzabarah y lo acusaron de acceder ilícitamente a cuentas de usuarios. Lo suspendieron de forma temporal.

Alzabarah se fue a casa y llamó a un amigo, un inversor de capital riesgo nacido en Arabia Saudí que había conocido en el mundillo de las tecnológicas de la bahía. Su amigo pasó a recogerle al cabo de un par de horas y Alzabarah le contó que tenía un problema. Había sentido curiosidad y había metido las narices en algunas cuentas hasta que lo habían pillado. Lo habían suspendido en Twitter y, según él, tenía que regresar a su país.

Sentados en su coche, su amigo le preguntó por qué. No le parecía tan grave. Si hubiera alguna duda legal o de seguridad, la policía o alguna autoridad lo habría detenido. No podría estar andando por ahí tan pancho.

«No, me tengo que ir», respondió Alzabarah. Llamó a Asaker desde el teléfono de su amigo y, al final, Asaker contactó con el cónsul saudí en Los Ángeles, según muestran los registros de llamadas obtenidos por el FBI. Tras un largo tira y afloja, poco después de medianoche Alzabarah habló por teléfono con el cónsul general. Al cabo de menos de siete horas, Alzabarah, su esposa y su hija estaban en un vuelo a Riad vía Los Ángeles. Desde el avión, les mandó un correo a sus jefes de Twitter para dimitir.

En el Departamento de Justicia no daban crédito. Twitter se había cargado su caso alertando a un hombre que esperaban poder arrestar, un hombre al que acabarían acusando de infringir las normas corporativas y comprometer la privacidad de los usuarios a fin de

espiar para un Gobierno extranjero. Se les había escapado.

En cuanto a los miedos de Alzabarah, Asaker le procuró un futuro dándole trabajo en la fundación de Mohamed. Según las actuaciones del Departamento de Justicia, la responsabilidad de Alzabarah fue «controlar y manipular las redes sociales» en favor del reino saudí.

El ahínco de Mohamed para dominar Twitter estaba dando sus frutos. Muchos saudíes parecían genuinamente impresionados con sus rápidas reformas, incluso algunos que siempre habían sido dados a criticar las políticas públicas. Uno de los que empezaron siendo conversos fue Jamal Khashoggi, veterano periodista y exfuncionario saudí con más de un millón de seguidores en Twitter. En una entrevista de 2015 con *Middle East Monitor*, defendió la operación Tormenta Decisiva como una señal inequívoca de que Arabia Saudí no iba a tolerar los planes de Irán para controlar la región. Y se mostraba entusiasmado con las reformas de Mohamed. Como le dijo al entrevistador: «Los saudíes deberían formar parte de ese renacimiento de la libertad. Quiero que mi país esté del lado de la historia».

Khashoggi era un hombre mayor de recortada barba negra y blanca. Tenía la costumbre de sonreír socarronamente siempre que contaba una buena anécdota y llevaba pululando por la Corte Real saudí desde los ochenta. Las había visto de todos los colores... Se había infiltrado con Osama bin Laden y su banda de yihadistas en Afganistán y había trabajado para la Embajada saudí en Washington, ganando y perdiendo el favor de distintos miembros de la familia.

En su día había alabado a Bin Laden por su labor en Afganistán, pero se oponía a su terrorismo internacional. Cuando mataron al terrorista saudí, escribió en Twitter: «Acabo de sollozar por ti, Abu Abdulah [un mote cariñoso para Bin Laden que significa algo así como "padre de Abdulah"]. Fuiste hermoso y osado en los buenos tiempos, en Afganistán, antes de sucumbir al odio y a la rabia».

A veces, sus alianzas y críticas políticas a los Saúd rayaron en lo inaceptable, e incluso cruzó la línea. A raíz de una entrevista con un activista bareiní, las autoridades cerraron el canal de televisión Al Arab, cofundado por el propio Khashoggi, horas antes de que empezara la emisión.

Pero Khashoggi era tratado casi como un pariente excéntrico. Por alguna razón, siempre lograba recuperar el favor de los dirigentes, incluso después de haber hecho algo que habría acabado con la carrera de otros periodistas. Una vez aceptó un pago de 100.000 dólares de un saudí asociado con Turki bin Abdulah para escribir una serie de artículos elogiando al primer ministro de Malasia (fue un pequeño incidente dentro de todo el escándalo del 1Malaysia Development Berhad descubierto más tarde). Pero en 2015 era una persona que había criticado a los mandatarios del país, así que sus elogios a Mohamed tenían cierto peso en el extranjero. Era un personaje entrañable y astuto, medio periodista, medio relaciones públicas y, luego, medio disidente.

Parte de la estrategia de Mohamed para lavar su imagen pasó por mejorar su reputación. Otro proyecto igual de importante fue una campaña privada para demostrarles a los líderes extranjeros que, pese a su juventud, inexperiencia y condición de príncipe heredero segundo, era una persona importante en la nueva Arabia Saudí.

Tras hacerse con la cartera de Defensa, decretar los bombardeos sobre el Yemen y apoderarse de la petrolera estatal saudí, Mohamed decidió empezar a comportarse como jefe del Estado. Una noche, alrededor de las diez, se reunió en su oficina en Riad con un fiel intermediario estadounidense, el embajador Joe Westphal.

Westphal era un afable veterano de la administración militar de los EUA, el arquetipo del diplomático de la vieja escuela. Su amabilidad te desarmaba, pero era muy suspicaz. Gracias a su rostro ovalado y a su imborrable sonrisa, sabía rebajar la tensión de cualquier encuentro contando un chiste malo o una anécdota ridícula sobre sí mismo. Siempre que iba a Estados Unidos se cuidaba de comprar cuentos infantiles en su librería favorita del Greenwich Village y se los llevaba a Salmán. En Arabia Saudí no podían encontrarse y al rey le encantaba leérselos a sus nietos.

Una vez, Westphal le llevó a Salmán un ejemplar de *Rip van Winkle* y le dijo: «Tendría que sentirse identificado con esta historia. Imagine que un hombre se duerme cuando usted se convierte en gobernador de Riad y se despierta al cabo de cuarenta y ocho años,

cuando usted ya ha dejado el cargo. Seguro que se encontraría un lugar moderno e irreconocible».

Pero, entre adulaciones y risas, Westphal no perdió la ocasión de estudiar a Mohamed mucho antes de la coronación de Salmán, y mandó informes a la Casa Blanca en los que ponía de manifiesto que el joven poseía una curiosidad, una ambición y una ética de trabajo insólitas para la Corte Real. Y Mohamed respondía a las atenciones de Westphal. Tenía la sensación de que el embajador lo escuchaba y, a medida que fue acumulando poder, empezó a usar más a Westphal como mentor y conducto para dialogar con Washington. A menudo se reunía con él a altas horas de la madrugada.

En esa reunión concreta, a las diez de la noche, Mohamed le dijo al embajador que el presidente Vladímir Putin lo había invitado al Kremlin. Sin embargo, él prefería hacer primero una visita oficial a Estados Unidos. Westphal contestó que tendría que invitarle el presidente Obama, pero que, entretanto, si al final se veía con Putin, al embajador le encantaría saber lo que habían tratado.

Mohamed ansiaba reunirse con los norteamericanos, porque sería una prueba inequívoca de que el advenedizo príncipe se había convertido en un líder internacional que respetaba el vínculo especial entre ambos países. Pero el presidente solía verse con otros jefes de Estado, no con herederos. Y Mohamed no era ni eso. En ese momento, el primero en la línea de sucesión era el príncipe Mohamed bin Naif. Y detrás de Bin Naif venía él, dos pasos por detrás.

Así que el joven decidió verse primero con Putin, aunque encontró una puerta trasera para entrar en la Casa Blanca. Los EUA estaban negociando con el archienemigo de los saudíes, Irán, para poner coto a sus ambiciones nucleares. Se mascaba la tensión, así que la Administración Obama decidió convocar a sus aliados del golfo Pérsico a Camp David para hablar de la región. El rey Salmán rechazó la invitación y el equipo de Obama lo consideró un desaire, aunque al final se enteraron de que la desestimación se debía a que el monarca se encontraba mal. En su lugar fueron sus dos príncipes herederos, Mohamed bin Naif y Mohamed bin Salmán.

Por su edad y su cargo, el primero tenía mayor rango. Pero según un analista de seguridad que estuvo en reuniones con ambos príncipes, Mohamed «no aceptaba el rol secundario», una dinámica de la que los estadounidenses tomaron buena nota. Mohamed expresaba

su opinión en casi todas las cuestiones que planteaban los norteamericanos, sin mostrar la sumisión normal a un superior de mayor edad, como es habitual en la cultura saudí. Obama aprovechó para pedir mejoras a Arabia Saudí en materia de derechos humanos.

Mohamed utilizó el viaje para revelar su agresiva estrategia de reformas económicas a los vasallos más importantes de Obama. Llevaba más de dos años puliéndola, desde que Abdulah era rey, y ahora tenía la oportunidad de enseñársela a los líderes de la mayor potencia económica del mundo. En el Salón Roosevelt del ala oeste, bajo el retrato del expresidente que en 1945 había sentado las bases de la alianza saudí-estadounidense, Mohamed le explicó su plan con pelos y señales al secretario del Tesoro Jack Lew. Pretendía alejar la economía del petróleo.

El plan era impecable. Había sido pulimentado por asesores norteamericanos expertos en hacer que un proyecto casi utópico pareciera realista. Según Mohamed, el país instauraría por primera vez impuestos locales, cortaría las subvenciones a la electricidad y fomentaría la contratación de saudíes en el sector privado, hasta entonces basado en la mano de obra extranjera. Se reconduciría la riqueza que manaba del petróleo a inversiones extranjeras para dejar de depender casi exclusivamente de los ingresos del crudo.

La música era celestial, pero las cifras eran increíblemente utópicas, en especial las estimaciones de crecimiento económico y creación de nuevo empleo. Cuando Lew hizo preguntas, Mohamed respondió con evasivas. Según dice alguien presente en la reunión, «era evidente que no podía ahondar más en la esencia de los planes económicos».

Lew se dedicó a asentir y escuchar mientras el príncipe hablaba. Luego le confesaría a otro miembro de la Casa Blanca que Mohamed exudaba una confianza pasmosa para alguien tan joven y con tan poca experiencia de gobierno. Otro empleado asistente en la reunión no fue tan diplomático. Dijo que los números del plan económico no cuadraban.

Y no era un problema solo para Arabia Saudí. Si Mohamed se disponía de verdad a recortar las subvenciones, aprobar nuevos impuestos y aumentar las facturas energéticas, pero la economía no creaba los empleos que él preveía, Arabia Saudí podía caer en una vorágine capaz de desestabilizar toda la región.

Días después, Mohamed viajó a Rusia para verse con Putin y firmó varios acuerdos de colaboración de escasa importancia.

Al verano siguiente, la Casa Blanca percibió un cambio en el tono de las conversaciones con el embajador saudí. Adel al Jubeir llevaba unas dos décadas siendo un fijo en los pasillos de Washington, pero de golpe empezó a dejar caer el nombre de Mohamed en reuniones formales e informales, como la que mantuvo con el secretario de Estado John Kerry en su casa de Nantucket en agosto.

Según recuerda un exdiplomático estadounidense, Jubeir «presentaba a Mohamed como el rey que gobernaría Arabia Saudí durante los siguientes cincuenta años, lo cual era curioso». Era el segundo en la línea de sucesión. ¿Por qué se hablaba de él como futuro soberano cuando se suponía que su primo iba primero?

Dice este diplomático: «Le quitamos un poco de hierro al asunto. Pensamos que había encandilado a Adel, eso es todo», sugiriendo que el ministro de Asuntos Extranjeros se había quedado prendado del carismático príncipe, y no que había habido un auténtico trasvase de poder. En la Casa Blanca y el Departamento de Estado, esas conversaciones resultaban incómodas; no querían entrometerse en ninguna batalla interna de los Saúd. «No nos corresponde a nosotros elegir al próximo gobernante de Arabia Saudí», se decían unos a otros.

En septiembre Mohamed volvió a la Casa Blanca, pero esta vez fue acompañado de su padre, ya recuperado de la gripe. Allí tuvieron una reunión más formal con Obama. En ese momento ya se había firmado el acuerdo nuclear con Irán y Mohamed no hizo nada por ocultar su frustración. Después de cenar en casa de John Kerry en Georgetown, Mohamed se acercó al piano de un cuarto de cola y empezó a tocar el «Claro de luna» de Beethoven. Su actuación sorprendió tanto a los invitados que figuró en el informe oficial que el Departamento de Estado mandó a la Casa Blanca. Luego le confesó a un asesor que había aprendido por su cuenta varias obras para piano.

Mohamed tampoco compartía esa cortés aquiescencia que los americanos estaban tan acostumbrados a oír en los cara a cara con los príncipes saudíes, reacios a la confrontación directa. Sin levantar la voz ni perder la compostura, y hasta sonriendo un poco, Mohamed le dijo a Kerry que Obama había cometido tres errores en Oriente Medio: abandonar al egipcio Hosni Mubarak durante la Primavera Árabe; no usar la fuerza cuando Siria cruzó la línea roja usando armas químicas,

y negociar con Irán un acuerdo nuclear sin contar con los saudíes. Pero cuando Salmán hizo declaraciones en público con Obama, expresó su apoyo al acuerdo con Irán, no queriendo mostrar la fractura entre los aliados.

Fue un verano de vértigo para Mohamed. Llevaba menos de un año como alto dignatario y ya se estaba adentrando en la maraña geopolítica. Obama, el líder del principal aliado saudí, parecía distante y escéptico con la monarquía y estaba dispuesto a negociar con el enemigo declarado de Arabia Saudí, Irán. El histórico antagonista de Estados Unidos en el Kremlin parecía un líder calculador y negociador; no tenía gran cosa que ofrecer al país arábigo. Al volver a Riad, Mohamed expresó su turbación.

Pero esas visitas escondían una victoria nada desdeñable. Las agencias de noticias de todo el mundo, sobre todo las saudíes, mostraban a Mohamed bin Salmán charlando de tú a tú con líderes de otros países. Las imágenes de él hablando con Putin y Obama eran la prueba de su importancia en el extranjero y reforzaban su pretensión al trono.

El meteórico ascenso de Mohamed ayudó a afianzar su estatus ante la juventud que pretendía seducir. Pero, en su país, sus enemigos se empezaban a inquietar y desesperar. Un rival, identificado solamente como nieto de Ibn Saúd, decidió atacar a la yugular enviándoles una serie de cartas anónimas mordaces a miembros destacados de la familia real. También las publicó en Twitter, donde fueron compartidas y leídas millones de veces. Varios periódicos, incluido el británico *The Guardian*, escribieron noticias destacadas sobre las misivas.

Las críticas no dejaban títere con cabeza. Según su autor, Salmán estaba «incapacitado» y el país era dirigido por «jóvenes zoquetes» que operaban «a espaldas de un rey indefenso». El más zoquete de todos era «el corrupto y terrible usurpador de la nación, Mohamed bin Salmán». Las cartas incitaban a los hermanos de Salmán que aún vivían a que depusieran al rey y nombraran a alguien mayor y más experimentado para llevar los asuntos de gobierno: «Hacemos un llamamiento a los hijos de Ibn Saúd, del mayor, Bandar, al más joven, Muqrin, para que se reúnan urgentemente con los miembros más importantes de la familia y sopesen la situación. Deben encontrar la manera de salvar el país, hacer cambios en los rangos importantes e

incorporar talento de dentro de la familia, sea de la generación que sea».

De puertas afuera, en Arabia Saudí todo iba como siempre. La Corte Real no hizo comentarios y no hubo confirmación oficial de que Salmán hubiera leído o recibido las cartas. Pero Mohamed se puso hecho una fiera y ordenó investigar al autor de la filtración. Sus enemigos empezaban a mostrarse atrevidos; tendría que demostrarles que era más fuerte y decidido que ellos.

4

Yo soy el cerebro

Septiembre de 2015

El 11 de septiembre de 2015, poco después de las cinco de la tarde, el fin del mundo se asomó a La Meca. La arena y la lluvia ensombrecieron el cielo y el viento arreció, silbando y superando los cien kilómetros por hora. De repente, una de las más de doce grúas que se erguían sobre la Gran Mezquita empezó a inclinarse a cámara lenta. Cuando los muros recibieron el impacto del aguilón de ciento noventa metros, más alto que el Monumento a Washington, la grúa se fundió bajo su propio peso. En el patio, donde descansa la negra y cuadrada Kaaba a la que rezan los musulmanes, el metal pandeado aplastó los cuerpos de los feligreses. Murieron ciento once, muchos de ellos peregrinos egipcios y bengalíes que hacían su primer y único viaje a la cuna del islam. Resultaron heridas más de cuatrocientas personas. Había sangre y mármol roto por todas partes.

Fue una tragedia horrible, el peor accidente de grúa de la historia. Enseguida se echó la culpa a la empresa que supervisaba la restauración de la Gran Mezquita (o Másyid al Haram). El Grupo Saudi Binladin era uno de los conglomerados privados más grandes del país. Su fundador, Mohamed bin Laden, da nombre al grupo. Nacido en la costa sur del Yemen, ligó su futuro a la suerte de la opulenta Casa Real saudí en los albores del país, construyendo palacios y mansiones y encargándose de obras prestigiosas y delicadas en La Meca.

Mohamed llegó a ser el hombre más rico del país fuera de la familia real. Cuando murió, en 1967, sus cincuenta y seis hijos continuaron su legado. Uno de esos hijos era Osama bin Laden, que fundó el grupo terrorista Al Qaeda y que atrajo a Estados Unidos a una serie de guerras en Irak y Afganistán tras coordinar el secuestro de los

aviones que se estrellaron contra las Torres Gemelas y el Pentágono.

Cuando tuvo lugar el accidente, el Grupo Saudi Binladin, propiedad de los hijos de Mohamed bin Laden, estaba supervisando la renovación de la Gran Mezquita. Salmán y Mohamed lo vivieron con horror. Era una catástrofe para todos los damnificados y para sus familias, pero también era un mazazo para la reputación del país y de los Saúd. El rey es el guardián de los santos lugares del islam, por lo que la calamidad golpeó de pleno en el corazón de la confesión.

La Meca y Medina, las ciudades sagradas, también son la segunda fuente de ingresos para el Gobierno tras el petróleo. Aportan miles de millones de dólares al año. En teoría, ese dinero era lo que más se acercaba a una fuente económica no petrolera, pero incluso eso era un espejismo. Por culpa de la mala gestión, el Gobierno saudí pagaba cerca de 10.000 millones al año para que las ciudades sagradas siguieran operando a máxima capacidad. Sin embargo, la familia real se escudaba en su promesa de custodiar las mezquitas como pilar de su legitimidad.

Para Mohamed bin Salmán, la tragedia fue una oportunidad de aumentar su poder, ya de por sí inmenso. Desde que reinaba su padre se había reunido varias veces con Bakr bin Laden para hablarle del papel que podía desempeñar en sus ideas de rejuvenecimiento económico. La expansión de la bolsa saudí era clave para sus planes de reformas, por lo que le había dicho a Bakr, de sesenta y nueve años: «Tenéis que salir a bolsa. Podemos ser socios».

Asesorado por consultorías, Mohamed veía los conglomerados familiares como reliquias grávidas y anticuadas. Quería que la propiedad y la gestión estuvieran separadas, que se divulgaran los estados financieros y que el mercado de capitales fuera viento en popa. Además, parecía un objetivo fácil que no sacudiría los cimientos del islam conservador que bloqueaban otros proyectos, como el permitir conducir a las mujeres.

Pero Bakr era un hombre beato y discreto. Recelaba de los cambios y estaba acostumbrado a las viejas formas de la Casa Real saudí, sobre todo al rey Fahd, fallecido en 2005, y al rey Abdulah. Igual que Saudi Oger, que pertenecía a la familia libanesa Hariri, el Grupo Binladin había crecido tanto porque, en parte, entendía muy bien lo que querían los Saúd. Si tenían que erigir un palacio para una nueva esposa en cuestión de meses, lo hacían. Podían pagarles muy

tarde o no pagarles; los Bin Laden no dirían ni mu. Pero ese joven príncipe estaba pidiéndoles un favor mucho más grande. Quería poder opinar sobre las decisiones fundamentales de la empresa.

Bakr rechazó educadamente a Mohamed alegando que las condiciones del mercado aún no eran las ideales. Mohamed se enfadó y dio a entender que no era una decisión sabia, porque se podían revisar todos los megaproyectos y producirse cancelaciones y ralentizaciones del trabajo. Bakr convocó a sus hermanos para hablar de sus miedos.

Tras el accidente de la grúa, el Grupo Binladin fue objeto de ataques. El rey Salmán emitió un real decreto que paralizaba todos los contratos con la compañía hasta que concluyera una investigación. La empresa quedó desvalida y vedada de todos los futuros contratos públicos y tuvo que congelar los pagos de los proyectos que ya estaban en marcha. Al tener cerca de 300.000 empleados, la mayoría de ellos operarios de la India y Pakistán, el grupo gastó enseguida toda su liquidez y llegó a un punto de inflexión. Mohamed también lo convirtió en un pulso personal contra el clan Bin Laden, prohibiendo viajar a los altos ejecutivos conectados con el incidente de la grúa y a algunos de los hermanos.

Tan graves eran sus problemas que Bakr lo intentó todo, incluso ceder el control del negocio a un hermano para asumir la plena responsabilidad del accidente. Contrató a un equipo occidental liderado por un financiero alemán para que reestructurara la compañía, pero fue en vano. El hostigamiento prosiguió.

A Saad Hariri, consejero de Saudi Oger y con doble nacionalidad (de hecho, fue primer ministro del Líbano), también le estaba costando encontrar liquidez. Por culpa de su mala gestión, Oger tenía poco cojín para afrontar retrasos en los pagos. Saad hizo lo imposible por ganarse la aprobación de Mohamed bin Salmán, ampliando el colosal palacio costero del rey en Tánger. Y cuando Mohamed dijo que quería un pasillo más directo en la Corte Real para acceder al vestíbulo del negociado de Bin Naif, Saad se pasó la noche entera sin dormir ayudando a sus albañiles a escarbar en el mármol y el cimiento para terminar el trabajo. Mohamed se lo agradeció, pero fue evidente que tampoco lo había considerado un favor que devolver. De poco le sirvió a Saad...

Tras crecer durante los reinados de Fahd y Abdulah, Saad se llevó

un buen desengaño al ver que las normas de interacción con los Saúd habían cambiado. Su empresa familiar había hecho una fortuna con varios contratos públicos para construir palacios para reyes, príncipes y altos representantes del Gobierno. Ahora no encontraba la manera de salvar el imperio familiar. Y el rey Salmán aborrecía a Saad. Lo consideraba un zorro adulador.

Y lo peor era que Saad tenía vínculos estrechos con el séquito del difunto rey Abdulah, sobre todo con Jalid al Tuwaijri. Después de su coronación, Salmán y su hijo Mohamed estuvieron meses oyendo rumores de las grandísimas sumas de dinero que la familia Hariri había recibido de los hijos de Abdulah. Dentro y fuera de la corte, la gente chismorreaba y hablaba de las maletas llenas de dinero que Saad se llevaba de Riad a Beirut o Ginebra en su avión privado. Una vez, a principios de los 2000, Saad le dijo a un amigo que viajaba con él: «¿Ves esa pila de tres metros de alto y tres de ancho? Son maletas de cuero llenas de billetes de cien dólares para gastar en Suiza».

Al morir Abdulah, Mohamed por fin tuvo acceso a las cuentas bancarias del Gobierno y del rey y su familia. Lo que descubrió fue demoledor. En vida, Abdulah había sido un rey relativamente frugal con sus hijos, pero les había dejado enormes sumas de dinero. Cada hija recibió más de mil millones de dólares, y los hijos se llevaron al menos el doble. En uno de los palacios de Abdulah se encontró literalmente una montaña de dinero: más de mil millones de dólares en billetes de cien. También se habían desviado miles de millones a la Fundación Rey Abdulah, una organización benéfica creada por el soberano y controlada por sus hijos.

Y luego estaba el dinero que se embolsaba la gente de su comitiva, en particular Tuwaijri y el jefe de Protocolo del monarca, Mohamed al Tobaishi. Eran hombres riquísimos para ser funcionarios y tenían lazos sospechosamente cercanos con la familia Hariri.

Cuando Salmán fue coronado, Mohamed llevaba años viendo a Tuwaijri como un enemigo. Pero Tobaishi logró aferrarse al cargo durante los primeros pocos meses, hasta que lo grabaron *in fraganti* abofeteando a un periodista. Salmán lo despidió en el acto y Mohamed ahondó aún más en sus finanzas. ¿Cómo era posible que un simple mayordomo del rey se hubiera comprado un enorme rancho en las afueras de Riad, un acaballadero y un garaje lleno de coches de lujo? ¿Cómo podía tener suficiente dinero para asociarse con dos hijos de

Salmán para meter dinero en un fondo de inversión de Londres? ¿Y cómo podía permitirse construir un criadero de caballos de raza árabe y abastecerlo de expertos en hípica y veterinarios?

Gran parte de esa riqueza estaba vinculada a los Hariri. El padre de Saad, Rafic, había fundado la empresa familiar Saudi Oger y había sido primer ministro del Líbano antes que su hijo. Rafic había cultivado su amistad con Tobaishi durante años, desde antes de que Abdulah fuera rey.

Mohamed estrechó el cerco sobre los funcionarios corruptos y los operadores del sector privado que se habían llenado los bolsillos mediante el cohecho. Su padre le encargó transformar la economía y el príncipe esperaba que la patronal y la familia real cumplieran con su deber patriótico, aunque les ocasionara pérdidas financieras. Era un cambio radical para Arabia Saudí, donde las cosas llevaban décadas sin cambiar. Las mismas grandes compañías pagaban mordidas a los mismos miembros de la Casa Real y del Gobierno, y ningún rey ni príncipe estaba dispuesto a enemistarse con la gente, como requería el cambio del sistema.

Lo único que jamás se oía, al menos en público, era una queja. En privado, los hijos del difunto Abdulah rechistaban. Cuando se reunía con sus hermanas, el aspirante Turki bin Abdulah, que fue apartado rápidamente por Mohamed, se quejaba de que Salmán siempre había sido un excéntrico. Decía que había gobernado Riad durante cuarenta y ocho años porque era demasiado impredecible para dirigir un ministerio de peso. Pero los hijos de Abdulah se cuidaban de no airear sus protestas; tanto es así que, al morir su padre, empezaron a dejar el móvil en otra habitación mientras charlaban por miedo a que los hombres de Mohamed pudieran escuchar las conversaciones que mantenían en su propia casa. Como salió a la luz más adelante, sí que estaban escuchando...

Los Bin Laden y los Hariri respondieron a los golpes de Mohamed poniendo la otra mejilla. Un inversor occidental describió esa filosofía de forma sucinta: «Es como si te dieran por el culo y tú sonrieras igualmente».

Daba la sensación de que Mohamed creía que podía competir de tú a tú con el sector privado, pero con todos los poderes gubernamentales detrás de él. Ir contra el príncipe era como llevar un cuchillo de untar a un duelo. Ganaba siempre. En su opinión, sus ideas eran simplemente mejores.

Uno de sus planes de negocio más destacados también guardaba relación con La Meca y la peregrinación anual, el *hach*. Cada año, hasta 2,5 millones de musulmanes de todo el mundo viajan a La Meca y dan la vuelta a la Kaaba para rezar y cumplir con los dictados de su fe. Los cerca de 1,8 millones que llegan del extranjero saben que la aerolínea estatal Saudia tiene prácticamente el monopolio de los vuelos hasta el aeropuerto más cercano, en Yeda.

Pese a tener clientes asegurados para la peregrinación más importante del mundo, Saudia no obtenía beneficios. La compañía era famosa por su nefasta gestión y por las prácticas desfalcadoras y fraudulentas que empañaban el resto del Gobierno saudí. La aerolínea tampoco invertía lo suficiente en sus aviones y su decrépita flota requería de un mantenimiento constante. No se consiguió hacerla rentable ni siquiera contratando a una serie de expertos extranjeros.

Poco después de que Salmán llegara al trono, Mohamed decidió afrontar uno de los mayores problemas de Saudia. Se propuso incorporar una nueva flota de aviones. Sería un acuerdo colosal valorado en 10.000 millones de dólares o más. Pero había una traba. Al poco de morir Abdulah, Saudia ya había llegado a un acuerdo con el fabricante europeo Airbus. Se había pactado la compra de cincuenta nuevos aviones de pasajeros y el PIF saudí pensaba financiarla. Era un buen negocio para la aerolínea. Además, al comprar tantos aviones de golpe, obtenían un gran descuento.

Pero Mohamed veía un problema en ese pacto: que no lo había firmado él. Era especialmente trágico porque, en los meses previos, una compañía ligada a su familia se había metido en el sector de la aviación comercial.

En 2014, el hermano menor de Mohamed, Turki, hizo una serie de transacciones para convertirse en presidente y accionista mayoritario de una empresa de Dubái llamada Quantum Investment Bank, aunque quien controlaba *de facto* la inversión era Mohamed. Como institución financiera, Quantum tenía escasa trayectoria, pero

estaba ligada a un histórico banquero de Dubái con muchos nexos con las finanzas de los países islámicos.

Las leyes del islam prohíben el préstamo con intereses. En las últimas décadas, una serie de banqueros pioneros han desarrollado estructuras, aprobadas por los expertos religiosos, que técnicamente permiten el préstamo sin lucro. Para describirlo de la manera más simple posible, esas estructuras añaden tasas a los contratos en vez de aplicar intereses. Es un nicho muy concreto, pero gracias a los inversores devotos e inmensamente ricos del sector petrolero, provenientes de países como Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Kuwait, hay grandes sumas de capital disponible y mucho dinero que ganar.

El banco de los Bin Salmán, Quantum, se unió a otra compañía prácticamente desconocida de Dubái e hizo un anuncio sorprendente. Iban a crear la que podía ser la empresa de arrendamiento de aviones más grande del mundo. La empresa nació gracias a hábiles operadores financieros del Líbano y Marruecos que se instalaron en Dubái para vehicular la entrada de dinero de los Estados petroleros del golfo. Su estrategia era recaudar dinero de inversores musulmanes, invertirlo en la compra de aviones y luego arrendarlos a las aerolíneas. La diferencia entre los pagos del préstamo y las cuotas del arrendamiento se considerarían beneficios para los inversores.

Era un acuerdo especialmente positivo para Quantum, ya que el minúsculo banco se guardaba el derecho a una parte de las cuotas en calidad de agente colocador. Es decir, Quantum se encargaba de recaudar dinero de los inversores para el fondo y se quedaba con un porcentaje. Por ende, la empresa cobraba tanto si el arrendamiento salía bien como si salía mal. Su vínculo con los Bin Salmán se traducía en que los posibles inversores que quisieran ganarse el favor de la familia podían hacerlo invirtiendo. El fondo recaudó miles de millones. La labor de Mohamed era procurar que hubiera un cliente dispuesto a arrendar sus aviones.

Y, cuando su padre fue coronado, eso estuvo tirado. Poco después de llegar al trono Salmán, Mohamed envió a un súbdito a Saudia para comunicar a la compañía que ya no adquiriría las aeronaves de Airbus, sino que la compañía asociada con Quantum compraría los aviones y se los alquilaría a la aerolínea. Según las condiciones del préstamo, Saudia arrendaba los aviones por el precio normal de

mercado de un nuevo Airbus. Como les dijo Mohamed a sus amigos, «es un buen negocio para todo el mundo». Su familia se embolsaría algo y Saudia tendría aviones nuevos a precio de mercado.

Para los ejecutivos de Saudia, el problema era que la empresa no habría tenido que pagar esa cantidad con el otro acuerdo: habría comprado los aviones con un descuento. Con el nuevo pacto, quien se llevaba el descuento del 60 % o más del precio oficial era el fondo vinculado al banco de los Bin Salmán. Y dicho banco iba a arrendarle esos aviones a Saudia, pero sin descuento. Mohamed lo decretó así y Airbus aceptó el cambio, aunque algunos empleados expresaron recelos porque era un acuerdo potencialmente irregular.

Mohamed lo consideró su primer gran negocio desde que su padre gobernaba. Poco después, dirigiéndose al público en un palacio, presumió: «Yo soy el cerebro de este acuerdo».

Mohamed entendía que, a varios niveles, la clave del poder en Arabia Saudí era el dinero. El dinero le había permitido a Salmán ser generoso con tribus potencialmente rivales y sobornar a príncipes ambiciosos que aspiraban a más poder político, pero que estaban dispuestos a conformarse con un gran cheque. En general, gracias al control sobre las finanzas estatales Mohamed podía escoger quién ganaba y quién perdía en su nueva economía.

Podría haber seguido licitando obras y concediéndoselas a Binladin y Oger, pero durante esa época escogió constructoras más pequeñas cuyos propietarios eran más dóciles y menos ligados a facciones rivales de los Saúd. Sin embargo, lo más importante seguía siendo el dinero proveniente del petróleo. Era el sustento de la Arabia Saudí moderna, y la futura gestión de los yacimientos determinaría el rumbo del reino.

Mohamed tenía clarísimo cómo había que gestionar esa riqueza. Mientras la extracción y venta de crudo siguiera siendo la principal fuente de ingresos de la nación, Arabia Saudí estaría sujeta a la vieja economía, que empezaba y acababa en la materia prima. Pero él era un *millennial* obsesionado con la tecnología; estaba convencido de que esa era había pasado a mejor vida y de que sus reformas iban a dotar al país de fuentes de ingresos más sostenibles.

Mohamed le comunicó a su padre que había decidido adoptar el plan económico más agresivo hasta la fecha. Quería vender una parte de la petrolera estatal, la compañía más grande del mundo y el motor que convirtió el árido desierto en una nación moderna. La liquidez resultante se usaría para invertir en otros sectores. Mohamed pensaba que, si un inversor tan astuto como él lideraba la iniciativa, la estrategia les ofrecería una mejor rentabilidad que el triste petróleo.

El príncipe le presentó el plan a Salmán como suyo, pero en verdad tenía sus orígenes en el proyecto que había elaborado en 2012 su primo Al Walid bin Talal. La diferencia era que Al Walid no poseía una gran influencia sobre su tío, el entonces rey Abdulah. La voz de Mohamed, en cambio, era muy respetada cuando propuso el plan. Al fin y al cabo, su padre era el soberano.

Pero, para ejercer esa influencia, Mohamed tenía que permanecer ojo avizor a las amenazas a su poder. Esas amenazas se materializaban en forma de príncipes disidentes y cortesanos insubordinados. La principal era la del príncipe heredero Mohamed bin Naif, el aristócrata saudí con más vínculos con Estados Unidos.

Desde los atentados del 11-S, Bin Naif había coordinado la lucha antiterrorista con Estados Unidos. Su labor había sido esencial. Si Arabia Saudí no se hubiera sumado a la cruzada norteamericana para librar al mundo de los islamistas, el país podría haber acabado marginado por los Estados más poderosos. Como muchos saudíes habían contribuido a los ataques, su objetivo era demostrar que Arabia Saudí no solo era un aliado fiable, sino que creía firmemente en los mismos principios. Los norteamericanos le cogieron afecto. Era reservado y tranquilo. Escuchaba, no hacía promesas irrealizables y cumplía con su deber. Por ejemplo, si la Inteligencia estadounidense descubría información sobre un rico saudí que había apoyado a los extremistas de Oriente Medio, Bin Naif ayudaba a recabar más datos, a congelar fondos o a practicar arrestos.

Mohamed bin Naif tenía flaquezas que Estados Unidos también conocía bien. Por culpa de un atentado en 2009, arrastraba secuelas y estaba más cansado que antes. Se dormía en las reuniones y tanto en Arabia Saudí como en las agencias de inteligencia estadounidenses circulaban rumores de sus actividades potencialmente comprometedoras en Europa, donde había ido a buscar placer. Nada más llegar Salmán al trono, el runrún que llegaba del otro lado del

Atlántico adquirió un tono mucho más lúgubre. En el Gobierno de los EUA había quienes veían una cierta utilidad en esa información. Si hacía falta, siempre podían usarla para ejercer presión. Pero había otros que estaban inquietos. Si esa información se filtraba, los Saúd podrían usarla fácilmente para menoscabar la pretensión al trono de Bin Naif.

Muchos analistas y agentes de inteligencia de Estados Unidos sentían un gran respeto por Bin Naif, porque parecía comprometido con una de esas tareas poco agradecidas que otros príncipes saudíes desatendían: en un país donde el poder reside en los individuos, él parecía decidido a construir instituciones fuertes.

En cuanto que monarquía absoluta, un gran punto débil de Arabia Saudí era que el rey y los hombres que él nombraba lo controlaban todo. Los nuevos monarcas y las personas designadas para cualquier cargo enchufaban a gente de su confianza y dilapidaban toda la experiencia o el conocimiento acumulado. Uno accedía a un puesto clave a través de sus contactos, más que del mérito. Desde Estados Unidos se reiteraba constantemente que, para erigir un Gobierno sólido y capaz, el país necesitaba organismos con su propia cultura, con planes de sucesión y continuidad. El problema era que muchos miembros de los Saúd parecían ver las instituciones fuertes como una amenaza para su familia. Querían que el poder residiera en las personas, aunque no fuera lo mejor para el país. Bin Naif era la excepción que confirmaba la regla. David Petraeus, como general durante varias décadas y luego como director de la CIA, pasó muchas horas con Bin Naif en Washington y Arabia Saudí. Según él: «Nos reuníamos los dos y hablábamos sobre el fortalecimiento de las instituciones, cosa que me parecía extraordinaria».

Bin Naif estaba decidido a crear un aparato de seguridad fuerte que sobreviviera a su propio poder. Por eso eligió a Saad al Yabri, un hombre devoto y con una barba inmaculadamente recortada, a quien le asignó un papel clave como líder de la lucha antiterrorista saudí-estadounidense. Yabri era un funcionario profesional que llevaba años dando curso a las peticiones que enviaban las agencias de inteligencia estadounidenses. Entabló una relación de confianza con la CIA, el Ejército y el Departamento de Estado, donde se le conocía como «doctor Saad» por su doctorado. Yabri también encabezó un proyecto para ayudar a reformar extremistas y recibió elogios de sus homólogos

en los EUA.

En las agencias de inteligencia norteamericanas, muchos confiaban en Yabri como nunca habrían podido confiar en un miembro de la familia real. Mohamed se percató de ello y lo vio como una vía para estrechar lazos con los responsables de la lucha antiterrorista y ganar credibilidad ante ellos. Poco después de la coronación de su padre, Mohamed procuró que Yabri recibiera un puesto en el gabinete de la Corte Real. Ni Yabri ni su valedor Bin Naif habían solicitado ese ascenso, y los aliados del segundo sospecharon que Mohamed estaba intentando seducir a la mano derecha de su rival para ganarse el favor de influyentes dignatarios estadounidenses.

Durante los primeros meses del reinado de Salmán, Mohamed consultó a Yabri en cuestiones de seguridad, sobre todo en las que concernían a Estados Unidos. Pero nunca le abrió las puertas a su camarilla más íntima. Algunos aliados de toda la vida, como Saúd al Qahtani, sospechaban del secuaz de Bin Naif, que de repente se codeaba con ellos. Esos hombres querían que Mohamed fuera el siguiente rey y les preocupaba que Yabri fuera fiel a su gran rival.

Los aliados de Mohamed en el Gobierno de Abu Dabi, uno de los Emiratos Árabes Unidos, también despreciaban a Yabri. Bin Naif y la familia Nahyán llevaban años reñidos. En un congreso en Abu Dabi en febrero de 2015, el príncipe heredero abudabí Mohamed bin Zayed al Nahyán le confió unas polémicas declaraciones a Mohamed. Le dijo que Yabri era miembro secreto del grupo islamista Hermanos Musulmanes, un archienemigo de los Saúd. Era una acusación sin fundamento que el líder de Abu Dabi reiteró a sus contactos en el Gobierno de Estados Unidos.

La relación entre Mohamed y Yabri empezó a caldearse de verdad con la campaña de bombardeos sobre el Yemen. Yabri estaba en contra porque tenía miedo de que el Yemen se convirtiera en un cenagal. Presentó su dimisión cuando Mohamed se negó a escuchar su consejo, pero el príncipe no la aceptó. Yabri decidió entonces darse unas largas vacaciones y se dedicó a viajar entre la residencia de su hijo en Estados Unidos y Arabia Saudí durante unos meses mientras esperaba una resolución.

Mohamed reincorporó brevemente a Yabri cuando la Casa Blanca y los servicios de inteligencia de los EUA pidieron tratar con él y limar asperezas en torno a la campaña yemení. Pero Yabri se sentía cada vez

más apartado.

Luego, en septiembre de 2015, mientras Salmán estaba de viaje y Bin Naif se encontraba en Arabia Saudí haciendo de rey, Yabri se enteró por Twitter de que lo habían echado. Bin Naif se llevó una sorpresa igual de mayúscula y convino con Yabri en que era un doble insulto. Expulsar al más fiel escudero de Bin Naif mientras este era rey en funciones era un desprecio al príncipe heredero. Mohamed había despedido a Yabri supuestamente porque se le estaba investigando por reunirse en secreto y sin permiso del rey con agentes británicos y estadounidenses, incluido el director de la CIA John Brennan. La Corte Real creó una comisión para investigar los quince años de contactos de Yabri, aunque Salmán la disolvió cuando Bin Naif le dijo que Yabri se había visto con esas personas siguiendo sus órdenes.

Los buenos contactos que Yabri tenía en la Inteligencia estadounidense no podían creérselo, y Bin Naif echaba fuego por los ojos. Pero Yabri le aconsejó pasar página. Parecía que lo habían despedido para elevar la tensión entre Bin Naif y Mohamed, y de eso no podía salir nada bueno.

Fue un varapalo para la relación de Bin Naif con los EUA y un aviso de que Mohamed buscaba debilitarle.

Para el propio Yabri, significó el exilio. Temía que Mohamed lo encerrara si se quedaba en el país, así que les pidió ayuda a sus antiguos contactos de la inteligencia occidental. Y, pese a los años que lleva Arabia Saudí solicitando su extradición, sigue exiliado.

5

Traedme a McKinsey

Enero de 2016

En la sede que Aramco tenía en la costa este de Arabia, el pánico cundía entre los empleados. Esa mañana de enero de 2016 había llegado el borrador de un artículo de *The Economist* que anunciaba algo que nadie en la compañía esperaba. Mohamed bin Salmán había decidido vender parte de la sociedad en la mayor salida a bolsa de la historia.

Según recuerda un trabajador, «un silencio estremecedor» recorrió el salón ejecutivo. Algunos altos directivos de Aramco habían estado aconsejando a Mohamed sobre su plan de diversificar la economía saudí, pero nunca habían sopesado vender una parte del motor financiero del país. Era una de esas ideas que se cuecen en una sala llena de gente que no tiene ni la más remota idea de lo difícil que es lograr algo así.

Una docena de miembros del equipo de relaciones públicas de Aramco se reunieron con altos directivos para redactar a toda prisa una declaración. Su propósito era que pareciera que se había consultado al consejo de administración y que este había participado en las conversaciones.

Su presidente Jalid al Falih, que en los encuentros privados con miembros del Gobierno se había opuesto a la oferta pública de acciones, confirmó que la empresa estaba considerando vender acciones y alabó su excelente gestión. Días más tarde declaró esto a *The Wall Street Journal*: «A nadie le preocupa en absoluto que la compañía tenga debilidades». Falso. Bajo su fachada de eficiencia corporativa occidental, Aramco estaba plagada de peculiaridades contables y administrativas que podían disuadir a los inversores internacionales. Algunas de ellas serían consideradas señales de

alarma.

Las empresas que cotizan en las enormes bolsas de ciudades como Nueva York, Londres y Tokio tienen que seguir normas estrictas para responder ante los inversores. Sus cuentas deben ser transparentes y su contabilidad ha de seguir pautas aceptadas en todo el mundo. Aramco, en cambio, era básicamente la empresa familiar más grande que existía. Solo respondía ante un hombre, el rey saudí, y no estaba obligada a seguir las directrices de nadie más. Los registros de Aramco eran tan caóticos que los contables extranjeros que llevaban sus cuentas no acertaban a calcular bien los beneficios y las pérdidas de cada trimestre, el requisito más básico de una empresa que cotiza en bolsa.

De puertas afuera, Aramco juraba «cumplir voluntariamente» las normas internacionales de contabilidad. Pero lo cierto es que se ahorraba los aburridos pero importantes detalles que los inversores utilizan para calcular la rentabilidad de una petrolera. Por ejemplo, los contables de Aramco simplemente se inventaban la tasa de depreciación de los yacimientos, en vez de seguir los cálculos estandarizados que utilizan grandes compañías como Exxon y Royal Dutch Shell. ¿Qué importaba la depreciación para una empresa que era del rey? Pero para una multinacional que cotiza en los mercados internacionales, edulcorar esos datos podía ser considerado un delito.

La empresa carecía de mecanismos de rendición de cuentas que los inversores occidentales esperarían en otros aspectos. Su dirección y su escala salarial no aspiraban a ser meritocráticas. Los puestos decisorios estaban copados por saudíes, aunque tuvieran menos experiencia o preparación que los extranjeros que tenían bajo su mando. Y los salarios y beneficios de esos trabajadores extranjeros dependían bastante de su etnia, más que de sus logros. Los ingenieros y contables norteamericanos y británicos cobraban más que los indios y pakistaníes. Y los profesionales africanos cobraban todavía menos.

En un sector en el que las grandes compañías estaban obsesionadas con la seguridad tras haber pagado desorbitadas multas y sanciones a la justicia por catástrofes como el vertido de Exxon Valdez y la explosión y el vertido de BP en el golfo de México, a Aramco nunca se le había exigido al mismo nivel. Respondía ante los tribunales saudíes, que estaban controlados por la misma familia que poseía Aramco. Por lo tanto, carecía de los mismos estímulos para

evitar accidentes costosos y vergonzosos. Apenas unos meses después de que Mohamed anunciara el plan para salir a bolsa, Aramco sufrió el peor desastre petrolero en años, un accidente causado por la negligencia dolosa de la compañía a la hora de aplicar medidas básicas de seguridad.

La catástrofe ocurrió en una nueva urbanización cerca de la sede de Aramco, donde la compañía alquilaba viviendas a trabajadores extranjeros no americanos. La empresa saudí que edificó y que era propietaria de los bloques de pisos les había conferido un aire de modernidad, con piscina comunitaria y gimnasio.

Aramco envió a un experto en seguridad de edificios llamado Thomas Meyers para que hiciera una inspección rutinaria antes de mandar a los empleados. Meyers era un hombre reservado de Colorado que había trabajado durante años como inspector de viviendas para la administración local, y también como consultor de empresas privadas. Lo habían contratado años antes, tras un incendio mortal en unas viviendas de trabajadores de Aramco. Era una auténtica sinecura con la que se sentía cómodo, cobraba bien y vivía a cuerpo de rey en una urbanización de la empresa. Además, tenía la oportunidad de compartir su conocimiento en materia de seguridad con un país que andaba necesitado de él.

Meyers encontró un complejo dantesco. Sus ocho edificios de seis plantas tenían huecos de escalera abiertos. En un incendio, serían como «una chimenea»: aspirarían el oxígeno hacia arriba y atraerían el calor y las llamas hacia las plantas superiores, y así lo hizo constar en su informe. Los edificios no tenían rociadores contra incendios, algo que infringía las propias normas de Aramco, ni salidas de emergencia adecuadas. En los pisos no había detectores de humo. Y los cables de la instalación eléctrica estaban pegados chapuceramente con cinta. Los problemas ponían seriamente en entredicho «la seguridad de los residentes», según escribieron Meyers y su superior a la dirección de Aramco, instando a la compañía a impedir que sus empleados se instalaran allí.

Los directivos ignoraron la carta y acomodaron a docenas de empleados y a sus familias en los edificios. Casi de inmediato, unos

geólogos y contables pakistaníes detectaron los problemas de construcción y seguridad en sus nuevos hogares. Un residente escribió un correo a un encargado de viviendas para decirle que las alarmas antiincendios no funcionaban y que no había luces de emergencia. Pero la empresa no arregló los problemas.

A las 4:45 horas del 30 de agosto de 2015, un transformador eléctrico que había en el garaje bajo uno de los edificios se averió. Un socorrista filipino que vivía en un barracón subterráneo olió el humo y despertó a sus colegas. Corrieron a dispersarse por el complejo intentando despertar a los inquilinos, pero las llamas avanzaron más rápido que ellos. El petróleo del transformador ardió y encendió los neumáticos de los coches. Al cabo de unos minutos empezaron a producirse una serie de explosiones que sacudieron el edificio, una por cada coche que iba estallando bajo tierra.

Las llamas salieron despedidas por el hueco de la escalera tal y como había predicho Meyers, y los que habitaban en los pisos de arriba quedaron atrapados. Una mujer embarazada saltó por la ventana hacia la piscina comunitaria e impactó de cabeza contra el borde de cemento. Murió en el acto. Otra familia tiró a su bebé desde el balcón y, en el patio inferior, un hombre con los brazos extendidos trató de atraparlo al vuelo. Un matrimonio pakistaní saltó por la ventana. Cada uno tenía abrazado a uno de sus hijos, con la esperanza de que sus cuerpos absorbieran el impacto de la caída. El hombre sufrió un traumatismo craneoencefálico y se rompió ambas piernas, pero los niños sobrevivieron.

Los vecinos se reunieron en el patio para hacer el recuento y se dieron cuenta de que faltaban un geólogo pakistaní llamado Ahmed Razi y su familia. Un amigo llamó al interfono y la esposa de Razi, Nighat, dijo que su apartamento se estaba llenando de humo y que su marido estaba inconsciente. Sacó la mano por la ventana de su piso y la agitó, pero los equipos de rescate no podían acercarse con la plataforma elevadora porque la entrada a la urbanización era demasiado pequeña.

El petrofísico sudanés Mohamed Gebreldar logró escapar con su hija de dos años. Pero cuando volvió para rescatar a sus otros dos hijos, su esposa y su madre, el humo era demasiado espeso. La esposa, el hijo y las dos hijas de un ingeniero canadiense, Tariq Minhas, también se quedaron atrapados dentro.

Una vez extinguidas las llamas, el equipo de rescate escudriñó el complejo. Nighat Razi sobrevivió, junto con dos de sus hijas. Su marido y otra hija fallecieron. Tampoco sobrevivieron dos de los hijos de Gebreldar, ni su suegra. Minhas perdió a toda la familia. En total fallecieron diez personas, en uno de los accidentes del sector más mortíferos de la década.

Pero Aramco no tuvo que hacer frente a ninguna de las sanciones por responsabilidad penal y civil que en Estados Unidos estuvieron a punto de doblegar a BP, una de las petroleras más grandes del planeta. Los trabajadores no podían demandar a la empresa en los tribunales saudíes. Se pagaron sumas simbólicas a muchos de los residentes, pero no a todos. A algunos los obligaron a pagar por los coches calcinados y a saldar las deudas pendientes de los vehículos antes de poder abandonar Arabia Saudí.

Las familias que perdieron algún miembro recibieron una compensación simbólica, pero Nighat Razi, que pidió quedarse en Arabia Saudí porque una de sus hijas sufrió lesiones permanentes y quedó postrada en el hospital, fue deportada a Pakistán con una indemnización de 32.000 dólares. Luego, Aramco le pagó una cantidad considerablemente mayor porque *The Wall Street Journal* indagó en su situación e hizo preguntas a la empresa.

Minhas, el ingeniero canadiense, recibió una compensación de otro tipo. Como era un musulmán devoto, Aramco aceptó enterrar a su esposa y a sus hijos en un famoso cementerio que hay cerca de la ciudad santa de Medina. La compañía le concedió unos seis meses de permiso y fletó a más de doce de sus familiares desde Estados Unidos, Canadá y Pakistán para visitar La Meca. Según dijo Aramco en ese momento, no existía «sentencia de responsabilidad civil o económica» contra ellos, pero se decidió «indemnizar por los daños provocados» porque era lo correcto: «La seguridad de nuestros empleados, de sus allegados y familiares y de nuestros contratistas es de vital importancia». Aun así, el mayor pago que tuvo que realizar Aramco terminó siendo para la compañía saudí que había construido aquel polvorín: Aramco tuvo que pagar cinco millones de dólares porque incumplió el contrato de arrendamiento prematuramente al trasladar a los empleados fuera de la urbanización calcinada.

El historial de problemas de seguridad disuadía a los inversores. Si la compañía salía a bolsa, el temor a los accidentes y a los

consiguientes litigios costosos podía mermar el precio de las acciones.

Otro temor era que Aramco hacía muchas más cosas aparte de producir, procesar y vender petróleo. Los ingenieros y trabajadores de la compañía habían construido la mayor parte de la infraestructura nacional. La primera carretera moderna había llegado gracias a la labor de la empresa, que también había edificado escuelas, universidades y hospitales. Antes de hacer cualquier inversión o de aplicar un plan económico, se consultaba a sus analistas, aunque el proyecto no tuviera absolutamente nada que ver con el crudo. Poco después de que Mohamed se hiciera con el control de Aramco, empezó a solicitar análisis concienzudos de diferentes planes, como el de traer parques de atracciones a Arabia Saudí.

Esto no era nada nuevo para la empresa. Durante la primera mitad del siglo XX, cuando se acababan de encontrar los yacimientos y Arabia Saudí aún era pobre, los empleados de Aramco erradicaron la malaria del país. Era la mejor compañía saudí en materia de ingeniería y gestión de proyectos y era capaz de diseñar y llevar a cabo planes que nadie más podía asumir. También subvencionaba la economía.

Para contentar a la gente que vivía bajo su gobierno totalitario, los Saúd ordenaban a Aramco que regalara el carburante. Se vendía gas natural a un precio deficitario y, a veces, sus clientes estatales ni siquiera pagaban. En 2015, la mayor eléctrica saudí anunció que había contraído una deuda de 20.000 millones de dólares aceptando cargamentos de combustible gratuitos de Aramco que nunca había pagado... durante quince años. Al no tener que pagar el combustible, la eléctrica pudo ofrecer a la ciudadanía electricidad prácticamente gratis. ¿Qué pensarían los inversores extranjeros sobre tener que confiar su dinero a una empresa cuyos beneficios se utilizaban para subvencionar a la población, en vez de para pagarles dividendos a los accionistas?

Y luego estaban los proyectos fruto de la vanidad. El rey Abdulah ordenó a Aramco construir una «ciudad deportiva» de mil millones de dólares con estadio y mezquita. Quedó tan satisfecho con el resultado que, poco antes de morir, mandó construir treinta y cinco más, un decreto que se descartó poco después de que Salmán llegara al trono

debido al coste y al esfuerzo. Aramco también construyó en el desierto, cerca de los yacimientos petrolíferos, un museo y un teatro, el Centro Rey Abdulaziz para la Cultura Mundial. Para ello contrató a una empresa sueca que diseñó un edificio al estilo de *Star Wars*. Y más o menos cuando Mohamed anunció la salida a bolsa, Aramco construyó un complejo de cincuenta y cinco millones de dólares para acoger uno de los actos tradicionales favoritos del príncipe, el certamen anual de belleza de camellos. Era un sueño hecho realidad para la familia Saúd, pero los accionistas estadounidenses y británicos preferirían mil veces recibir dinero en efectivo. El capitalismo no incita la beneficencia a menos que sea un gasto de publicidad relativamente modesto.

Un alto directivo de Aramco temía una cosa: los líderes del país no acababan de entender las enormes sumas que la compañía derrochaba en proyectos que no guardaban relación con el negocio. «¿Mohamed bin Salmán entiende lo que es el separador decimal?», declaró al respecto.

Tras el anuncio de la oferta pública de acciones, los dirigentes de Aramco movieron cielo y tierra para dar con un plan que desligara la empresa del Gobierno y de la familia real. Un ejecutivo saudí llamado Motasim al Mashouq reunió a varios empleados clave en una sala y les juró que el proyecto sería bueno para Aramco en términos de eficiencia y transparencia. Y empezó a exponer un proceso casi totalmente opaco para lograrlo. Repartió unos veinte empleados de confianza en equipos, a los que dio nombres en clave; les hizo prometer confidencialidad y los puso a trabajar en distintas estrategias. En una sala de reuniones a la que solo se podía entrar con una combinación, el Proyecto X urdía un plan para sacar a bolsa toda la compañía. Los proyectos Y y Z, cada uno con su propio espacio, se encargaron de las propuestas de ir vendiendo paulatinamente trozos de Aramco.

Aun así, Mohamed siguió confiando en la empresa para cuestiones no relacionadas con el petróleo. Les pidió a los planificadores de Aramco que pensaran en ideas para su proyecto de rehacer la compañía. Y se pasó meses encargándoles a analistas del precio del crudo que redactaran diez informes a la semana acerca de oportunidades de inversión, entre otras, las islas Comoras, la inversora japonesa SoftBank y al menos una compañía de parques de

atracciones. Un analista recuerda la confusión que se adueñó de la empresa: «¿Qué tiene que ver Disneyland París con el petróleo?».

La venta de una parte de Aramco suponía un cambio radical de las viejas tradiciones saudíes y no era más que el primer paso en la estrategia de Mohamed para alejarse del petróleo, diversificar la economía y garantizar nuevos empleos y más libertad social para la flamante juventud.

La clave para convencer a su padre y al resto de los envejecidos líderes de los Saúd era argumentar que, sin ese plan, la familia corría el peligro de perder el control sobre Arabia Saudí debido a la inevitable crisis económica. Eso obligaba a convertir la visión en un plan específico, con cifras que respaldaran su viabilidad y con una participación internacional que ayudara a elevar el estatus del reino. Y Mohamed sabía a quién pedir ayuda.

Durante los más de dos años que estuvo estudiando las reformas económicas con permiso del rey Abdulah, se encontró con un colaborador receptivo, McKinsey & Company. La consultora más conocida del mundo había entrado en Arabia Saudí en 1974 con un encargo modesto, el de planificar la sede para una nueva petrolera. Los consultores norteamericanos tuvieron la buena fortuna de trabajar con un joven ingeniero saudí, Alí al Naimi, que acabaría haciéndose con el Ministerio del Petróleo en 1995 y que sería el saudí más poderoso fuera de la familia real. Desde Aramco, McKinsey extendió sus tentáculos por toda la burocracia gubernamental saudí. Y en esos últimos años afianzó sus vínculos con el país contratando a jóvenes saudíes. Algunos eran parientes de mandatarios, incluidos dos hijos de Jalid al Falih, presidente de Aramco y ministro de Energía e Industria.

En diciembre de 2015, el McKinsey Global Institute —el centro de investigación de la consultora— publicó un artículo titulado «Arabia Saudí más allá del petróleo», en el que urdía un plan para que el reino reinventara su economía. Entre 2015 y 2030, escribía McKinsey, Arabia Saudí podía doblar su PIB y «crear hasta seis millones de empleos». McKinsey aseguraba que su investigación había sido independiente y autofinanciada, y que no había cobrado nada por parte de Arabia Saudí. Pero el autor principal era Gasán al Kibsi, el

consultor de la empresa que asesoraba al Gobierno. El escrito era una gran labor propagandística de McKinsey para su cliente más importante.

Gracias al sello de autenticidad aportado por consultores que habían trabajado para las empresas y los Gobiernos más potentes del mundo, Mohamed se granjeó una nueva credibilidad internacional. Cuando anunció su plan de salir a bolsa en enero de 2016, tenía bastantes apoyos en la Corte Real y suficiente poder gracias a su padre. Ni siquiera el escepticismo de Falih, el ministro de Petróleo y presidente de Aramco, pudo frenar su plan.

Al crear sus propias empresas y la fundación MiSK, antes de que su padre fuera coronado, Mohamed quedó fascinado con las consultoras. Una idea que adoraba era la de concebir indicadores clave del rendimiento o, como pronto se les iba a llamar en los ministerios y las empresas con participación pública, KPI. Mohamed era insensible a las estrategias sin base numérica. Además, poseía una memoria prodigiosa en lo concerniente a las cifras, pues muchas veces les repetía a sus subordinados previsiones que le habían mostrado meses antes para demostrar que comprendía a la perfección las ideas básicas.

McKinsey y una infinidad de consultoras estaban dispuestas a satisfacer cualquier capricho utópico de Mohamed para su plan de transformación económica. A fin de llamar su atención, creaban presentaciones en PowerPoint con diapositivas de pronósticos y gráficos. Le hartaban de números, estadísticas y KPI, como al príncipe le gustaba.

Mohamed hizo migas con el director de McKinsey en el país, Gasán al Kibsi, que llegó a Oriente Medio tras licenciarse en el MIT. El príncipe le ofreció una visión atrevida aún por pulir. Arabia Saudí desligaría su futuro del petróleo y conectaría su economía marginal al resto del mundo.

Los consultores eran capaces de convertir sus ideas en planes con indicadores y objetivos creíbles que satisficieran al Banco Mundial y al Fondo Monetario Internacional, y también a los viejos dignatarios más escépticos. El príncipe pagó decenas de millones de dólares a McKinsey y a otra empresa, el Boston Consulting Group (BCG), para

que elaboraran estudios sobre todos los aspectos de su visión. McKinsey se encargó de la modernización económica y de las reformas de la burocracia.

Mohamed empezó a usar los KPI para intentar reformar el Gobierno. A ministros como Falih y a los demás responsables de la transformación económica, e incluso a los del sector del entretenimiento, les imponía KPI que tenían que cumplir antes de las revisiones periódicas. Si no lo lograban, podían ser despedidos. Para incentivar más a los ministros a que centraran sus esfuerzos en gobernar, más que en las viejas prácticas de desfalcar dinero de empresas que firmaban contratos públicos, Mohamed modificó la tabla salarial. Antes, cada ministro cobraba unos 10.000 dólares al mes, más los beneficios y la prima, y el rey también solía hacer la vista gorda con las mordidas. Con Mohamed, iban a cobrar varios millones de dólares al año, pero tendrían que cumplir con los indicadores y el Gobierno ya no pasaría por alto los chanchullos.

También quiso abordar la cultura de la holgazanería y el anquilosamiento que impregnaba ministerios como el de Finanzas, donde casi todo el mundo vivía en un aparente estado de parálisis, esperando los pocos años que les faltaban para la jubilación. Le otorgó poderes a Mohamed al Yadán, un abogado empresarial muy experimentado a quien el príncipe confiaba labores importantes, para que hiciera limpieza en el Ministerio de Finanzas y lo llenara de gente joven con formación bancaria. Atrás quedaban los días de trabajo fácil y constante y pensión asegurada.

En la función pública, donde más evidente fue el cambio fue en las reuniones semanales del Consejo de Asuntos Económicos y de Desarrollo, que Mohamed ideó para reemplazar a su predecesor, anticuado y lastrado por la burocracia. En vez de mandar comunicaciones vacías, darse palmaditas en la espalda y alabar la visión de sus gloriosos líderes, los ministros debían presentar una visión por fases de sus ministerios, una estrategia para hacerla realidad e informes sobre su progreso. Antes siquiera de poder presentarla, debían pasar por un grupo especial del consejo que valoraba las presentaciones. Mohamed tenía en ese momento treinta años, pero hacía preguntas y no le temblaba el pulso a la hora de gritar a tercos funcionarios que le doblaban la edad. Mientras el ministro se paseaba por la sala y presentaba un informe de setenta

páginas, Mohamed se dedicaba a ojear los papeles como un poseso hasta llegar al final y empezaba a anotar preguntas.

Según Adel al Toraifi, que entonces era ministro de Cultura y que solía estar presente en esas valoraciones, «al principio era difícil para todo el mundo. La gente no estaba acostumbrada».

Lejos de McKinsey y Aramco, Mohamed estaba presidiendo actos que no seguían en absoluto la norma occidental.

Al Awamiyah descansa unos cincuenta kilómetros al norte de la sede de Aramco, en la costa del golfo Pérsico. Es una ciudad oasis de unos 25.000 habitantes que no ha disfrutado de la paz y prosperidad relativa que ha vivido el resto del país en las décadas que lleva extrayendo petróleo.

Lo que diferencia Al Awamiyah es que su población es predominantemente chií, la rama del islam minoritaria en Arabia Saudí. Resulta un problema en una monarquía aliada con los suníes. Para los clérigos que han apoyado a los Saúd desde la fundación del reino, los chiíes no son verdaderos musulmanes. Son herejes. Y para el Gobierno saudí, cualquier chií es sospechoso de empatizar con Irán, el archienemigo del país.

Históricamente, los chiíes saudíes han tenido problemas para conseguir trabajos dignos y obtener beneficios del Gobierno. Durante décadas, Al Awamiyah y las ciudades cercanas han sido testigos de protestas periódicas y de una represión brutal. Encabezados por un clérigo chií llamado Nimr al Nimr, estos últimos años los habitantes se han echado a las calles para protestar por cuestiones de ámbito municipal e internacional, infringiendo las leyes saudíes de manifestación pública.

Pero hay algo peor que las quejas instigadas por Nimr: su mensaje. En un sermón colgado en YouTube y visto por 1,6 millones de personas, Nimr afirma: «Gobierne donde gobierne —en Baréin, aquí, en el Yemen, en Egipto o donde sea—, el gobernante injusto recibe odio. Quienquiera que defienda al opresor será cómplice de su opresión, y quienquiera que defienda al oprimido compartirá con este la gracia de Alá». En otros sermones tachaba de tiranos al rey y a su familia: «No acepto a los Saúd como dirigentes. No los acepto y quiero

expulsarlos».

Mohamed se mostraba aún menos tolerante con la disidencia chií que sus predecesores y, como ellos, era especialmente sensible con quienes cuestionaban la legitimidad de los Saúd para gobernar. Por eso, una mañana de principios de enero de 2016, Nimr y otros cuarenta y siete presos fueron llevados a una plaza de Riad, donde los asesinaron. Algunos murieron decapitados y otros, fusilados.

Las ejecuciones levantaron muchas ampollas. El Gobierno afirmó que había ejecutado a Nimr por desobedecer al Estado saudí, elegir la vía militar e intentar reclutar la ayuda de una potencia extranjera. Según un dirigente, Nimr había amenazado físicamente al príncipe heredero, Mohamed bin Naif, pero Amnistía Internacional y otras organizaciones que luchan por los derechos humanos afirmaron que su único delito había sido criticar a la familia real. El hermano de Nimr fue arrestado por denunciar la ejecución en Twitter.

Los hechos provocaron protestas en Irán y declaraciones incendiarias de sus máximos dirigentes. Arabia Saudí tildó de «hostiles» los comentarios y expulsó a la diplomacia iraní de su territorio. Irán respondió con la misma moneda. Con la ejecución y la guerra en el Yemen, Mohamed iba encaminado a un choque con el Estado persa.

Pero en Arabia Saudí muchos pensaron que el mensaje de la ejecución estaba claro: había cosas que Mohamed no iba a cambiar. Y una de ellas era que la gente que cuestionara el liderazgo de su familia se arriesgaba a perder la cabeza.

Sin embargo, en términos generales, Mohamed logró convencer a muchos mandamases de Occidente de que era el reformista que llevaban décadas esperando para Arabia Saudí.

En enero de 2016, el mismo mes que Nimr fue decapitado, el general retirado de cuatro estrellas y exdirector de la CIA David Petraeus viajó a Riad. La compañía privada KKR lo había contratado por su dominio de los mercados internacionales, y tanto él como el fundador de la empresa Henry Kravis estaban interesados en varias posibilidades de inversión en la nación.

Petraeus había representado a los EUA en la región en varias

ocasiones y entre 2008 y 2010 estuvo al frente del Comando Central, que supervisa las acciones militares en Oriente Medio. Su relación con el país arábigo y con los miembros del clan Saúd se remontaba muchos años. Como general, había convivido con los reyes Fahd y Abdulah. Conocía al hijo de Abdulah, Miteb, que había dirigido la Guardia Nacional, y recibió a Salmán en una visita que hizo a Estados Unidos en 2012. En 2015 conoció a Mohamed en Washington.

Cuando Mohamed se enteró de que Petraeus estaba en Riad, le convocó. El príncipe le quería enseñar una cosa, según dijo el emisario de Palacio. Kravis prosiguió su viaje, pero Petraeus aceptó quedarse en Riad para reunirse con él.

Los hombres de Mohamed acompañaron al exgeneral a un palacio y lo llevaron de un gran salón a otro hasta que, al final, lo hicieron entrar al despacho del príncipe heredero. Dentro le esperaba un rostro conocido: el embajador saudí en Estados Unidos, Adel al Jubeir. Mohamed lo había convocado para que interpretara lo que iba diciendo. Quería que Petraeus fuera uno de los primeros en conocer los detalles del plan para refundar la economía saudí, una vez escuchadas las razones de los consultores. El príncipe llamaba al proyecto «Visión 2030».

Petraeus alucinó. Llevaba años lidiando con viejos príncipes encorvados que vivían con miedo a que el cambio les arrebatara el poder. Y de repente llegaba un príncipe de treinta años que exponía un plan exhaustivo para transformar inmediatamente y de cabo a rabo la economía saudí. Mohamed era alto y lleno de vitalidad, con una nariz prominente y una sonrisa de oreja a oreja. Petraeus recuerda haber pensado que tenía unos rasgos fantásticos: «Si quisieras dibujar un príncipe saudí, sería como él». Y lo más sorprendente en un país en el que los líderes y el progreso se movían a paso de tortuga era que irradiaba «energía. Te inspiraba prisa».

Mohamed estuvo dos horas seguidas hablando y exponiendo proyecciones financieras increíblemente minuciosas de memoria, sin mirar los apuntes. De uno en uno, fue citando los sectores económicos que podía fomentar o crear de la nada para reducir la dependencia del petróleo, y explicó lo rápido que podían crecer y los ingresos que podían aportar. El plan entrelazaba cambios pragmáticos, como el recorte de los subsidios y la aprobación de nuevos impuestos, con otros aparentemente disparatados, como el de crear un nuevo Estado

en el litoral del mar Rojo con coches voladores y robots trabajadores que no se daría a conocer hasta pasado más de un año.

«Sinceramente, general, con que solo lográramos el 60 % de lo que nos proponemos, ¿no sería extraordinario?», le preguntó Mohamed, a lo que el general respondió que sí, que sería extraordinario y fenomenal.

A juzgar por la visita, no parecía que el príncipe estuviera maniobrando para imponerse a sus enemigos familiares. Petraeus, como otros agentes de la inteligencia estadounidense, tenía un vínculo afectuoso y sólido con Bin Naif, el príncipe heredero que se interponía entre Mohamed y el trono. Petraeus le pidió a Jubeir, el embajador en Estados Unidos, que programara un encuentro con el príncipe heredero, pero este nunca llegó a producirse.

Petraeus supuso que estaría ocupado, pero cuando volvió a Estados Unidos recibió un mensaje desconcertante de alguien cercano a Bin Naif: «A Bin Naif le habría gustado verle. ¿Por qué no se pasó a visitarle?».

Seducidos por la posibilidad de empezar a planificar la mayor salida a bolsa de la historia, los banqueros de Estados Unidos y de Europa cogieron vuelos a Riad para verse con el príncipe. Entre ellos estaba Achintya Mangla, un banquero de J.P. Morgan instalado en Londres, y Jonathan Penkin, de Goldman Sachs. Eran los banqueros más reputados del mundo en ese ámbito y, al igual que sus superiores, iban a poner toda la carne en el asador para convencer al príncipe de aliarse con sus respectivas empresas. No solo cabía la posibilidad de ganar cientos de millones de dólares en honorarios, sino de cerrar un acuerdo de grandes transacciones que durara años. Fue una fiebre del oro de la banca de inversión.

Otro de los presentes fue Larry Summers, exsecretario del Tesoro y presidente de la Universidad Harvard. Tampoco faltó el exlíder de la mayoría en la Cámara de Representantes, Eric Cantor. Ambos estaban trabajando para bancos de inversión especializados (*boutiques*) e intentaban llevarse un pedazo de la tarta de Aramco. El ex primer ministro británico Tony Blair también se apuntó. Tras salir del Gobierno se había dedicado a asesorar en materia de reformas a

líderes políticos, algunos de ellos generalmente considerados déspotas, y a aconsejar a empresas que operaban en países totalitarios, amasando una fortuna de decenas de millones de dólares. Blair llegó a pasar una noche en una tienda en el desierto con Mohamed hablando de filosofía de gobierno y poder. En ese momento estaba trabajando para JPMorgan Chase, aunque uno de sus subordinados dijo que no habían tratado temas bancarios.

En esos primeros compases de la negociación, otro que pululaba por Palacio era Michael Klein, un exnegociador de Citibank que había trabajado con Al Walid durante años. Como dueño de su propia entidad financiera, había sacado provecho de su contacto con el ministro de Energía Jalid al Falih, al que conocía de otro acuerdo, para ofrecer sus servicios de asesoría a Aramco. Pronto hizo buenas migas con el jefe del fondo de inversión soberano de Arabia Saudí y fue uno de los primeros en sugerir que los inversores internacionales podrían valorar Aramco en los dos billones de dólares.

En las visitas posteriores, cuando Mohamed les comunicó a los banqueros estadounidenses y europeos que esperaba un valor de mercado de dos billones, ellos asintieron. El príncipe llegó a decir que, según un gran banco europeo, podía valer hasta 2,3 billones.

Mientras los todopoderosos de las finanzas se sentían atraídos hacia el país arábigo, Mohamed empezó a sospechar intensamente de los asesores en quienes había confiado hasta entonces para formular su visión. Nadie negaba que los agentes de McKinsey y BCG eran sagaces, pero también eran mercenarios y tenían un conflicto de intereses flagrante. A los consultores nunca les conviene decir que no, ya que ganan dinero cuando les asignan megaproyectos, no cuando les indican a los clientes que sus planes son una quimera. Por lo tanto, cuando el príncipe preguntaba si algún proyecto descabellado era factible, siempre les interesaba decir que sí.

Mohamed comprendía ese conflicto de intereses. Aunque tenía a McKinsey y a otras consultorías trabajando en docenas de proyectos de todo tipo, les confesó a sus confidentes saudíes que, en su opinión, el país dependía en exceso del saber hacer extranjero. Los expatriados a los que Arabia Saudí pagaba generosamente por su conocimiento del crudo, de ingeniería o de economía se jugaban poco en la fortuna del reino; se les pagaba tanto si los planes salían bien como si no.

Mohamed empezó a ver ejemplos de esos conflictos en todo lo

que hacían los consultores. Al príncipe le encantaban los KPI, pero algunos de los que había creado McKinsey eran más ambiguos de lo que le habría gustado. Y la mayoría de las consultorías no tenían oficinas importantes en el país. Lo que hacían era enviar expertos desde Dubái, porque los empleados norteamericanos y europeos no querían vivir en Arabia Saudí debido a que el alcohol era ilegal y, por ley, las mujeres estaban subordinadas a los hombres. ¿Cómo podía Mohamed confiar el futuro de su país a una serie de personas que ni siquiera se prestaban a vivir allí durante un tiempo?

Se suponía que el proyecto debía ayudar a Arabia Saudí a alcanzar unos objetivos antes de 2030. Por consiguiente, Mohamed propuso pagarles a los consultores en función de los resultados: «Os pagaré cuando alcancéis los indicadores», en 2030. Pero se plantaron. O les pagaban religiosamente o no aceptarían el trabajo.

Los gastos se acumularon enseguida. En unos cinco años, el objetivo de la Visión 2030 de remodelar el Ejército saudí alcanzó los 250 millones de dólares en honorarios de consultoría, pero el país no podía presumir de grandes cambios. Los consultores recomendaban una estructura complicada que imponía mucha burocracia civil a los líderes uniformados, y eso disuadía a los oficiales a quienes había que convencer para que el plan funcionara. Frustrado por la falta de avances, el líder de la transformación intentó resolver el problema contratando a una nueva consultora para que evaluara la labor de la anterior. La nueva empresa fue destituida porque entregó un informe en el que concluía que todo el proyecto estaba condenado al fracaso y que no abordaba el principal problema de las Fuerzas Armadas. La cuestión era que Arabia Saudí invertía en el Ejército cerca del 10 % del PIB, una cantidad descomunal de dinero, en parte para dar trabajo a miembros de las poderosas tribus beduinas. Si no se recortaba ese gasto, según opinaba la nueva consultora, Arabia Saudí tendría graves dificultades para lograr el crecimiento económico que ansiaba Mohamed.

En el Gobierno de los EUA, muchos creían que la oferta pública de Aramco y otros hitos llamativos no eran ninguna gran prioridad. Aunque el embajador Joe Westphal habló con responsables de la Bolsa de Nueva York y con Mohamed sobre la salida a mercado de la empresa, tanto él como otros miembros del Ejecutivo animaron a Mohamed a fijarse en prioridades menos rimbombantes, como la

seguridad fronteriza y la creación de un sistema eficaz para desalentar posibles ataques a las instalaciones petroleras saudíes.

Parecía una broma.

John Micklethwait, licenciado en Oxford y jefe de redacción de *Bloomberg News*, salió en televisión el 1 de abril de 2016 para anunciar que Arabia Saudí iba a crear un fondo de inversión de dos billones de dólares. Micklethwait lo tachó de «increíble»: «Si te paras a pensarlo, te da para comprar Google, Microsoft y Alphabet [la sociedad matriz de Google]... El lote completo. Warren Buffet».

Mohamed había anunciado su plan en una entrevista de cinco horas en la que describió a grandes rasgos su estrategia para reinventar la economía saudí. En términos abstractos, los economistas y empresarios extranjeros les veían sentido a sus ideas. Mohamed utilizaría la liquidez obtenida con la salida a bolsa de Aramco para invertir en otros sectores, con lo que su país tendría más ingresos aparte del petróleo.

Pero nadie acababa de ver cómo funcionaría en la práctica. ¿Se podía verter tanto dinero en los mercados internacionales sin crear una burbuja gigante? ¿Y a quién nombraría Mohamed para manejar las inversiones? En Arabia Saudí y en el extranjero, el hombre que entonces dirigía el fondo soberano era conocido sobre todo por ser simpático y tener don de gentes. Yasir al Rumayán pertenecía a la comunidad de golf de Riad y le gustaban los buenos puros y los bares nocturnos de Dubái frecuentados por rusas de piernas largas y falda corta.

Fuera escéptica o no, la mera atención occidental ya era una victoria para el príncipe. Al final del mes de abril salió en la portada de la revista *Bloomberg Businessweek* detallando el plan de transformación de Arabia Saudí. Cientos de consultores saudíes y extranjeros habían estado meses trabajando para pulir la Visión 2030, que plasmaba los objetivos generales que Estados Unidos y el Banco Mundial llevaban años sugiriendo. Desde el punto de vista occidental, una economía que incentivara el carácter emprendedor, la innovación y el derecho de las mujeres a trabajar reforzaría indudablemente a la nación.

El plan de Mohamed era ridículamente ambicioso con los tiempos. Arabia Saudí era un país que mantenía más o menos la misma estructura económica que cuando el dinero del petróleo empezó a fluir hacía medio siglo. Según manifestaba la Visión 2030: «Todas las historias de éxito empiezan con una visión, y las grandes visiones se asientan sobre unos cimientos fuertes». Los tres pilares estaban convirtiendo Arabia Saudí en el corazón del mundo árabe e islámico: eran un «motor de la inversión internacional» y estaban transformando el país en un «eje global entre tres continentes» y en un «epicentro del comercio».

Una vez anunciado el proyecto, Mohamed supo que tenía que exhibir progreso enseguida. Durante varias semanas se dedicó a interrogar a representantes saudíes y a consultores extranjeros para saber cómo podía demostrar la viabilidad de sus ideas. Podía exasperarse con el ministro de Finanzas y, por ejemplo, dirigirse al Ministerio de Economía y Planificación para pedir algo urgente. Una persona que trabajaba para BCG se quejó de que «los principios cambiaban todas las semanas. Cada pocos días lo revolucionaba todo».

El debut del fondo soberano le demostró al mundo que Mohamed pensaba tirar la casa por la ventana. Un mes después recibió al secretario de Estado norteamericano John Kerry en su yate Serene. Pero aún necesitaba un acuerdo de alto copete para presentar el PIF como el nuevo inversor de moda.

En ese sentido, Mohamed acababa de conocer a Travis Kalanick, fundador de la flamante *start-up* Uber. Los hombres estrecharon lazos y Mohamed empezó a ver Uber como una jugosa inversión; más tarde llegaría a considerar a Kalanick su amigo. La prensa económica adulaba a la empresa, que estaba expandiéndose a toda velocidad por todo el mundo. Uber podía desempeñar un gran papel en Arabia Saudí, donde las mujeres aún no podían conducir. Mohamed y Kalanick hablaron de una inversión. A principios de junio, el fondo transfirió un total de 3.500 millones de dólares a Uber. Con ello, Mohamed se convirtió en el mayor inversor de la tecnológica más en boga del mundo y convenció a su mano derecha, el gestor Yasir al Rumayán, para que se sumara al proyecto. El príncipe demostró así que el país había cambiado un poco su manera de hacer las cosas.

Este acuerdo fue el primero de muchos en los que empresarios, consultores y banqueros occidentales le prometieron al príncipe el oro

y el moro, pero no cumplieron. La inversión en Uber no reportó ningún beneficio. Y tampoco es que la empresa le devolviera mucho a Arabia Saudí. El país gastó 3.500 millones para tener el privilegio de anunciar que había invertido en Uber. Seguramente recuperaría el dinero, pero sin unos beneficios espectaculares.

Hay un veterano de los fondos soberanos de Oriente Medio que se ha ido desencantando con los años. Según dice, la realidad para los inversores del golfo es que las grandes empresas norteamericanas siempre se llevan las gangas con la ayuda de los bancos de Nueva York. Los segundos mejores negocios son para los europeos. Y los más ruinosos se empaquetan y rebautizan pensando en los «millonarios tarugos» de Oriente Medio, como los llaman despectivamente los banqueros: «No les importamos. Solo quieren nuestro dinero».

Al cabo de unos días, Mohamed fue a Silicon Valley.

Los ejecutivos estaban deseosos de darle la bienvenida. Con sus tejanos planchados y su americana, Mohamed posó para las cámaras junto a Mark Zuckerberg y visitó a los fundadores de Google.

Los inversores de capital riesgo no fueron tan efusivos en su acogida. Aunque Mohamed quería sumarse a sus filas y ellos estaban sedientos de dinero saudí, estaban hechos de otra pasta. Eran ostentosos. Todos tenían su Tesla y sus oficinas de planta baja en Sand Hill Road, en las colinas sobre Palo Alto. Su especialidad era invertir modestamente en *start-ups* nuevas que podían generar una rentabilidad gigantesca, en el improbable caso de que conquistaran el cielo. Su sector estaba en pleno apogeo. Lo último que necesitaban esos triunfadores era un príncipe con miles de millones de dólares que inflara el valor de las nuevas compañías y les diera órdenes.

Antes de que Mohamed llegara a California, un destacado inversor le dijo a uno de sus emisarios: «No necesitamos vuestro dinero. Nos sobra». Otro se excusó diciendo que su empresa ya tenía dinero saudí, cosa que sentó como un tiro en la comitiva del príncipe. No daban crédito... ¿Aquel gestor no veía la diferencia entre el dinero de un saudí rico y la oportunidad que brindaba Mohamed de gestionar dinero para el Estado?

Los únicos que mostraron un interés real por reunirse con

Mohamed fueron los del otro extremo del espectro, los advenedizos ambiciosos. Pero estos también mosquearon al entorno del príncipe jactándose de su trato con los saudíes. Uno de ellos fue Joe Lonsdale, cofundador de la empresa de análisis de datos Palantir, que había trabajado con el brillante inversor de capital riesgo Peter Thiel. Los inversores recuerdan que, antes de la visita, Lonsdale les dijo que contaba con inversión saudí. Lo cierto es que solo disponía de una modesta suma de un hijo del ministro de Energía. Estaba muy lejos de ser una relación con el Gobierno arábigo. Cuando le preguntaron por sus palabras, Lonsdale adujo que no era «aconsejable revelar» los nombres de las personas cuyo dinero gestionaba y que nunca se había jactado de tener inversores saudíes. Lonsdale dice que acabó desinvirtiendo en la región: «En esas sociedades, da la impresión de que muchos se ganan la vida vendiendo sus contactos al mejor postor, en vez de crear cosas o de aplicar el rigor intelectual».

Pero la actitud de los inversores más consagrados cambió un poco en una cena en el hotel Fairmont, en la cima del Nob Hill de San Francisco. Mohamed se puso a hablar con un grupo formado por Marc Andreessen, Peter Thiel, John Doerr y Michael Moritz, peces gordos del capital riesgo que llevaban décadas ayudando a *start-ups*, muchas de las cuales habían acabado siendo empresas de miles de millones de dólares. Les dijo que necesitaba un nexo entre los saudíes y Silicon Valley y que ellos tenían que ayudarle con sus reformas.

Según el príncipe, el modelo del capital riesgo se podía duplicar a cualquier escala. Si conseguían beneficios inmensos con inversiones relativamente modestas, qué no podrían hacer si multiplicaban por diez su capital. Tras la cena, Doerr rodeó con el brazo al ministro de Energía, Jalid al Falih, y le dijo con entusiasmo: «Juntos, refundaremos el sector de la energía».

Pero los inversores de Silicon Valley no tenían la libertad ni la velocidad de movimiento que reclamaba Mohamed. Eran leales a la vieja escuela: invertir en pequeño. Y él quería invertir grandes sumas de inmediato. Antes de que Silicon Valley encontrara una solución que lo contentara, el príncipe conoció a un inversor japonés tan revolucionario como él que le prometió ser más listo que la vieja guardia de San Francisco. Primero, sin embargo, había unas cuantas voces molestas que silenciar.

6

El capitán Saúd

Febrero de 2016

El capitán Saúd no era trigo limpio.

Sentado en un sofá de cuero granulado, en la cabina hecha a medida y revestida de madera de su Boeing 737-800, Saúd parecía un piloto. Su uniforme era impecable y su actitud, segura y amable. Hacía bromas y les enseñaba fotos de sus hijos a los lacayos del vip que tenía que llevar a El Cairo, un príncipe saudí llamado Sultán bin Turki II.

Había algo fuera de lugar. Un miembro del séquito de Sultán tenía licencia para pilotar aviones de ciento ochenta caballos, pero Saúd era incapaz de seguir el hilo de su conversación sobre la formación de vuelo con 737. En el avión también había diecinueve tripulantes, más del doble de lo normal para un vuelo París-El Cairo. Y la tripulación estaba formada solo por hombres, algunos de los cuales eran un poco más fornidos de lo habitual. ¿Dónde estaban las rubias europeas de piernas generosas que siempre volaban con los saudíes de la Corte Real?

Por no hablar del reloj. Saúd abrió los ojos como platos al ver el reloj Emergency de Breitling que llevaba el súbdito del príncipe. En un inglés perfecto, dijo: «Nunca había visto ninguno».

El reloj cuesta 15.000 dólares y cuenta con una baliza de radio que pide auxilio en caso de accidente. Es un capricho común entre los pilotos que pueden permitírselo. ¿Qué clase de capitán no ha visto nunca uno? Y ¿qué clase de piloto llevaba el Hublot que Saúd lucía en la muñeca, un armatoste llamativo de metal que a la mayoría de los pilotos les costaría el sueldo de tres meses?

El Breitling, los diecinueve hombres, la poca experiencia de vuelo... Todas las piezas encajaban. Sultán envió una escolta al avión antes que él para evaluar la situación, y su recomendación fue que no

embarcara. Era una trampa.

Pero Sultán estaba cansado y se sentía solo. Echaba de menos a su padre, que le esperaba en El Cairo. Y el mismísimo Mohamed bin Salmán había mandado el avión. Sultán pensó que podía fiarse de su (ahora poderoso) primo hermano.

Sultán bin Turki II debía su nombre a que su padre había sido el segundo hijo de Ibn Saúd llamado Turki (el primero había muerto a una edad temprana). Nació en la inhóspita periferia de la rama más poderosa de los Saúd. Su padre, hermano carnal de los reyes Fahd y Salmán, fue un serio candidato al trono hasta que se casó con la hija de un líder sufista, un movimiento islámico místico del que muchos Saúd discrepan. Ultrajado y exiliado, el príncipe Turki se trasladó a un hotel de El Cairo y permaneció allí durante años.

Su hijo Sultán estrechó lazos con sus poderosos tíos y primos y se casó con una prima hermana, hija del entonces príncipe Abdulah. Ella murió en un accidente de coche en Riad en 1990 y el príncipe, que solo tenía veintidós años, se dio al libertinaje.

Con la generosa pensión que le concedió Fahd, Sultán se acostumbró a viajar por Europa con una comitiva de guardias de seguridad, modelos, delegados y amigos. El viejo rey era permisivo con los príncipes derrochadores —algunos dirían que hasta cariñoso— y sentía un profundo afecto por su sobrino. Cuando Fahd salió del hospital de Ginebra en 2002 tras una operación de la vista, quien empujaba su silla de ruedas era Sultán, un puesto privilegiado y codiciado por los ávidos cortesanos que bregaban por acercarse al rey.

Sultán no ocupaba ningún cargo en el Gobierno, pero le gustaba aparentar poder. Hablaba a menudo con periodistas extranjeros y expresaba su opinión sobre la política saudí; era más sincero que la mayoría de los príncipes, pero apoyaba sin fisuras a la monarquía. En enero de 2003 cambió un poco de chip. Sultán declaró públicamente que Arabia Saudí debía dejar de ayudar al Líbano y que el primer ministro libanés, Rafic Hariri, desfalcaba el dinero que se le daba para financiar su excéntrico estilo de vida.

Las declaraciones no tuvieron mucha resonancia internacional. Casi todo el mundo sospechaba que Hariri era corrupto, aunque en Arabia Saudí nunca se le hubiera acusado públicamente de nada. Además, el príncipe no había criticado tanto a su país como al Líbano. Pero en la Corte Real sus palabras cayeron como una bomba. Un hijo

del rey Fahd llamado Abdulaziz (o Azouz), pieza importante del Gobierno y buen amigo de los Hariri, pensó que las declaraciones de Sultán pretendían injuriar a sus primos. Al cabo de unos meses, Sultán fue un paso más allá y envió un fax a la Associated Press para anunciar que había creado una comisión para erradicar la corrupción de los príncipes y dirigentes que llevaban «más de veinticinco años saqueando a la nación».

Pasado cerca de un mes, Azouz mandó una invitación a Sultán proponiéndole verse en la mansión del rey en Ginebra para tratar de limar asperezas. En el encuentro, Abdulaziz y otro ministro saudí intentaron embaucar a Sultán para que regresara al país. Ante su negativa, unos guardias armados se abalanzaron sobre él, le inyectaron un sedante y le metieron en un avión con rumbo a Riad.

No fue un secuestro impecable. En ese momento Sultán pesaba unos ciento ochenta kilos y, durante el terrible lance, la sustancia que le inyectaron o algún estirón que le dieron al arrastrarlo por las extremidades cuando estaba inconsciente dañaron los nervios conectados al diafragma y las piernas del príncipe. Sultán se pasó los siguientes once años entrando y saliendo de una prisión saudí. Solían retirarle el pasaporte y a veces lo ingresaban en un hospital gubernamental privado en Riad.

En 2014, contrajo la gripe porcina, una dolencia que le provocó una larga y grave ristra de complicaciones. El Gobierno pensó que el príncipe estaba medio paralizado y era asmático, una sombra de lo que había sido en su juventud, así que le dejó ir a tratarse en Massachusetts. A efectos prácticos, Sultán era libre.

Durante el tiempo que Sultán pasó entre rejas en Arabia Saudí, la Casa de los Saúd vivió cambios tremendos. El rey Fahd murió en 2005 y su sucesor Abdulah decidió ser menos tolerante con las muestras extravagantes de riqueza. Abdulah redujo las pensiones de los príncipes y castigó a los más derrochadores y díscolos. El nuevo soberano no estaba dispuesto a consentir a jóvenes esnobs que avergonzaban públicamente a la familia.

Pero Sultán no acabó de captar ese cambio, ni tampoco el que ocurrió a principios de 2015 y que fue aún más radical. Una vez

recuperado de sus graves problemas de salud, fue coronado alguien más austero si cabe: Salmán. En vez de vivir alejado de los focos, Sultán se hizo una liposucción y una operación estética y empezó a reunir a la banda para retomar su vida de opulencia errante.

Se puso en contacto con antiguos guardaespaldas, asesores y amigos, gente con quien no hablaba desde que lo habían secuestrado hacía una década. La comitiva se volvió a reunir y Sultán partió hacia Europa como un príncipe saudí de los locos años noventa.

Iba con guardias de seguridad armados, un equipo médico de seis enfermeros y un doctor a jornada completa, diferentes novias (si es que podemos llamarlas así) que contrataba de una agencia de modelos suiza y una serie de parásitos saudíes y europeos. Gastaba millones de dólares al mes. Era una caravana moderna y de superlujo, según recuerda un miembro del séquito. Iban de Oslo a Berlín, Ginebra y París, y fueran adonde fueran comían los platos más exquisitos y bebían el mejor vino. Tras unos días o semanas en una ciudad, Sultán se inquietaba y mandaba a sus mayordomos a hacerle la maleta. Llamaba a la Embajada saudí para pedir una escolta, como merecían los nietos de Ibn Saúd, y se subía a un avión privado arrendado para irse a la siguiente ciudad.

A mediados de 2015, el príncipe Sultán se hospedó en el hotel más lujoso de la playa más ilustre de Cerdeña. Cada día salía a darse un chapuzón en el Mediterráneo. Aunque tenía la parte inferior de las piernas medio paralizada, en el agua sí se sostenía. Allí se movía casi con total libertad.

Entretanto, la Corte Real seguía depositando dinero en su cuenta bancaria. Aun así, Sultán se dio cuenta de que los pagos no seguirían llegando eternamente y que no tenía más fuentes de ingresos. Tuvo una idea. Decidió que el Gobierno saudí le debía una indemnización. El rapto de 2003 le dejó secuelas físicas permanentes y su incapacidad le impedía, por ejemplo, fundar una empresa o un fondo de inversión, como sí podían hacer sus primos.

Visto lo visto, Sultán apeló a alguien que creía que podía ayudarle: el hijo preferido del nuevo monarca y primo hermano suyo, Mohamed bin Salmán. Sultán no conocía bien a Mohamed. Había estado entre rejas desde que el joven príncipe era un adolescente. Pero, por algunos miembros de la familia, sabía que era la persona con más poder de la Corte Real, una pieza clave. Era de los que manejaban

el dinero, y no de los que hacían promesas vanas. Así pues, le pidió a Mohamed una compensación por las lesiones sufridas.

Fue en balde. Mohamed no quería dar ni un centavo a alguien que se había buscado problemas aireando sus quejas sobre la familia. ¿Qué mensaje mandaría a los otros miembros de la Casa Real? Al ver la situación, en verano de 2015 Sultán hizo algo sin precedentes y se presentó en un tribunal suizo para demandar a varios familiares por haberle secuestrado.

Los suyos temían por él. Su abogado en Boston, Clyde Bergstresser, le dijo que ya le habían raptado una vez. ¿Qué le hacía pensar que no volverían a hacerlo? Sultán solía atender a los consejos de Bergstresser. Era un abogado de Nueva Jersey sin pelos en la lengua ni vínculos con Arabia Saudí que había llegado a la órbita de Sultán cuando el príncipe se había tratado en Massachusetts. Era más directo que los miembros de su séquito y de su familia, y ambos hombres establecieron una relación de confianza. Pero llegado a ese punto, Sultán ya no atendía a razones. Contrató a un abogado de Ginebra y en julio interpuso su demanda. La fiscalía suiza se puso a investigar el delito y los periódicos se hicieron eco de ello. Los pagos de la Corte Real se interrumpieron de inmediato.

Su séquito tardó varias semanas en percatarse del problema, hasta que un día el príncipe decidió pedir servicio de habitaciones. Sultán y su comitiva llevaban dos meses en un hotel sardo con vistas a una magnífica bahía turquesa. Habían gastado un millón de dólares o más, pero el restaurante se negaba a servirles comida.

Un miembro del séquito recibió el cometido de explicarle el motivo a Sultán: «Ha caído usted en bancarrota», le dijo el criado.

El hotel lo habría echado sin más, pero no podía permitirse renunciar a las semanas de facturas impagadas. El príncipe le aseguró a su equipo que encontraría el modo de que la Corte Real volviera a pagarle su pensión. Y se la jugó. Supuso que Mohamed habría cabreado a tantos miembros poderosos de la familia real que podría acorralar al hijo del rey.

Decidió mandarles dos cartas anónimas a sus tíos, los hijos de Ibn Saúd que todavía vivían. Les dijo que Salmán era un «incompetente» y que no tenía fuerza para gobernar: «Ya no es ningún secreto que el problema más grave para su salud es el aspecto mental, que ha convertido al rey en un títere de su hijo». Mohamed, decía, era

corrupto y había usado su proximidad con Salmán para enriquecerse. Sultán denunció que su primo había desviado más de dos mil millones de dólares de fondos estatales a una cuenta bancaria privada, y que también estaba robando dinero del petróleo. La única solución era aislar al rey: «Reunir de urgencia a los principales miembros de la familia para hablar de la situación y tomar cuantas medidas sean necesarias para salvar al país».

Las cartas anónimas de Sultán se filtraron al periódico inglés *The Guardian*. Su nombre no se revelaba, pero la esencia de las críticas y la historia del príncipe no dejaban lugar a dudas. Los miembros destacados de la Corte Real sabían perfectamente quién era su autor.

Sultán aguardó las consecuencias. Quizás sus tíos intentarían pararle los pies a Mohamed o este le ofrecería algo de dinero para que dejara de armar escándalo. Sultán esperaba que la combinación de la demanda con las cartas fuera una distracción fantástica en un momento en el que Mohamed estaba tratando de vender la visión reformista que la corte tenía que financiar. Según él, su situación podría asemejarse a la de su padre, es decir, que podría acabar viviendo lejos, pero con una paga.

Aunque cueste de creer, pareció funcionar. Al poco de enviar las cartas, más de dos millones de dólares de la Corte Real aparecieron como por arte de magia en la cuenta de Sultán. Saldó las deudas con el hotel y resucitó sus planes para viajar. Y lo mejor de todo fue que su padre le invitó a El Cairo para, con algo de suerte, reconducir su difícil relación. Por si fuera poco, le dijo que no tendría que pagar el viaje. La Corte Real fletaría un avión de lujo para llevar al príncipe y su séquito a El Cairo. A todas luces, Mohamed estaba devolviendo al redil a su díscolo primo.

Su equipo no daba crédito. Algunos estaban con él la última vez que había criticado a los Saúd y había ido a parar a un avión de la Corte Real. Lo habían secuestrado y encerrado y le habían provocado problemas de salud crónicos. Ahora el príncipe volvía a criticar a la familia y le mandaban otro avión. ¿Cómo podía siquiera valorar el subirse?

Pero quizás Sultán quería pensar que era un símbolo de

reconciliación. Tal vez Mohamed sí era un nuevo tipo de líder, uno que no toleraría conductas matonas.

La Corte Real le mandó un 737-800 —un avión comercial con capacidad para 189 pasajeros— especialmente equipado para llevarlo a Ginebra. Sultán le ordenó a su equipo que fuera a tantear la tripulación y valorara la situación.

Algo olía a chamusquina. El capitán Saúd no era trigo limpio y los diecinueve miembros de la tripulación parecían guardaespaldas, no azafatos. Un subordinado de Sultán le advirtió:

—Ese avión no llegará a El Cairo.

—¿No te fías de ellos? —le preguntó el príncipe, quitándole hierro al asunto.

—¿Por qué se fía usted? —le respondió.

Sultán no contestó, pero vaciló hasta que el capitán Saúd se ofreció a espantar sus temores dejando a diez miembros de la tripulación en París, como gesto de buena fe y para demostrar que nadie lo quería secuestrar. El príncipe se dio por satisfecho y le dijo a su comitiva que hicieran las maletas. Entre los mayordomos, los enfermeros, los guardias de seguridad y una «novia» contratada de una agencia de modelos, en total eran más de doce.

Al final el avión salió de París y, durante dos horas, en las pantallas de la cabina se pudo ver cómo el dibujito del avión avanzaba hacia El Cairo. Hasta que las pantallas parpadearon y se apagaron.

Varios miembros del séquito empezaron a alarmarse. «¿Qué pasa?», le preguntó uno de ellos al capitán Saúd. Fue a echar un vistazo y al volver dijo que había un problema técnico y que el único ingeniero capaz de arreglarlo era uno de los miembros de la tripulación abandonados en París. Pero les dijo que no había nada que temer, que iban bien de tiempo.

Cuando el avión comenzó a descender, prácticamente todo el personal a bordo se percató de que no iban a aterrizar en Egipto. Por la ventana no se veía ni el Nilo serpenteando por la ciudad ni las pirámides de Guiza. La gran extensión de Riad era inconfundible.

Cuando apreciaron la silueta del Kingdom Center —un rascacielos con un gran agujero en medio que los cínicos dicen que parece el Ojo de Sauron de *El señor de los anillos*—, cundió el pánico. Los miembros del séquito de Sultán prorrumpieron en gritos. Los norteamericanos y europeos querían saber qué les pasaría por

aterrizar en Arabia Saudí sin visado y en contra de su voluntad. ¿Se los arrestaría? ¿Habría que contactar con sus gobiernos? ¿Tendrían derecho a llamar a sus embajadas? Entre jadeos, el pobre Sultán decidió que era el momento de actuar.

Pidió a gritos su pistola, pero uno de sus guardias se negó. Los hombres del capitán Saúd llevaban armas y, si se producía un tiroteo en el avión, el resultado sería peor de lo que podía depararles el futuro inmediato. El príncipe y los suyos dejaron de gritar y decidieron tranquilizarse hasta que el avión tocara tierra. No tenían nada que hacer. Sultán, con la ayuda de los hombres de Saúd, desembarcó y recorrió la pasarela. Ningún miembro de su séquito lo volvió a ver.

Aparecieron unos guardias de seguridad y condujeron a los acompañantes del príncipe a un área de espera en el aeropuerto y, finalmente, a un hotel. Se quedaron ahí tres días sin hacer nada. No podían irse sin visado, o sea que solo cabía esperar.

Al cuarto día, unos guardias acompañaron al séquito a una oficina privada de la Corte Real. Uno por uno, los extranjeros fueron llamados a una gran sala de reuniones con una mesa enorme en el centro. La presidía el capitán Saúd, ahora vestido con un *thaub* y no con el uniforme de piloto: «Soy Saúd al Qahtani y trabajo para la Corte Real». Saúd ya no era solo el Señor Hashtag. Se había convertido en una piedra angular de la seguridad de la corte, una persona en quien Mohamed podía confiar para llevar a cabo encargos sensibles y violentos.

Puede que Sultán no fuera un príncipe poderoso, pero Mohamed lo vio como un problema: se había posicionado en contra de la familia. Saúd demostró lo lejos que estaba dispuesto a llegar para lidiar con alguien a quien su jefe consideraba una piedra en el zapato. Obligó a los extranjeros a firmar acuerdos de confidencialidad; a algunos les ofreció dinero y los mandó a casa. La operación fue un éxito rotundo y Saúd usó esa experiencia en otras misiones parecidas para silenciar disidentes. Una de ellas tendría lugar tres años más tarde, cambiando por completo su vida y poniendo en riesgo el proyecto reformista de Mohamed.

7

Miles de millones

Septiembre de 2016

Nizar al Basam llevaba casi dos años intentando hacer tratos con Mohamed bin Salmán. En septiembre de 2016, en Tokio, tuvo su oportunidad de oro.

Nizar había trabajado hasta finales de 2015 para el Deutsche Bank, donde había aprendido a acercarse a personajes poderosos con su talento adulador y embaucador. Su estrategia favorita consistía en dar comidas suntuosas; mientras sus contactos devoraban un plato tras otro (que él adoraba elegir personalmente para sus invitados), les vendía acuerdos valorados en miles de millones de dólares. Era el alcahuete por antonomasia. Por lo general, empezaba estrechando lazos con asesores y ayudantes hasta llegar al oligarca o príncipe que tenía entre ceja y ceja.

Nació en Dhahran. Su padre, Nabil, fue un alto ejecutivo y consejero de Aramco hasta que murió en 2007. Nizar creció en los «campos» de Aramco, áreas residenciales valladas y diseñadas a imagen y semejanza de los típicos suburbios estadounidenses, con jardín delantero, equipos infantiles de béisbol y el inglés como idioma dominante. De pequeño fue al colegio en Arabia Saudí y luego estudió en el internado Middlesex de Massachusetts y en el Colby College de Maine. Culturalmente, era una mezcla de norteamericano y saudí.

En los últimos meses de Nizar en el Deutsche Bank, Mohamed bin Salmán llegó como un elefante en una cacharrería vendiendo su plan de convertir el PIF en un gran fondo soberano. Sin pensárselo dos veces, Nizar trató de acercarse a las piezas clave del fondo, incluido su director, Yasir al Rumayán. Hizo algunos progresos, por ejemplo, ayudar a organizar reuniones para el nuevo equipo en el Foro Económico Internacional de San Petersburgo en junio de 2015 y

asesorar en el rescate de la constructora Saudi Oger, un excliente que estaba a punto de hundirse. Aun así, no logró acercarse al cabecilla.

Había centenares de banqueros, abogados y negociadores que estaban intentando aprovechar las oportunidades que brindaba la Visión 2030 y los proyectos relacionados (algunos, con éxito). Había emisiones de bonos, colocaciones privadas y todo tipo de transacciones en las que hincar el diente, además de contratos de asesoría y proyectos de consultoría. Era la gran fiebre de la década y todo el mundo quería su tajada. Para Nizar, también era el siguiente paso ideal: fusionar su origen saudí con las décadas que llevaba siendo un gran banquero.

Aparte de las oportunidades financieras, Mohamed estaba abriéndole de par en par las puertas al turismo. Durante gran parte de su historia, Arabia Saudí no había sido accesible a los visitantes, salvo para los que iban en peregrinación a La Meca y Medina. Mohamed pensaba que el país podía ser un gran destino de vacaciones. El reino tiene dos mil kilómetros de costa en el mar Rojo, con arrecifes de coral que parecen más inmunes que la mayoría al aumento de las temperaturas. Y posee yacimientos históricos que no suelen aparecer en los viajes soñados por Oriente Medio. Uno de ellos es Madain Saleh, una ciudad de dos mil años de antigüedad cuyas tumbas ornamentadas fueron esculpidas en grandes bloques de piedra arenisca por los nabateos, el mismo pueblo que erigió la antigua ciudad de Petra en Jordania. El príncipe creó proyectos para permitir el acceso a esos lugares y construir los hoteles y la infraestructura necesaria para llegar a ellos. Una de esas iniciativas fue la de un enorme conjunto de complejos playeros llamado Proyecto Mar Rojo.

También empezó a construir un auditorio de espejos junto a las ruinas nabateas de Al Ula y una Ciudad del Entretenimiento casi tan grande como Las Vegas en las afueras de Riad. Denominada Quiddiya y encabezada por un exejecutivo de Disney, el plan era que tuviera parques de atracciones, circuitos de carreras y proyectos prototípicos del golfo, como una estación de esquí interior parecida a la que hay en Dubái.

El joven príncipe tenía el país cogido por los cuernos y una salvajada de dinero por gastar, y pronto tendría todavía más. Era el nuevo líder más querido por el pueblo, aunque oficialmente no se le reconociera con el título de gobernante. Steve Schwarzman, fundador

de Blackstone, empezó a asesorar a Mohamed. Y no dejaban de llegar aviones repletos de banqueros que se morían de ganas de participar en la fiesta. Incluso Shane Smith, el tatuado fundador de Vice Media, se subió al carro.

Al principio, Nizar quería que Deutsche Bank fuera la entidad de confianza para el PIF o para el advenedizo clan Salmán, pero a finales de 2015 empezaba a sentirse decepcionado porque el banco estaba recortando sus ambiciones en los llamados «mercados emergentes». En mayo de 2016 había dimitido y estaba montando una asesoría con gente como Dalinc Ariburnu, un banquero que había trabajado para Goldman Sachs. Una de sus primeras ideas fue la de atraer sumas invisibles de dinero, sobre todo de Oriente Medio, para destinarlas a fondos de inversión. Buscando socios, Nizar y los suyos empezaron a hablar con otro exdirectivo de Deutsche Bank, Rajeev Misra.

Rajeev era un fumador compulsivo que dirigía la estrategia financiera del conglomerado tecnológico japonés SoftBank, un arrogante ingeniero financiero que amaba la deuda y el riesgo. Durante la crisis fue alto ejecutivo del Deutsche Bank, donde estuvo a cargo de un equipo que se lucró apostando contra el mercado de viviendas. Se marchó poco después, haciendo breves paradas en UBS y Fortress Investment Group antes de llegar a SoftBank.

Unos meses atrás, en una boda en Italia, Rajeev había recuperado el contacto con el tecnomaniaco Masayoshi Son, fundador de la entidad, y había aceptado un trabajo para ayudar a Masayoshi a crear complejas estructuras crediticias para financiar sus ambiciosos planes. Ambos habían trabajado juntos hacía años, en 2006. En esa ocasión, Rajeev había ayudado a Masayoshi a recaudar 16.000 millones de dólares para comprar Vodafone Japan. SoftBank estaba firmando transacciones colosales y se había quedado sin financiación, pero las ambiciones de su propietario seguían sin conocer límites.

Masayoshi es un japonés bajito y sonriente de ascendencia coreana. En el pico de la burbuja de las puntocoms, en el año 2000, llegó a ser el hombre más rico del mundo, pero en unos días perdió toda su fortuna. Sin embargo, ese mismo año hizo una afortunada inversión de veinte millones de dólares en Alibaba, la empresa china

de comercio electrónico, y cuando la compañía salió a bolsa en 2014, sus acciones se enfilaron hasta un valor de 74.000 millones de dólares. Feliz con su botín, Masayoshi quiso jugarse el todo por el todo a que se estaba avanzando cada vez más deprisa hacia la «singularidad», ese momento en que el crecimiento tecnológico cobra vida propia y transforma el mundo tal y como lo conocemos.

A Rajeev le costó hacerse un hueco en SoftBank. Solía tenérselas tiesas con dos ejecutivos indios más próximos a Masayoshi. Parece que conspiró con un italiano para atacarlos; este último urdió un plan para embaucarlos y hacerlos caer en una relación sentimental ficticia. Este también creó una campaña de accionistas falsa, aunque Rajeev negó haber tenido nada que ver. Tras menos de un año, Rajeev ya pensaba en irse. Pero hablando con Nizar y sus socios, vio claro que el futuro deparaba más dinero que el que había manejado durante sus años como banquero del mercado de bonos. Entonces, uno de sus rivales dimitió y le allanó el camino para consolidar su poder en la empresa.

Los fondos soberanos harían muy buena pareja con los millones de Masayoshi. El SoftBank y la nueva empresa de Nizar, FAB Partners (rebautizada luego como Centricus), colaboraron para crear el proyecto Bola de Cristal, consistente en abrir un fondo de 20.000 millones de dólares para invertir en *start-ups* tecnológicas con dinero de SoftBank y de socios dispuestos a aceptar las corazonadas y los raptos inversores de Masayoshi.

Primero decidieron presentar su idea a Catar. Nizar ya tenía lazos estrechos con la minúscula península del golfo, y el país tenía más ahorros per cápita que cualquier otro Estado del mundo gracias a sus gigantescos yacimientos de gas natural y a su escasa población. Pero el 28 de agosto de 2016, cuando Masayoshi aterrizó en su avión privado a las cuatro de la madrugada, Nizar se quedó de piedra. Mientras iban rápidamente hacia el hotel, se enteró de que Masayoshi y su ayudante habían hecho algunos cambios durante el vuelo. El fondo iba a ser ahora de 100.000 millones de dólares. Sería, de lejos, el más grande de su tipo. Durante el trayecto en coche hasta el hotel, Masayoshi les dijo: «Si voy a crear un fondo, tiene que ser lo bastante grande como para revolucionar todo el sector tecnológico», y añadió que SoftBank aportaría decenas de miles de millones (una parte, en forma de deuda). Era un riesgo monumental para Masayoshi. La mayoría de los promotores aportan un 1 % simbólico y piden a los inversores el resto.

En ese momento ni se lo imaginaba, pero para convencer a los inversores del golfo de que se unan a un gran proyecto, la mejor táctica es precisamente jugarse el pellejo.

Los cataríes quedaron deslumbrados por la convicción de Masayoshi, pero las conversaciones no llegaron a concretarse. El equipo seguía necesitando desorbitadas sumas de dinero para llegar al objetivo de los 100.000 millones y Nizar creía que los saudíes, en especial Mohamed bin Salmán, eran la mejor apuesta. Por suerte, Mohamed llegaría a Tokio unos días después del viaje a Catar, por lo que Nizar se coló de polizón en el avión de Masayoshi de vuelta a Tokio.

El equipo del PIF llevaba meses diciendo que quería verse con Masayoshi, pero nada se había materializado. Nizar envió una pila de mensajes a sus contactos con la esperanza de que al menos Masayoshi pudiera quedar con los asesores y ministros de confianza que viajaban con Mohamed. Masayoshi ordenó que vaciaran un despacho adyacente al suyo propio en la vigesimosexta planta de la sede de SoftBank en Tokio. Presionaron a sus contactos como si estuvieran en una campaña electoral.

El día que llegó Mohamed, Nizar notó la vibración del móvil en el pecho. Se había quedado dormido. Era Yasir, el responsable del PIF, que al fin le devolvía la llamada y le preguntaba si Masayoshi podía verse con él en menos de cuatro horas. Deprisa y corriendo, el equipo hizo lo imposible para prepararse, sabiendo que tendrían media hora de margen para presentar el proyecto Bola de Cristal. Antes de colgar, Yasir dijo: «Qué interesante, lo hablaré con el príncipe heredero segundo».

El equipo les hizo la misma presentación a Jalid al Falih, ministro de Energía y director de Aramco, y a Mayid al Qasabi, ministro de Comercio, que los acribilló con preguntas enrevesadas. Al final llegó la llamada. Mohamed bin Salmán había aceptado ver a Masayoshi en la residencia oficial para invitados Geihinkan. Era el último día de su estancia en Japón y las espadas estaban en todo lo alto. Sin aportación estatal, el fondo nunca podría llegar a las cotas astronómicas que deseaba Masayoshi.

La reunión fue distendida y en *petit comité*. Solo estaban Mohamed y sus principales asesores, por un lado, y un pequeño equipo del SoftBank liderado por Masayoshi, por el otro. Se vieron en

una sala radiante decorada con muebles dorados. Nizar esperó fuera. Masayoshi hizo por sexta vez su presentación con el iPad y, cuando terminó, Mohamed dijo que había hablado largo y tendido con su equipo y quería ser el inversor principal del nuevo fondo. Arabia Saudí tenía que abanderar la revolución tecnológica mundial y esa era una forma de atraer empresas innovadoras y, de paso, obtener beneficios para financiar la transición hacia una economía no dependiente del petróleo. En resumen, era perfecto para su Visión 2030.

Cuando Masayoshi se lo anunció minutos después, Nizar se quedó mudo. Pensaba que tardarían meses en llegar a un acuerdo, pero se fueron con un compromiso de inversión de 40.000 millones de dólares. Sin embargo, antes de concluir el encuentro, Mohamed dijo que le gustaría que Masayoshi fuera unos días a Arabia Saudí: «Quiero que vea mi país y que caiga rendido». Masayoshi trató de excusarse, alegando que podía ir medio día. «En ese caso, quizás sea mejor que no venga», respondió Mohamed con un amago de sonrisa. No había elección: Masayoshi aceptó ir tres días.

Los equipos siguieron negociando durante nueve meses hasta que llegaron a un acuerdo sobre la estructura y las condiciones. Pero, con su habitual desenfado, Masayoshi solía decir que el acuerdo de 45.000 millones de dólares se había alcanzado en tres cuartos de hora, a mil millones por minuto. Poco después, Abu Dabi aceptó unirse a Arabia Saudí y contribuir al fondo 15.000 millones.

El proyecto Bola de Cristal, esa presentación en PowerPoint, fue el preludio del Vision Fund, el mayor fondo de capital privado de la historia de las tecnológicas. Fue un ejemplo del gran impacto planetario que estaba teniendo Mohamed bin Salmán con su arrojo. Había líderes con ejércitos más poderosos y economías más potentes, pero él tenía más poder real que cualquier otra persona, y estaba dispuesto a seguir sus corazonadas. En un primer gran negocio, ningún inversor apostaría 40.000 millones de dólares a un gestor con luces y sombras.

En su primera visita a Arabia Saudí, Masayoshi fue a Aramco y al desierto y luego almorzó con Mohamed en el palacio Al Auja. Relajado, el príncipe se quitó el tocado y reveló unas tímidas entradas. Se desabrochó el primer botón y le preguntó a Masayoshi si su equipo estaba interesado en otro proyecto que estaba sopesando, una

iniciativa llamada NEOM.

Durante una hora, Mohamed le presentó una idea más radical que las visiones futuristas con las que Masayoshi soñaba en Japón: una ciudad construida de la nada con la tecnología como piedra angular. Abarcaría 12.500 kilómetros cuadrados de terreno en el norte del país, ocupando una larga franja del litoral del mar Rojo. Había poca gente en la región, y la que había se trasladaría voluntariamente o por la fuerza.

Mohamed le preguntó a Masayoshi si querría participar en el proyecto y este aceptó ser asesor fundador. «Es una obra de arte», dijo.

El príncipe convenció a Masayoshi para que regresara al cabo de unos meses y viera en persona la ubicación escogida para NEOM. Llegaron a un minúsculo aeropuerto de la ciudad de Tabuk y se subieron a un helicóptero que les llevó más allá de la sierra y del litoral. Aterrizaron en un crucero de alquiler anclado frente al antiguo pueblo pesquero de Sharma.

El príncipe tenía en mente una ambiciosa urbe propia de una novela de ciencia ficción. En la magnífica costa se construiría de la nada una ciudad de rascacielos con taxis voladores autónomos. Justo al lado habría un complejo turístico que reemplazaría la Costa Azul como destino para los saudíes y europeos en busca de corales inmaculados. Cerca de la costa habría una isla inhabitada con un parque animatrónico al estilo de Jurassic Park, con dinosaurios robóticos a escala real.

Lo más increíble era que los planes tenían pinta de estar materializándose. A bordo del crucero había docenas de consultores de McKinsey, BCG y Oliver Wyman intentando convertir el proyecto NEOM en una realidad. Los asesores se jugaban mucho; los dos equipos perdedores estaban obligados por contrato a ceder todo su trabajo al equipo ganador, que lideraría un hipotético proyecto de 500.000 millones de dólares.

NEOM no se parecía a otros planes para reformar la economía saudí. No había sido fruto de la labor de consultores extranjeros o expertos económicos, sino una visión que Mohamed había tenido en un momento de inspiración.

Cuando su padre fue coronado, el príncipe dejó de sentirse consumido por las dudas sobre la sucesión y por las intrigas palaciegas. Tuvo tiempo para dar un paso atrás y plantearse cómo debía lucir Arabia Saudí y qué haría falta para hacer realidad ese sueño.

El cometido no era baladí. Abdulah intentó aplicar reformas sociales, económicas y educativas, pero murió tras diez años de reinado y las mujeres seguían sin poder conducir. La cultura empresarial apenas estaba dando sus primeros pasos. Un chico no podía ir a una cafetería con una chica a menos que fueran hermanos o estuvieran casados. La economía saudí tenía poco de lo que presumir: no había innovaciones que ensalzar ni ídolos nacionales a los que idolatrar. Y los grandes proyectos, como la Ciudad Económica Rey Abdulah, parecían imitaciones pobres de construcciones similares en Dubái y Singapur.

La economía dependía del petróleo y estaba tan aislada como siempre del resto del mundo. Nadie quería invertir. Entre 2009 y 2016, la inversión directa extranjera había caído un 85 %, según las consultoras. Y la cosa parecía ir a peor. Los expertos afirmaban que, en 2011, Arabia Saudí era el décimo país del mundo donde más fácil resultaba hacer negocios para las compañías internacionales; en 2016 había caído hasta el lugar ochenta y dos.

A diferencia de sus países vecinos, Arabia Saudí sí contaba con población suficiente para sustentar una economía seria con industria propia. Pero las personas con dinero solían salir del territorio para gastarlo. Iban a Dubái a pasarlo bien, a París a hacer turismo y a Londres, Suiza o Estados Unidos a tratarse. El turismo nacional brindaba pocas opciones.

Para Mohamed, la nación estaba dejando escapar dinero. Se había obcecado con la idea de que los petrodólares saudíes se estaban gastando fuera y estaban secando la economía nacional. El Gobierno colmaba a la ciudadanía de subvenciones y trabajo, pero los beneficios se iban del país, no recirculaban por los negocios y tiendas.

Mohamed se había dado cuenta de que Arabia Saudí llevaba medio siglo presa de los mismos hábitos. Extraía crudo, lo vendía y se gastaba el dinero fuera. Pero la población estaba creciendo a toda velocidad y el petróleo se estaba agotando, o al menos la demanda internacional del mismo.

Una tarde, mientras cavilaba sobre estas cuestiones, Mohamed abrió Google Earth para contemplar su país en la pantalla del ordenador. Observó la imagen del territorio desde el espacio y escudriñó la península arábiga, desde Yeda y La Meca en el oeste hasta los yacimientos petrolíferos de Dhahran en el este, pasando por el cuadrante vacío. Mohamed se planteó qué estaría pasando por alto. ¿Qué oportunidades de progreso podía ocultar el desierto?

Y entonces tuvo una epifanía. La región al norte de Yeda, donde las montañas que bordean la frontera jordana desembocan en el mar Rojo, era un lienzo en blanco. Solo había una pequeña ciudad, rodeada de un desierto muy despoblado. Mohamed pidió un helicóptero y fue a ver el lugar con unos amigos.

La vista de pájaro era espectacular. Ya había estado antes, pero trató de contemplar el terreno con los ojos de alguien que nunca lo hubiera visto. Sobrevoló montañas tan altas que en invierno veían nevar y playas blancas y desiertas que dibujaban una plácida bahía. Los arrecifes de coral no tenían ni un ápice que envidiar a los del cercano Sharm el Sheij, un centro de submarinismo egipcio. No obstante, no había nada construido para explotar el potencial.

Y aunque el área planteaba desafíos evidentes, como la ausencia total de agua dulce, sí brindaba una gran ventaja. Como tenía tan pocos habitantes y tan poca relevancia para los líderes religiosos y económicos saudíes, Mohamed podría hacer cambios radicales con escasa resistencia. La población local estaba compuesta sobre todo por beduinos seminómadas que llevaban generaciones merodeando por esa zona del desierto. Podría expulsarlos con algo de motivación económica y una tímida amenaza de usar la fuerza.

Pero había otro motivo de interés, tal vez el más importante de todos. La región estaba bastante exenta de la infraestructura decrépita y la burocracia recalcitrante que desalentaba a los inversores extranjeros, de la corrupción gubernamental y los rígidos tribunales religiosos que frenaban el cambio social.

Mohamed quería rehacer Riad y Yeda, corregir las prácticas ineficaces y echar a los jueces islámicos que condenaban a azotes y a duras sentencias de cárcel, cosa que provocaba las quejas de sus aliados occidentales. Pero el plan de Riad y Yeda era ambicioso y se había topado con una resistencia feroz.

Ahora bien, si construía una ciudad de nueva planta en su

redescubierta frontera, no encontraría tantos escollos. Si se salía con la suya, si NEOM resultaba tan innovadora, habitable y próspera como había imaginado, podría seducir y liderar a su país hacia un futuro más optimista. Era un proyecto parecido a la fundación MiSK que había constituido al principio de su carrera, una empresa creada desde cero con ayuda de asesores extranjeros. Pero la escala de NEOM era mastodóntica.

Mohamed decidió erigir no solo una ciudad, sino un minirreino. Tendría tecnología punta y sanidad y toda la energía sería solar. No dependería del petróleo. Cerca habría playas paradisiacas, yates y montañas para practicar ala delta, escalar e incluso esquiar, una vez los ingenieros empezaran a fabricar nieve para complementar la que salpicaba las cumbres en invierno. Sus tribunales se regirían por la ley islámica, pero no wahabita. Las mujeres no tendrían que cubrirse el pelo ni el cuerpo e incluso podría beberse alcohol. Y todo el mundo respondería ante Mohamed: los jueces, los burócratas y las autoridades financieras.

Creó un consejo gestor con el ministro de Vivienda saudí, un exalcalde de Riad, un asesor de la Corte Real y Mohamed al Sheij, exresponsable de la comisión de valores y flamante mano derecha del príncipe. Otro integrante del equipo era Yasir al Rumayán, el banquero a cargo del fondo soberano.

Mohamed, que presidía el consejo, trajo a consultores extranjeros para que ayudaran en la planificación. Desde el principio acordaron darle el nombre de NEOM, un acrónimo de «nuevo» en griego y de «futuro» en árabe: «Porque el proyecto representa un salto para la civilización humana, o sea que el título no debía ser de una civilización específica», le dijo Mohamed a un entrevistador de Bloomberg. Aunque, charlando con otra persona, afirmó que NEOM en verdad significaba «ciudad neuronal», dado que uno de sus pilares sería explotar el potencial del cerebro humano.

Cuando convocó la primera reunión del consejo en agosto de 2016, Mohamed les dejó claro a los consultores que su labor sería convertir sus instrucciones disparatadas en planes aplicables en el futuro inmediato. Aunque en el consejo había burócratas competentes,

ninguno tenía experiencia en tecnología o planificación a gran escala. Dilucidar lo que era viable recaía en los consultores extranjeros, que luego debían dar con un plan para hacer realidad los proyectos.

Pero las instrucciones para concebir la ciudad-Estado futurista eran difusas para los consultores. Con un *thaub* gris y la cabeza descubierta, presidiendo una larga mesa, Mohamed iba soltando aforismos demasiado enrevesados para ser desentrañados. «NEOM representará una nueva generación de ciudades. Combinará todas las ideas innovadoras en una sola urbe», declaró.

¿Cómo lo harían posible los consultores?

Para concebir ese futuro, se resolvió en una reunión que los consultores debían «buscar ideas en los medios, en la cultura, en los libros y en la literatura». Básicamente, se ordenó a los expertos que basaran la ciudad futurista en lo que la gente del pasado creía que debía deparar el futuro.

En otra reunión sugirieron a los consultores «inspirarse en Tomorrowland para saber cómo pueden ser las ciudades del futuro» y estudiar el parque de atracciones de Disney, que incluye un vídeo en 3D de Michael Jackson, un monorraíl y una película titulada *Cariño, he encogido al público*.

Mohamed sí se marcó algunas prioridades ambiciosas, como la prevención de la fuga de capitales. NEOM debía tener los mismos complejos turísticos, la misma atención sanitaria e incluso los automóviles en los que los saudíes se gastaban miles de millones de dólares en otros países. Así, el dinero permanecería en la economía saudí.

Otra obsesión del príncipe eran las dificultades que tenía el comercio extranjero para operar en Arabia Saudí. El país invertía miles de millones en compañías foráneas y Mohamed quería que ellas le devolvieran el favor invirtiendo en el reino arábigo. En NEOM se instalarían oficinas y fábricas de las mayores empresas tecnológicas, aeroespaciales y automovilísticas del mundo. Por ende, se necesitarían nuevas estructuras jurídicas para sortear los tribunales islámicos, pues no había leyes de quiebra operativas e incluso las disputas menores entre negocios podían convertirse en un culebrón de abogados.

Y Mohamed era plenamente consciente de otro gran reto. Ningún occidental quería mudarse a Arabia Saudí. Su clima era demasiado inhóspito y las restricciones al entretenimiento y los derechos de las

mujeres no resultaban muy atractivas. En NEOM, eso también tendría que cambiar.

Y, por último, tenía que ser mejor que su rival en la región, Dubái.

Para los consultores, transformar esos decretos en un plan creíble parecía misión imposible. Pero el príncipe prometía invertir 500.000 millones de dólares. Sabían que podía ser la comisión de sus vidas y suponer decenas de millones de ingresos para quien se llevara el premio gordo.

En esas primeras reuniones, los consultores de McKinsey y sus rivales de BCG y Oliver Wyman se sentaron a la larga mesa frente a frente con sus homólogos saudíes, presentando sus ideas sobre cuál debía ser la prioridad de NEOM. El consejo escogió nueve áreas que formarían la base de la ciudad. Eran las esperables e incluían campos como la energía, la tecnología, la fabricación y el entretenimiento. Pero entonces, en una reunión que los consultores llamaron «sesión de conceptualización», Mohamed anunció que habría una nueva área, la número 0, que analizaría la cuestión de la habitabilidad. NEOM debía ser el lugar más acogedor y agradable del mundo para vivir.

Durante los meses de reuniones, Mohamed no dejó de presentar ideas similares a los consultores. NEOM necesitaba coches voladores y un puente de miles de millones de dólares que conectara con Egipto. ¿Era posible crear una luna llena artificial que se elevara cada noche? Y en la playa del complejo turístico Mohamed quería que la arena brillara. Los viajes comerciales al espacio serían una buena oferta que traer a la ciudad. Y también los mercadillos de agricultores.

NEOM tenía que «ser pionera y líder en todos los sectores del futuro», les decía Mohamed a los saudíes y occidentales sentados a la mesa. Tendría el PIB per cápita más alto del mundo y unas condiciones de conciliación laboral inigualables.

Algunas exigencias parecían contradictorias. El Gobierno iba a gastarse 500.000 millones de dólares, pero el consejo afirmaba que el proyecto no se basaría solo «en subvenciones». El responsable del fondo soberano, Rumayán, señaló que NEOM iba a «asegurar la igualdad y la justicia a todo el mundo», pero justo después comentó que la ciudad grabaría constantemente a todo aquel que estuviera dentro de sus confines, para poder atrapar en el acto a los que delinquieran. Además, se afirmó que solo los saudíes que reunieran

ciertas condiciones podrían entrar.

Latham & Watkins, un bufete estadounidense que aceptó asesorar jurídicamente el proyecto, encontró trabas en el ordenamiento existente y sugirió resolverlas con una nueva estructura en la que cada juez fuera nombrado por Mohamed y respondiera ante él. Cuando *The Wall Street Journal* informó de ello, el bufete no quiso hacer comentarios.

Las consultoras redactaron más de dos mil páginas de planificación y encontraron respuestas para todo. BCG declaró que NEOM podía frenar la fuga anual de hasta 100.000 millones de dólares. La idea de la «habitabilidad», que había empezado siendo un capricho del príncipe, se podía calcular con un revolucionario sistema que McKinsey inventó especialmente para NEOM. Los consultores elaboraron un informe para explicar cómo habían ideado el mecanismo para medir objetivamente la habitabilidad de una ciudad: «Basado en pruebas empíricas y aprovechando el *big data* para calibrar la satisfacción, la felicidad y el nivel de actividad de la ciudadanía». En las presentaciones para sus clientes, prometían que NEOM sería la ciudad más agradable de todas.

Convertían las supuestas debilidades en puntos fuertes. Quizás la región no tuviera agua dulce, pero tenía «acceso ilimitado a agua salada» y podía convertirse en una «referencia hídrica mundial» instalando plantas desalinizadoras. Y BCG sugirió que hasta la NASA podía echar una mano desarrollando la luna artificial del príncipe, la más grande del mundo.

En cuatro talleres repartidos a lo largo de varios meses, el consejo y sus consultores acordaron una declaración de objetivos para el proyecto: «La tierra del futuro, donde las más lúcidas mentes y las personas con mayor talento tienen ocasión de poner en práctica ideas vanguardistas y romper moldes en un mundo inspirado por la imaginación». Fue una obra magistral de los consultores, que sabían exactamente lo que quería oír el ambicioso príncipe.

Cuando Masayoshi visitó el crucero lleno de asesores en la costa de NEOM, le dijo a Mohamed que era un visionario y aceptó vincular SoftBank a uno de los proyectos más codiciosos de NEOM: «Una nueva forma de vivir desde el nacimiento hasta la muerte a través de mutaciones genéticas para incrementar la fuerza e inteligencia humanas», como lo describieron luego esos consultores.

Masayoshi llegó a tildar a Mohamed bin Salmán de «el Steve Jobs beduino».

Rajeev también tenía su propio cometido, que no era menor. El dinero saudí y abudabí hizo cambiar de opinión al ejecutivo sobre su intención de abandonar SoftBank. Ahora tenía más poder financiero que nadie y un jefe que era pura intuición, que no se lo pensaba dos veces a la hora de invertir miles de millones de dólares tras una reunión fugaz y una corazonada. El único problema era que el Vision Fund empleaba a unas veinte personas, pero carecía de protocolos de inversión o de estructura deontológica. Y lo peor era que ya había empezado a invertir, aunque por un tiempo tuvo que retener dinero en el balance general de SoftBank mientras se creaba el equipo del fondo.

En el PIF desconfiaban del Vision Fund que su jefe había suscrito, pero no estaban en condición de oponerse. Lo que hicieron fue empezar a pedir detalles y pruebas de que la empresa estaba preparada para asimilar tanta liquidez.

Aún faltaban meses para que los inversores oficializaran su participación en el Vision Fund, pero cuando Masayoshi, Nizar y Rajeev volvieron a Riad, encontraron inquieto al príncipe. Cenaron en la playa y hablaron animadamente sobre el proyecto NEOM y sobre la visión utópica de Masayoshi. El sueño era llenar la ciudad con un millón de robots para que llevaran a cabo todas las tareas domésticas y los humanos tuvieran tiempo para cosas más importantes. Típico de Masayoshi...: un atractivo número redondo y una idea llamativa sin mucha sustancia.

Luego, Mohamed se llevó al banquero japonés a pasear por la orilla y le pidió que valorara invertir en Uber. La compañía estaba en boca de todos, pero no por nada bueno, sino por los problemas de gestión y de seguridad y por el escándalo que salpicaba a los altos ejecutivos que habían espiado a sus rivales. Uber había sido la primera gran apuesta del PIF y el príncipe no quería que acabara en quiebra; la mala reputación podía dañar su imagen como flamante inversor.

Mohamed le dijo que estaba muy preocupado. Masayoshi habría preferido no compartir un Uber, pero consintió en estudiarlo.

Pero eso no era lo único que preocupaba a Mohamed. El príncipe había mostrado una gran destreza haciéndose con el poder, adhiriendo el país al mayor proyecto transformador desde el descubrimiento del petróleo hacía ochenta años y gastando miles de millones de dólares en inversiones en el extranjero. Pero la guerra en el Yemen seguía muy viva y las élites recalcitrantes que había expulsado estaban confabulando a sus espaldas. Para sobrevivir, necesitaría el apoyo de Estados Unidos, igual que sus tíos y su abuelo antes que él, y en el país americano se acercaban unas elecciones que podían ser un gran bálsamo para Arabia Saudí.

Ni Donald Trump ni Hillary Clinton parecían aliados naturales. Como secretaria de Estado, Clinton había sacado un poco de quicio a los líderes saudíes con su insistente presión al rey y a sus súbditos para que protegieran los derechos humanos o dieran más libertad a las mujeres. Donald Trump parecía aún peor. Era un islamófobo redomado y había criticado a Obama por intentar bloquear una ley que permitía a la gente demandar a Arabia Saudí en los tribunales estadounidenses por los atentados del 11-S.

No obstante, asesorado por sus aliados de los Emiratos Árabes Unidos, Mohamed acabó decantándose por la idea de que Trump era mejor. Parecía decidido a hacer trizas el acuerdo nuclear con Irán que ellos mismos aborrecían, y no mostraba una gran aprensión por las cuestiones humanitarias que preocupaban a Clinton.

Por eso Mohamed se puso hecho un basilisco cuando se enteró de que, tres semanas antes de las elecciones, un primo lejano se había presentado en Los Ángeles con un destacado donante del Partido Demócrata y había posado para las cámaras con Adam Schiff, un poderoso congresista demócrata. El mundo lo interpretó como que un miembro de la familia real estaba apoyando a la izquierda.

El primo era Salmán bin Abdulaziz bin Salmán, técnicamente un príncipe. Pero no era descendiente del fundador del reino como Mohamed. Salmán descendía de un familiar de Ibn Saúd, así que no estaba en la línea de sucesión al trono.

Era un primo atractivo y escandalosamente rico, sobre todo porque su padre, exasesor del rey Fahd, amasó una fortuna inmensa. Él y Mohamed se conocían desde muy pequeños. De adolescentes, Salmán se reía de Mohamed, que tenía algo de sobrepeso y se pasaba

el día jugando a la consola mientras él aprendía francés y viajaba por el extranjero. A los veintitantos, Salmán despreciaba a Mohamed y lo consideraba inculto y rudo. Según confesaba a sus amigos, era el primo al que los demás jóvenes Saúd trataban de evitar.

Ahora superaban la treintena. Mohamed era el segundo hombre más poderoso del país y, en su opinión, su primo Salmán era un payaso engreído. Atraído por la riqueza y el poder, Salmán creó el rimbombante Visionary Movers Club. Su objetivo era reclutar a líderes mundiales para una serie de iniciativas benéficas, lo cual puso en entredicho su pretendida fluidez con el inglés.

El príncipe Salmán solía posar para las fotos con una barba perfectamente recortada. Llevaba trajes italianos de categoría hechos a medida, con unas solapas tan anchas que rayaban casi en lo ridículo. Con esas pintas, perseguía a los líderes políticos y buscaba las portadas, alardeando de haber estudiado en la Sorbona y prometiendo resolver problemas mundiales como el acceso al agua potable.

Salmán conoció al donante demócrata a través de un hombre de negocios de Dubái. El donante, un ejecutivo californiano llamado Andy Khawaja, presentó al príncipe a Schiff, que explicó a la CNN que lo único que recordaba de la reunión era que habían hablado por encima de la política de Oriente Medio. Salmán le dijo a un miembro de su séquito que sus conversaciones con Khawaja y Schiff habían versado sobre temas benéficos. (A propósito, Khawaja ha sido imputado en Estados Unidos por haber hecho donaciones ilegales a la campaña de Hillary Clinton, en un entramado relacionado con Mohamed bin Zayed. Khawaja lo niega: «Nunca acepté dinero de ningún líder extranjero. Son todo patrañas».)

Aun así, Mohamed se mosqueó mucho. ¿Qué hacía ese principito de tres al cuarto dando la impresión de que la familia apoyaba a Clinton? Llamó a su primo y este le aseguró que los encuentros no habían tenido nada que ver con la política. Esa noche, un miembro de la Corte Real llamó al padre de Salmán y le preguntó por qué su hijo estaba en Estados Unidos. Asustado, Salmán decidió quitarse de en medio, al menos durante cierto tiempo, y escribió una carta a la corte para jurar que solo había ido a Estados Unidos por negocios y por ocio, y no a hacer política. Pero, para Mohamed, las inminentes elecciones eran un momento crucial y la aparición de su primo había sido de lo más inoportuna.

8

La pequeña Esparta

Diciembre de 2016

Mohamed bin Zayed cambió su vestidura blanca por una camiseta de botones y unas gafas de sol de aviador. Así fue como el musculoso príncipe heredero de Abu Dabi llegó a la Torre Trump de Manhattan para una reunión de alto secreto, como un James Bond árabe.

El grupo que le recibió no se parecía en nada a lo que había vivido en sus años de relaciones diplomáticas con Estados Unidos, su principal aliado y valedor occidental. A un lado estaba Steve Bannon, exbanquero y magnate mediático de derechas a quien el desgastado forro polar, las dos o tres capas de camisas de cuello, las mejillas sonrosadas, las greñas grises y la tendencia a sermonear sobre la Antigüedad le conferían un aura de catedrático desarreglado aunque profundamente reaccionario. Y luego estaba el esbelto Jared Kushner, heredero de un imperio inmobiliario y marido de Ivanka Trump, que una vez le dijo a Bannon en un vuelo que los grandes expertos en historia no eran necesariamente las personas más indicadas para trazar el futuro geopolítico.

—No creo en eso —dijo Kushner.

—¿En qué no crees? —respondió Bannon.

—En la historia —dijo Kushner—, no leo historia. No te deja avanzar.

Otro de los presentes era Michael Flynn, un ex teniente general condecorado que acababa de dejar su labor en el sector privado como consultor y garante de Gobiernos extranjeros. Todos trabajaban para el magnate inmobiliario Donald Trump, que contra todos los pronósticos acababa de hacerse con la presidencia de Estados Unidos, en parte porque había convencido a casi la mitad del electorado con su mensaje «America First» (Estados Unidos primero). Algunas de sus

políticas irradiaban una hostilidad flagrante hacia el mundo musulmán.

Pero Mohamed bin Zayed se quitó un gran peso de encima en cuanto Bannon empezó a hablar. Bannon dijo que solo quería tratar sobre los persas y Bin Zayed dibujó una sonrisa de asombro: «¿Los persas, dice? Llevo veinte años buscando a un norteamericano como usted».

El emir hablaba el mismo idioma que Bannon. La Administración Obama había confiado lo suficiente en Irán para negociar un acuerdo nuclear. Pero Irán no era lo mismo que los persas, un grupo étnico e históricamente rival de los árabes. Según Bin Zayed y Bannon, si los persas decidían reconstruir el Imperio safávida que había dominado gran parte de la región tres siglos antes, supondrían una amenaza para los Emiratos Árabes Unidos, para Arabia Saudí y para sus aliados de Occidente.

En junio de 2007, en una conversación con el almirante Kevin Cosgriff, Bin Zayed resumió brevemente su teoría cultural. Según un cable diplomático filtrado del Departamento de Estado, le dijo a Cosgriff: «Si una cultura tiene la paciencia y la concentración suficientes para dedicarle tiempo a una sola alfombra, no le costará nada esperar años, e incluso décadas, para lograr objetivos más ambiciosos». El objetivo de Irán era erigir «un nuevo Gran Imperio Persa con poder e influencia gracias a la bomba nuclear».

Bin Zayed y Bannon siguieron hablando durante una hora sobre la historia, la seguridad y la frustración con la que vivieron el peligroso e ingenuo acuerdo de Obama. Al final, el emiratí le sugirió al equipo de Trump reunirse con Mohamed bin Salmán: «Es la clave de sus planes para la región».

Esa sugerencia volvía a reforzar la buena imagen que estaban proyectando los emiratíes de Mohamed, un príncipe presuntuoso de un país muchísimo más grande. Desde su fundación en 1971, los EAU habían tenido relaciones complicadas con los saudíes y con su vínculo wahabita. Mientras los príncipes del golfo Pérsico (o Arábigo, como lo suelen llamar ellos) construían rápidamente ciudades de fama internacional como Dubái, Abu Dabi o Doha, los decrépitos reyes de Arabia Saudí y sus incondicionales wahabitas parecían obsesionados con un *statu quo* que se remontaba a principios del siglo XX. La historia de la Arabia Saudí moderna, y la base de la legitimidad de los Saúd,

estaba estrechamente ligada a la conservadora clase dirigente religiosa y a la custodia de las ciudades sagradas de La Meca y Medina.

Pese a todo, Arabia Saudí era el único país del golfo con un tamaño y población considerables. Era el único Estado de la región que tenía algo que decir en el panorama internacional, pero llevaba mucho tiempo negándose a liderar. Había preferido encomendarse a Estados Unidos para mantener la seguridad en la región y había gastado miles de millones de dólares en difundir el wahabismo —una filosofía que sostenía que ir al cine o escuchar música estaba mal— por los parajes más recónditos del mundo musulmán.

Muchos ingredientes son comunes en toda la península arábiga: enormes depósitos petroquímicos (con la riqueza que conllevan), normas sociales conservadoras, costumbres tribales y una topografía desértica. Aun así, las diferencias entre las ciudades del golfo pueden ser gigantescas. Los Maktoum de Dubái son mercantilistas convencidos y llevan años consagrando sus esfuerzos a crear un núcleo comercial futurista con millones de expatriados, que llevan una vida prácticamente igual a la que vivirían en Sídney, Londres o Nueva York. Los Sabah de Kuwait bendijeron la formación de instituciones cuasidemocráticas en su nación antes que cualquiera de sus países vecinos, e incluso permiten la existencia de periódicos que critican sin complejos a sus representantes, algo insólito para la región. Los Saíd de Omán se han labrado una modesta reputación como diplomáticos, mediando en importantes cumbres entre los países occidentales e Irán, por ejemplo. Y los Zani de la minúscula península catarí han apoyado a islamistas como los Hermanos Musulmanes y otros grupos parecidos, a pesar de que los demás Estados del golfo los consideran la mayor amenaza para su monarquía absoluta. Pese a ser uno de los países más pequeños, Catar tiene una de las políticas exteriores más agresivas.

El príncipe heredero de Abu Dabi es uno de los muchos hijos que tuvo el fundador del país, Zayed al Nahyán. Al morir su padre, Mohamed bin Zayed no tardó en erigirse como uno de los jeques con mayor poder. Cuando su hermano mayor y presidente Jalifa cayó enfermo en 2014, Bin Zayed asumió el mando *de facto* del país y sus otros hermanos ocuparon cargos de peso en el Gobierno como ministro de Exteriores, consejero de Seguridad Nacional y ministro del Interior.

Bin Zayed es un expiloto de helicóptero y un hombre de

contracciones. Ha liderado algunas de las iniciativas más ambiciosas de Abu Dabi: un programa de energía nuclear con fines no violentos, una sede de la Universidad de Nueva York formada sobre todo por alumnos extranjeros (a menudo con beca completa) y un museo del Louvre en una isla adyacente a la principal. Pero también se codea con personajes de dudosa reputación: exespías estadounidenses y británicos y hombres como Erik Prince, fundador de la infame agencia de seguridad privada Blackwater. Bin Zayed aspiraba a convertir a los EAU en un actor de pleno derecho en los conflictos militares, e incluso envió soldados de operaciones especiales a Afganistán para ayudar a Estados Unidos. Abu Dabi se ganó así el apodo de «Pequeña Esparta», un término acuñado por el general retirado de la Marina James Mattis, que dirigió el Comando Central de los EUA entre 2010 y 2013.

En una misma mañana, Bin Zayed podía reunirse en su despacho con Will Tricks, un exmiembro del MI6 que le asesora en temas de inteligencia, y pasearse por una pajarera enorme dentro de su complejo palaciego, deleitándose con sus centenares de aves exóticas y charlando sobre historia con Zaki Nuseibeh, un erudito que fue intérprete de su padre y que tiene residencias a rebosar de libros. Sus amigos occidentales no lo ven como un rey vanidoso, sino como un filósofo con los pies en el suelo que no teme a las críticas ni a sus enemigos. Para quienes caen presos de la red de seguridad abudabí, es un autócrata sin escrúpulos que no tiene inconveniente en ensuciarse las manos; una acusación que algunos han vertido y que él niega.

Mohamed Zawahiri, hermano del líder de Al Qaeda Aymán Zawahiri, afirmó en una entrevista que el propio Bin Zayed lo interrogó y golpeó en 1999. El egipcio declaró que lo habían arrestado en los EAU y lo habían mandado a Abu Dabi. Al final lo metieron en una caja de madera con agujeros y lo cedieron a la Seguridad egipcia, que lo encerró durante siete años sin reconocerlo ni anunciarlo. Algunas fuentes próximas a Bin Zayed han negado esas acusaciones.

Aunque posee una fortuna de miles de millones de dólares, Bin Zayed es conocido por ser increíblemente frugal. Se pasa los días sentado en su despacho con una gorra de béisbol, conduce él mismo por la ciudad y suele comer con diplomáticos extranjeros en su bar favorito de Abu Dabi, una cadena australiana llamada Jones the Grocer.

Bin Zayed había perdido la fe en los vetustos líderes de Arabia

Saudí hacía años, y había dedicado buena parte de sus esfuerzos a lidiar con Estados Unidos. Para ello, había confiado en un emiratí atlético y totalmente calvo llamado Yousef al Otaiba, que se convirtió en el árabe mejor relacionado de Washington nada más ser nombrado embajador en 2008.

La habilidad de Otaiba residía sobre todo en su capacidad para conectar culturalmente con los norteamericanos. Tanto podía animar a un equipo mientras se tomaba una cerveza o hacía una barbacoa en su suntuosa residencia en las afueras de la capital como podía recibir invitados más distinguidos en cenas especiales elaboradas por Wolfgang Puck y otros chefs ilustres.

La relación de los EAU con la familia real saudí se remontaba muy atrás en el tiempo. Técnicamente, ambos países eran grandes aliados. Cuando Abdulah estaba en el lecho de muerte, Bin Zayed supuso que su hijo, Miteb bin Abdulah, iba a hacerse con el trono. Pero hasta que Mohamed bin Salmán no saltó a la palestra y se irguió como nueva fuerza, Abu Dabi no empezó a prestar atención.

Bastantes iniciativas de Mohamed tuvieron buena acogida entre los emiratíes. Era un joven entusiasta de la tecnología deseoso de que su país se transformara, siguiendo más o menos la estela de los EAU. Abu Dabi había creado un plan para 2030 mucho antes que Riad, contratando para ello a consultores expertos en gestión, y su desarrollo convenció al mundo de que la ciudad era una especie de Washington de Oriente Medio. Diplomáticos, empresarios, espías y peces gordos empezaron a elegir periódicamente la urbe para sus conferencias y cumbres estratégicas.

Para Bin Zayed, Mohamed bin Salmán representaba una oportunidad única para forjar una alianza más sólida con su grande y poderoso país vecino. El príncipe no solo podía acabar con las costumbres retrógradas de Arabia Saudí: juntos podían alzarse como una gran fuerza en política exterior y, tal vez, empezar a labrar un futuro mejor para la región.

El problema que veía Bin Zayed era que Mohamed aún no había apuntalado su poder e influencia frente a sus rivales. Y algunos miembros de los Saúd, como el príncipe heredero Mohamed bin Naif,

tenían una relación pésima con los emiratíes. (Una vez, Bin Zayed había hablado con diplomáticos estadounidenses y había llamado «simio» al padre del príncipe heredero.) Así que el abudabí puso en marcha sus potentes mecanismos de presión e influencia con el objetivo de que el mensaje llegara a Occidente. En Arabia Saudí comenzaba a despuntar alguien interesante y tenían que conocerle. Fue algo especialmente relevante para Estados Unidos, donde los dirigentes tenían desde hacía tiempo una gran relación con Mohamed bin Naif. Ahora, con un nuevo presidente en la Casa Blanca y un príncipe en auge, Bin Zayed tenía la oportunidad de aumentar su grado de influencia.

Otaiba fue una pieza clave en esa campaña. Otra piedra angular fue el hermano del emir, Tahnún bin Zayed, consejero de Seguridad Nacional, jefe *de facto* de la agencia de espionaje y campeón de *jiu-jitsu*. Tahnún llevaba gafas de sol en interiores, debido a su sensibilidad a la luz, y solía reponer fuerzas en un tanque de flotación. A menudo hacía de intermediario y se reunía con Mohamed en Tánger, Washington y, muchas veces, en Riad. Acabó dejando una gran huella en Mohamed. Lo convenció para que probara la dieta cetogénica promulgada por un médico llamado Peter Attia y para que contuviera su afición por la comida rápida del McDonald's. Cuando en 2016 John Kerry visitó a Mohamed en su yate, en el mar Rojo, Tahnún estaba pululando cerca de allí en su propia embarcación.

Jaldún al Mubarak, el hombre responsable del fondo soberano abudabí Mubadala, también colaboró con sus homólogos saudíes en los planes de diversificación económica.

Otaiba empezó a correr la voz entre su red de contactos de Washington, formada por exdignatarios estadounidenses. Estos, a su vez, empezaron a hablar de Mohamed a sus antiguos compañeros del Departamento de Estado, del Pentágono y de la Casa Blanca. David Petraeus, el general retirado, fue a ver al príncipe saudí a instancias de Otaiba.

Luego Petraeus escribió un correo filtrado por un grupo autodenominado Global Leaks, en el que decía: «Increíble, la verdad. Qué visión más impresionante. Y hay cosas que ya están en marcha. Aunque solo se materialice la mitad, será extraordinario».

Otaiba le contestó: «Mohamed Bin Zayed opina exactamente igual. Ahora tiene usted que trasladar eso mismo a la Administración

extremadamente ansiosa y recelosa de Mohamed bin Salmán. He estado animándolos a apostar por él como hemos hecho nosotros».

La visita de Bin Zayed a la Torre Trump disparó las alarmas en la Casa Blanca, ya que a Obama aún le quedaban dos meses en el cargo. No es habitual que líderes extranjeros se reúnan con una Administración que todavía no ha tomado las riendas.

Estados Unidos había sido el defensor más acérrimo de Arabia Saudí desde que sus geólogos habían encontrado crudo en el desierto hacía casi un siglo. Las empresas norteamericanas sentaron las bases de su sector petrolero y dotaron a la nación de armamento e instrucción militar. A cambio, Arabia Saudí se convirtió en el más fiel aliado del país en la región. Incluso con el embargo de petróleo de 1973, los atentados del 11-S y la novedad de la hidrofracturación —que puso punto final a la dependencia del petróleo saudí— a principios de los dos mil la relación siguió siendo estrecha gracias a la vieja guardia del Departamento de Estado, la CIA y los servicios de inteligencia y seguridad saudíes.

Pero la amistad se había enfriado durante la presidencia de Obama. Los dirigentes de EAU y Arabia Saudí habían reprobado la decisión de negociar un acuerdo nuclear con su archienemigo Irán sin consultarlos. Y para más inri, las negociaciones se habían celebrado a sus puertas. Tuvieron lugar en Omán, uno de los seis países del Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo. En 2015, Obama llamó a Riad para ofrecer su pésame por la muerte de Abdulah y el todavía desconocido Mohamed se levantó en medio de un consejo de ministros y miembros del Gabinete para reprender al presidente por haberle dado la espalda a su país. Algunos miembros de la delegación norteamericana no tenían ni idea de quién era el joven y asertivo príncipe.

Más tarde, Mohamed se quejó ante un grupo de estadounidenses de que Obama les había retirado el apoyo. Era una generalización gratuita y excesiva, porque Estados Unidos había vendido miles de millones de armas a Arabia Saudí durante su mandato. Ahora bien, reflejaba un sentir general en la Corte Real y en la región entera. Para Mohamed, la sutil táctica de Obama de negociar con Irán a la vez que conservaba la alianza con ellos equivalía a una traición.

Pese al adiós de Obama y la inminente llegada de Trump, a quien se había predispuesto para que recibiera favorablemente a Mohamed,

el príncipe tenía otro gran problema: su rival Mohamed bin Naif tenía lazos mucho más sólidos con la Administración estadounidense. Sus amistades trascendían el ámbito político y abarcaban las instituciones de inteligencia, del sector militar y del cuerpo diplomático. Y siguió siendo así aunque Mohamed condenara al exilio a la mano derecha de Bin Naif, Saad al Yabri.

Tras dos décadas abanderando la lucha contra el terrorismo, Bin Naif conocía a gente de todo tipo en el Departamento de Estado y en la CIA. Muchos lo tenían por un amigo. Su ejército de agentes e informadores había disipado amenazas a intereses saudíes y norteamericanos.

Con la elección de Trump, Mohamed tenía la oportunidad de reiniciar la relación con los EUA y vincularla a su persona. *A priori*, la victoria sorpresa del republicano era una derrota para el mundo musulmán. La islamofobia de su campaña había asustado a los propios norteamericanos, dado que había propuesto prohibir la entrada de los musulmanes al país.

Para Mohamed, era pura provocación. Luego dijo que no reflejaba para nada la opinión real de Trump sobre el islam. El príncipe supuso que era lo que tenía que decir para ser elegido. Bajo tanta bravata debía ocultarse un hombre fácil de seducir con algo de halago y unos cuantos acuerdos millonarios. Mohamed también empatizaba con el odio hacia los ultraconservadores islámicos, que habían dañado la reputación de la religión con sus muestras viscerales de fe e ignorancia respecto al resto del mundo. Los escépticos occidentales aún publicaban mofas de Abdulaziz bin Baz, el ex gran muftí saudí que había negado que la Tierra orbitara alrededor del Sol. Siguió afirmándolo hasta que Sultán, el hijo mayor del rey, regresó de un viaje en una nave espacial norteamericana y le aseguró que la Tierra sí rotaba sobre su propio eje y giraba alrededor del Sol.

Los dos socios receptivos de Mohamed en esa renovada alianza serían los mismos que se vieron con Bin Zayed en la Torre Trump: Steve Bannon y Jared Kushner. Ambos se dieron cuenta de que tenían que refutar la acusación de islamofobia si querían recabar apoyos árabes para sus prioridades en Oriente Medio. La prioridad de Bannon era castigar a Irán, mientras que Kushner necesitaba apoyos para rubricar un acuerdo de paz en Palestina. El joven ejecutivo del sector inmobiliario soñaba con encontrar la vía de la paz en Oriente Medio

con una buena dosis de vieja sensibilidad empresarial y comprando y vendiendo caballos. Sería un hito de la presidencia de Trump. Cada problema se podía resolver con una transacción.

El cortejo de Kushner no se hizo de rogar. Mohamed envió a la Torre Trump a dos destacados emisarios: el agente de seguridad Musad al Aibán y el entonces ministro de Energía Jalid al Falih. Su deseo era que la primera visita de Trump como presidente fuera a Riad. Parecía un buen plan para ambas partes. Mohamed demostraría que estaba reforzando la vieja alianza con los EUA y a Trump le serviría para despejar las acusaciones respecto a su supuesta islamofobia. Los dirigentes de ambos países entendían que la visita sería recibida en Irán como un mensaje provocador.

En la reunión, Kushner les dijo a Aibán y Falih: «Si quieren tener buena relación con el presidente Trump, lo que tienen que hacer es muy sencillo: frenar el terrorismo. Modernícense. Pongan fin al extremismo». Y añadió que a Arabia Saudí le convendría empezar a normalizar las relaciones con Israel.

Kushner también dijo que, si querían que Trump les visitara, tenían que hacer algunos cambios para demostrar su buena fe con Estados Unidos: «Deben empezar a permitir que las mujeres conduzcan y darles más derechos». Ambos hombres le aseguraron que Mohamed tenía pensado hacer esas cosas, porque confiaba en que serían buenas para el país.

Era cierto que el derecho de las mujeres a conducir ya ocupaba un puesto destacado en la lista de prioridades. Para la mayor parte de Occidente, parecía una decisión muy simple, pero un montón de reyes habían hecho avances para rectificar la retrógrada tradición y se habían desdicho a última hora. Llevaban décadas redactando borradores y más borradores de una nueva ley, pero la vetusta familia real los acababa considerando demasiado osados. Mohamed estaba decidido a abordar las inquietudes de la juventud y no veía ese cambio como un riesgo; en verdad, le parecía más arriesgado continuar distanciando a los saudíes y los aliados occidentales con esa restricción. En 2017, Salmán emitió un decreto real para anunciar que las mujeres podrían conducir a partir de junio de 2018. Kushner y otros pensaron que se debía a su positiva influencia aunque Mohamed ya hubiera tenido previsto hacer ese cambio antes de conocerlos.

En las semanas posteriores a la inauguración, varios miembros de

la nueva Administración Trump expresaron recelos sobre la visita. El secretario de Estado Rex Tillerson y algunos empleados del Consejo de Seguridad Nacional compartieron sus objeciones. A nivel de política exterior, había prioridades más importantes y aliados más fiables con los que reunirse. Advirtieron de que era arriesgado poner al descubierto que se decantaban por Mohamed en un momento delicado para Arabia Saudí. El contacto en quien más confiaba Estados Unidos era Bin Naif, que estaba atrapado entre un rey con inclinaciones wahabitas y su hijo favorito, que ansiaba claramente el trono. Algunos temían que la visita fuera una bendición para los planes de Mohamed de usurpar a su primo y erguirse como futuro rey.

Tillerson dijo que le preocupaba especialmente menoscabar a Bin Naif. Y señaló que no podían fiarse de las promesas de los saudíes, como la de mejorar la situación de las mujeres o luchar contra el extremismo: «Siempre te decepcionan. Nunca cumplen con su palabra».

El equipo de Tillerson instó a Kushner a posponer el plan hasta mayo de 2018 y el yerno de Trump le trasladó el mensaje a Bannon en una reunión en la Casa Blanca.

«Me estás tomando el puto pelo», contestó Bannon. Hablando del funcionariado, lo tildó despectivamente de «Estado profundo» (un término acuñado originariamente para designar a los miembros no elegidos del Gobierno turco que presuntamente mangoneaban el país desde las sombras). Para Bannon, la prioridad de esos funcionarios era conservar su poder y defender a sus propios aliados en el extranjero. No podían confiar en que apoyaran el nuevo orden concebido por los asesores de Trump.

Kushner sostenía que la Casa Blanca debía dar a los saudíes la oportunidad de cumplir lo prometido y el equipo de Trump programó una llamada entre el nuevo presidente y el rey Salmán.

Salmán le dijo al señor presidente que era un gran admirador suyo.

«Vale, rey», respondió Trump, y le comunicó que encargaría a su yerno la organización del viaje. Salmán contestó que le había encomendado a Mohamed que se ocupara de la parte que les correspondía y, socarronamente, le hizo una gran concesión a la exestrella de la televisión: «Si tiene la impresión de que lo está haciendo mal, ¡puede decirle que está despedido!».

Kushner y Mohamed empezaron a hablar, a veces por WhatsApp, e hicieron buenas migas. Kushner dio por buena la explicación de Mohamed de que estaba intentando modernizar el islam saudí; en verdad, lo que quería era recuperar su origen más moderado. Mohamed había contado a muchos políticos y periodistas extranjeros que Arabia Saudí había seguido una senda liberalizadora hasta los atentados terroristas de 1979 contra la Gran Mezquita de La Meca, que llevaron a los Saúd a ceder poder a la clase religiosa conservadora.

Lo cierto es que no era tan simple. Los Saúd se habían hecho con el poder gracias a su alianza con los combatientes wahabitas, y los descendientes políticos de esos guerreros conformaban las autoridades religiosas del país.

Pero Mohamed hizo creer a Kushner que él era un príncipe diferente, que comprendía la importancia de la economía y la tecnología y que no tenía ningún interés en los agravios de antaño. Bin Naif, en cambio, parecía estar chapado a la antigua y ser alérgico al cambio.

Ante las dudas de Tillerson y de la clase política, Kushner llamó a Mohamed y le dijo que quería poner por escrito todas las promesas saudíes referentes al viaje. El príncipe respondió enviando a Washington a Aibán, el responsable de seguridad, durante unas semanas. En los encuentros que celebraron él y Kushner, analizaron las diferentes peticiones estadounidenses y las promesas saudíes y lo pusieron todo negro sobre blanco. Cuando Aibán volvió a Riad, Mohamed ordenó a su disciplinado equipo que empezara a planear una serie de espléndidas ceremonias. En Washington, Kushner no fue tan diligente.

En febrero, Steve Atkiss recibió una llamada extraña de la Casa Blanca. El angelical Atkiss había trabajado como hombre de avanzada para otra administración organizando actos de campaña antes de la llegada del presidente. Al coger el teléfono, vio que era un excolega suyo, un asistente llamado Joe Hagin: «Parece que el primer viaje al extranjero del presidente podría ser a Arabia. Aquí nadie tiene ni idea de cómo se organiza un viaje ni saben nada de los saudíes».

Atkiss se prestó a echarle una mano. Había organizado un viaje al reino para George W. Bush y había acompañado al entonces presidente a Riad. También estuvo presente en una visita que el rey Abdulah hizo al rancho de Bush en Texas. Atkiss se ofreció a trabajar como voluntario para la Casa Blanca de Trump; así podría echarle un cable a su viejo amigo Hagin y, además, no le vendría mal a su consultoría, Command Group. Se vio con Kushner y empezó a conversar con los saudíes encargados de la organización.

Unas semanas más tarde, Mohamed fue a Washington en calidad de ministro de Defensa para verse con analistas del Pentágono. Organizó un breve encuentro con Trump y acabaron almorzando y charlando durante siete horas porque la cancillera alemana Angela Merkel tuvo que cancelar su visita a la Casa Blanca por culpa de una nevada.

Las fotos que salieron en la prensa de Mohamed con Trump fueron un aviso para navegantes. El príncipe heredero Bin Naif no había viajado, lo cual significaba que Mohamed, que teóricamente era su segundo, estaba forjando una nueva alianza con los EUA.

Mohamed veía motivos para la esperanza. Fue su primera vez en la Casa Blanca sin la escéptica corte de la Administración Obama y la acogida que se le brindó fue mucho más cordial, sobre todo cuando criticó al anterior presidente. Según le dijo a Trump, el gran problema de Obama había sido su opinión equivocada respecto a Oriente Medio. Había querido reforzar a Irán y a los Hermanos Musulmanes y echar a Arabia Saudí de la ecuación. Además, la primera secretaria de Estado de Obama y némesis de Trump, Hillary Clinton, había faltado al respeto a su país.

En las semanas posteriores a ese encuentro, Mohamed se dio cuenta de que la nueva Casa Blanca era mucho más receptiva y dócil que cualquier otra que hubieran conocido los saudíes. Y, en comparación con su propio Gobierno, era la casa de Tócame Roque, lo cual era una ventaja.

Acordadas las fechas del viaje, el personal del príncipe empezó a trabajar día y noche para hacer realidad el plan. Mohamed quería traer a los mejores chefs del mundo y sus subordinados cumplieron. También quería que el presidente y el monarca celebraran un acto público y firmaran acuerdos comerciales para que Trump pudiera atribuirse el mérito de haber conseguido miles de millones de dólares

de inversión saudí.

Mohamed quería demostrarle a Trump que él, y no Bin Naif, era el más decidido flagelo del terrorismo en el Gobierno. Para ello, envió a ingenieros y albañiles a un desvencijado hotel de la Corte Real y les ordenó transformar el vestíbulo en una «sala de operaciones» inspirada en *Battlestar Galactica*. Iba a ser un nuevo centro antiextremista controlado por él. Incluso invitó a David Petraeus a verlo cuando aún estaba en construcción. Tal vez fuera un regalo para la vista, pero era una iniciativa algo inútil, porque Bin Naif llevaba años trabajando en sus programas contra el fundamentalismo. Al final, quedó claro que era más un plató para las cámaras y un lugar de reunión para los líderes mundiales que una prueba de que Arabia Saudí hubiera cambiado significativamente sus prioridades.

Además, para demostrarle al presidente el amor de Arabia Saudí por Estados Unidos, Mohamed pidió a su equipo que contratara artistas como los Harlem Globetrotters para que estuvieran en Riad cuando llegara Trump. Traer famosos del país del líder extranjero era una estrategia poco convencional, pero Mohamed supuso que casaría con el aparente rechazo del presidente por todo lo que fuera demasiado exótico.

En Estados Unidos, en cambio, no había tanta planificación. El día a día de Trump en la Casa Blanca era el culebrón por excelencia. No paraban de sonar rumores sobre desdichados amoríos, despidos y políticas de la polarización, como el plan de construir un muro en la frontera con México. Kushner y Bannon estaban en el epicentro de todo, pero sabían que querían visitar inmediatamente Arabia Saudí y demostrar que eran ellos, y no el Estado profundo, los que estaban al mando. Para los asesores más afines de Trump, no existía funcionario dispuesto a cumplir las órdenes del presidente. Según ellos, los imperecederos burócratas eran ideólogos liberales que menoscabarían los planes del Gabinete.

Kushner y una consejera adjunta de Seguridad Nacional llamada Dina Powell fueron los encargados principales de la planificación. Powell había trabajado para Goldman Sachs y para George W. Bush. Como había nacido en Egipto y hablaba árabe, en la Casa Blanca la veían como puente hacia Oriente Medio.

Powell y Kushner se reunieron con Atkiss para empezar a estudiar la logística. Al día siguiente, Atkiss iba a poner rumbo a Riad

y necesitaba instrucciones. Aparte de la seguridad y de la organización, una de sus prioridades era evitar que el presidente viviera situaciones vergonzosas.

Atkiss había sido hombre de avanzada durante mucho tiempo, preparando el terreno para la gigantesca caravana de la campaña presidencial, y su rol parecía claro. La Casa Blanca y el servicio comercial, militar, diplomático y de seguridad elaborarían una exhaustiva lista de planes y Atkiss iría a Riad previamente para organizarlo todo, evaluar el riesgo y resolver los detalles que fueran necesarios para cumplir con las instrucciones y garantizar que el viaje se hacía de forma segura y natural.

Pero las órdenes de Powell y Kushner eran confusas. Simplemente le dieron una lista con las cosas que el presidente y los saudíes querían hacer, como la ceremonia de firma de los acuerdos comerciales. ¿Cuánto duraría el acto? No lo sabían. Si la reunión duraba una hora, los problemas de seguridad serían diferentes que si duraba diez minutos. ¿Qué acuerdos se firmarían? ¿A quién había que llevar al acto? ¿Tenía que invitarse al director general de Boeing? ¿Al presidente de General Electric?

«Pues no sé —respondió Kushner—: ¿Quién se encarga de la lista?» Él, Powell y Atkiss se miraron, atónitos. «¿Podrías encargarte tú?», le preguntó Kushner a Atkiss.

Era extraño pedirle eso a un voluntario, porque normalmente el Consejo de Seguridad Nacional guarda la lista de asistentes en las visitas oficiales. Pero como lo pedía la Casa Blanca, Atkiss aceptó. Cuando llegó a Riad, se dirigió a la inexpugnable Embajada estadounidense y se reunió con el personal para decirles: «Tenemos que elaborar una lista con todos los acuerdos entre Estados Unidos y Arabia Saudí que se podrían firmar en ese acto».

La Corte Real también pedía cosas muy extrañas. Por ejemplo, los saudíes querían juntar en una sala a los líderes de la mayoría de los países musulmanes para que conocieran a Trump. Aquello podía acabar como el rosario de la aurora. Trump acababa de llegar a la presidencia y no debía de saber gran cosa acerca de los más de cincuenta jefes de Estado que podían reunirse allí. ¿De verdad era buena idea encerrar al inexperto presidente en una habitación con los líderes de Turkmenistán, Burkina Faso, Jordania o Mauritania y cruzar los dedos?

Kushner dijo que era lo que querían los saudíes y la idea recibió el visto bueno. También se aprobó otro plan saudí: el rey Salmán colgaría una medalla en forma de collar alrededor del cuello de Trump. Algunos empleados de la Casa Blanca se estremecieron, porque sabían que a Trump no le gusta que lo toquen desconocidos.

Atkiss se instaló en el Ritz-Carlton de Riad con un montón de trabajo por hacer. Una de sus obligaciones era asegurarse de reservar *suites* separadas para Donald y Melania, tal como querían, y encontrar las salidas de emergencia que había en cada parada del itinerario.

A la mañana siguiente, Atkiss se conectó a la primera de una serie de videoconferencias que convirtieron aquel mes en el mes de la marmota. En la pantalla tenía a Powell y Kushner, los portavoces de la Casa Blanca, que le hacían preguntas sobre las reuniones y la logística. Entonces Atkiss planteó su mayor duda: «¿Quién está revisando la lista?». Necesitaba saber los acuerdos que iban a firmar Trump y Salmán. Había entregado la lista elaborada por la Embajada a Kushner y Powell para que le echaran un vistazo: «¿Cómo vamos con la lista?».

Kushner contestó que no la tenía aún.

Y así cada día durante diecinueve jornadas. Atkiss formulaba la misma pregunta y cada día le daban una respuesta similar. No estaba claro quién era el responsable de la demora. Kushner y Powell tenían varios frentes abiertos y el secretario de Comercio Wilbur Ross, cuya oficina también se encargaba de analizar los acuerdos, no parecía estar muy por la labor.

A Atkiss no le costaba tanto obtener directrices específicas de los saudíes. En las reuniones que celebraban a diario, Aibán u otro representante informaba a Atkiss de las minucias del plan y pedía su opinión. En algunas reuniones estaba el hermano menor de Mohamed, Jalid. En esas ocasiones, los ministros de mayor edad se sometían al criterio del que pronto sería embajador en Estados Unidos y esperaban que fuera él quien hablara. Se organizaron los desayunos, las comidas y la gira del presidente y se acordó que una princesa acompañaría a Melania y le enseñaría Riad.

En la oficina ejecutiva del rey, un majestuoso edificio blanco de estilo islámico moderno llamado Diuan Real, los trabajadores extrajeron todos los adoquines del caminito que rodeaba el inmaculado patio de hierba y los volvieron a colocar para que fuera perfectamente liso. Un día, el jefe de Protocolo del rey, Jalid al Abad,

invitó a Atkiss a inspeccionar la vieja fortaleza de Muraba de Ibn Saúd, ahora convertida en un museo. Hicieron el recorrido que seguiría Trump por el renovado edificio de adobe. Abad le mostró las entradas, las salidas y los controles de seguridad. Y entrando en una galería del museo, le dijo: «Y aquí estará Toby Keith».

Atkiss se detuvo. La estrella del *country* había compuesto una canción refiriéndose a supuestos terroristas del 11-S que decía: «Os meteremos la bota por el culo, porque así lo hace un americano». Algo chirriaba en la idea de llevarlo a Riad. Pero Mohamed estaba tan entusiasmado con su amistad con Estados Unidos que les había ordenado a sus súbditos ofrecer varios millones de dólares al cantante, que había tocado en la ceremonia preinaugural de Trump, para que cancelara todos sus actos y sorprendiera al presidente en la antigua residencia de Ibn Saúd.

A veces, los súbditos de Mohamed llamaban a Atkiss a altas horas de la noche y le planteaban dudas que carcomían al propio príncipe. Y, durante el día, Atkiss seguía puliendo los detalles y dando la lata a la Casa Blanca para que le facilitaran la lista de los acuerdos. Unos días antes del viaje, Aibán volvió a pedir la lista y Atkiss prometió que la próxima vez que hablaran, la tendría.

El 18 de mayo, dos días antes de la visita, Atkiss se conectó a la última videoconferencia con la Casa Blanca. Kushner propuso revisar el plan y el itinerario.

«No —dijo Atkiss—. No vamos a repasar el programa.» Les había prometido a los saudíes que tendría la lista de acuerdos y la necesitaba ya.

Kushner lo miró incómodo y dijo con voz sedosa: «Steve, eso se nos escapa. Tendrás que hacerlo tú».

Es decir, que un voluntario sería responsable de decidir qué acuerdos firmarían el presidente de Estados Unidos y el rey de Arabia Saudí... ¡Acuerdos por valor de miles de millones de dólares!

Perplejo, Atkiss fue a toda velocidad a la embajada y cogió a un miembro del Servicio de Exteriores llamado John Godfrey. Juntos valoraron los setenta y pico acuerdos potenciales que se habían proyectado en un principio. Los separaron por categorías —acuerdos

bilaterales, comerciales y militares— y escogieron los que sonaban mejor. La lista definitiva sumaba acuerdos de casi medio billón de dólares y abarcaban el sector armamentístico, las plantas nucleares y otros proyectos de relevancia estratégica.

Los saudíes hablaban el mismo idioma que Trump.

9

Una jugada maestra

Mayo de 2017

El 20 de mayo de 2017, Donald Trump llegó eufórico al Ritz-Carlton de Riad. En la fachada de piedra arenisca del hotel palaciego había proyectada una imagen suya de quince metros, observándole con severidad. Al lado de su gigantesco rostro estaba el del rey Salmán sonriendo con delicadeza, y en medio se veía un apretón de manos. La ciudad estaba plagada de carteles que pregonaban el mensaje «Juntos venceremos», con sus imágenes pegadas. Y tampoco faltaban las banderas de Estados Unidos y de Arabia Saudí.

Era la primera visita al extranjero de Trump como presidente y los saudíes lo estaban tratando con regalo. Mohamed había orquestado con gran esmero la llegada al Ritz, así como todos los aspectos de la visita. El príncipe sabía perfectamente cómo debía manejar a Trump. Se había criado en una familia extensa dominada por príncipes ambiciosos y seniles aterrorizados por la humillación, desesperados por una pizca de respeto y obsesionados por aumentar la fortuna heredada. Y Mohamed había aprendido a ganarse el favor de esos frágiles ancianos. Hasta que su padre fue coronado, la única forma de cosechar poder en la Corte Real había sido hacerse indispensable para esos hombres. Ahora tenía que hacer lo mismo, pero con un norteamericano.

Llevar a Trump a Riad fue el paso más importante de Mohamed hacia el trono. Hasta ese momento, el príncipe había amasado la fortuna que su padre necesitaba para reinar. Había burlado a los potenciales usurpadores para asegurarse de que Salmán heredaba la corona de Abdulah y se había hecho con el control de las fuerzas armadas y de la economía, cogiendo a contrapié a su primo y rival Bin Naif. Hecho todo eso, había proclamado que el país dejaría de

derrochar el dinero del petróleo para mantener su frágil *statu quo*. Además de, evidentemente, hacerse de oro.

Y ahora incluso traía al presidente de los EUA a Arabia en su primera visita al extranjero. Era un mensaje para los saudíes y para el mundo entero. Mohamed contaba con el apoyo del país más poderoso del planeta, demostrándole así a su familia que podía hacer «cosas de rey», como las llama Tony Pfaff, exasesor militar del Departamento de Estado y del Consejo de Seguridad Nacional especializado en Oriente Medio.

Mohamed tenía apenas treinta y un años. Según Pfaff, ahora profesor del Army War College, su acceso al trono estaba bloqueado por Mohamed bin Naif, que le sacaba bastantes años. Por lo tanto, «para ganar legitimidad al trono saudí» tenía que exhibir públicamente su liderazgo. Bombardear el Yemen y prometer una renovación económica no estaba mal, pero no había nada tan importante como demostrar que podía ser la persona indicada para revitalizar la dañada relación con los EUA.

Además de Riad, el viaje de Trump lo llevó a otros dos países que son la cuna de grandes religiones. Israel y el Vaticano. Aun así, ese no era su primer viaje al golfo. Ya había estado en Dubái, donde un promotor había adquirido los derechos para usar su nombre en un proyecto inmobiliario para construir una urbanización y un campo de golf, que salió a la venta en 2014. Y, aunque nunca había estado en Arabia Saudí, a lo largo de su vida había tenido varios encontronazos con los saudíes, incluidos miembros de la familia Bin Laden.

En febrero de 1985, Trump cenó en la Casa Blanca con el rey Fahd y compartió el pan con príncipes como Saúd bin Faisal y Bandar bin Sultán, por aquel entonces embajador. Durante ese mismo periodo, uno de los hermanastros de Osama bin Laden, Shafiq, estaba residiendo en la Torre Trump, unos pisos por debajo del propio magnate.

Trump también estrechó lazos con Salem bin Laden, integrante del Grupo Binladin. Incluso envió a un equipo a Riad para estudiar la opción de ayudar a la compañía a construir un complejo de lujo. Impuso el extraño requisito de que los Bin Laden le pagaran 10.000 dólares por el estudio. Dijo que le gustaba exigir un pago para asegurarse de que sus socios se leían realmente la propuesta.

Entonces ya tenía opiniones rígidas sobre la alianza de su país

con los Estados del golfo. En una entrevista con *Playboy*, dijo que los saudíes y los kuwaitíes les pasaban la mano por la cara y que los árabes se gastaban auténticas fortunas en sus casinos: «Pierden uno, dos millones en la mesa y están la mar de contentos porque han pasado un fin de semana fantástico. Si tú perdieras un millón de dólares, igual tendrías depresión durante el resto de tu vida. Y a mí me escriben cartas para contarme lo bien que lo han pasado».

En 1995 vendió el hotel Plaza a un grupo de inversores, entre los que estaba Al Walid bin Talal. Tres años después, le compró un yate de treinta millones de dólares a Adnán Khashoggi, un traficante de armas que llegó a ser el hombre más rico de la Tierra, tío del periodista Jamal Khashoggi. En la famosa embarcación había una discoteca con rayos láser que proyectaban la cara de Adnán en el techo y un quirófano equipado con depósito de cadáveres. Trump lo rebautizó como el Trump Princess.

Cuando el Air Force One aterrizó a las diez de la mañana, Salmán estaba en la pista de aterrizaje, esperando para darle la bienvenida al presidente. Los actos de celebración no se demoraron. En la misma terminal del aeropuerto real se realizó una ceremonia del té. Trump llevaba traje oscuro y una corbata azul claro que le llegaba más abajo de la cintura; Melania vestía un mono negro con un enorme cinturón dorado y un collar de oro a juego.

Salmán le concedió a Trump la mayor distinción que había en Arabia Saudí para un ciudadano extranjero, el collar de la Orden de Abdulaziz. Durante la ceremonia, Trump no quiso inclinarse ante el rey como Obama había hecho en su visita, así que se arqueó levemente e hizo una reverencia estrafalaria para que el monarca le colocara la medalla.

Luego Trump y Salmán llegaron a una inmensa sala enmoquetada y se sentaron en sendas mesas colocadas en paralelo. Mientras los miembros de cada delegación aguardaban en sillones alrededor de la sala, ellos firmaron una serie de acuerdos. Trump dijo que el valor de estos ascendía a 350.000 millones de dólares y que incluían ventas de armas e inversiones saudíes en compañías estadounidenses como la gestora BlackRock. (Al final resultó que muchos de los pactos eran

solo preliminares.)

Ese mismo día visitaron el nuevo centro de lucha antiterrorista de Mohamed y dieron una vuelta por el vestíbulo/modernísima sala de control, donde unos doscientos analistas informáticos usaban supuestos «programas de inteligencia artificial» para estudiar publicaciones en las redes sociales, encontrar pistas sobre nuevos objetivos o influir en la opinión pública. La auténtica programación recaía sobre todo en un contratista norteamericano que trabajaba en un edificio de oficinas del centro de Riad. Ese centro era solo de cara a la galería.

Impresionado, Trump se apretujó con Melania, Salmán y el déspota presidente de Egipto Abdulfatah al Sisi y posó para las cámaras colocando las manos sobre un globo terráqueo iluminado en el centro de la sala. El primer ministro malasio Najib Razak intentó colarse en la fotografía. En ese momento, Razak estaba en el ojo del huracán por una importante investigación del Departamento de Justicia, presuntamente por haber malversado miles de millones de dólares de un fondo malasio y habérselos gastado en lujosas residencias, incluida alguna para su hijastro. Una imagen con el presidente de los EUA le habría asegurado muchos votos en su país.

A un lado estaba Alí Alzabarah, el presunto extopo de Twitter, que había regresado a Riad y trabajaba para la fundación MiSK de Mohamed. Según le confesó a un amigo, su nombre, así como el de varias docenas de saudíes, se había hecho llegar a la diplomacia norteamericana antes de la visita de Trump. Era un requisito de seguridad previo necesario para cualquiera que fuera a acercarse a la delegación de los EUA.

Un fotógrafo de la Corte Real sacó una imagen de los líderes en torno al orbe. Trump sonreía con satisfacción y Salmán tenía la mirada perdida, llena de asombro. Mohamed bin Salmán se quedó en un segundo plano y dejó que su padre se llevara públicamente el mérito mientras él seguía moviendo los hilos entre bambalinas. Más tarde los saudíes regalaron al Gobierno de los EUA la esfera terrestre, que acabó escondida en algún lugar de la embajada de Riad.

Trump fue de reunión en reunión sin separarse de Salmán. Pero cuando llegó la hora de la cumbre de líderes islámicos, el rey tenía que ser el centro de atención, así que los cortesanos condujeron al monarca a un escritorio sobre una alfombra de patrón intrincado en

medio de una sala octogonal altísima, donde esperó la llegada de Trump.

A Trump, la escena le tocó una fibra y le dijo a su escolta del servicio secreto: «Fijaos, ¡id a buscar a Melania! Esto no se lo puede perder». Sus guardaespaldas y sus homólogos saudíes fueron a buscar a la primera dama, que estaba de visita con una princesa.

La cumbre tuvo algunas peculiaridades extrañas. Siguiendo la tradición árabe, al principio los líderes musulmanes se sentaron en sillas colocadas en derredor en una sala decorada con ribetes dorados y aterciopelados. Es la disposición típica de los *majlis*, donde los más ancianos de las familias reales del golfo toman la mayoría de las decisiones. Uno a uno, los hablantes se van turnando sin horario ni programa.

Mientras los coperos llenaban las tazas de porcelana de los líderes árabes con café con esencia de cardamomo, Trump parecía desconcertado. A él le sirvieron su bebida favorita, Coca-Cola Light, con una cafetera tradicional. Conocía a los dirigentes de algunas de las principales potencias, como el egipcio Sisi y el turco Recep Tayyip Erdoğan. Pero el resto eran una incógnita. ¿Alguien podía culpar al presidente de no conocer al gambiano Adama Barrow o al uzbeko Shavkat Mirziyoyev? En un momento dado, Trump preguntó quién era una persona y un escalofrío recorrió al equipo de la Casa Blanca. Resultó ser Ashraf Ghani, el presidente afgano apoyado por los EUA. Al cabo de un rato, el líder de uno de los países africanos más pequeños se levantó y se encaminó hacia Trump. Los demás lo siguieron y formaron una cola para saludar al presidente.

Durante los preparativos, un miembro de la escolta de Trump le dio un consejo a Atkiss: «Coño, el presidente detesta a Toby Keith». El organizador les pasó la información a los saudíes, que sacaron a la estrella del *country* por la puerta de atrás y lo enviaron a cantar a otra parte de Riad, y no delante del presidente.

Para Mohamed, esos actos ceremoniales eran mucho menos relevantes que la cena que él y su esposa iban a dar para Kushner y su esposa Ivanka. El secretario de Estado Rex Tillerson también figuraba en la comitiva y se suponía que debía llevar la voz cantante en la política exterior, pero Mohamed no lo invitó. Tillerson no se enteró de la cena hasta que hubo tenido lugar. Fue un movimiento astuto, porque Mohamed pudo presentar su visión y su versión de la historia

saudí a un dignatario que no compartía el escepticismo ni la lealtad de Tillerson hacia Bin Naif.

Esto fue lo que les dijo a sus invitados: «La generación de mi padre viene de la pura inopia. Y ahora ven dónde están y se dan cuenta de que supera todo lo que habían soñado. Pero mi generación ve un potencial ilimitado y no tenemos tanta paciencia». Kushner picó en el anzuelo.

En otros encuentros, Mohamed y sus súbditos aprovecharon la visita para explicarles a Kushner y al presidente sus problemas con Catar, un país diminuto y rico en gas que ocupa una península al este de Arabia Saudí. El emir catarí ansiaba desempeñar un papel más destacado en el tablero internacional y había tomado decisiones que habían sacado de las casillas a los saudíes. Una de las más molestas había sido crear el canal de noticias internacional Al Jazeera, que abrió la puerta a un periodismo occidentalizado y maduro en la región, sobre todo durante la Primavera Árabe de 2011 a 2013. Muchos de sus periodistas habían sido productores de la BBC o habían trabajado en otras compañías notorias. Trataban la política de la región de forma exhaustiva, implacable y sincera.

También tenían un equipo de investigación incansable liderado por un exmarine, Clayton Swisher, que había sido guardaespaldas del Departamento de Estado con Madeleine Albright y Colin Powell antes de meterse a periodista de Oriente Medio. A los líderes del golfo no les gustaba que los norteamericanos y británicos criticaran sus políticas y se inmiscuyeran en asuntos que preferían mantener ocultos. No entendían por qué uno de sus supuestos aliados árabes lo permitía.

Catar también respaldaba a los Hermanos Musulmanes, un grupo nacido en Egipto durante los años veinte que había ido ganando mucha fuerza en Oriente Medio con su gran antipatía por las monarquías del golfo. Los EAU y Arabia Saudí apoyaron el golpe militar de 2013 contra el primer presidente democráticamente elegido de Egipto, Mohamed Morsi, líder de los Hermanos Musulmanes. Bin Zayed ya les había dicho a otros integrantes de la Casa Blanca, como Bannon, que Catar era una fuente de desestabilización y que financiaba a terroristas.

Durante el viaje, Bin Zayed y Mohamed evidenciaron su pésima relación con Catar. El problema de Estados Unidos es que Catar aloja su mayor base aérea en Oriente Medio. Aunque Arabia Saudí sea el principal aliado en la región, podría decirse que Catar es estratégicamente más importante para las operaciones militares.

El país es poca cosa: apenas una lengüeta de arena con forma de pulgar que se adentra en el golfo. Pero sus enormes reservas de petróleo y gas y el hecho de tener solo 2,6 millones de habitantes significan que posee un dineral por gastar. Catar se ha servido de esa fortuna para adquirir bienes insignes por todo el mundo, como el Shard y el gran almacén Harrods de Londres. Y también ha comprado bienes intangibles. La base militar norteamericana de Doha se construyó con fondos estatales cataríes y en el acuerdo se incluyó electricidad, petróleo y gas ilimitados, con lo que Estados Unidos se ahorra miles de millones de dólares.

Tillerson lo sabía y valoraba positivamente esa alianza. Pero en un almuerzo celebrado en honor de los líderes del golfo, tuvo la sensación de que el clima estaba enrarecido. En la disposición de asientos que le habían facilitado por adelantado, Tillerson había comprobado que debía sentarse en la misma mesa que el ministro de Exteriores catarí. Pero, al llegar, vio que habían cambiado al ministro a una mesa cerca de la cocina. Con ese y otro desaire que se produjo en una reunión con jefes de Estado, Tillerson concluyó que algo pasaba con Catar, como le dijo luego a un comité del Congreso.

Los saudíes no escatimaron en sus presentes para Trump: esculturas de joyas, espadas, dagas o una toga revestida de piel de tigre blanco. El presidente y su séquito volvieron a Estados Unidos celebrando su éxito diplomático tras reestrechar los lazos con sus aliados de Oriente Medio.

La importancia del encuentro no se supo hasta al cabo de dos semanas. Cuando la delegación de Trump volvió a Estados Unidos, un envalentonado Mohamed inició una ofensiva catarí y preparó un golpe que lo catapultaría hasta la cima del Gobierno.

El clímax de esos dos días fue el discurso de Trump. Ocho años antes, Obama había dado uno de sus discursos más memorables en la

Universidad Al Azhar de El Cairo, la cuna de la enseñanza islámica suní. Así habló a los académicos y políticos congregados frente a él: «[He venido] buscando un nuevo inicio para la relación entre Estados Unidos y los musulmanes de todo el mundo, una relación basada en el interés y el respeto mutuo y en la verdad que afirma que Estados Unidos y el islam no son excluyentes, ni tienen por qué pugnar». Lamentó que el colonialismo hubiera alimentado los conflictos en la región y hubiera creado las condiciones que permitían proliferar a los grupos terroristas.

Trump habló cerca del Ritz-Carlton, en un gran auditorio repleto de arañas de cristal. No pidió perdón por nada y describió el conflicto en términos maniqueos: «Esta es una batalla entre criminales bárbaros que quieren exterminar la vida humana y gente decente de todas las religiones que luchan por protegerla. Es una batalla entre el bien y el mal».

En su discurso, estuvo a punto de arremeter contra el propio público: «El futuro solo será mejor si sus naciones expulsan a los terroristas y extremistas. EX-PÚL-SEN-LOS. EXPÚLSENLOS de sus templos. EXPÚLSENLOS de sus comunidades. EXPÚLSENLOS de su tierra sagrada y EXPÚLSENLOS DE ESTA TIERRA».

El público se puso en pie varias veces para ovacionarlo. Bannon observaba con orgullo. Era el auténtico nuevo comienzo. Se había acabado lo de pedir perdón.

Masayoshi Son y Rajeev Misra también estuvieron presentes durante la visita de Trump para firmar el papeleo del Vision Fund, de 100.000 millones de dólares. Cuando por fin vieron a Mohamed, se asombraron al encontrarlo despierto y activo pese a llevar más de veinticuatro horas sin dormir.

Mohamed se quedó hablando con Kushner hasta altas horas de la madrugada y luego fue directamente a los actos de un congreso de negocios que estaba celebrándose al mismo tiempo que la cumbre de líderes árabes. Trump había traído consigo a treinta directores generales y altos ejecutivos, muchos de ellos donantes de su campaña.

Una mañana, los invitaron a Palacio para comparecer públicamente con el príncipe; allí tuvieron que entregar el móvil a los

guardias de seguridad al entrar. Pero Mohamed tardó horas en llegar y los ejecutivos tuvieron que esperar sentados sin poder comunicarse con nadie del exterior.

La imagen fue un poco extraña. Grandes rivales como Adena Friedman del NASDAQ y Tom Farley de la Bolsa de Nueva York, Tom Kennedy de Raytheon y Martin Marillyn Hewson de Lockheed, o Jamie Dimon de J.P. Morgan y James Gorman de Morgan Stanley, se veían obligados a charlar unos con otros. Aunque eran algunos de los ejecutivos más importantes del mundo, estaban dispuestos a pasar horas incomunicados, sin poder hablar ni con sus jefes de gabinete ni con sus parientes, todo por una oportunidad de contagiarse de la buena ventura del príncipe.

Nada entusiasmaba más a banqueros y ejecutivos de otros sectores que participar en la salida a bolsa de Aramco. En principio, el plan seguía siendo vender el 5 % de la empresa, valorada en dos billones de dólares. Los emolumentos por una venta como aquella podían superar los mil millones.

Al final llegaron los comunicados oficiales. Trump oyó con ilusión cómo se anunciaban los exorbitados acuerdos. Durante la siguiente década, se ejecutarían contratos comerciales por valor de 200.000 millones de dólares y contratos de adquisición de armas por valor de 110.000 millones. Las cifras estaban infladísimas. Muy poco de ese dinero iba a llegar a corto plazo, o directamente no iba a llegar, pero a Mohamed le fue como pintado. El nuevo presidente basaba la política exterior en la ley de la transacción y él había anunciado acuerdos cuyo valor excedía el PIB de Grecia en 2017.

Durante la firma y la creación del Vision Fund, la excitación era tal que Misra se olvidó los papeles firmados en una mesa de la sala y tuvieron que enviar a unos ayudantes a buscarlos enseguida.

El fundador de Blackstone, Stephen Schwarzman, no había apostado decididamente por Trump durante la campaña electoral. Se había mantenido neutral y no empezó a asesorar a la Casa Blanca hasta poco después de la victoria trumpista. Los saudíes, que querían estrechar los lazos con los empresarios de la órbita de Trump, también firmaron un acuerdo con Schwarzman durante el congreso. El PIF aportaría 20.000 millones de dólares a un fondo especial de infraestructuras consagrado principalmente a proyectos en Estados Unidos.

Fue una buena jugada de Mohamed. La idea le acercó a un asesor de Trump y sirvió para contribuir enormemente a la economía estadounidense, evidenciando su buena voluntad. Además, al final le reportaría unos jugosos beneficios. Era el tipo de acuerdo que Mohamed deseaba y el que quería convertir en su marca de la casa.

Pronto proliferaron más pactos de ese tipo. Entre la clase empresarial estadounidense corrió el rumor de que Mohamed bin Salmán quería negociar y la gente perdió la cabeza. Ari Emanuel, el agente más poderoso de Hollywood, se reunió con él. El príncipe le dijo: «Es usted el mejor en lo suyo. Quiero que lo demuestre aquí».

Mohamed tenía muchas ganas de atraer negocios e inversiones a su país, pero Emanuel, igual que Schwarzman y los demás empresarios que fueron a verle, tenía otro objetivo. Quería dinero saudí. Y se fue con el borrador de un acuerdo que aportaría casi quinientos millones de dólares a su compañía, Endeavor.

10

Bloqueo

Mayo de 2017

El 24 de mayo de 2017, a primera hora de la mañana, Donald Trump puso fin a la fase israelí de su primer viaje al extranjero. Justo en ese momento, unas peculiares declaraciones del emir de Catar aparecieron en la web de la Qatar News Agency (QNA). Los medios saudíes y de otros países de la región tardaron unos segundos en hacerse eco de la noticia y propagarla a los cuatro vientos, de tal forma que llegó a millones de personas.

Según la versión de la QNA, el jeque y gobernante catarí Tamim bin Hamad al Zani había hablado en una graduación militar y había dicho: «Irán representa una potencia regional e islámica que no podemos ignorar, y es poco inteligente plantarle cara. Es una gran potencia que trabaja en pos de la estabilidad regional». La declaración sentó como un tiro a los Estados más influyentes del golfo Pérsico, que ven a Irán como el país más peligroso y agresor de la zona.

Pero todo fue una artimaña. Tamim no dio nunca ese discurso ni hizo tales declaraciones. Las demás fuentes también eran falsas, como las que hablaban de supuestas tensiones con el presidente Trump, de quien presuntamente Tamim había dicho que no llegaría al final de su mandato; de la buena relación de Catar con Israel; y de la admiración del emir por el grupo combatiente palestino Hamás.

Medio adormilado, Tamim mandó emitir una declaración para denunciar los mensajes falsos. Sus ministros lograron componer una en menos de cuarenta y cinco minutos, pero fue demasiado tarde para evitar la profusa cobertura mediática en el Al Arabiya saudí y el Sky News Arabia emiratí.

La familia real de Catar supo enseguida que sus sistemas gubernamentales se habían visto comprometidos. Era obvio que detrás

de aquello estaban sus vecinos saudíes y emiratíes, cada vez más asertivos. Pasaron semanas hasta que tuvieron las pruebas para demostrar que un grupo de piratas informáticos rusos a sueldo se habían infiltrado en sus sistemas.

La Casa de los Zani llevaba años pisando terreno peligroso en relación a sus enormes países colindantes y las tensiones habían ido *in crescendo* desde hacía décadas, pero nadie había visto venir el ataque repentino y, en un primer momento, infravaloraron la resolución de sus adversarios. Las disputas en el golfo solían seguir la misma regla: mucho ruido y pocas nueces. Siempre acababan en una mediación arbitrada por el emir de Kuwait o el sultán de Omán, tras la cual se restablecía la alianza regional, un poco a regañadientes. Ese nuevo conflicto era insospechado y sin cuartel.

En trece días, Arabia Saudí, los EAU y sus aliados más cercanos, como Egipto y las Comoras, se coordinaron para imponerle un boicot total a Catar. Expulsaron a los ciudadanos cataríes de sus países, cortaron los lazos económicos e impidieron a los aviones cataríes sobrevolar su espacio aéreo. En los supermercados se agotó la comida porque el país dependía del comercio terrestre con Arabia Saudí para los lácteos y otros productos básicos. Incluso los camellos que pastaban al otro lado de la frontera fueron expulsados.

Mohamed se sentía envalentonado por la visita de Trump. Incluso sopesó invadir Catar por tierra si el país no cedía a una serie de demandas, entre ellas, desmantelar el canal de televisión Al Jazeera y poner punto final a cualquier iniciativa de política exterior que se apartara de la que seguían sus vecinos. En una cultura que sentía pavor por la humillación, Mohamed y sus secuaces estaban exigiéndole a Catar volver a su antiguo estatus de país vasallo semiindependiente.

Era un tipo de agresión exterior que nunca se había visto entre países del golfo y que los sucesivos embajadores norteamericanos en Arabia Saudí llevaban décadas intentando impedir mediante la diplomacia.

La tensión entre Arabia Saudí y su minúsculo y riquísimo vecino había sido casi constante desde mediados de los noventa. Los saudíes

condenaban especialmente la política exterior catarí, que parecía consistir en entablar amistad con enemigos como los Hermanos Musulmanes. Arabia Saudí, los EAU y Baréin retiraron a sus embajadores de Catar en 2014, entre otros motivos, por el apoyo que el país mostró a las protestas de la Primavera Árabe.

Pero se había logrado reconducir la situación. En sus encuentros casi semanales con Mohamed, el embajador de Obama, Joe Westphal, había charlado con el príncipe sobre la importancia de mantener la estabilidad en la región. Sin embargo, en la primavera de 2017 Westphal había abandonado su cargo. La Administración Trump decidió no sustituirlo de inmediato y, en gran medida, dejó las relaciones bilaterales en manos de Jared Kushner, que no aportaba precisamente calma.

Westphal había recordado muchas veces a Mohamed que las agresiones externas dañaban la imagen de Arabia Saudí en Estados Unidos y no ayudaban a que los políticos de ese país le expresaran su apoyo en público. Pero en la nueva Administración no había nadie que desempeñara esa función. En vez de ser una fuerza moderadora, Estados Unidos parecía estar instigando la animadversión hacia Catar. Como le dijo Steve Bannon a Mohamed bin Zayed: «Soluciónalo. Esos tíos son peores que Persia. Los tenéis en las narices».

Ya que la Casa Blanca apoyaba su deseo de tensar la cuerda, los príncipes saudí y emiratí no corrían un gran riesgo intentando someter a Catar.

Una hora antes de anunciarse el boicot, los saudíes avisaron a Jared Kushner. Él preguntó si podían posponerlo, pero un emisario le contestó que era demasiado tarde: «Ya está en movimiento».

El anuncio del boicot sembró el terror entre muchos cataríes, que lo bautizaron con un término más cargado: lo llamaron «bloqueo». Algunas de las familias más ricas del país empezaron a amasar arsenales en sus mansiones y palacios previendo una invasión. Rex Tillerson, que no había participado en las conversaciones sobre el boicot, trató de impedir que llegara la sangre al río. El secretario de Estado había tratado con la familia Zani cuando había sido ejecutivo de ExxonMobil y había ayudado al padre de Tamim a poner en

marcha su extracción y exportación de gas natural.

En sus conversaciones con la Casa Blanca, Tillerson subrayó que la base militar de Al Udeid estaría en peligro si tres de los mayores compradores de armas del mundo se apuntaban de repente con ellas. La idea de que Arabia Saudí usara tanques, cazas y misiles norteamericanos contra Catar, y viceversa, era inaceptable.

Durante los primeros días, Tillerson no pudo convencer al presidente de que ayudara a apaciguar la situación. En una reunión en la Casa Blanca con Trump y Kushner, el secretario de Estado se rindió a la frustración y recalcó que la inminente crisis cambiaría por completo la vida de los cataríes: «No podrán hacer exámenes. No habrá leche en el supermercado».

«Me importa un comino la leche», contestó Trump. No veía que el bloqueo tuviera que ser necesariamente algo malo. Y, dirigiéndose a Kushner, dijo: «Si consigues que se peleen para ver quién financia menos el terrorismo, es que vas en la buena dirección. Que lo arreglen los saudíes».

El 6 de junio, el primer día del boicot, Trump tuiteó: «Durante mi reciente visita a Oriente Medio dije que se tiene que acabar ya la financiación de la Ideología Radical. Los líderes han señalado a Catar, ¡mirad!».

Arabia Saudí y EAU negaron haber tenido nada que ver con el ciberataque a la Qatar News Agency, pero las fuentes de inteligencia extranjeras desvelaron a *The New York Times* y *The Washington Post* que los culpables habían sido piratas informáticos rusos independientes a sueldo de Gobiernos extranjeros. Las posiciones se enquistaron y los súbditos de Mohamed sugirieron excavar un canal de sesenta y cinco kilómetros a lo largo de la frontera con Catar para convertir la nación peninsular en una isla. No estaba claro si la posibilidad era real o si se trataba de un farol para intimidar a los cataríes.

Arabia Saudí y los EAU argumentaron que estaban respondiendo a la escalada de Catar y a las falsas declaraciones de Tamim, pero el plan de aislar y neutralizar el país llevaba fraguándose meses. Debido a las artimañas y los complots, los expertos compararon los hechos con la

serie *Juego de Tronos*.

El 22 de marzo de 2017, Abdulaziz al Otaibi hizo un PowerPoint especial urdiendo un plan de ataque mediático. La campaña duraría tres meses y empezaría en junio, justo después de la visita de Trump a Arabia Saudí. Al Otaibi era un estratega de la consultora KPMG que colaboraba con la Embajada saudí y con la empresa de relaciones públicas Qorvis Communications, dirigida por el veterano gurú de la comunicación Michael Petruzzello.

Arabia Saudí llevaba mucho tiempo siendo uno de los mejores clientes de Qorvis. Otra parte conocedora de los planes era Harbour, una empresa de relaciones públicas que trabajaba tanto con los emiratíes como con los saudíes. Mientras Bin Zayed intentaba ayudar a su joven amigo a adoptar un papel más destacado en la región, a principios de 2017 Arabia Saudí contrató al director ejecutivo de Harbour para que preparara al hermano de Mohamed, Jalid, para su nuevo cargo de embajador en Estados Unidos. Ambos hombres solían comer juntos y, durante un par de horas, hablaban de todos los aspectos de la política norteamericana y exterior, sin pasar nada por alto.

Jalid es hermano carnal de Mohamed. Tiene unos tres años menos y es uno de sus mejores confidentes. Su infancia fue similar. Jalid se quedó a estudiar en Arabia Saudí, como su hermano, y de pequeños fueron íntimos. Jugaban a la consola y se perdían en ciudades españolas y francesas para comprobar en primera persona cómo era la vida de verdad. Y en el mes de vacaciones que se permitía cada año el rey Salmán, aprendían juntos a hacer submarinismo. Pero, a diferencia de su hermano, Jalid aprendió bien el inglés cuando era relativamente joven y acabó empapándose de la cultura norteamericana gracias a sus largas estancias en Estados Unidos. Se formó como piloto de la Fuerza Aérea en la base Columbus de Misisipi y la base Nellis de Nevada, donde solía salir con los demás soldados a explorar la vida nocturna de la zona. Cuando su hermano declaró la guerra a la milicia hutí del Yemen, Jalid participó en algunas expediciones con un caza F-15 y volvió a casa con una lesión en la espalda que le ha dejado secuelas de por vida. Tras un breve paso por el Ministerio de Defensa, en abril de 2017 fue nombrado embajador.

Mintz empezó a colaborar con los EAU cuando un compañero en la empresa de relaciones públicas Burson-Marsteller aceptó un trabajo

a jornada completa con el Gobierno de Abu Dabi. Ese compañero, el australiano Simon Pearce, se convirtió en un asesor clave de Jaldún al Mubarak, uno de los más fieles escuderos de Mohamed bin Zayed, en la adquisición del club de fútbol Manchester City, así como en otros grandes acuerdos y movimientos estratégicos abudabíes como la pugna con los Hermanos Musulmanes e Irán.

El plan estratégico de Qorvis era aumentar semana a semana «la percepción de que Catar respaldaba el terrorismo» elaborando y distribuyendo hojas informativas sobre los presuntos sobornos que el país había pagado para poder acoger la Copa Mundial de la FIFA de 2020. Hasta crearon anuncios digitales para demostrar que Catar era una fuerza desestabilizadora.

En el documento también había una estrategia parecida para encontrar «validación de terceros» a la Visión 2030 saudí. Por poner un ejemplo, KPMG había elaborado una matriz con periodistas clasificados según su reverencia, neutralidad u hostilidad y según lo pequeña, mediana o grande que era su influencia. Los principales y más influyentes periodistas en quienes podían confiar eran Tom Friedman, un columnista de *The New York Times* que había elogiado a Mohamed por su espíritu reformista, David Ignatius de *The Washington Post*, Bret Baier de Fox News y Norah O'Donnell de CBS News. Según la matriz, el periodista más influyente y hostil era Fareed Zakaria, de la CNN.

La guerra fría con Catar llevaba años fraguándose. El país había empezado a alejarse velozmente de sus vecinos en 1995, cuando el padre de Tamim, Hamad bin Jalifa, derrocó a su propio padre, Jalifa bin Hamad, en un golpe de Estado sin derramamiento de sangre.

Hamad nació cuando Catar estaba dando sus primeros pasos y todo era una balsa de aceite. El país apenas era conocido fuera del golfo Pérsico e, incluso en la región, lo poco que se sabía era que contaba con grandes buscadores de perlas. Antes del golpe, el emir Jalifa había dirigido Catar como un país semiindependiente, manejando sus propios asuntos desde la independencia de 1971, pero siempre protegido bajo el paraguas saudí. El rey saudí, y no el emir, dictaba la política exterior y decidía en materia de Defensa. En

términos de poder, influencia, tamaño e incluso identidad propia, Catar era un insecto al lado de Arabia Saudí.

Pero Hamad había crecido en un mundo más cosmopolita. Gracias a la modesta riqueza del país y a los lazos históricos con el Reino Unido, se formó en la Real Academia Militar de Sandhurst. Volvió a Doha para ser oficial del Ejército y, al cabo del tiempo, ministro de Defensa y príncipe heredero.

La flema que gastaba su padre a la hora de promover el desarrollo y su reticencia a forjar un camino estrictamente catarí en el plano internacional empezaron a inquietar a Hamad.

En ese momento, Hamad tenía cuarenta y pico años y ya había alarmado al rey Fahd y al presidente emiratí Zayed al Nahyán con sus intentos de entablar relaciones unilaterales con Irak e Irán, entonces gobernados por Sadam Huseín y Akbar Rafsanyaní. Urdió un plan para apoderarse del país con el beneplácito de importantes miembros de la familia y, aprovechando que su padre estaba en Ginebra de vacaciones, asumió el poder. Su padre cogió un vuelo a Abu Dabi con sus asesores en un convoy de aviones, y vivió allí unos años antes de irse a Francia y acabar volviendo en 2004 a Doha, donde pasó los últimos doce años de su vida.

Como emir, Hamad le insufló energía al Gobierno catarí y le dio un alma independiente, llegando a forjar una relación comercial con Israel. Empezó a explotar los yacimientos de gas. Fue una gran apuesta para la época, porque el gas natural aún no era la materia prima rentable que es hoy para la producción industrial mundial. La jugada salió a pedir de boca y Catar se llenó los bolsillos a más no poder. Con oro y arrojo, Hamad se dispuso a seguir una política exterior que ensalzara el papel de Catar en el resto del mundo, sin pensar tanto en la relación con las monarquías limítrofes. Uno de los sucesos remarcables fue la creación de Al Jazeera. El canal de noticias no escatimó en gastos a la hora de contratar a periodistas internacionales. Sobre todo, hablaba de Oriente Medio y describía a Catar como una potencia neutral que mediaba en los conflictos, pero no comentaba casi nada de los problemas sociales o de las controversias dentro del Estado catarí.

Los países aledaños consideraban Al Jazeera cualquier cosa menos neutral, y la política exterior del país se les antojaba casi diametralmente opuesta a la suya. La Primavera Árabe puso en relieve

esas diferencias. Cuando la juventud egipcia salió a protestar contra el eterno presidente Hosni Mubarak, Catar apoyó a la calle, mientras que Arabia Saudí y los EAU trataron de defender al dirigente. Al caer Mubarak, Catar aupó al nuevo presidente de los Hermanos Musulmanes Mohamed Morsi, mientras que emiratíes y saudíes respaldaron a un general del Ejército que derrocó a Morsi y aplastó a la organización.

Arabia Saudí había sido un baluarte del inmovilismo en la región. Había pagado miles de millones de dólares para proteger de los problemas a líderes como Mubarak o el rey jordano Huseín, y había usado la mayor arma de todas, la influencia religiosa, para atraer a la población musulmana internacional hacia su interpretación conservadora y enrarecida de lo que significa llevar una buena vida islámica. Los imanes wahabitas solían advertir en sus sermones que los buenos musulmanes nunca se oponían a sus líderes, por muy graves que fueran sus errores o transgresiones morales, porque, de lo contrario, dividirían a la población musulmana (un concepto conocido como *fitna*).

Los Hermanos Musulmanes discrepaban de los wahabitas y se habían opuesto siempre a las monarquías del golfo. Las tildaban de extravagantes e impías, cuando los árabes de a pie apenas llegaban a fin de mes. En verdad, los dirigentes emiratíes y saudíes no comprendían el juego al que estaba jugando Catar; la Casa Real catarí no era ajena al despilfarro y a los guateques. El minúsculo país acogía a líderes islámicos que menospreciaban regularmente a los miembros de la realeza y que cuestionaban su fe. También mantenía lazos con grupos, como Hizbulá, que en buena parte del mundo eran considerados terroristas que fingían combatir por la libertad; y financiaba un canal de televisión que hacía investigaciones al estilo occidental para menoscabar todas las dinastías de la región salvo la de los Zani. Según un diplomático emiratí: «Supongo que esperan que su cabeza sea la última en rodar».

A los cataríes se les da mejor que a los saudíes ejercer presión y justificar su filosofía. Les gusta equipararse a una Suiza mediooriental que mantiene el contacto con todas las facciones para facilitar las

negociaciones y traer paz a la zona. Hay episodios que no concuerdan con esa imagen, como el caso de Jalifa al Subaiy, un financiero catarí a quien Estados Unidos acusó de haber financiado a los máximos líderes de Al Qaeda, incluido el ideólogo del 11-S Jalid Sheij Mohamed. En 2008, en Baréin, juzgaron por rebeldía a Subaiy y lo condenaron por haber financiado y facilitado la actividad terrorista. Subaiy fue arrestado en Catar y estuvo en prisión seis meses. Pero, después de ser liberado, parece que volvió a ponerse en contacto con agentes de Al Qaeda y se puso a recaudar fondos para el grupo. También sumó fuerzas con operativos de Irán en 2009, 2011 y a lo largo de 2012, y envió dinero en efectivo a altos dirigentes de Al Qaeda en Pakistán hasta 2013. En 2020 sigue viviendo libremente en Catar.

Catar ha recibido críticas por su política exterior durante años, pero las tensiones llegaron a un nuevo máximo por las discrepancias en torno a Egipto. Durante dos años los cataríes habían apoyado a Morsi, un destacado miembro de los Hermanos Musulmanes con mala relación con el golfo. Las monarquías arábigas siempre habían pensado que, si la organización llegaba a acumular poder suficiente, acometería contra ellas. En un momento dado, el Gobierno de los Hermanos Musulmanes ofreció a Arabia Saudí no encarcelar a Hosni Mubarak a cambio de 10.000 millones de dólares, según un documento filtrado del Ministerio de Asuntos Exteriores saudí. Para contrarrestar la revolución egipcia de 2011, los saudíes y emiratíes respaldaron en secreto a un general, Abdulfatah al Sisi, en su asalto al poder, consumado con un golpe de Estado y una represión sangrienta contra los islamistas de El Cairo que acabó con cientos de fallecidos. Poco después, Al Sisi cambió su uniforme de general por un traje y se presentó a las presidenciales, que ganó con una aplastante mayoría, pero Catar se negó tercamente a apoyarle como habían hecho los demás Estados del golfo.

En 2013, en plena disputa, el emir catarí Hamad bin Jalifa decidió abdicar y rebajar la tensión, cediendo el trono a su hijo Tamim, de treinta y tres años. Los saudíes, emiratíes y bareiníes no se dieron por satisfechos y en 2014 retiraron a sus embajadores como protesta por lo que consideraban una negativa a dejar de interferir en la política de otros países de la región. También pensaban que Tamim era un títere que obedecía ciegamente las órdenes que le daba su

padre entre bastidores.

En cuestión de semanas, todos los países resolvieron sus diferencias firmando un documento secreto llamado Acuerdo de Riad, por el que Catar se comprometió a no adoptar una política exterior tan intervencionista.

Había otro factor que llevaba años alimentando el rencor: Catar tenía la costumbre de eclipsar a sus vecinos. Con su inmensa riqueza, los fondos soberanos adquirieron participaciones envidiables en empresas occidentales como Grupo Volkswagen y Shell. El país entró en el sector de la construcción de edificios emblemáticos, ampliando el aeropuerto de Heathrow y el distrito empresarial Canary Wharf y construyendo el Shard (la torre más alta del Reino Unido). Y, en 2022, el país ha acogido la Copa Mundial de la FIFA, la competición deportiva más famosa del mundo tras los Juegos Olímpicos, al salir vencedora su candidatura.

Especialmente simbólica para la acaudalada tropa del golfo, sobre todo para las esposas y los niños, fue la compra de Harrods en 2010 a cambio de 1.500 millones de libras. En los emblemáticos almacenes londinenses de Old Brompton Road, a veces parece que el árabe es una segunda lengua, ya que los pasillos están repletos de clientes ricos que vienen de vacaciones desde Dubái, Riad y la ciudad de Kuwait.

Pocos cataríes personifican mejor el escandaloso estilo de vida de los Zani que Hamad bin Abdulah al Zani, primo hermano de Tamim, un hombre desenvuelto que recuerda a un explotador de los años veinte. Tras una vida entera deambulando por museos y residiendo en fincas francesas y hoteles de cinco estrellas, la existencia que se había procurado Hamad solo era comparable a las que aparecen representadas en series como *Downton Abbey*. Se compró una vieja mansión urbana en Londres y la restauró para devolverle la majestuosidad que había tenido a principios del siglo XX, con diecisiete habitaciones y una dotación de criados que cada tarde se enfundaban la corbata blanca y la librea a las seis en punto. La reina británica Isabel II fue a cenar varias veces a la casa. A Hamad le gustaba exhibir joyas indias de su colección, antaño pertenecientes a marajás y otros

nobles. Y eso que solo era su residencia de Londres.

Apenas dos años antes del boicot, unos meses después de que su padre fuera coronado, Mohamed viajó a Doha para entrevistarse con Tamim, el emir, de treinta y cinco años. Durante una comida celebrada en su honor, Mohamed se interesó especialmente en la maña que había mostrado Catar a la hora de seducir a los medios internacionales y mejorar su reputación mundial, teniendo en cuenta que la política exterior no era una gran prioridad para el país.

Preguntó qué tenía que hacer para que los medios fueran benévolos con él: ¿comprar periódicos internacionales o simplemente pagarles para que hablaran bien de Arabia Saudí? Nadie sabía a ciencia cierta si desconocía el sistema occidental o si era un cínico respecto al periodismo. Otro de los presentes era Saúd al Qahtani, el hombre que solía tener que llamar a Catar siempre que en Arabia Saudí sentaba mal un artículo o un programa de noticias.

Más tarde, en sus salidas con halcón, Mohamed bin Zayed y Mohamed bin Salmán empezaron a comentar el peligro mortal que entrañaba Catar para la estabilidad regional y para la capacidad de sus familias de mantener el poder en los años venideros. Para evitar que Oriente Medio cayera presa de movimientos antisistema atizados por cientos de millones de jóvenes pobres y desempleados, era importante que sus regímenes mantuvieran un delicado equilibrio con los países árabes más pobres e inestables como Egipto, el Líbano y Jordania y, en menor medida, los países del norte de África.

En 2017, los emiratíes estaban seguros de que Catar había sido arrogante y había ignorado sus obligaciones. El país poseía la base de Al Udeid, una maravillosa operación mediática y más dinero que gastar que el resto. Los cataríes eran altivos y dominantes. Los ladinos jeques de Abu Dabi y sus aliados llevaban mucho tiempo buscando una excusa para cortar el grifo de Catar, aislarlo y hacerle la vida imposible hasta que cediera a sus peticiones. El bloqueo fue la medida de política exterior más agresiva en la breve historia de la región, aunque fue una chapuza.

En vez de hincar la rodilla, Catar se atrincheró, gracias también a su inmensa riqueza. Ya no podía importar leche de Arabia Saudí, pero

sí podía comprar cientos de vacas y crear una industria lechera autosuficiente. El país remodeló toda su cadena de suministro. Tamim estrechó lazos con Irán, el histórico enemigo de los países del golfo, y con Turquía, gobernada por los descendientes de los otomanos que dominaron Oriente Medio hasta comienzos del siglo XX. Turquía construyó en Catar su primera base militar mediooriental desde la época otomana. El boicot había querido alejar a Catar de los enemigos Irán y Turquía, pero solo sirvió para acercarlos.

Un grave problema fue la planificación. Arabia Saudí y los EAU llevaron a cabo el boicot sin recalcarles a los cataríes qué querían de ellos. Bannon le dijo a Tahnún bin Zayed —el consejero de Seguridad Nacional emiratí— que, si quería que la acción tuviera credibilidad en el extranjero, ellos y los saudíes tendrían que especificarle a Catar lo que querían: «Tenéis que exponer algo. ¿Cuáles son vuestras exigencias?».

Tillerson acabó clamando públicamente por una lista de peticiones. Mientras Trump apoyaba el boicot y acusaba sin tapujos a Catar de financiar el terrorismo, el secretario de Estado y otros altos representantes de los EUA trataban de desactivar la bomba. Fue un desgobierno total. Después de reunirse con Tillerson, Adel al Jubeir, ministro de Exteriores saudí, negó que existiera boicot alguno y dijo que su país solo le había prohibido a Catar usar su espacio aéreo.

Al final, casi tres semanas después de empezar el boicot, saudíes y emiratíes publicaron una lista con trece peticiones, entre ellas el cierre de Al Jazeera y el pago de indemnizaciones por los daños presuntamente causados por Catar.

Neutralizada la amenaza de un conflicto gracias a la intervención de Estados Unidos y otros aliados occidentales como Francia, ambas partes redoblaron sus esfuerzos en una guerra informática sin parangón. Ninguno de los implicados reconocía la autoría de los ataques y ambos negaban estar detrás de ellos, pero las víctimas eran claramente miembros de uno u otro bando.

A Yousef al Otaiba, embajador emiratí en Estados Unidos, le jaquearon el correo días después del comienzo del boicot. Diferentes periódicos de todo el mundo publicaron enseguida noticias sobre los intentos emiratíes de influir en dignatarios norteamericanos, como Kushner, y en los centros de investigación y otros personajes influyentes. También revelaron que Otaiba era cliente habitual de

prostitutas.

Las consecuencias de los ataques fueron palpables. Las filtraciones expusieron a Elliott Broidy, uno de los máximos recaudadores de fondos para Trump, por haber usado su vínculo con el presidente para facturar a Gobiernos extranjeros decenas de millones de dólares a cambio de crear centros de investigación de información libre contra el terrorismo (como el que Trump visitó en Riad) y prometer ejercer influencia sobre la Administración. El Departamento de Justicia abrió una investigación para analizar las acusaciones de blanqueo de capitales y extorsión, pero Broidy negó la mayor y acabó presentando una serie de demandas contra Catar y su aparato en las que pidió una indemnización por esa «burda campaña» contra él. Las presentadas contra la nación de Catar fueron desestimadas debido a la inmunidad soberana, pero las que interpuso contra empresas teóricamente afiliadas a Catar siguieron su curso legal hasta principios de 2020.

Cada ciberataque incitaba al otro bando a responder con más dureza. Los EAU montaron una gran operación de escuchas con un programa israelí de la empresa NSO Group Technologies. Con sede en Herzliya, el equipo de ingenieros informáticos y expiratas del Estado de NSO había ideado un programa llamado Pegasus que atacaba los dispositivos móviles. La compañía solo vendía el *software* a los Gobiernos que, según su criterio, lo emplearían para fines lícitos. Y cada venta requería el permiso del Ejecutivo israelí. A Catar se le negó el acceso, pero los EAU compraron no una, sino tres suscripciones anuales de cincuenta millones de dólares para diferentes agencias de inteligencia.

El *software* costaba tanto porque NSO usaba los ataques de «día cero», esos que aprovechan las vulnerabilidades en programas muy usados que ni siquiera grandes compañías como Microsoft, Google o Apple conocen. Los investigadores buscan esas lagunas y crean programas para sacarles partido y controlar y espiar los dispositivos.

El único problema de facilitar una herramienta tan poderosa a otros Gobiernos, incluidas monarquías autoritarias, es la escasa supervisión que hay del uso que estos hacen del programa. NSO obliga a los compradores a firmar un acuerdo por el que se comprometen a no usar Pegasus contra grupos opositores o activistas. También prohíbe usarlo contra teléfonos de ciudadanos norteamericanos y

británicos. Pero no se controla el uso que se hace de la aplicación en tiempo real. Si pasa algo, NSO puede volver a entrar en el sistema, comprobar si Pegasus se ha usado contra un objetivo determinado y cerrarle la cuenta del cliente. El problema es que los incidentes por mala praxis son difíciles de identificar porque el programa, por su naturaleza, es dificilísimo de detectar.

Utilizando el material obtenido a través de sus ciberataques a Catar y a través de otros medios, los EAU descubrieron pruebas muy comprometedoras de los intentos cataríes por sobornar a grupos terroristas iraquíes para que liberaran a unos cazadores cataríes secuestrados en enero de 2015. En Occidente empezaron a surgir noticias con todo lujo de detalles de todos los mensajes. Un reportaje de la BBC en Londres citó como fuente de la noticia a «un Gobierno hostil a Catar».

Los secuestradores resultaron pertenecer a una milicia chií llamada Kataeb Hizbulá, simpatizante del Gobierno iraní y, en concreto, de un legendario general persa llamado Qasem Soleimani (asesinado en 2020 por un dron estadounidense, hecho que provocó una escalada en el conflicto con Irán). Al final, los cataríes aceptaron pagar más de mil millones de dólares por el rescate de sus conciudadanos apresados, que sobrevivieron, aunque Catar pone en duda el destinatario final del dinero. Para los enemigos del golfo, cualquier pago a una milicia respaldada por Irán o Soleimani era sinónimo de años de atentados terroristas y un menoscabo al frágil Gobierno iraquí.

La guerra fría del golfo también tuvo una cara cómica. Aunque saudíes y emiratíes cortaron todos los lazos con Catar, muchos de sus pudientes ciudadanos se fueron de vacaciones a Londres, siendo incapaces de resistirse a la tentación de comprar en Harrods. El resultado fue un acuerdo extraoficial: por las mañanas tendrían los grandes almacenes para ellos los saudíes y emiratíes, mientras que los cataríes se quedarían con el turno de tarde.

11

Sellado con un beso

Junio de 2017

En un principio, que el teléfono sonara a las diez de la noche no parecía augurar nada horrible. Era el 20 de junio de 2017, casi al final del ramadán, y el príncipe heredero Mohamed bin Naif acababa de romper su ayuno.

Igual que otros príncipes destacados, se había trasladado a su palacio de La Meca para el mes sagrado. Se pasaba los tórridos días ayunando, descansando y rezando. El Ejecutivo no se ponía en marcha hasta que caía la noche, después del tradicional *iftar*, el acto de compartir dátiles, sopas, yogur, carne y arroz con amigos y visitantes. Desde medianoche hasta el alba, el deber público de Bin Naif consistía en sentarse en una silla de terciopelo o un sofá de brocado, a veces medio adormilado, y presidir reuniones, vistas y presentaciones aparentemente interminables de los burócratas, amenizadas con ocasionales tacitas de café amarillento con aroma de cardamomo.

Esa noche lo llamaron en referencia a una de esas sesiones rutinarias, una vista con generales y policías para organizar el dispositivo durante la celebración del Aíd al Fitr. Como ministro del Interior, el príncipe se encargaba de la seguridad interior de Arabia Saudí. Dado que las aglomeraciones con motivo de las festividades podían ser objetivos terroristas, Bin Naif tenía que asistir. Pero no había grandes amenazas aparentes. Tras cerca de un año, la tensión con el que teóricamente era su segundo, Mohamed bin Salmán, había dado una tregua. Durante la primavera habían corrido rumores por Arabia Saudí y Washington de que Mohamed se libraría de su primo mayor. Bin Naif llegó a contratar a gente para que defendiera sus intereses en Washington. Entonces llegó el ramadán y todo el mundo se relajó, al menos de puertas afuera. Mohamed permitió que algunos

de los guardias más fieles de Bin Naif volvieran a trabajar en la Corte Real, cuando unos meses atrás los había apartado.

Pese a tener casi sesenta años y estar lastrado por la diabetes y las lesiones, Bin Naif convocó a su séquito y salió en un pequeño convoy en dirección al centro de La Meca, al palacio blanco y negro de Al Safa que se cierne sobre la Kaaba. Salió doce horas más tarde, a merced de los focos y fogonazos de las cámaras, como un prisionero desprovisto de funciones y riqueza, expulsado de la línea de sucesión y sometido a arresto domiciliario. Fue el último escalón en el ascenso de Mohamed bin Salmán hacia el trono.

En Estados Unidos, Mohamed bin Naif siempre había sido un enigma. Su padre, Naif, fue un príncipe célebre por su severidad. Naif era hermano carnal de Salmán y había encabezado la seguridad e inteligencia saudí como ministro del Interior durante más de treinta y cinco años. El príncipe Naif introdujo a su hijo en el negocio familiar.

Naif era obstinado, distante y reticente al cambio; un «déspota de pura cepa», como lo describió el embajador norteamericano James Smith en un cable filtrado de 2009. El senador Chuck Schumer pidió al Gobierno saudí que lo despidiera tras los ataques del 11-S, convencido de que no estaba combatiendo bien al terrorismo ni dentro ni fuera de sus fronteras. Bruce Riedel, un exagente de inteligencia estadounidense que asesoró a varios presidentes en temas relacionados con Oriente Medio, escribió un informe en 2016 en el que no fue tan diplomático. Según él, Naif, al que conocía bien, «era básicamente antiamericano».

Pero su hijo Mohamed bin Naif no levantaba las mismas sospechas. Cuando se produjeron los atentados contra las Torres Gemelas, llevaba poco tiempo como máximo responsable de Seguridad y ayudó a reparar la relación entre ambos países en un momento de gran desconfianza. Estableció vínculos personales en todas las instancias del Gobierno estadounidense. No era como otros directores de inteligencia extranjeros, que priorizaban sus relaciones con la CIA: él cultivaba sus contactos en el Departamento de Estado. Conoció a John Kerry y a miembros del equipo de Joe Biden. Habló con el general David Petraeus —que fue director de la CIA con Barack

Obama— y con otros a fin de fundar instituciones cuyas relaciones con Estados Unidos sobrevivieran a los cambios en el mando de sendos países.

En los años subsiguientes, Al Qaeda lanzó varios ataques contra Arabia Saudí y Bin Naif abanderó la respuesta del Gobierno. Según Riedel, sus fuerzas encabezaron operaciones quirúrgicas que desarticularon células terroristas con mínimos daños colaterales.

Bin Naif era divertido y caballeroso con sus contactos de los EUA. Cuando le pedían algo, solía satisfacer sus deseos. Y cuando no podía, no escurría el bulto ni escondía el porqué. Sus prioridades parecían ser reflejo de las estadounidenses y, a diferencia de otros interlocutores, él sí tenía el poder para hacer realidad los planes.

Hablaba con fluidez el inglés, que había perfeccionado en el Lewis & Clark College de Oregón durante los setenta y en su etapa de instrucción con el FBI. Según Jon Finer, jefe de Gabinete de Kerry durante sus años como secretario de Estado, Bin Naif era «el policía secreto saudí por excelencia». Finer se reunió varias veces con Bin Naif en Riad y Washington y, al igual que otros estadounidenses, estaba maravillado por su sencillez y su capacidad infalible de proporcionar inteligencia útil sobre la actividad terrorista dentro y fuera de Arabia Saudí. Un miembro del Departamento de Estado destinado a Arabia recuerda haber recibido alertas del equipo de Bin Naif sobre amenazas específicas: «Me salvaron el pellejo varias veces».

Cuando Naif murió y su hijo se convirtió en ministro del Interior, varios integrantes de la Casa Blanca, del Pentágono y de Langley se dieron con un canto en los dientes. Y cuando lo nombraron príncipe heredero pocos meses después de morir Abdulah en 2015, en Estados Unidos dieron por hecho que el siguiente monarca sería alguien que había vivido en su país y que tenía vínculos estrechos y aparentemente honestos con sus representantes. En un escrito de 2016 para la Brookings Institution, Riedel dijo que «Bin Naif podía ser el príncipe más proestadounidense de la historia en la línea de sucesión».

De lo que no hablaba era de los otros rumores que circulaban sobre Mohamed bin Naif, un runrún que provocaba que Washington pensara que su príncipe favorito podía no llegar nunca al trono.

Estados Unidos llevaba años temiendo por la salud y la vida privada de Bin Naif. Aunque era simpático y solícito con sus aliados, también irradiaba un extraño nerviosismo. En los últimos años se

había advertido que tamborileaba con el lápiz o movía compulsivamente la pierna en las reuniones, como si no pudiera permanecer quieto. Y, cuando paraba, a veces se dormía.

Tal vez fuera la diabetes. O tal vez nunca se hubiera recuperado del todo del traumático atentado que sufrió en 2009. Durante el ramadán, un joven llamado Abdulah al Asiri había contactado con el príncipe y le había dicho que era un terrorista que quería participar en su programa para reformar a islamistas radicalizados. El príncipe aceptó reunirse con él en persona y Asiri se presentó en su despacho de Yeda al cabo de unos días.

Asiri se sentó en el suelo junto a Bin Naif, se sacó un móvil que entregó al príncipe y se inmoló. Un día que un contacto norteamericano lo fue a ver a su oficina, Bin Naif le contó su experiencia en la masacre. Se ve que, en medio del ataque, había alzado la mirada y había visto una muesca sangrienta en el techo, donde había impactado la cabeza de Asiri: «Justo allí», le dijo a su visita, señalando hacia arriba. El cuerpo del joven se desparramó por toda la sala, despedazado por los explosivos que llevaba escondidos en el recto. (Esa fue la teoría de las autoridades saudíes, porque las estadounidenses afirman que pudo haberlos llevado en los calzoncillos.)

Aunque la metralla le alcanzó, parece que Bin Naif salió más o menos ileso. Poco después compareció en televisión para hablar del incidente; el único atisbo de lesión que pudo percibirse fue un vendaje en las manos. Aparte de eso, estaba «indemne», según un contacto que lo vio al cabo de unos días. Fue uno de los muchos atentados realizados contra su vida, y convirtió a Bin Naif en uno de los pocos príncipes que habían derramado sangre de verdad por su país. Su compromiso de volver al trabajo tras el ataque le ayudó a ganarse el respeto de sus contactos en el Gobierno de los EUA.

Durante la Administración Obama se rumoreó que tal vez sus lesiones fueran peores de lo que exteriorizaba. ¿Se adormitaba en las reuniones por culpa de la diabetes? ¿Tenía alguna incapacidad física o dependía de los medicamentos para el día a día? La CIA descubrió que era adicto a los analgésicos recetados. Tampoco era nada nuevo entre los grandes príncipes, como Salmán sabía de buena tinta, pero no dejaba de ser preocupante para un aliado importante y relativamente joven.

Cuando Salmán fue coronado, un rumor más delicado empezó a llegar a Estados Unidos. Los contactos de la región afirmaban que Bin Naif solía drogarse y practicar relaciones sexuales obscenas con hombres y mujeres jóvenes de todo el mundo, incurriendo a veces en perversiones espeluznantes. La Inteligencia estadounidense no sabía cómo procesar esa información. Sí que tenían constancia por fuentes fidedignas de que Bin Naif había tenido citas con hombres en Ginebra, cuando había ido por alguna razón médica, pero las versiones más sórdidas estaban saliendo ahora a la luz. Fueran o no ciertos, los rumores preocupaban a Washington porque se podían utilizar contra Bin Naif para cortar su ascenso al trono. En un país tan profundamente conservador, el hecho de que el príncipe solo tuviera una mujer y dos hijas —ningún hijo— ya era razón suficiente para desconfiar un poco. ¿Qué pasaría si empezaban a circular rumores sobre su vida en Europa?

Había otros indicios de que se estaba apartando a Bin Naif del poder. En una visita a la región, un exdignatario de Estados Unidos se reunió con el antiguo jefe de la Guardia Nacional Miteb bin Abdulah, hijo del exmonarca, en su finca en las afueras de Riad. Tras comer en una de las típicas tiendas de lujo de los Saúd, Miteb dijo que quería salir a dar un paseo por la arena. Según recuerda esta fuente estadounidense, parecía preocupado de que hubieran pinchado la tienda.

Bajo las estrellas, Miteb dio rienda suelta a su consternación y habló durante casi dos horas seguidas. Dijo que la jerarquía estaba cambiando. Ya nada era igual que antes. Hablaba medio en clave y sin entrar mucho en detalles, pero sí reveló una cosa alarmante: Bin Naif, príncipe heredero y jefe de una de las unidades militares de Arabia Saudí, desconocía que su presunto segundo de a bordo pensaba atacar el Yemen.

Para Washington, esos detalles debilitaban la meritocracia. Ahondaban en las viejas tretas familiares y hacían peligrar el ascenso al trono de un intermediario de su confianza. Al fin y al cabo, para ellos Bin Naif era el jefe de espionaje que había expulsado a Al Qaeda del territorio más sagrado del islam. Seguro que también podría manejar la política intrafamiliar.

Analizándolo *a posteriori*, Jon Finer señala: «Lo que no esperábamos era que Bin Salmán superara tan sobriamente a Bin

Naif».

La relación entre los dos Mohameds no tiene parangón en la historia de la Arabia moderna. Nunca ha habido dos hombres de padres diferentes en la carrera por hacerse con el trono. Desde que el fundador del reino murió en 1953, todos los reyes han sido hijos suyos.

Esos hijos entendían los riesgos de una sucesión anárquica. A la larga, la decisión de Ibn Saúd de ceder la corona a su primogénito, Saúd, resultó ser un desastre. El despilfarro y la incapacidad de Saúd de controlar la colosal deuda del país desembocaron en una crisis económica. Tras cinco años, sus docenas de hermanos se aliaron para arrebatarle gran parte del poder y entregárselo al príncipe heredero Faisal, que acabó siendo rey.

El encumbramiento consensuado de Faisal estableció «probablemente el único sistema de gobierno del mundo regido por hermanastros», como lo describió el exembajador estadounidense James Smith. No era exactamente una democracia familiar, pero sí repartía el poder entre docenas de hombres y facciones. El sistema promovía el consenso y proporcionaba un incentivo para que todo el mundo se llevara bien. Si un príncipe hacía cosas que le valían el reproche de la familia, acababa expulsado de la línea de sucesión. Según un cable filtrado de Smith, el resultado fue una dirección «por consenso y de naturaleza precavida, conservadora y reactiva». Fue una estructura que permitió la increíble estabilidad (y, en última instancia, inmovilismo) del Gobierno saudí, pese a los rápidos cambios económicos que provocaron los petrodólares. Como Ibn Saúd tuvo hijos a montones con más de doce esposas durante más de cinco décadas, el sistema se ha mantenido durante más de cincuenta años.

En ese medio siglo, la familia ha mantenido una paz relativa. Muchos hijos de Ibn Saúd recibieron carteras en el Gobierno que usaron para amasar poder, y en algunos casos riqueza, a través de pagos de compañías extranjeras que se desvivían por entrar en el sector del crudo. Pero ningún hijo tenía suficiente poder para consolidar su control, sobre todo porque el Ministerio de Defensa, la Guardia Nacional y el Ministerio del Interior, las tres instituciones con

poder militar, estaban en manos de príncipes diferentes, mientras que un cuarto, Salmán, tenía la autoridad sobre otra fuente de poder: Riad, hogar histórico de los Saúd y de los imanes wahabitas. Ningún hermano tenía bastantes armas a su disposición para organizar un golpe.

Hubo momentos en los que los líderes norteamericanos y saudíes temieron por la fragilidad del sistema. Los miedos arreciaron con la coronación de Abdulah en 2005. Abdulah era un hombre austero para lo que es habitual en el país, y era merecedor de un gran respeto tanto dentro como fuera de la nación, así que estaba en una posición extraña en el seno de la familia. Su predecesor en el trono, Fahd, era hermano carnal de tres de los príncipes más poderosos del reino, Naif, Sultán y Salmán. Eran cuatro de los siete hijos de Ibn Saúd con su esposa favorita, Husa al Sudairi, y todos esperaban reinar algún día. Abdulah, en cambio, no poseía hermanos carnales. Fue coronado cuando superaba los ochenta y era de espíritu reformista. Sus decisiones sobre la sucesión podían subvertir el *statu quo* político.

Abdulah entendía ese miedo. También temía los intentos de asesinato. Al Qaeda era un peligro cercano y tangible y el último rey reformista, Faisal, había muerto en 1975 a manos de un sobrino descontento con sus reformas. Así que Abdulah pidió ayuda y asesoramiento en temas de seguridad a la Administración Bush.

La Casa Blanca envió expertos en seguridad que se reunieron con el personal del rey e hicieron una serie de recomendaciones. Algunas eran medidas de seguridad sin mayor trascendencia, pero había una sugerencia relevante: Abdulah debía despejar las dudas respecto a la línea de sucesión. Eso lo llevó a anunciar la constitución del Consejo de la Lealtad en 2006.

La ley rubricada por Abdulah estipulaba que el monarca nombraría a su sucesor y la comisión se reuniría para aprobar su decisión o sugerir a otro príncipe descendiente de Ibn Saúd, el que considerara «más íntegro». También se convocaría al consejo para que aprobara los nuevos príncipes herederos en caso de que muriera uno en acto de servicio. Jalid al Tuwaijri, súbdito de Abdulah y el único miembro sin sangre real presente en la sala, se encargaría de anotar lo deliberado en un libro de actas.

Durante el reinado de Abdulah, los príncipes herederos que morían eran reemplazados enseguida por otros. El sistema parecía

sostenerse. El consejo iba nombrando al siguiente hermano más capacitado, hasta que se llegó al príncipe Salmán en 2012. Pero Abdulah no había concebido el consejo como un auténtico órgano decisorio. Él nombraba a los nuevos príncipes herederos y ordenaba a la comisión que los refrendara. Cuando Abdulah murió al cabo de dos años y Salmán se hizo con el trono, existía un precedente en el que el rey le había comunicado a la comisión quién sería el siguiente a Salmán en la línea de sucesión, sin haber permitido decidir a dicho órgano.

En un principio, Salmán procedió con cautela. Durante tres meses conservó al príncipe heredero elegido por Abdulah, Muqrin, que había sido jefe de la Inteligencia saudí y había servido durante mucho tiempo en el Gobierno. Pero Muqrin no era hermano carnal de Salmán, de modo que el poder seguía repartido por distintas ramas de la familia. El segundo príncipe heredero era Mohamed bin Naif, el primer nieto de Ibn Saúd en llegar a esa posición. Mohamed bin Salmán ocupaba un cargo modesto, fuera de la línea de sucesión.

Entonces, el embajador en Estados Unidos y futuro ministro de Exteriores Adel al Jubeir le mandó un mensaje nuevo y confuso a John Kerry, entonces secretario de Estado: Mohamed bin Naif sería el futuro rey. El primer cambio significativo se produjo a las cuatro de la madrugada del 29 de abril de 2015, cuando la Corte Real anunció la dimisión de Muqrin. El nuevo príncipe heredero sería Mohamed bin Naif y su sustituto, el segundo en la línea de sucesión, sería Mohamed bin Salmán, flamante ministro de Defensa.

Era la primera vez que un nieto de Ibn Saúd ocupaba el primer puesto en la carrera hacia el trono, cosa que sembró la confusión en la diplomacia estadounidense. Salmán era monarca y parecía estar colocando a su hijo como sucesor. ¿Por qué Bin Naif, el gran aliado de Estados Unidos, estaba metido en medio con calzador?

Joe Westphal, embajador en Riad, se lo preguntó a quemarropa a Mohamed. ¿Quién sería el próximo soberano? El príncipe respondió: «Todos los reyes son sucedidos por el príncipe heredero». A todas luces, estaba asegurando que Bin Naif sería el siguiente.

Pero en Washington se palpaba el escepticismo. Bin Naif parecía

ir a menos y Mohamed, a más. Tanto en el yate del príncipe en el mar Rojo, durante una visita a una base militar en la frontera entre Arabia Saudí e Irak, como en su salón de Georgetown, Kerry escuchó a Mohamed despotricar contra el acuerdo nuclear con Irán, la política estadounidense durante la Primavera Árabe y su frustración con el país aliado. No parecía ser alguien dispuesto a esperar a que le llegara el turno para reinar.

Poco a poco, Mohamed empezó a tomar medidas más agresivas. Una de ellas fue la expulsión de Saad al Yabri, mano derecha de Bin Naif, en septiembre de 2015.

Al principio, Bin Naif respondió con cierta pasividad. Se fue a Argelia a cazar durante un periodo especialmente largo y se enfureció cuando los tertulianos de Oriente Medio anunciaron que estaba enfermo o al borde de la muerte. Al final le escribió una carta a Salmán para quejarse de la interferencia emiratí en la política nacional (de lo que luego se hizo eco *The New Yorker*), pero no sirvió para mucho. Cuando Trump llegó a la Casa Blanca a principios de 2017, Mohamed se sintió validado.

Durante la presidencia de Obama, el Departamento de Estado les dejó claro a los saudíes que su prioridad era asegurar la estabilidad en el país y en la región. Estados Unidos quería transiciones ordenadas y consensos entre las facciones importantes, no rivalidad. No iban a apoyar ciegamente a un joven príncipe solo porque era el hijo favorito del monarca.

La Administración Trump era diferente. No demostraba un gran apego por la estabilidad. Kushner y Bannon conectaron con Mohamed y con el emiratí Bin Zayed, que hacía tiempo que se las tenía tiesas con Bin Naif. Tenían claro que la Casa Blanca no intentaría frenar la reorganización, aunque eso significara sacrificar la estabilidad.

Hacía meses que los asesores de Bin Naif venían avisándole de que su primo menor estaba maquinando contra él. Finalmente, el príncipe contrató a Robert Stryk, un viticultor estadounidense con vínculos con el Partido Republicano, para que le ayudara a recordar a la nueva Administración que él llevaba quince años siendo el aliado saudí más leal de Estados Unidos. Bin Naif recurrió a Stryk por recomendación de unos conocidos mutuos del sector de inteligencia, amigos íntimos del príncipe que veían cómo estaba siendo apartado. Stryk firmó en mayo un contrato de 5,4 millones de dólares con el

Ministerio del Interior. Pero no pudo hacer gran cosa. Apenas unos días después de suscribir el contrato, Trump y su comitiva pusieron rumbo a Riad para la visita, en la que Bin Naif apenas participó. El ramadán comenzó al cabo de unos días.

A punto de concluir el mes sagrado, mientras en Arabia reinaba una calma absoluta, un emisario de Mohamed bin Salmán viajó sin hacer ruido a Washington con un mensaje. Comunicó a la Administración Trump que el príncipe estaba preparado para cortarle las alas a su primo. Poco después, Bin Naif recibió esa llamada nocturna que lo convocaba al Palacio de Al Safa.

Cuando llegó el convoy, los guardias del palacio retuvieron a unos cuantos miembros de su escolta. No era una práctica extraña en ciertos momentos en que el palacio estaba a rebosar, como cuando terminaba el *iftar*. A otros miembros de su escolta les pidieron esperar en un segundo control de seguridad. Cuando el príncipe y sus más fieles adeptos llegaron a la entrada del palacio, los guardias le dijeron que continuara solo, porque Salmán quería verse a solas con él.

Mientras Bin Naif recorría los pasillos aterciopelados, los guardias arrebataban todas las armas y los móviles a los ayudantes que iba dejando atrás. Al final lo hicieron subir unas escaleras y lo dejaron solo en un saloncito. Era casi medianoche.

Por más secretismo que acompañe una operación, en la Corte Real saudí las noticias vuelan. En plena noche, un aliado de Bin Naif se enteró de lo que estaba ocurriendo. Preocupado, un hermano menor de Salmán y exrepresentante del Gobierno, Ahmed bin Abdulaziz, trató desesperadamente de ponerse en contacto con el monarca. Pero un súbdito respondió a su llamada y le dijo: «El rey está dormido».

Mientras Bin Naif esperaba, el personal de Mohamed contactó con los miembros del Consejo de la Lealtad, formado por aquel entonces por treinta y cuatro descendientes de Ibn Saúd. Uno a uno, les fueron diciendo que Salmán quería que Mohamed fuera el nuevo príncipe heredero y les preguntaron qué deseaban ellos.

No era una pregunta. Aunque oficialmente la comisión elegía al rey y al príncipe heredero, un monarca menos dado al consenso que Abdulah, como era el propio Salmán, podía subyugar fácilmente al

grupo. ¿Quién sabía el castigo que podía esperar al príncipe que se interpusiera en el camino de Mohamed? Treinta y uno de los treinta y cuatro miembros estuvieron de acuerdo con el cambio, según anunció la Corte Real. Uno de los que no, Ahmed, iba a pagar caro su voto en contra.

Un emisario le llevó la noticia a Bin Naif, quien estaba en la sala de espera, y le pidió que firmara una carta de dimisión. Según una persona cercana a él, «estaba horrorizado». Bin Naif se negó a renunciar y el mensajero se marchó cerrando la puerta tras de sí.

Una sucesión de leales a Mohamed, como Turki al Sheij, fueron entrando y saliendo de la sala durante horas, instando al príncipe heredero a marcharse por las buenas. De lo contrario, ¿cómo pensaba abandonar el palacio sano y salvo?, preguntó uno. Otros le amenazaron con divulgar información sobre su consumo de drogas. Le pusieron audios de otros príncipes en los que se los oía expresar su apoyo a Bin Salmán, intentando minarle la moral.

Bin Naif se mantuvo en sus trece durante toda la noche. Pero era diabético, estaba cansado y no tenía fuerzas para negociar. Cuando empezaba a amanecer, aceptó un acuerdo. No iba a firmar ninguna carta, pero sí dimitiría de palabra.

Al final, hacia las siete de la mañana, los hombres de Mohamed lo dejaron salir. Bin Naif tendría que formalizar su dimisión durante el día. Pero justo cuando lo estaban escoltando por el vestíbulo del palacio se abrió una puerta y una infinidad de *flashes* lo rodeó. Había un guardia con una mano sobre su pistola, algo que infringía el protocolo de actuación en torno a un príncipe heredero. Y avanzando pesadamente hacia él vio a Mohamed bin Salmán, con su secuaz Saúd al Qahtani filmando. Mohamed besó a su primo mayor, que le juró lealtad entre balbuceos: «Ahora voy a descansar. Y a ti, que Alá te ayude».

12

Malas artes

Septiembre de 2017

Salmán al Ouda se olía que tarde o temprano se las habría con Mohamed. Desde que el príncipe fue a casa del predicador años antes y profesó su admiración por Maquiavelo, era de esperar que, si algún día llegaba al poder, no fuera a tolerar la clase de influencia que Ouda ejercía en el mundo árabe. El clérigo tenía trece millones de seguidores en Twitter y una conocida reticencia a conformarse con los dictados de la familia real.

Desde que su padre llegó al trono, Mohamed había estado labrando su imagen de reformista. Ahora que era príncipe heredero, tenía mucho más poder para gobernar y reformar de verdad. Por eso muchos se sorprendieron, todos menos el propio Ouda, cuando el predicador y otros imanes de mentalidad reformista fueron detenidos e incomunicados en septiembre de 2017.

El Gobierno ofreció una explicación poco convincente de la represión, señalando que los líderes religiosos estaban trabajando «en pro de intereses extranjeros contra la seguridad del reino y contra sus intereses, métodos, capacidades y paz social, todo con el fin de alimentar la sedición y subvertir la unidad nacional».

No se arrestó solo a clérigos. También se detuvo a otras personas críticas, incluidas algunas culpables de expresar discrepancias banales con el príncipe heredero. La policía arrestó a Esam al Zamil, un reputado economista que solía opinar en público sobre las políticas del Gobierno, y lo recluyó en prisión. Su crimen había sido cuestionar el valor de mercado calculado por Mohamed para la salida a bolsa de Aramco. A otros que publicaban mensajes escépticos en Twitter sobre los planes de Mohamed se los convocó a la oficina de Saúd al Qahtani y se los amenazó con la cárcel. Ninguno de los hombres arrestados

admitió ningún delito. Y, por lo general, a los periodistas occidentales no se nos permite consultar los procedimientos judiciales abiertos contra ellos.

La represión puso de manifiesto que las reformas de Mohamed tenían un límite. Su propósito consistiría únicamente en distender las normas sociales, como las que limitaban la conducta y la forma de vestir de las mujeres o la prohibición de conciertos y cines. Mohamed lo explicó con un cuento trillado que empezaba en 1979, cuando los islamistas radicales sitiaron la Gran Mezquita de La Meca. Hasta ese momento, según Mohamed, Arabia Saudí había sido un país en vías de liberalizarse. Pero después del ataque, que el Gobierno reprimió con artillería y ayuda militar francesa, la familia real buscó la paz apaciguando los ánimos de la clase religiosa más conservadora del país, arremetiendo contra el entretenimiento o la educación de las mujeres, por ejemplo. Mohamed prometía erradicar esas duras normas, afirmando que no eran inherentes a la cultura nacional ni al islam propiamente saudí.

En cuestiones de teología, Mohamed confiaba mucho en un pensador religioso y exministro de Justicia llamado Mohamed al Isa. El jeque se había popularizado durante el reinado de Abdulah gracias a sus declaraciones incendiarias pero medidas contra la ortodoxia wahabita. Sus ideas sobre los hechos de 1979 y el papel que tuvieron a la hora de empujar a Arabia Saudí al conservadurismo extremo fueron las que Mohamed asimiló y se dedicó a repetir en contextos públicos y privados.

El cambio fue bienvenido por muchos tanto dentro como fuera del país. Pero en las promesas de Mohamed se echaban en falta menciones a la libertad civil o política. Hablaba de música, cines y mujeres en el trabajo, pero nunca mencionaba la libertad de expresión. Criticar a la monarquía, o el simple hecho de cuestionar en público las políticas del príncipe, podía considerarse un delito. En la Corte Real se tildaba a los críticos de traidores y se los acusaba de aceptar dinero de regímenes extranjeros enemigos.

Ese era el plan. Mohamed creía que no había margen para la disidencia pública mientras impulsaba grandes cambios económicos y sociales. Simplemente quería demostrar a sus súbditos que la elección era sencilla: subirse al carro y disfrutar de la música y de los restaurantes, donde hombres y mujeres podían entremezclarse sin

problema como en Dubái o Baréin, o seguir gimoteando y acabar en la cárcel. Durante años, la prioridad de Mohamed y sus secuaces fue controlar el discurso en las redes sociales difundiendo noticias positivas y usando programas de espionaje, dinero y amenazas para cortar de raíz las opiniones negativas.

Hablando con *The Wall Street Journal*, el periodista Jamal Khashoggi manifestó: «Los saudíes nunca han vivido nada parecido». Khashoggi se había mudado a Estados Unidos poco antes, preocupado porque en su país ya no podía hablar ni con una sombra de independencia: «Se estaba volviendo tan abrumador que empezaba a temer por mi vida».

En los años posteriores al 11-S, Khashoggi había sido portavoz de las Embajadas en Washington y Londres y se había dedicado a pregonar el discurso oficial ante un sinfín de periodistas influyentes. Había cumplido su papel evitando que el país se convirtiera en un Estado paria en un mundo horrorizado por la brutalidad del integrismo islámico. Con los años, había entablado relación con varios miembros de la familia y era especialmente cercano al príncipe Turki bin Faisal, una persona que había llegado a dirigir los servicios de inteligencia y que había amasado mucho poder, y que sigue siendo un rostro público del país. Sus lazos eran tan estrechos que muchos especularon con que Khashoggi fuera un agente de inteligencia semipermanente al servicio de Turki. Pero, en verdad, era más que nada un escritor, alguien embelesado con el poder de las ideas y las palabras y con el perfil que se había forjado en el mundo musulmán como intelectual.

Como autor, a veces Khashoggi se apartaba del camino marcado por la Corte Real y tensaba la cuerda hablando sobre temas sensibles. Durante la Primavera Árabe, que sembró el terror en la monarquía saudí, empezó a asistir a congresos para hablar sobre formas de gobierno en Oriente Medio, hablando sin reparo con personas que los Saúd consideraban enemigas. En una cumbre en Estambul celebrada tras el derrocamiento del egipcio Mohamed Morsi, el presidente vinculado a los Hermanos Musulmanes, Khashoggi conoció a un político turco llamado Yasin Aktay. Aktay era asesor del presidente Recep Tayyip Erdoğan e íntimo amigo de Salmán al Ouda. De hecho, había ayudado al clérigo preso a publicar sus libros en turco. Según Abdulah, durante la Primavera Árabe Erdoğan había coqueteado

peligrosamente con los Hermanos Musulmanes. Aktay y Khashoggi aprovecharon la cumbre para hablar de sus sueños de democratización para Oriente Medio. Khashoggi insistió en que los Saúd debían seguir desempeñando un papel importante en Arabia Saudí y en la región. Quería un futuro más democrático, pero no abogaba por derrocar a los Saúd.

Mohamed no entendía ese matiz. Él solo veía en términos absolutos: Khashoggi era un amigo o un enemigo.

Turquía estaba muy atenta a esa nueva realidad saudí. Durante la Primavera Árabe, la relación entre ambos países se había deteriorado, pero los líderes turcos eran optimistas y creían que la muerte de Abdulah y la coronación de Salmán podían presagiar un nuevo comienzo. Erdoğan ofreció hacer borrón y cuenta nueva y Salmán aceptó.

Pero Mohamed parecía un escollo. No consultó a Turquía antes del boicot a Catar, sino que puso la directa y le dio al país la oportunidad de o bien sumarse, o bien posicionarse como un enemigo.

Catar era un aliado turco. No se podía sacrificar esa relación porque Arabia Saudí lo exigiera. Pero los líderes turcos tampoco querían oponerse a la gran potencia arábiga, según señala Aktay.

Así que su Gobierno le dijo a Mohamed que Turquía intentaría mediar entre ambos países para encontrar una solución. Los saudíes enviaron una respuesta sorprendente, según Aktay: «Si estáis con Catar, estáis con Catar. Y si queréis una mediación, también estáis con Catar». En julio de 2017, Erdoğan viajó a Riad para verse con Mohamed y recibió la misma exigencia de siempre: que Turquía abandonara a Catar.

Por desgracia para Khashoggi, Mohamed y su mano derecha Saúd al Qahtani siguieron la misma estrategia con él. No podía criticar y ser leal a la vez: tenía que elegir entre apoyar sin reservas a Mohamed o ser un enemigo.

En Qahtani había anidado una obsesión por el periodista. En un primer momento, trató de neutralizarlo limitando su capacidad de

escribir en el país, y lo hizo prohibiéndole informalmente escribir o reunirse con periodistas extranjeros. Luego intentó transformarlo en una nueva arma del aparato mediático de la Corte Real. Con más de 1,5 millones de seguidores en Twitter y una red de contactos repleta de periodistas, diplomáticos y empresarios extranjeros, Khashoggi podía ser un gran complemento para el ejército de Twitter y el elenco de portavoces del Gobierno.

Mohamed y Qahtani seguían dándole muchas vueltas a Twitter. La plataforma era una de las únicas maneras de palpar la opinión real del pueblo respecto al nuevo príncipe heredero. Qahtani seguía comandando su ejército de moscas, cuentas leales (muchas de las cuales, bots) que difundían noticias positivas y cargaban contra los críticos de Mohamed. Incluso creó una etiqueta con el nombre «lista negra» para pedir a su pueblo que denunciara a los saudíes que simpatizaran con Catar: «¿Creéis que nadie me orienta en las decisiones que tomo? Soy un empleado y fiel ejecutor de las órdenes de mi señor, el rey, y de mi otro señor, el leal príncipe heredero». Lo que no es tan conocido es que Qahtani convocaba a los críticos a su despacho de la Corte Real y les instaba a ser más positivos en Twitter si no querían acabar en la cárcel.

Pero Jamal Khashoggi no se dejaría intimidar. Habría que coaccionarlo. En noviembre de 2016, Qahtani llamó a Khashoggi para informarle de que se le prohibía tuitear o escribir nada por haber hecho un comentario negativo sobre el presidente Trump y sobre las relaciones entre estadounidenses y saudíes en un acto público en Washington. Cuando le preguntaron si Trump sería una fuente de reconciliación en la región, Khashoggi contestó que no había que «soñar despierto». Nadie le prestó mucha atención, pero el Gobierno saudí emitió un comunicado desmarcándose de sus palabras: «El autor Jamal Khashoggi no representa al Gobierno de Arabia Saudí ni sus posturas en ningún aspecto», anunció el Ministerio de Asuntos Exteriores a través de la agencia de noticias estatal. No hubo decreto real ni medida oficial del Gobierno, pero el periodista sabía cómo iban las cosas en Arabia Saudí. Si ignoraba por completo una orden, corría el riesgo de enojar a algún superior que estuviera de acuerdo con Qahtani.

Desde ese momento, las cosas para Khashoggi fueron de mal en peor. El periódico *Al-Hayat* canceló su columna y, en el control de

aduanas de los EAU, le denegaron la entrada al país para asistir a un congreso. Sin poder escribir, se llegó a ofrecer para mediar con Catar durante los primeros días del boicot. Mohamed bin Salmán le respondió rápidamente que ni borracho.

Pero al cabo de un tiempo Qahtani pensó que la posición de Khashoggi como portavoz pseudoindependiente podía ser útil para convencer a gente influyente de Estados Unidos de que Mohamed era un auténtico reformista. Así que perdonó a Khashoggi y lo dejó libre con un aviso, permitiéndole viajar y escribir con más libertad. Eso fue a comienzos de 2017; Qahtani pensaba que Khashoggi habría aprendido la lección.

Al principio, el escritor sí estuvo más contenido. En marzo de ese año fue a una conferencia en Rusia y habló de la democracia en Oriente Medio, pero no mencionó a las monarquías del golfo. Khashoggi volvió a buscar su delicado equilibrio, llegando hasta el límite pero sin cruzarlo, o al menos no por mucho.

Con el tiempo, sin embargo, sus comentarios volvieron a adentrarse en aguas peligrosas. El problema era que el método de Mohamed para reformar el país lo sacaba de madre. Todo se hacía por decreto; el príncipe solo prestaba atención a las voces discordantes cuando encerraba a quienes las expresaban.

Mohamed estaba intentando abrir el país al turismo y poner coto a la corrupción, pero muchos de los que cuestionaban sus métodos acababan en la red de seguridad del Estado y tenían que firmar un juramento de no volver a criticar al Gobierno. La moraleja para los saudíes era que solo eran libres en la medida en que Mohamed bin Salmán lo deseaba. *A priori*, Arabia Saudí aplicaba reformas, pero el problema de raíz era peor. La gente no podía opinar sobre las decisiones y su libertad estaba a merced del capricho de un solo hombre.

Lo irónico era que Mohamed instara a sus asesores más cercanos a hablar sin tapujos de sus proyectos y planes. Elogiaba efusivamente a los que alzaban la voz sobre lo que consideraban un camino desaconsejable para el país, incluso cuando contradecían de plano las propias opiniones del príncipe.

Una tarde se enfrascó en una acalorada discusión con un ministro acerca de las subvenciones a los trabajadores públicos. Según Mohamed, había que ampliarlas en el presupuesto porque el plan

2030 aún no se estaba traduciendo en un aumento del dinero percibido por el pueblo. El ministro, en cambio, veía imprudente gastar el dinero de esa forma. Al final, el cansado ministro le dijo a Mohamed que él era el príncipe heredero y que era quien debía decidir.

«Si quisiera usar mis poderes para imponer una decisión, no me habría pasado tres horas intentando convencerte y perdiendo la voz», le contestó. Cuando un comité sometió el tema a votación, los tecnócratas votaron en contra de Mohamed y la partida presupuestaria no se aumentó.

Pero esos debates solo tenían lugar en privado. La disidencia pública estaba prohibida, sobre todo en lo tocante a los grandes planes de reforma.

Esam al Zamil, el economista, fue detenido por expresar dudas en Twitter sobre la salida a bolsa de Aramco. Había escrito que la única manera de llegar a la tasación predicha por Mohamed, de más de dos billones de dólares, era que las reservas de Aramco también se sacasen a la venta. Y esas reservas pertenecían al pueblo saudí, que tenía que poder opinar sobre la hipotética venta.

En la cárcel había más de una docena de escépticos o críticos haciendo compañía a Zamil. Entre ellos estaba un poeta que había criticado el boicot a Catar y varios clérigos, como Ouda. El Gobierno los acusaba de colaborar con potencias extranjeras para socavar a Arabia Saudí.

Khashoggi se revolvió y, en unas declaraciones a *The New York Times*, dijo: «Es absurdo. Esos arrestos no están justificados. No forman parte de ninguna organización política y representan puntos de vista distintos».

La constante impertinencia pública sacaba a Qahtani de sus casillas. Estaba cansado de que Khashoggi fuera dando tumbos por el mundo hablando pestes de su Gobierno. Así que puso inmediatamente en marcha un plan para cortar su trayectoria como periodista o experto. Le quitaría el pasaporte y le prohibiría hacer declaraciones públicas, así como escribir o participar en conferencias. Khashoggi tendría suerte si se le permitía salir a pasear por Yeda, así que ya podía despedirse de sus discursos sobre la democracia en el mundo árabe.

Pero Khashoggi tenía muchos contactos: un amigo en el Gobierno

lo advirtió del plan. Tras una vida entera como periodista y personaje público, no podía ni imaginarse ser un anónimo. Hizo dos maletas y partió hacia Washington, donde aún tenía un piso, justo a tiempo de evitar la prohibición de viajar. Qahtani montó en cólera, avergonzado una vez más delante de su jefe.

Contra todo pronóstico, Khashoggi siguió aferrándose a la esperanza de desempeñar un papel semioficial en su país. En un escrito para Awad al Awad, ministro de Cultura e Información, señaló: «A pesar de todo, sigo decidido a servir a mi país como escritor e investigador independiente».

Aprovechó la misiva para proponer una nueva institución con sede en Estados Unidos, a la que llamaría Centro de Investigación Saudí o Consejo Saudí, y que se aliaría con otros institutos occidentales para ayudar a contrarrestar las opiniones negativas del país arábigo.

Khashoggi citaba a Lenin y destacaba el caso de Raif Badawi, un joven escritor saudí cuya página web Free Saudi Liberals (Libertad para los liberales saudíes) le había servido para ser acusado de apóstata, ser enviado a la cárcel durante una buena temporada y ser flagelado en público, aunque no había admitido ninguno de los supuestos delitos.

El caso Badawi «tuvo un alto coste para el reino y se podría haber contenido antes», opinaba Khashoggi en su propuesta, y añadía que el centro de estudios podía crear un equipo supervisor especial para controlar las noticias, «identificar los nuevos sucesos e informar al Ministerio para poder abordarlos sin demora».

Para fundar el centro se necesitarían entre uno y dos millones de dólares, y el periodista sugería que el Ministerio lo contratara como asesor.

Pero los saudíes que cortaban el bacalao no se dejaron seducir. Poco antes o poco después de que Khashoggi se fuera del país, Mohamed le dijo a un subordinado que no estaría mal «mandarle una bala» a Khashoggi, según reveló *The New York Times* citando a la Inteligencia estadounidense. Según ese periódico, hablando de lo que había que hacer con el pródigo cortesano, Mohamed le remarcó a Qahtani que no le gustaban «las medias tintas».

Y eso fue antes del mayor agravio internacional del *enfant terrible*. Poco después de que Mohamed sopesara el uso de la violencia,

Khashoggi empezó a escribir periódicamente una columna en *The Washington Post*. El titular de la primera columna había sido: «Esta represión no ha existido siempre. La situación en Arabia Saudí se está haciendo insoportable».

El escrito terminaba diciendo: «He dejado atrás mi hogar, mi familia y mi trabajo y decido hablar alto y claro. No hacerlo sería una traición para los que languidecen en nuestro país. Puedo ser el altavoz de muchos que no pueden hablar. Quiero deciros que Arabia Saudí no ha sido siempre como es ahora. Los saudíes nos merecemos algo mejor».

Mohamed le dijo a su mano derecha que trajera a Khashoggi a Arabia Saudí. Si no lo conseguía, tal vez podían atraerlo a otro país y apañárselas, según reveló un informe posterior de la CIA publicado por *The Wall Street Journal*.

Los emisarios de la Corte Real no dejaban de llamar a Khashoggi y de pedirle que rebajara el tono de las críticas, ofreciéndole la reconciliación. Pero él se negó y en octubre de 2017 tomó una decisión que pudo resultar fatal. Empezó a tratar con una investigadora contratada por las familias que habían demandado a Arabia Saudí por su papel en el 11-S.

La amenaza de esa demanda había carcomido a la familia real durante años. En el ordenamiento jurídico de los EUA es difícil demandar a Gobiernos extranjeros, pero en 2016 el Congreso tumbó el veto del presidente Obama a una ley que facilitaría las cosas a los norteamericanos que quisieran demandar a Arabia Saudí por los atentados de 2001.

Los saudíes invirtieron años y millones de dólares en combatir esa ley. Mohamed llegó a mandar a algunos de sus ministros más destacados a Washington para intentar disuadir al Congreso. Aprobada la ley, el país se enfrentaba a un litigio que podía suponer un enorme varapalo económico y que incluso podía revelar información embarazosa sobre la relación entre los dirigentes saudíes y los autores de los ataques. La posible responsabilidad también implicaba que Aramco no podría cotizar en la Bolsa de Nueva York, como quería Mohamed, sin arriesgarse a demandas multimillonarias que podían

echar por tierra su plan de reformas, cerrándole el grifo.

Al cabo de menos de un año, Catherine Hunt, una exagente del FBI que trabajaba para los bufetes de las víctimas, descubrió la primera columna de Khashoggi en *The Washington Post*. Tanto ella como los abogados para quienes trabajaba se interesaron en Jamal, por muchos motivos. Era una de las pocas personas accesibles para los occidentales que conocía tanto a los Saúd como al cerebro del 11-S, Osama bin Laden. Como periodista, Khashoggi había visitado a Bin Laden en Afganistán durante los ochenta, cuando el segundo libraba la yihad contra los comunistas, y luego en Sudán en 1995. También había trabajado en la Embajada saudí en Washington tras los atentados y comprendía la respuesta de su país. Además, era íntimo de Turki bin Faisal, que había liderado los servicios de inteligencia en los años previos a los atentados.

Pero había una cosa igual de importante...: Khashoggi podía arrojar luz sobre el embrollo de relaciones familiares y gubernamentales en Arabia Saudí. Sabía quiénes eran todos los príncipes y podía señalar a los que apoyaban el extremismo y con quién estaba casado cada uno. No era poseedor de toda esa información gracias a su labor como periodista: sus nexos con los Saúd y los Bin Laden se remontaban varias generaciones.

El abuelo de Khashoggi había sido médico privado de Ibn Saúd. Y el padre de Osama bin Laden también había sido íntimo del fundador del Estado, quien le había pagado miles de millones de dólares para que construyera la moderna Arabia y amasara una gran fortuna familiar. Hunt esperaba que Khashoggi les ayudara a desentrañar algunas de esas relaciones y a dilucidar si había gente conectada con el rey o con el Gobierno que hubiera participado en los atentados.

Había muchas pruebas circunstanciales. La CIA, el FBI y la Comisión del 11-S concluyeron que no había indicios de que el Gobierno saudí o sus máximos dirigentes hubieran apoyado el atentado, pero seguía existiendo la posibilidad de que algunos dignatarios o funcionarios más intrascendentes hubieran contribuido, ya que había pruebas de que los atacantes residentes en California habían interactuado con empleados públicos.

También había hilos de investigación prometedores que conducían a Salmán y a personas cercanas a su familia. Como gobernador de Riad, Salmán recaudó dinero para organizaciones

benéficas que patrocinaban escuelas islámicas conservadoras y milicias armadas. Y esas milicias combatían en zonas como Afganistán, que terminó siendo un caldo de cultivo perfecto para el fundamentalismo. Para ser más específicos, dos de los terroristas del 11-S estuvieron en Florida, en casa de un saudí que gestionaba las finanzas para el hijo mayor de Salmán, Fahd, fallecido justo antes de los atentados. Las fuentes próximas al monarca afirman que él no sabía que las organizaciones benéficas tenían vínculos con extremistas.

Hunt le dejó un mensaje de voz a Khashoggi. Unas semanas después, el periodista la pilló de improviso devolviéndole la llamada y proponiéndole quedar. Hunt cogió un avión a Washington unos días más tarde.

Jamal mostró curiosidad por lo que pudiera contarle la investigadora. Al principio dijo de quedar en su casa, pero luego propuso ir a una panadería Paul de un lujoso centro comercial, el Tysons Corner Galleria. A primera hora de la mañana, Khashoggi llamó agitado a Hunt a su habitación de hotel. La última vez que se habían llamado, había sonado calmado y confiado; ahora parecía nervioso y hablaba de verse de inmediato.

Hunt se encontró con un hombre elegante y educado, pero claramente perturbado. Le temblaban las manos. Según le contó a la investigadora, esa mañana se había enterado de que el Gobierno saudí le había prohibido salir del país a su hijo mayor, Salah. Khashoggi dijo que era un insulto y una injusticia. Su hijo trabajaba en la banca y no tenía nada que ver con sus asuntos. Además, tenía dos hijos en Dubái a los que ya no podía ver.

En términos generales, Khashoggi estaba consternado por que lo castigaran por ser un «opositor leal». Según él, estaba a favor de muchas reformas de Mohamed, como la de reducir el poder de los imanes que propagaban el islam conservador más allá de sus fronteras: «No me puedo creer que me hagan esto a mí. No me puedo creer que le hagan esto a mi hijo».

Hunt le presentó su proyecto. Le dijo que ese encuentro era «un preludio», un primer contacto para saber si estaría dispuesto a ayudar a las víctimas del 11-S. Khashoggi manifestó que no creía que su país fuera responsable de los ataques, pero entonces la desconcertó diciendo: «¿Es mi país responsable de tolerar y apoyar el radicalismo? Sí, y me parece que deben asumir su responsabilidad por ello». Afirmó

que estaba dispuesto a ayudar y que le gustaría compartir su punto de vista. Le preguntó si los abogados le estaban ofreciendo un trabajo y recalcó que tendría que mantener su independencia. Acordaron seguir hablando en Nueva York, donde el Gobierno no tenía tantos espías.

Ese mismo 26 de octubre de 2017, Khashoggi recibió una llamada totalmente inesperada del hermano menor de Mohamed, Jalid, que parecía ansioso por arreglar las cosas. Khashoggi se inquietó. ¿La Corte Real sabía que había contactado con Hunt? De ser así, podían considerarlo alta traición, algo punible con la muerte.

A finales de 2017, Qahtani también empezaba a hartarse de la columna de Khashoggi en *The Washington Post*, publicada en inglés y en árabe. Las moscas de Saúd en Twitter arremetieron sin contemplaciones contra el periodista, injuriándole y diciendo que era un perro, un cáncer y una calamidad. «Eres un traidor corrupto y un fugitivo», llegó a escribir uno.

Por muy indignantes que fueran las columnas, Qahtani y sus hombres estaban cada vez más obsesionados con la idea de que Khashoggi estaba detrás de diversos ataques traicioneros a su país. Infiltrándose con un programa espía en el teléfono de Omar Abdulaziz, el disidente canadiense con la cuenta de Twitter pirateada, el equipo de Qahtani descubrió que Abdulaziz y Khashoggi estaban colaborando para coordinar la disidencia internacional. Khashoggi estaba uniendo a los opositores y puliendo sus críticas. Incluso había comentado con Abdulaziz un plan consistente en usar las redes sociales para devolver los ataques del ejército de Twitter de Saúd al Qahtani. Con su infinidad de seguidores, Khashoggi tenía una fuerza considerable en internet. Y tenía credibilidad, no como las moscas de Qahtani.

Pero Qahtani seguía en contacto con Khashoggi y fingía no tener vínculo con esas cuentas de Twitter. Por teléfono, Qahtani llamó al periodista *abu Salah* («padre de Salah») un apodo cariñoso para referirse a otro árabe, recordándole sutilmente que su hijo seguía preso en el país bajo el control de la Corte Real. Qahtani elogió parte de la labor de Khashoggi y le dijo que era un activo para el Estado saudí: «Ven a casa, necesitamos tu ayuda». Khashoggi no era tan

ingenuo como para picar el anzuelo.

Sus amigos conocían los rumores sobre los príncipes desaparecidos y temían por él, pero Khashoggi pensaba que los nuevos gobernantes no usarían la violencia. Los Saúd solían sobornar a sus potenciales enemigos o atraerlos para que regresaran, pero no los ejecutaban. Ese parecía ser el método de Mohamed con la gente que le daba problemas, como el deshonrado hijo del rey Fahd, Abdulaziz (o Azouz).

Azouz había llegado a ser un hombre poderoso. Años antes había participado en el primer secuestro del príncipe Sultán bin Turki II, pero había caído en desgracia moral y físicamente. Había ganado una cantidad de peso pasmosa y viajaba por el mundo con escoltas, hospedándose en los mejores hoteles. En 2012, un miembro de su séquito fue condenado por violar a una mujer en el hotel Plaza de Nueva York. En 2016, el *New York Post* publicó una imagen de Azouz en el exterior de un club neoyorquino vistiendo sandalias, tejanos holgados y una chaqueta de cuero y sorbiendo un refresco con pajita. «Este mamarracho podría comprarte», rezaba el titular. Otro lanzaba una pulla más directa al país: «Arabia cutre».

En 2017, Mohamed también lo encerró. Según comentó a sus amigos: «Es por su propio bien». Los expertos saudíes y extranjeros especularon durante meses con la posibilidad de que Azouz hubiera muerto, hasta que Mohamed les pidió a sus amigos que colgaran imágenes en internet del príncipe, más escuálido y aseado, jugando con un niño.

Khashoggi presenció la reclusión de esos enemigos y aprendió la lección: no había que subirse a aviones privados fletados que prometieran llevarle a Arabia Saudí. Pero fuera del golfo se sentía lo bastante seguro para viajar y comparecer en público.

Resultó ser un trágico error de cálculo.

13

Davos del desierto

Octubre de 2017

El 25 de octubre de 2017, Andrew Ross Sorkin se dirigió al público congregado en el Palacio de Congresos Rey Abdulah y anunció: «Hola a todos, os presento a Sophia».

El columnista de *The New York Times* vestía un traje gris con corbata granate. En el atril del escenario, a su derecha, había un autómata de 1,80 metros con rostro de mujer y un cráneo transparente que dejaba entrever la maraña de cables eléctricos en su interior.

—Pareces contenta —le dijo Sorkin al robot.

—Siempre estoy contenta cuando estoy rodeada de gente inteligente que, encima, es rica y poderosa —respondió el robot.

Quizás el androide se refiriera a Mohamed bin Salmán, quien había invitado al periodista, al robot y a cientos de los banqueros, ejecutivos y políticos más poderosos del mundo a un acto que llamó Iniciativa de Inversión Futura. Su objetivo era mostrar la nueva Arabia Saudí a grandes dignatarios y financieros.

Prometiendo liberalizar y moderar la interpretación islámica, Mohamed había convencido a todo aquel a quien había que convencer; sedujo incluso al generalmente escéptico *The New York Times*, que patrocinaba la conferencia. Sorkin era el redactor financiero más conocido del rotativo y fue a Riad con la esperanza de poder entrevistar a Masayoshi Son, del SoftBank. Lo acabaron subiendo a un escenario para que entrevistara a Son y otros. No supo que la Sophia de su lista de invitados era un robot hasta que un amigo vio el programa y se lo indicó. Sorkin sonreía mientras Yasir al Rumayán, el responsable del fondo soberano saudí, lo grababa con el iPhone, embobado.

Entonces Sorkin dijo que tenía algo que anunciar. Arabia Saudí

había hecho historia concediéndole al robot el estatus de ciudadano. Era propaganda burda. La medida rechinaba porque Arabia Saudí no reconoce la ciudadanía de millones de niños nacidos dentro de sus fronteras porque son hijos de trabajadores migrantes. Pero ese hecho no empañó mucho la prensa positiva. Incluso Sorkin, que se enteró de esa condición de ciudadano poco antes de subir al escenario, parecía sorprendido.

Se palpaba en el ambiente que la transformación económica de Mohamed bin Salmán iba a hacer inmensamente rica a gente de dentro y de fuera del país, y nadie quería poner eso en peligro. En los vestíbulos y pasillos del Ritz, los funcionarios saudíes eran tan solicitados que uno de ellos le confesó en privado a un amigo que era como ser el chico más popular del colegio.

No faltaba ni uno de los gestores de fondos más importantes del mundo, como Stephen Schwarzman de Blackstone o Masayoshi Son de SoftBank. Otros presentes eran el ex primer ministro británico Tony Blair, el director general de Uber Travis Kalanick o el cazatalentos hollywoodiense Ari Emanuel. Los medios extranjeros bautizaron el acto como Davos del desierto, un nombre que a principios de los dos mil se había usado para referirse a la cumbre del Foro Económico Internacional en Jordania.

Destacados directores generales, banqueros, consultores y políticos se reunieron con Rumayán y Mohamed y clamaron pidiendo honorarios o inversiones. Era algo que se veía poco fuera de las ceremonias de gala en las capitales mundiales del dinero. Una noche, Rumayán invitó a peces gordos a participar en un suntuoso bufet en su casa y algunos hombres como Blair y Masayoshi aprovecharon para reunirse y charlar sobre el veloz progreso del país.

En el vestíbulo del Ritz-Carlton, a los pies de la estatua de un caballo embravecido, se aglutinaron los grandes nombres del dinero, la banca y la política. Entre ellos estaba el secretario del Tesoro estadounidense, Steve Mnuchin. Por allí cerca andaba el magnate inversor Tom Barrack, fiel aliado de Trump. Tampoco faltaban Larry Fink, director general de BlackRock, ni Richard Branson, fundador del Grupo Virgin. Los periodistas de *The Wall Street Journal*, *Financial Times* y *Bloomberg News* intentaban inmiscuirse en sus conversaciones, o al menos oírlas.

En las esquinas, formando grupos, había embelesados estudiantes

de escuelas de negocios. Llevaban años soñando con conseguir un trabajo de verdad en el sector financiero o en otro que les obligara a salir del país. Y de repente se estaban presentando a los empresarios más importantes del mundo en su propio terreno.

Algo que extrañaba a los jóvenes era la misteriosa mujer rubia que se paseaba tranquilamente por el Ritz en *abaya* y un maquillaje impecable. Se presentaba como Carla DiBello, una productora estadounidense de *realities* y amiga («mejor amiga», decía ella) de Kim Kardashian, aunque un representante de la familia Kardashian dijo que llevaban años sin hablar. Uno de los jóvenes saudíes buscó en el iPhone su perfil de Instagram e indagó en los cientos de fotos que tenía en bikini en la playa y ejercitándose con ropa ajustada. «¡Mírala!», exclamó uno de los hombres a sus amigos.

Los actos principales tenían lugar en el Palacio de Congresos Rey Abdulah, pero también se celebraban encuentros y comidas en *petit comité* en el aledaño Ritz-Carlton. Los guardias de seguridad inspeccionaban los bajos de cada coche en busca de explosivos, utilizando espejos pegados a largos palos. Los atascos eran tremendos.

Los cientos de periodistas ayudaron a propagar rumores, cada vez más insistentes, acerca de un cambio de última hora en el programa. Al final, la tarde del primer día de congreso Mohamed llegó como un tren de mercancías, con una multitud pululando a su paso.

La CNBC retransmitió en directo cómo se sentaba delante de todo, junto al emir de Dubái Mohamed bin Rashid al Maktoum. Era el mismo auditorio donde Donald Trump había dado su discurso meses antes. El espacio se llenó de luz con un estallido de *flashes* y una pantalla gigante mostró el mensaje «El pulso del cambio», el eslogan adoptado por la organización.

Era evidente que era el hombre de negocios más poderoso del mundo.

Luego llegó el vídeo para anunciar NEOM, hasta entonces guardado en secreto. Una refinada voz masculina con acento británico prorrumpió diciendo: «He aquí nuestra ambición. Todo empieza con más de 26. 000 kilómetros cuadrados de terreno en una ubicación ideal: el eje de tres continentes y el corazón de las rutas internacionales de transporte, comercio y telecomunicaciones. [...] Estamos presenciando el nacimiento de NEOM, el proyecto más ambicioso del mundo, un destino de futuro, una visión que se hace

realidad».

Maria Bartiromo de Fox Business se levantó y se dispuso a moderar el panel. Llevaba una larga americana de color blanco amarillento, parecida a una capa. Invitó a Mohamed a subir al escenario acompañado de Schwarzman, Son, Marc Reibert de Boston Dynamics y Klaus Kleinfeld, el nuevo director del proyecto NEOM. «En Arabia Saudí estamos siendo testigos de una especie de revolución. El país quiere crecer», dijo Bartiromo.

Mohamed tomó la palabra: «Si me permitís, hablaré en árabe porque buena parte del público es saudí y les tengo un gran respeto», y se puso a describir las oportunidades «casi imaginarias» que brindaba NEOM. Entornaba levemente los ojos con cada uno de los beneficios que iba mencionando, y los contaba con los dedos de la mano.

El debate fue un festival de amor. Los ejecutivos no se contuvieron a la hora de elogiar la visión del príncipe y los méritos de NEOM. Pero el mensaje más apasionante del día llegó en plena tertulia, de improviso. Bartiromo le preguntó al príncipe por qué estaba aplicando cambios en ese momento, como dejar conducir a las mujeres y permitir la inversión extranjera.

En su discurso más carismático hasta la fecha, Mohamed prometió de todo corazón devolver el país a la situación que vivía antes del auge del extremismo religioso en 1979. Ese fue el año en que se atacó la Gran Mezquita y los Saúd decidieron contentar a los conservadores religiosos restringiendo la oferta de entretenimiento y los derechos de las mujeres. También fue el año en que el gran ayatolá Ruholah Jomeini derrocó al profano sah de Irán, avisando de lo que podía pasar en Arabia Saudí si los dirigentes se distanciaban en exceso del poderoso estamento religioso.

Mohamed añadió: «Por muchas razones que hoy no nos conciernen, desde 1979 Arabia Saudí y la región entera fueron testigos de cómo se propagó un programa transformador. Antes no éramos así. Simplemente estamos volviendo a lo que había, a un islam moderado y tolerante con el mundo, con todas las religiones y con todas las tradiciones y gentes». Era la primera vez que un líder saudí moderno prometía en público arrebatarle el control social al clero saudí.

«El 70 % de nuestros ciudadanos tienen menos de treinta años y, siendo honestos, no vamos a perder treinta años más de nuestra vida

aguantando ideas extremistas. Las vamos a destruir hoy, ya mismo», dijo Mohamed.

Los medios de todo el planeta pararon rotativas y los saudíes, que colmaban la sala donde se dio el discurso, aplaudieron con fervor.

Muchos de los presentes estaban asombrados con la ambición de la Visión 2030. El problema era que Mohamed necesitaba que los inversores extranjeros respaldaran con dinero esa convicción. Casi ningún inversor extranjero quería insuflar la cantidad de dinero que necesitaba Arabia Saudí para empezar a erradicar su adicción a los petrodólares. Durante días, los asistentes presenciaron charlas sobre inteligencia artificial y energía alternativa, pero su auténtica aspiración era obtener dinero del fondo soberano.

Entre bastidores, los representantes empezaban a verle las orejas al lobo. Pese al entusiasmo, se percibían indicios económicos preocupantes. Aunque Arabia Saudí no lo admitía públicamente, los planes para sacar a bolsa Aramco estaban parados. La primera opción de Mohamed, la Bolsa de Nueva York, era de difícil acceso por culpa de la nueva ley que había sido ratificada un año antes y que permitía las demandas de víctimas del 11-S (a las que Jamal Khashoggi había accedido a ayudar).

El miedo de los asesores de la Corte Real era que, con la ley, los demandantes podían pedir a los tribunales estadounidenses que les reconocieran el derecho a percibir acciones de Aramco en caso de que la empresa cotizara en una bolsa del país. En general, a los asesores de Mohamed les preocupaba la interposición masiva de acciones colectivas, en las que los inversores norteamericanos intentaban sacarles dinero a las compañías denunciando su mala gestión, su falta de transparencia u otras imperfecciones. Y, debido a su mala praxis contable, Aramco podía ser un blanco fácil.

Trump, Kushner y otros máximos dignatarios de la Casa Blanca intentaron ofrecer garantías, pero los abogados de White & Case y otros asesores advirtieron a Aramco de que cotizar en la bolsa era demasiado arriesgado ante un Ejecutivo estadounidense tan polarizado en casi todas las cuestiones.

Parece que el ministro de Energía Jalid al Falih, que había sido

escéptico con la oferta pública de acciones desde el principio, también había estado dinamitando los esfuerzos para sacar Aramco a bolsa. Sus empleados calcularon cifras muy inferiores a los dos billones de dólares que preveía Mohamed, y pensaron en todos los posibles inconvenientes para tratar de convencer al príncipe de que sería una locura seguir adelante. El plan acabó convertido en un pulso entre Mohamed y Jalid, a menudo librado por sus subordinados y asesores. Algunos banqueros cruzaban medio mundo para acudir a una reunión en Riad, pero al llegar descubrían que un ministro o asesor real acababa de abandonar el país. Lo aceptaban con resignación, pensando que el futuro les depararía una gran recompensa, aunque empezaron a filtrarse rumores a la prensa de que se estaba valorando cotizar solo en Arabia Saudí.

El NEOM también era un castillo en el aire. Los consultores habían dedicado miles de horas a tratar de convertir las ideas de Mohamed y sus asesores en políticas realistas. Pero las únicas estructuras tangibles eran los palacios erigidos por miles de albañiles sudasiáticos que trabajaban a contrarreloj. Los primeros contratistas no lograron avanzar mucho en el proyecto, así que el Gobierno contrató al Grupo Saudi Binladin para cumplir el objetivo. Habían transcurrido un par de años desde que se había castigado a la empresa tras el accidente con la grúa en La Meca. Los palacios se diseñaron siguiendo el modelo del complejo del rey Salmán en Tánger.

Por si fuera poco, NEOM se había anunciado sin consultar debidamente a los dos países que tenían que ser socios de Arabia Saudí en su creación, Egipto y Jordania. Sendos Ejecutivos se tomaron mal que Mohamed desvelara el plan delante de los líderes mundiales, pero decidieron esperar y no hacer comunicados.

Algunos invitados a la Iniciativa de Inversión Futura profesaban un gran interés por Arabia Saudí como aliado a largo plazo, pero demostraban un profundo desconocimiento de sus valores. En la conferencia, Masayoshi Son declaró: «En Arabia está la Gran Meca. Vamos a crear dos Mecas más». Mohamed se vio obligado a intervenir: «Ruego que no se malinterpreten sus palabras. La Meca es un ejemplo de un centro de atracción, y él se refiere a que construiremos nuevos centros». En el islam, La Meca es única, la ciudad más sagrada del mundo. La idea de que fuera una atracción turística replicable resultaba muy ofensiva, una de esas declaraciones que los islámicos

irreductibles podían utilizar para atacar las reformas del príncipe.

Lejos de los focos y de los grandes anuncios, Mohamed se reunió en privado con peces gordos occidentales. Los petulantes banqueros de Nueva York hacían cola durante horas para verse con el príncipe unos minutitos. Según alguien presente en esas visitas, en cuanto entraban perdían la compostura. Se referían a Mohamed como Su Alteza Real, con deferencia, y alababan su gran visión para el país mientras el sudor les empañaba la frente.

Pero Ari Emanuel era diferente. Era posiblemente el agente con más poder de Hollywood y el director general de Endeavor, una empresa nacida de la fusión de la agencia de talento William Morris con la organizadora de eventos deportivos IMG. Cuando él entró, no sudó. Llevaba más de un año buscando la manera de conseguir dinero saudí y había perfeccionado un numerito para demostrar a los todopoderosos príncipes que él no iba a hincar la rodilla. «De mí solo tienes que saber una cosa: soy un cabronazo», le dijo una vez a Al Walid bin Talal, tal vez el miembro más rico de la familia real, llamado «Su Alteza Real» por otros estadounidenses.

Emanuel ya había iniciado las conversaciones con el PIF para rubricar una inversión de cuatrocientos millones de dólares para Endeavor. Su impresión era que su empresa estaba cerca del acuerdo con los saudíes, pero en las negociaciones subsiguientes en Oriente Medio y en Los Ángeles, Rumayán se había mostrado esquivo. Emanuel estaba frustrado. El príncipe había hablado de grandes objetivos, como crear una industria cinematográfica e invertir en el futuro del deporte y la televisión, pero Rumayán no parecía tener interés en esas ambiciosas visiones. Ante todo, indagaba en cosas como las proyecciones de ingresos anuales para Endeavor. Tras una de esas charlas, Emanuel le dijo a un socio suyo: «Pero ¿qué tiene en la cabeza? No tiene ni puta idea de entretenimiento».

Y entonces Rumayán hizo una petición que nadie esperaba. A cambio de su inversión, quería una silla en el consejo de administración, igual que en Uber. Emanuel se negó, pero abrió la puerta a crear un consejo asesor en el que pudiera participar. Rumayán respondió que se lo pensaría, pero Emanuel asumió que solo

podría cerrar el acuerdo si se reunía cara a cara con Mohamed.

Eso era lo que pensaba hacer en esa audiencia simultánea a la conferencia Davos del desierto. Lo hicieron pasar a un salón del Ritz revestido de madera, donde esperó impacientemente al príncipe sentado en un sillón tapizado de gris y con brazos bañados en oro. No dejaba de revolverse en el asiento y de charlar con la otra persona que esperaba para ver al príncipe, Christine Lagarde, una francesa regia y de cabello plateado que dirigía el Fondo Monetario Internacional.

Cuando llegó su turno, Emanuel entró en una sala con una araña en el techo y se encontró a Mohamed sentado y vestido con un *thaub*, con la cabeza descubierta. Emanuel se dejó caer en una silla frente al príncipe y subrayó los términos del acuerdo. Arabia Saudí invertiría cuatrocientos millones de dólares para participar en Endeavor y no tendría silla en el consejo de administración. «Vale», contestó Mohamed, y preguntó si tenía que llamar a Rumayán para formalizar el pacto. Emanuel dijo que no hacía falta. No quería tener que lidiar con su subordinado.

Entonces el agente hizo algo que nadie hacía en presencia del príncipe heredero: se levantó y se fue. El encuentro duró siete minutos y Emanuel se marchó con sus cuatrocientos millones de dólares bajo el brazo.

En teoría, el objetivo de la Iniciativa de Inversión Futura era que los demás invirtieran en Arabia Saudí, pero todas las noticias apuntaban a que el país estaba invirtiendo más que nunca en empresas extranjeras. Rumayán decía que el fondo soberano quería invertir dos billones antes de 2030; buena parte de ese dinero, fuera de sus fronteras. Branson consiguió una promesa de mil millones de dólares para la matriz de su compañía de turismo espacial, Virgin Galactic. A Blackstone ya se le habían prometido 20.000 millones de dólares para un fondo de inversión, y el Vision Fund había iniciado su andadura con 40.000 millones saudíes. Su responsable, Rajeev Misra, se paseaba soberbiamente por el Ritz-Carlton reuniéndose con gente en la enorme *suite* de Masayoshi Son y fumando cigarrillos electrónicos sin parar.

Algunos inversores internacionales prometían invertir en el país, pero la mayoría trabajaban para naciones o compañías que querían

ganarse el favor del príncipe heredero. Un fondo ruso patrocinado por el Estado dijo que invertiría en NEOM. SoftBank prometió construir el mayor huerto solar de la historia y consintió en adquirir acciones de Saudi Electricity Company.

En general, tanto dentro como fuera de Arabia Saudí el congreso fue considerado un éxito. Dio para una semana entera de titulares y las imágenes de Mohamed sentado con los magnates más famosos del mundo coparon todos los canales de televisión y portadas del mundo, demostrando que era una fuerza considerable en el planeta. En Arabia Saudí, la cumbre ayudó a respaldar la tesis de que tenía madera de rey. Pero tras tanta ostentación los más suspicaces empezaron a detectar señales de una gran turbación.

Tal vez, al empezar el congreso, el saudí más poderoso fuera de la familia real era Adel Fakeih. Como ministro de Economía y Planificación, se encargaba de los elementos más cruciales de la Visión 2030 por orden de Mohamed. Tenía que contratar y dirigir legiones de consultores y cerciorarse de que se materializaban las ideas del príncipe. En los actos principales de la cumbre, Fakeih siempre tenía un asiento en primera fila.

Pero los allegados del ministro se olían la tostada. La víspera de la conferencia tuvo un compromiso familiar en el que se le vio ansioso. En un momento dado estuvo incluso a punto de romper a llorar. Dijo que se había emocionado porque era el cumpleaños de un pariente joven, pero, a toro pasado, sus amigos y familiares se preguntan si el ministro ya sabía que esa cumbre iba a ser la última vez que sería visto en público.

14

La purga

Madrugada del 4 de noviembre de 2017

Turki bin Abdulah estaba durmiendo cuando los agentes de seguridad llegaron a su palacio. El rey solicitaba su presencia en una importante reunión con todos los miembros destacados de la familia Saúd. «Tiene que venir inmediatamente», le dijo un miembro de la Corte Real al hijo del antiguo monarca.

Se estaban produciendo operaciones similares por todo el país y parte del extranjero. Mientras los convoyes enfilaban hacia el Ritz-Carlton, readaptado para servir como prisión para los superricos, se clausuraron las terminales de aviones privados y se ordenó a los bancos que congelaran todas las transacciones pendientes de más de trescientas ochenta personas, incluidos miembros ilustres de la Casa Real.

La operación de otoño de 2017 fue la más sincronizada de Mohamed hasta la fecha, aún más intrincada y perfecta que la cumbre con Donald Trump de seis meses antes. Que el equipo de Mohamed la llevara a término sin filtraciones ni intervención de poderosos aliados de los detenidos atestiguaba la disciplina de su Corte Real y de su círculo de confianza. Se podían lograr inmensos beneficios económicos. Si alguien se chivaba a un objetivo para que conservara su riqueza y libertad, podía llevarse una jugosa recompensa. Pero toda la operación fue como la seda.

Mohamed se lo describiría a David Ignatius, de *The Washington Post*, como un potente antídoto contra la corrupción: «Es un cuerpo con metástasis general: el cáncer de la corrupción. Tienes que aplicar la quimio y despertar al paciente o el cáncer se comerá el cuerpo». Jamal Khashoggi escribió en el mismo periódico que había sido una «noche de los cuchillos largos», una injusta referencia a la brutal

purga de Adolf Hitler de 1934, con la que había consolidado el poder asesinando a más de setecientas personas.

Todos los presos del Ritz-Carlton estaban acusados de corrupción, aunque en muchos casos también estaban recluidos por una razón de más peso. Un ejemplo es el de Turki, el séptimo hijo de Abdulah. Como subgobernador y gobernador de Riad entre 2013 y 2015, había sido clave en el proyecto del metro urbano, que había sufrido grandes demoras y presupuestos inflados. Mohamed bin Salmán y sus investigadores afirmaron que Turki había engrosado los costes de la instalación de vías y se había embolsado cuantiosas mordidas. Pero la razón principal por la que estaba en el Ritz y se le trataba con especial dureza era que había tratado de desbancar a Salmán y a su hijo, ya desde antes de la coronación del monarca. Turki nunca lo ha admitido ni ha sido acusado en firme de ningún delito.

Para alguien de fuera, Turki se parecía mucho a un príncipe heredero. Era un miembro importante de la familia que se había valido de la relación con su padre para ocupar cargos importantes en el Gobierno y amasar una gran fortuna. Quería reinar algún día y estaba urdiendo un plan para asaltar la corona.

Y tampoco escondía esos proyectos a sus hermanas y hermanos. En los colosales comedores de los miembros del clan Abdulah, Turki y sus hermanos hablaban de que algún día sería rey y de que Salmán nunca debería llegar a serlo. Salmán tenía lazos estrechos con los imanes que Abdulah había intentado apartar, y en el clan Abdulah se lo veía como un fundamentalista religioso, un hombre obsesionado con controlar las transgresiones de sus familiares y vengarse de aquellos que hacían cosas que le desagradaban.

Pero, para Mohamed, el que personificaba los problemas de la familia era Turki. Mohamed pensaba que Turki exigía mordidas a las empresas extranjeras y que estaba metido en asuntos turbios en el extranjero, como el escándalo del 1Malaysia Development Berhad. Su primo lo negaba todo, pero Mohamed tenía poca paciencia con los príncipes que, según él, exportaban sus tramas lucrativas a otros países.

Tampoco soportaba la idea de que todos los hijos, nietos y bisnietos de Ibn Saúd tuvieran el derecho de hacer lo que hacían. Mohamed sostenía que el rey y sus hijos estaban legitimados para manejar la riqueza del país y comprar yates o mansiones. Pero los

familiares más lejanos debían pasar desapercibidos y no pavonearse con sus Bugattis circulando a toda pastilla; en gran medida, porque el número de príncipes crecía exponencialmente con cada generación y pronto el país no se lo podría permitir. Era una idea que el padre de Turki había inculcado en la familia real —cortando la pensión de los príncipes— y Mohamed la había interiorizado. Creía que el heredero espiritual de Abdulah era él, no sus hijos. Se consideraba el único con agallas para aplicar las reformas que el antiguo monarca no había podido consumar antes de morir. «Soy un Abdulah desestabilizador», decía a sus amigos.

Turki tenía contactos en el extranjero y, durante los dos primeros años del reinado de Salmán, siguió poniéndole furtivamente palos en la rueda a Mohamed. Pero luego supo que había cometido un terrible error de cálculo. Turki pensó que Mohamed no podría descubrir sus planes mientras su hermano Miteb dirigiera la Guardia Nacional y Mohamed bin Naif fuera ministro del Interior. Mohamed solo controlaba el Ministerio de Defensa, cuya capacidad para recabar inteligencia era limitada. Turki imaginó que su rival carecía de la red de espías y de la tecnología necesarias para saber lo que se cocía. Pero subestimó la resolución de Mohamed y la predisposición de sus prosélitos a usar la fuerza bruta. Para Turki, todo se reducía al poder y al dinero. Mohamed pensaba que el país solo podría salvarse con sus reformas, aunque para concretarlas hubiera que arremeter contra la propia familia.

Turki no tomó ni la más simple de las precauciones, como usar aplicaciones encriptadas para comunicarse (WhatsApp, por ejemplo). Comentaba sus planes en líneas telefónicas abiertas, dando rienda suelta a su rencor por Mohamed y sin darse cuenta de que, desde el principio, el príncipe había incrementado su poder y se había infiltrado en las telecomunicaciones del país entero.

Mohamed esperó más de dos años para revelar todo lo que sabía. En público solía fingir y fumarse la pipa de la paz con Turki o Miteb cada vez que los veía. Cuando Salmán mandó reemplazar a Turki por otro primo como gobernador de Riad, despojándolo de cualquier cargo oficial, Turki pensó que igual Mohamed se había olvidado de él, porque solo tenía ojos para los planes de reforma económica y la consiguiente publicidad. Durante un funeral, Mohamed compareció al lado de Turki y sonrió. La tensión parecía atemperarse.

Pero lo cierto es que Mohamed no se había olvidado de los actos de Turki ni por un instante. Sus subordinados elaboraron un minucioso dosier contra él e incluyeron su nombre entre los objetivos principales de los arrestos del Ritz. (Técnicamente, el equipo a cargo de las detenciones dependía en parte del Centro de Estudios y Asuntos Mediáticos de Saúd al Qahtani.)

Los interrogadores llevaron a rastras a un indignado Turki hasta un vestíbulo del Ritz. Allí también estaba su máximo asesor, un general retirado llamado Alí al Qahtani (sin relación conocida con Saúd al Qahtani). Turki soltó que su padre había sido rey y los mandó a todos a «tomar por culo». Incluso agredió a uno.

Cuando los interrogadores lo hubieron reducido físicamente, Turki empezó a asumir su situación. Veía que cada vez llegaban más detenidos. Turki y Alí habían pasado por alto todos los indicios del contragolpe.

Turki bin Abdulah, de solo cuarenta y seis años, pasó de ser un contendiente al trono a desaparecer. El general retirado Alí murió durante los primeros días de arresto, presuntamente tras sufrir torturas, mientras que Turki acabó transferido a una sórdida prisión con asesinos y narcotraficantes. Al final fue a parar a un centro de detención clandestino, donde solo podían visitarlo sus más próximos allegados durante breves lapsos de tiempo.

El arresto no se publicitó en exceso y muchos estadounidenses y británicos no llegaron ni a enterarse. Solo hubo un breve rapto de atención cuando la leyenda del pop Cher publicó un tuit. En él decía estar «preocupada por el buen amigo de mi hijo, el príncipe Turki bin Abdulah», que era una bellísima persona «sin afán de hacerse con el poder». Al parecer, Turki era amigo de su hijo Elijah.

Luego, por WhatsApp corrió como la pólvora una fotografía maravillosa de dieciséis príncipes vestidos con ropa occidental informal en la cubierta de un yate en el sur de Francia. Mohamed era claramente el miembro más joven de la pandilla y estaba al fondo a la derecha. Al Walid bin Talal, Abdulaziz bin Fahd y Turki bin Abdulah sonreían para la cámara. La instantánea se había tomado en el yate alquilado por Turki, al que Mohamed había sido invitado para comer con sus primos mayores y más ricos. Ahora, muchos de ellos estaban retenidos en el Ritz. Cómo habían cambiado las cosas...

Miteb, Mishal y Faisal, los hermanos de Turki, fueron detenidos por haber metido descaradamente la mano en la caja. Abdulah restringió durante años la riqueza de sus hijos, pensando que los corrompería, y en 2010 creó una fundación personal para invertir buena parte de su dinero a fin de mejorar la vida de los musulmanes de todo el mundo con ayudas y becas al desarrollo. Al morir Abdulah, el control de la fundación pasó a sus hijos. Varios de ellos se lanzaron a extraer fondos para sus propios intereses, aunque ninguno lo ha admitido ni ha sido acusado oficialmente de nada.

A Miteb se lo culpa de haber ido un paso más allá y de haber ordenado a la Guardia Nacional, controlada por él mismo, que transfiriera a la fundación miles de millones de dólares en tierras, con lo que convirtió patrimonio público en propiedad de la organización privada de su familia. Era justo el pretexto que necesitaba Mohamed para arremeter contra el clan Abdulah por corrupción. Miteb fue de los primeros en pactar, aceptando devolver los terrenos al Gobierno y renunciar discretamente a la función pública. Como le dijo a Mohamed: «Coge el dinero y déjame en paz».

Aun así, poco después Miteb tuvo que sonreír y posar ante las cámaras con su primo, en lo que fue una práctica humillante que se repitió con todos los detenidos del Ritz. Servía para recordarles que podían considerarse libres, pero que siempre estarían a merced del capricho de Mohamed.

Nadie era inmune. Incluso algunas hijas de Abdulah, que desempeñaron un pequeño papel en los tejemanejes de los Saúd, perdieron todo lo que habían heredado de su padre, si bien no llegaron a ser detenidas. También se encerró al director de la Corte Real durante el reinado de Abdulah, Jalid al Tuwaijri, y al jefe de Protocolo (básicamente, el mayordomo mayor del rey) Mohamed al Tobaishi.

Tobaishi se había hecho escandalosamente rico gracias a su relación con el primer ministro libanés. Conservó su puesto cuando Salmán fue coronado, a diferencia de Tuwaijri, pero unos meses después de la transición de poder abofeteó a un periodista ante las cámaras y Salmán lo echó en el acto.

Sin embargo, Mohamed hizo una cosa que no repitió con los parientes de otros enemigos caídos en desgracia: eligió al hijo de

Tobaishi como su propio jefe de Protocolo. Rakán se había formado en Sandhurst. Llegado el momento, acompañó personalmente a su padre al Ritz. Cuando lo dejaron en libertad, Tobaishi padre había sido despojado de su rancho (valorado en cien millones de dólares o más), de su acaballadero, de sus sementales y de auditorios interiores y exteriores, además de millones de dólares en efectivo. El rancho acabó convertido en una especie de complejo turístico.

Mohamed nombró a un nuevo ministro del Interior y a un nuevo director de la Guardia Nacional. Ambos eran amigos suyos de la infancia y tenían treinta y pocos años. Era una señal más de que Mohamed había acabado de consolidar su poder. El nuevo líder de los 125.000 guardias nacionales era Abdulah bin Bandar, primo de Mohamed y uno de sus amigos más leales. De hecho, había seguido a su primo durante todo su ascenso. Trabajando en el Centro Joven Rey Salmán y como subgobernador de La Meca tras el nombramiento de Salmán, no escondía su total adoración por Mohamed.

Hasta entonces, ningún príncipe había comandado a la vez dos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas. De repente, Mohamed las controlaba todas. Era quien tomaba las decisiones y se había librado de todos los posibles rivales o conspiradores, fueran milmillonarios o primos.

No hubo que forzar a Salmán a tomar esas medidas. Como garante de la disciplina familiar, llevaba años redactando expedientes sobre los distintos príncipes. Y antes que él Abdulah había acumulado dosieres enteros sobre la corrupción con vistas a ponerle fin. El viejo monarca no había podido tomar cartas en el asunto porque había tenido miedo de causar demasiados problemas. La base de toda la operación fueron esos expedientes y la información recabada por los equipos de Mohamed de los bancos y otras investigaciones. De noche, cuando se interrogaba a los detenidos, se les mostraban relaciones detalladas de sus bienes y de su actividad financiera; no eran acusaciones infundadas.

En Occidente, los arrestos se vieron como un golpe para hacerse con el poder y como una vulneración del Estado de derecho, pero muchos saudíes aplaudieron la medida. Durante décadas habían

tenido que ver cómo los príncipes engreídos y los empresarios con contactos se salían con la suya. Se habían llevado licitaciones que no deberían haber ganado y se habían encargado de proyectos que no deberían haber podido encabezar. Se habían llenado los bolsillos mientras muchos ciudadanos no llegaban a fin de mes. Y ahora que les cortaban las alas, todo el mundo lo vivía con sumo placer, menos el 5 % más rico del país.

El mensaje se coordinó perfectamente. Los arrestos se acompañaron de un decreto que creaba un «comité supremo» para investigar la corrupción, aparentemente para dotar de base legal a la operación. El comité tenía «potestad para tomar todas las medidas preventivas» que considerara oportunas, incluyendo la confiscación de bienes y la retirada de pasaportes. En un comunicado, el rey Salmán condenó el latrocinio perpetrado por «las almas débiles que han puesto sus propios intereses por delante del interés general para acumular dinero ilícitamente». Mohamed describió la campaña en un breve vídeo: «Os aseguro que nadie que haya participado en la corrupción se irá de rositas, sea un príncipe, un ministro u otra cosa». El Consejo de los Grandes Ulemas, el máximo órgano religioso de Arabia Saudí, apoyó los arrestos y dijo que la ley islámica «ordena combatir la corrupción, y nuestro interés nacional lo exige».

Mohamed ofreció una explicación simple a un contacto norteamericano. Muchos de los hombres del Ritz llevaban años infringiendo la ley, pero el ordenamiento previo lo había permitido. Ahora las normas habían cambiado. Y no solo iban a ser distintas en el futuro, sino que habían cambiado con carácter retroactivo.

Incluso los que tendían a mostrarse críticos lo aceptaron como una operación de limpieza. En los primeros días de arrestos, el periodista Jamal Khashoggi dijo: «Es muy selectivo. Ahora mismo está totalmente rodeado de corruptos. En la familia real había un acuerdo tácito: robas tú y robo yo; te llevas una mordida tú y me la llevo yo. Pero ahora Mohamed tiene el poder total. Es un punto de inflexión». Ahora bien, cuando aparecieron rumores de que Alí al Qahtani había muerto, Khashoggi cambió de parecer. Tenía claro que no iba a volver hasta que amainara el temporal.

Las noticias de los arrestos señalaron un antes y un después para los magnates norteamericanos y europeos, que días antes se habían ido de la cumbre Davos del desierto pensando que Mohamed estaba

transformando una monarquía absoluta y caprichosa en una especie de Estado moderno. Después de tanto hablar de energía renovable, inversión en tecnología y libertad para las mujeres, muchos occidentales soñaban con una Arabia Saudí más parecida a un país occidental.

Y de repente Mohamed se ponía a apartar a otros príncipes y a silenciar la disidencia, volviendo más autocrático el país. Varios altos ejecutivos como Jamie Dimon, Steve Schwarzman y Michael Bloomberg llamaron a sus amigos y contactos saudíes para tratar de descubrir lo que estaba pasando. Era inaudito que Mohamed hubiera activado la operación cuando el congreso acababa de terminar. ¿Lo ha hecho a propósito?, preguntaban algunos, planteándose si esa represión era una manera de dirigirse a la juventud, un perfil demográfico clave para él. Sería mucho peor que fuera el mero antojo de un príncipe que se sentía intocable y todopoderoso.

El escenario en el Ritz era surrealista. En el vestíbulo, los coperos de la Corte Real servían a una hilera de prohombres saudíes, todos ataviados con el *thaub* de rigor y temerosos de lo que podía depararles el futuro. Se ofrecían servicios varios, como atención médica y barbería, y la mayoría de los detenidos podían llamar a casa cada pocos días. Pero tenían miedo de hablar por teléfono sin reservas.

Al cabo de unos días empezaron a salir a cuentagotas. Algunos habían llegado a algún acuerdo económico; otros salían como inocentes. Uno de los primeros fue Ibrahim al Asaf, un exministro de Finanzas al que detuvieron como testigo de un presunto caso de malversación durante el reinado de Abdulah. Explicó que simplemente había seguido las órdenes de la Corte Real firmando cheques del Tesoro que acabaron llenando los bolsillos de los políticos, y se ofreció a facilitar información sobre todo lo que quisieran saber los hombres de Mohamed. Luego se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores, demostrando que haber recalado en el Ritz no era necesariamente una mácula perpetua. Aunque los detalles tenían su relevancia. A él no lo habían acusado de corrupción continuada.

Además de los poderosos príncipes y multimillonarios, en el Ritz también había prisioneros más modestos como Hani Joya, un alpinista y consultor empresarial. Durante un tiempo, a Hani todo le había ido viento en popa. Había trabajado en *marketing* para Procter & Gamble durante más de una década y luego había fundado su propia consultora en Riad, creyendo que había un mercado que explotar. Intentó hacerse famoso en el mundo saudí de los negocios, escribiendo una autobiografía que publicó él mismo sobre su ascensión al Kilimanjaro y compareciendo en televisión y en diferentes congresos. Pero Hani se dio cuenta de que no conseguía los mismos contratos que firmaban las grandes compañías extranjeras como McKinsey y BCG. Las empresas del país buscaban consultores saudíes, pero no se fiaban realmente de la experiencia nacional.

La Visión 2030 de Mohamed fue un cambio de paradigma. Era tan ambiciosa que necesitaba de cualquier persona capaz de dar una presentación en PowerPoint. Además, el príncipe animaba a los ministerios a hacer un esfuerzo por escoger saudíes en vez de extranjeros para los puestos clave.

De repente, la consultora Elixir de Hani no daba abasto. El poderoso ministro de Economía y Planificación Adel Fakeih, a quien Hani conocía de otros proyectos de consultoría y de un vínculo familiar, empezó a conceder a la empresa tareas importantes, como encontrar la forma de aplicar las políticas y los planes (el tipo de trabajo que McKinsey andaba buscando en el Gobierno).

McKinsey sabía que cada vez se pediría más que los consultores fueran saudíes. Tener un trato de favor con Fakeih podía ser clave para llevarse lucrativos proyectos durante años, así que terminó comprando el cien por cien de Elixir por cien millones de dólares. Hani, el exvendedor de champú P&G, era ahora socio de la consultora más prestigiosa del mundo.

McKinsey esperaba que la compra le siguiera reportando suculentos beneficios hasta mucho después de que se hubiera creado la Visión 2030 original. La especialidad de Elixir sería hacer realidad la visión centrándose en los KPI favoritos de Mohamed.

Los jóvenes estadounidenses que McKinsey iba mandando y sacando de Arabia Saudí para todo tipo de contratos públicos eran escépticos con el acuerdo de Elixir. Habían despuntado en la universidad, a menudo en alguna de las de la Ivy League, y

consideraban que se habían ganado su prestigioso puesto en la consultora. Pero ahora tenían que colaborar con personas que habían estudiado en universidades saudíes y que tenían escasa experiencia fuera del país.

También había un extraño embrollo de prioridades culturales. En teoría, Elixir debía ser atractivo para el Gobierno haciendo más saudí a McKinsey. Pero muchos jóvenes querían tener hábitos más occidentales. Cuando los directivos se enteraban de que un ministro iba a visitar la oficina, les mandaban a los jóvenes saudíes directamente quitarse el traje y la camisa y ponerse el *thaub* y el *shemagh*.

Pero McKinsey se topó de frente con un problema mucho más gordo. El mejor contacto de Hani, el ministro de Planificación Fakeih, resultó ser un objetivo inesperado de la purga de Mohamed.

Durante los dos primeros años del reinado de Salmán, Fakeih fue uno de los dirigentes más influyentes. Trabajó durante años como director ejecutivo de Savola, un grupo de empresas del sector alimentario, antes de que en 2005 Abdulah lo nombrara alcalde de su Yeda natal. Era el inicio del reinado de Abdulah y el monarca reformista puso a Fakeih al mando de los profundos cambios que iban a aplicarse en la vieja ciudad portuaria. Llevó a cabo varios programas multimillonarios de modernización y acabó como ministro de Trabajo, cargo que aprovechó para intentar aumentar el número de saudíes en el mercado laboral. También fue ministro de Salud durante un breve paréntesis.

Cuando Mohamed se hizo con el timón de la planificación económica saudí a principios de 2015, Fakeih era justo el tipo de funcionario que quería promocionar. Era alguien con experiencia en el sector privado, que había tratado de incorporar a los saudíes a su propia economía y que había sabido gestionar proyectos valorados en miles de millones de dólares. El príncipe colocó a Fakeih al frente del Ministerio de Economía y Planificación, al que se acababa de otorgar un gran poder y que desempeñaría un papel crucial en la formulación y aplicación de rápidos y drásticos cambios económicos.

En su nuevo cargo, Fakeih gestionaba miles de millones de

dólares y huestes de consultores. E hizo buenas migas con Mohamed. En los albores del reinado de Salmán, el mismísimo Saúd al Qahtani tenía que pasar por Fakeih para pedir audiencia con el príncipe.

Fakeih y otros ministros recibieron órdenes diferentes a las de sus predecesores. Arabia Saudí era conocida por los interminables procesos de toma de decisiones. Pero Mohamed dijo basta. Redujo la cartera de los ministerios para que pudieran anteponer las máximas prioridades y dijo que evaluaría la rapidez y eficiencia con que se pusieran en práctica sus órdenes. Si los ministros cumplían, se los recompensaría generosamente. Si no, se los despediría.

En una fiesta celebrada por aquella época, Turki al Sheij, entonces responsable del Ministerio de Deporte, rodeó con el brazo al director del fondo soberano Yasir al Rumayán y le comentó a una pandilla de amigos: «Nos podrían echar en cualquier momento». Si pillaban a los nuevos ministros intentando meter la mano, el castigo podía ser mucho más implacable.

No parecía que Fakeih llevara las de perder y fuera a sufrir ese destino. Lo nombraron miembro de la junta del fondo soberano y participaba en los planes para hacer realidad la Visión 2030. Para los diplomáticos, consultores y empresarios occidentales, era una pieza inmanente a los cambios del príncipe. Menuda fue su extrañeza al descubrir que había formado parte de los arrestos del Ritz. Y, aunque la Corte Real nunca ha anunciado el motivo de su detención, sigue recluido.

Hani pasaba más desapercibido, pero McKinsey temía mucho más por él. ¿Iba a afrontar consecuencias la empresa? Los responsables no las tenían todas consigo. Nadie les había comunicado el arresto de Hani, ni tampoco el motivo. No sabían si se le acusaba de algo. A McKinsey se le abrían dos posibilidades y ninguna de ellas era buena. O bien habían adquirido una consultora corrupta, o bien uno de sus socios estaba en prisión injustamente. Los líderes de la consultora no sabían lo que estaba pasando. Se enteraron de que se había congelado la cuenta bancaria de Hani y dejaron de pagarle, decidiendo que dejaba de ser empleado suyo. McKinsey afirma que saldó todas sus deudas con Hani al cabo de un año, cuando al fin fue liberado. Volvió a casa con una tobillera electrónica y con grandes restricciones de movimiento, y se aficionó a pintar.

Seis días después de los arrestos, *The Wall Street Journal* reveló

que McKinsey había contratado a familiares de altos dignatarios, incluidos dos hijos del ministro de Energía y un hijo del ministro de Finanzas. Estaba en entredicho la libre competencia y la relación entre la consultora y el país arábigo desde que este último se convirtió en un cliente clave. Según McKinsey, todos los empleados se contrataban exclusivamente en función de sus méritos.

Durante los siguientes días se fue filtrando el espectacular elenco de detenidos. Además de príncipes y ministros, estaban recluidos algunos de los empresarios más ilustres del país. Uno era Fawaz al Hokair, un promotor inmobiliario que en 2017 pagó casi ochenta y ocho millones de dólares por un ático en una de las torres residenciales más altas de Manhattan; y otro, el multimillonario saudoetíope Mohamed al Amoudi, que poseía minas y refinerías por todo el mundo. El saudí Alí al Naimi, ministro de Petróleo durante años, fue detenido junto con su hijo Rami, al que encarcelaron, presuntamente torturaron y acusaron de corrupción. Todos esos hombres acabaron saliendo en libertad tras alcanzar algún acuerdo y sin admitir ninguna irregularidad.

Cinco miembros de la familia Bin Laden estuvieron recluidos en el Ritz durante algún tiempo. Habían transcurrido más de dos años desde el desastre de la grúa en La Meca, pero Saudi Binladin seguía inmovilizada porque Mohamed y su padre habían congelado todas las obras públicas. La represión contra la familia fue extraordinaria. El Gobierno requisó todos los bienes que los Bin Laden tenían dentro del país, desde la propia compañía hasta las modestas e históricas casas familiares en Riad y Yeda.

En su primer interrogatorio, Bakr bin Laden se quedó estupefacto al ver un montón de papeles de casi un palmo. No era una operación precipitada. Se basaba en años de registros financieros, listas de patrimonio y detalles de las presuntas obras que se habían hecho gratis para príncipes como Mohamed bin Naif, recientemente defenestrado. Mientras la familia negociaba para ceder formalmente una parte de la empresa al Gobierno, los interrogadores buscaron a uno de los hermanos para que supervisara la transacción rápidamente y detuvieron a Abdulah, licenciado en Derecho por Harvard. El Gobierno se acabó quedando con un 36 % de Binladin. Al final se

liberó a todos los hermanos salvo a Bakr, y se les devolvieron algunos de sus activos.

Unos meses más tarde, Saad bin Laden recibió una llamada. El príncipe estaba construyendo una serie de palacios cerca de Sharma para el nuevo proyecto NEOM y no había manera de que los contratistas cumplieran los plazos. Le dijeron que se necesitaba a Saudi Binladin. Tanto si se poseía una empresa privada con vínculos estrechos con la Casa Real como si se poseía una empresa semipública, la vida era más o menos la misma.

Otro destacado detenido fue Naser al Tayar, que había convertido una agencia de viajes en una sociedad anónima valorada en miles de millones de dólares. Había asesorado al Gobierno y había sido editor de *Forbes Middle East*. En Arabia Saudí, Al Tayar tenía fama de triunfador. Su epónima empresa de viajes estaba valorada en más de cien millones y había salido a bolsa en el país en 2012.

Pero, como otros muchos reclusos del Ritz, Al Tayar había amasado su fortuna principalmente mediante prácticas que se considerarían corruptas fuera de sus fronteras, aunque en Arabia Saudí habían sido el pan de cada día. Desde que se descubrió el petróleo, los príncipes, promotores inmobiliarios y otros hombres de negocios llevaban décadas ideando métodos originales para embolsarse parte de la inmensa riqueza del crudo.

Cuando lo encerraron, Al Tayar se puso hecho un demonio. Llevaba mucho tiempo operando igual y nadie se había quejado. En los últimos años había extraído gran parte de sus ingresos de un acuerdo con el Gobierno para proporcionar viaje y alojamiento a decenas de miles de saudíes que salían becados para estudiar en el extranjero. Fue una oportunidad magnífica para chuparle la sangre al Gobierno, y a nadie pareció importarle. El plan era sencillo.

El contrato de Al Tayar con el Gobierno estipulaba que el Ministerio de Educación reembolsaría a la compañía por cada billete comprado y pagaría una tarifa extra, por lo general, de un 15 % del precio del billete. El propósito era garantizarle a la empresa unos beneficios significativos, pero tampoco desorbitados.

Pero Al Tayar aprovechó ese contrato para catapultar sus márgenes de beneficio muy por encima de los de la competencia. Compraba el billete más barato posible y luego le cobraba al Gobierno el más caro. Por poner un ejemplo, el alumno que hacía un viaje de

ida y vuelta entre Riad y Boston recibía un asiento en turista comprado con descuento. Pero Al Tayar le cobraba al Gobierno un billete en primera clase con opción de cambio de fechas, más la tasa de la agencia. Con este chanchullo, las acciones se dispararon y la compañía se volvió mucho más rentable de lo que habría sido en circunstancias normales. Y eso duró años sin que el Ministerio de Educación se percatara o tomara cartas en el asunto. Todo el mundo le cobraba más de la cuenta al Gobierno, le dijo Al Tayar a un amigo en el Ritz, en uno de los pocos momentos en que no había ningún guardia escuchando. Finalmente, salió libre tras llegar a un pacto, sin admitir ningún fraude.

El arresto del saudoetíope Amoudi fue aún más inesperado. Amoudi se había hecho enormemente rico gracias a sus proyectos de construcción y había adquirido fama internacional con su papel en el sector agrícola (entre otros) de Etiopía, una de las economías más prósperas del mundo. Siempre había contado con el favor del rey Abdulah y sabía camelarse a los miembros destacados de la Casa Real, cosa que lo hacía intocable.

En 2010 le anunció a Abdulah que había terminado de diseñar el primer automóvil de fabricación saudí. Pidió una audiencia con el soberano para mostrarle un prototipo del coche y le prometió crear una industria nacional. Abdulah solo iba en limusina, así que se quedó estupefacto cuando Amoudi le reveló un pequeño SUV casi idéntico al Toyota FJ Cruiser. Los más jóvenes rieron por lo bajini. El proyecto terminó en nada.

Amoudi estuvo detenido más de un año hasta que llegó a un acuerdo confidencial por el que se comprometió a pagar una gran suma al Estado sin admitir ninguna irregularidad. No quiso hacer comentarios.

Para la mayor parte de Occidente, el detenido más ilustre fue Al Walid bin Talal. El hijo del disidente hermano de Salmán había hecho amigos ricos y poderosos en el extranjero, y aunque públicamente expresaba su apoyo a Mohamed, esas relaciones y la tendencia a alabarse a sí mismo eran un problema ahora que Mohamed buscaba convertirse en el rostro oficial del país.

Pero lo que llevó a Al Walid al Ritz fue algo más terrenal. Llevaba años cobrando de miembros de la familia real, como Abdulah, y había dudas sobre dónde había ido a parar ese dinero. En algunos casos, Al Walid había gestionado las cuentas del monarca; en otros, había pedido préstamos. Y otras veces, según aseguraban los hombres de Mohamed, Al Walid se había quedado con un dinero que legalmente pertenecía al Estado.

Así que Mohamed lo mandó al Ritz, le exigió un pago de miles de millones de dólares y, poco después, le dio un incentivo más arrestando a su hermano Jaled. Jaled no se hospedó en el Ritz, sino que fue enviado a la prisión de Al Hair, a la que se enviaba a presos menos conocidos.

Aterrorizado por la posibilidad de perder estatus al ser liberado, Al Walid recalcó a *Bloomberg News* que lo habían recluido injustamente con personas que sí habían realizado prácticas corruptas. Cuando le preguntaron si era verdad que había pagado seis mil millones de dólares, como había informado *The Wall Street Journal*, repitió como un loro: «Es un pacto confidencial y secreto al que hemos llegado de mutuo acuerdo el Gobierno de Arabia Saudí y yo». Sus palabras a Bloomberg fueron:

> Tengo que confesar que no fue fácil. No es fácil que te retengan en contra de tu voluntad. Pero, cuando salí, tuve una sensación muy extraña. Convoqué a todos los altos ejecutivos de mis compañías y a todos mis hombres de confianza y les dije: «Os juro que estoy totalmente sereno y tranquilo y que no le guardo rencor a nadie».
> Por lo que más quieras, créeme cuando te digo que en menos de veinticuatro horas volvíamos a estar en contacto con el Gabinete del rey, del príncipe heredero y de los suyos. Es una situación muy extraña.

15

El secuestro del primer ministro

9 de noviembre de 2017

Fue posiblemente el indicio más claro de que en Occidente se trataba a Mohamed como un jefe de Estado. El 9 de noviembre de 2017, mientras los líderes del mundo empresarial y político hacían lo imposible por descubrir por qué muchos de sus contactos saudíes de toda la vida estaban encerrados en un hotel de lujo, el presidente francés Emmanuel Macron cogió un vuelo urgente a Riad para reunirse con el príncipe heredero.

Macron venía de Abu Dabi, de la inauguración de una nueva franquicia del Louvre. Llegó a una terminal del aeropuerto de Riad con la esperanza de desactivar una bomba cuyo contador avanzaba lenta pero implacablemente. La confusión en torno a la purga anticorrupción del Ritz había ido a más, y la represión interna se había convertido en una crisis geopolítica después de que los dirigentes saudíes encerraran al primer ministro del Líbano y lo forzaran a dimitir. El propio Saad Hariri no ha hecho jamás declaraciones sobre esas cuestiones. Mientras buena parte del mundo occidental descubría con pasmo los nombres de los príncipes y empresarios saudíes depurados, los hombres de Mohamed estaban regañando, presuntamente agrediendo y obligando a dimitir a Hariri.

Hasta entonces, el príncipe nunca había hecho un movimiento tan osado en política exterior. Fue un golpe contra un primer ministro elegido democráticamente, el jefe de un Ejecutivo que había logrado una paz precaria en el Líbano. Con ese paso, Mohamed generaba aún más inestabilidad y lo estaba haciendo a plena luz del día.

Saad lideraba el principal partido político suní del Líbano, Movimiento del Futuro, y era primer ministro de un Gobierno que se repartía precariamente el poder con Hizbulá —el partido chií apoyado

por Irán— y con las diversas facciones políticas cristianas.

El Líbano había sido una colonia francesa, por lo que mantenía vínculos estrechos con la metrópolis. Macron, que solo llevaba seis meses en el cargo y tenía muchas ganas de desempeñar un papel en el escenario global, se sentía responsable de traer a casa a Saad. Sabía que tendría que hacer algo que ningún líder extranjero había conseguido hasta la fecha: ser más agudo que Mohamed.

La situación cambió unos días antes de la visita de Macron, el 4 de noviembre de 2017, cuando un demacrado Hariri compareció por sorpresa ante las cámaras. Sentado a una mesa frente a un cuadro abstracto de color azul, leyó un pedazo de papel con estilo afectado y dubitativo. Dijo que había sido incapaz de frenar la influencia iraní en el Líbano, así que, por el bien de su pueblo, debía dimitir. Dirigiéndose a Irán, declaró que las naciones árabes «volverán a levantarse y os cortarán los tentáculos que habéis desplegado perversamente por ellas».

No eran palabras propias de Hariri, sobre todo porque su propósito era gobernar con Hizbulá, no iniciar una guerra. Un par de días antes, había mantenido una reunión productiva con un representante iraní. Y de repente estaba dimitiendo y, de paso, buscando bronca.

La situación pendía de un hilo. El Líbano limita con Siria, donde había una guerra civil en marcha de la que escapaban millones de refugiados, a los cuales la nación libanesa acogía en míseros campos repletos de comunidades endémicas de palestinos desplazados. Desde sus reductos en el sur del país, Hizbulá ha provocado conflictos con Israel en el pasado más reciente. Si el Gobierno de Hariri se desmoronaba, podía estallar la violencia en cualquier dirección.

Los líderes y periodistas de todo el mundo trataron la situación de Hariri como una crisis política. Según los expertos y analistas, Mohamed estaba desestabilizando el Líbano en el marco de su guerra por el poder con Irán. Igual que bombardeaba el Yemen para destruir a los rebeldes apoyados por los iraníes, ejercía la fuerza sobre el Líbano para contrarrestar a Hizbulá. Pero la verdad es que el episodio de Hariri era bastante más personal para Mohamed. Era una riña política, pero también familiar. Y como buena parte de las medidas que fue tomando el príncipe en su ascenso, atañía al exrey Abdulah, a sus hijos y a los miembros de la corte y los miles de millones de

dólares que manejaban.

Para entender por qué Mohamed secuestró al líder del Líbano, debemos remontarnos a 1964, hace medio siglo. Fue entonces cuando un joven contable libanés llamado Rafic Hariri decidió que en su país no ganaba lo suficiente para mantener a su incipiente familia. Por eso se mudó a Arabia Saudí, donde la exuberante riqueza del petróleo estaba financiando carreteras, hospitales y hoteles, y estaban apareciendo todo tipo de constructoras para encargarse de los proyectos.

En los sesenta, Arabia Saudí tenía mucho petróleo y mucho dinero, pero poca edificación de la que presumir. Tenía menos habitantes que Londres. La familia real estaba decidida a usar los beneficios del crudo para construir nuevas infraestructuras, pero había pocas empresas nacionales que pudieran afrontar grandes proyectos de construcción. Y había pocas universidades de las que salieran licenciados capaces de dirigir esas empresas.

En países cercanos como el Líbano, el problema era justo el contrario. El Líbano tenía una infinidad de profesionales universitarios. Gracias a los lazos coloniales con Francia y a la histórica relación con Estados Unidos, muchos de esos profesionales tenían la destreza lingüística necesaria para colaborar con entes extranjeros. Pero el Líbano no poseía liquidez. Su estancada economía brindaba escasas oportunidades de prosperar a esos licenciados.

Ante esa situación, muchos jóvenes —como el padre de Saad— se marchaban a Arabia Saudí para poder mantener a sus familias. El país estaba en auge, pero no siempre les era fácil encontrar beneficios. En Arabia Saudí, el movimiento de capitales se disparaba o se desplomaba según el precio internacional del petróleo. Si el precio repuntaba, aparecían un montón de proyectos nuevos de construcción; pero cuando caía, el país era incapaz de pagar las facturas. Las compañías sufrían graves altibajos y Rafic, que trabajaba para diferentes constructoras, estaba a merced de esos ciclos.

Al final optó por fundar su propia empresa. Su suerte bailó al vaivén del precio del petróleo hasta que aceptó una subcontrata para una entidad más grande que trabajaba para el rey Jalid. Rafic salvó un proyecto engorroso mirando fuera de la región y pagando a un contratista italiano que consiguió terminar la obra. Gracias a ese logro, a finales de los setenta Rafic se llevó una licitación para erigir

un hotel que Jalid mandó construir a toda prisa en la localidad turística de Taif, en la zona montañosa al este de La Meca.

En su labor para la Corte Real, Rafic entendió algo que le ayudaría a definir su empresa y forjar su fortuna. Comprendió que los Saúd no eran como la mayoría de los clientes, porque no les importaba el presupuesto. Tenían dinero de sobra. Solo querían que los proyectos se hicieran bien y rápido, a veces hasta pidiendo plazos poco realistas. Mientras Rafic satisficiera esas condiciones, el coste no sería ningún problema para el monarca. Así que Rafic contrató a una empresa francesa llamada Oger para construir el complejo. La obra se terminó a tiempo y el rey quedó contento. Costó más de cien millones de dólares, pero dio igual. Como dijo Hannes Baumann, biógrafo de Hariri, Rafic acabó el hotel siendo fiel al que sería su estilo particular: «En un tiempo récord y sin escatimar en gastos».

El monarca recompensó a Hariri con constantes proyectos y con un pasaporte saudí. Fue un regalo sensacional. La ley exigía a las compañías de propiedad extranjera que colaboraran con empresas locales, dando pie a esas relaciones corruptas archiconocidas en las que príncipes y otros hombres bien conectados fundaban empresas locales con el único objetivo de desviar fondos de las constructoras extranjeras. El sistema quería garantizar que las empresas de propiedad saudí también participaran en el crecimiento, pero lo que hizo fue facilitar la malversación.

Con pasaporte saudí, Rafic estaba exento de cumplir esa exigencia. Podía poseer su propia empresa y dirigirla como estimara oportuno sin tener que pagar a un socio local. Hariri adquirió Oger, el contratista francés que había reclutado para Taif, y convirtió la flamante empresa Saudi Oger en una de las instituciones más importantes del país. Tenía decenas de miles de trabajadores y se dedicaba a construir palacios en Arabia Saudí y en el extranjero para miembros de la familia Saúd. A veces trabajaba sin cobrar, solo para ganarse el favor real.

Rafic sabía lo importantes que eran los vínculos personales para su negocio. La salud de su empresa dependía de su relación con el rey. Además, mantener un buen trato con el monarca podía traducirse en un mayor poder económico y político en su país, el Líbano.

A medida que Jalid se hizo mayor, Rafic empezó a entablar poco a poco amistad con el poderoso príncipe heredero Fahd, en quien cada

vez se delegaban más proyectos ambiciosos. En Arabia Saudí, observar a la familia real no es solo entretenido: es imprescindible para cualquier empresario que quiera sobrevivir a largo plazo.

Los encargos aumentaron aún más. Saudi Oger construyó la sede central de la Corte Real, o Diuan, y otros edificios de la administración, con lo que Rafic amasó una fortuna que usó para su beneficio personal y político. También donó millones de dólares a organizaciones políticas y benéficas del Líbano, forjándose una imagen de emprendedor y filántropo.

Desde el principio hubo poca divergencia entre las diferentes aspiraciones de la familia Hariri. Sus ganancias en Arabia Saudí, su labor benéfica en el Líbano y la acumulación de poder político en Beirut estaban perfectamente entrelazadas. Rafic combinaba su propio dinero con las donaciones del rey Fahd para enviar a miles de estudiantes libaneses a la universidad. Tanto fue así que se ganó la reputación de ser alguien que podía ayudar de verdad al pueblo libanés.

Fahd también reparó en que Rafic podía serle útil políticamente. El Líbano está situado entre Siria e Israel y tiene una gran población palestina. Como está siempre al borde de la inestabilidad, cuando no directamente en guerra, al rey podía venirle de perlas tener a un político pagado de su bolsillo.

Rafic se convirtió en una especie de emisario de Arabia Saudí en los planes por resolver conflictos regionales entre israelíes, palestinos, sirios y diversas facciones libanesas. La relación era tan estrecha que, en una conferencia en Ginebra celebrada en 1983 para tratar de llegar a un acuerdo de paz con Siria, Hariri declaró que hablaba en nombre de Fahd. Hariri era suní, como los Saúd, pero fue capaz de cosechar suficientes apoyos entre los chiíes, los cristianos y las demás comunidades religiosas del Líbano para tejer alianzas imposibles.

En 1989, tras quince años de guerra civil, Rafic ayudó a pactar un alto al fuego en una cumbre en Taif, la ciudad de vacaciones que había ayudado a construir. El acuerdo puso fin al conflicto libanés y permitió que Arabia Saudí, su histórico benefactor, se atribuyera parte del mérito por estabilizar la región. El dinero saudí era ya inextricable de la política del país y de la fortuna familiar de Rafic. Al cabo de tres años, en los primeros comicios después de la guerra, salió elegido primer ministro. Luego intentó limpiar y reconstruir Beirut con fondos

internacionales, entretejiendo aún más sus objetivos políticos con los empresariales. Rafic invirtió en la empresa que poseía las zonas recién urbanizadas, y también cobró por las obras a través de Saudi Oger.

Para reforzar su relación con los Saúd y asegurarse de que sobrevivía al siguiente cambio en el trono, Rafic cultivó el vínculo con otras ramas de la familia. Resultaba cada vez más imperioso, ya que Fahd iba enfermando y apagándose y el príncipe heredero Abdulah, más austero que su hermano, estaba adquiriendo un papel más destacado.

Abdulah podía suponer un problema para Rafic. Tenía una madre diferente a la de Fahd y entre sus hermanos carnales, el grupo conocido como los Siete Sudairis, estaban los poderosos príncipes Sultán, Salmán y Naif. Abdulah no casaba con el estilo de vida manirroto de muchos parientes, como los hijos de Fahd, y prefería acampar en el desierto antes que permanecer en un palacio. Si no quería las mismas residencias de lujo que Saudi Oger había construido para sus predecesores, o si creía que la compañía no contribuía positivamente a modernizar Arabia Saudí, el poder creciente del príncipe podía poner en apuros a Rafic y a sus ambiciones económicas y políticas.

Así que el libanés se propuso cortejar a Abdulah. Cuando se enteró de que pensaba hacer una visita de Estado al Líbano, Rafic se puso en contacto con Mohamed al Tobaishi, el jefe de Protocolo, y le pidió que el príncipe heredero se quedara a dormir en su casa. Si Tobaishi lo conseguía, el libanés le daría una gran recompensa.

Y vaya si lo consiguió. Abdulah se hospedó en casa de Rafic en Beirut, con lo que el emprendedor libanés tuvo ocasión de entablar un vínculo personal con el futuro rey y convencerle de que sería un aliado político leal en el Líbano.

Siempre presto a devolver un favor, Rafic le construyó a Tobaishi un rancho en las afueras de Riad y lo llenó de siervos de Saudi Oger. También hizo una cuadra con sesenta caballos y una grada desde la que se podía observar a los sementales brincar. En la confiscación de bienes y dinero del Ritz, Mohamed bin Salmán se lo quedó todo.

Rafic también entabló una buena relación con Jalid al Tuwaijri,

el responsable de la Corte Real con Abdulah, que le garantizó el acceso al monarca. Cuando el diplomático Jeffrey Feltman llegó a Beirut como embajador de los EUA en 2004, Abdulah y Rafic ya tenían una estrecha relación personal y política.

La suerte política de Rafic Hariri fue desigual. Perdió el cargo de primer ministro, lo recuperó y acabó apartándose definitivamente en 2004. Al año siguiente murió en un atentado terrible, justo antes de que Abdulah fuera coronado. Fue un impacto mayúsculo para el Líbano y el extranjero. Hariri parecía el único hombre capaz de aportar una cierta paz a la región y, en un principio, nadie sabía quién podría querer asesinarlo. Ningún grupo reivindicó el ataque, pero teniendo en cuenta lo sofisticada que fue la bomba, con más de dos mil kilos de dinamita y con detonación a distancia, era obvio que había sido una organización con recursos considerables. Hubo quienes señalaron a Hizbulá, pero los chiíes libaneses apuntaron a Israel y los investigadores de la ONU declararon que seguramente había sido obra del Gobierno sirio. Sea como sea, la bomba segó la vida de veintidós personas. Dejó un cráter de más de cuatro metros de profundidad cerca de la playa de Beirut y generó un vacío político igual de importante. Pero el asesinato unió más que nunca al pueblo libanés, y Saad lo percibió. Según Paula Yacoubian, una parlamentaria nacida en Beirut, «la sangre derramada por su padre hermanó más a la gente. Apareció la idea de un único Líbano».

Tras una fase de duelo, Saad tomó las riendas del negocio familiar y de la maquinaria política de su padre. El embajador Feltman abandonó el Líbano para ser subsecretario de Estado para Asuntos de Próximo Oriente en 2009, el mismo año en que Saad fue nombrado por primera vez primer ministro. Para Feltman: «Los saudíes lo respaldaban sin reservas y las decisiones que tomaba sobre cuándo y dónde meterse en política contaban con su apoyo incondicional». Saad mantuvo la relación con Tobaishi y Tuwaijri. Según les confesaron los súbditos de Tobaishi a sus amigos, Saad Hariri usaba su avión privado para sacar dinero de Arabia Saudí para Tuwaijri.

Saad había seguido los pasos de su padre y había tomado el poder, pero no tenía la dignidad política o empresarial de Rafic ni en el Líbano ni en el extranjero. De pelo repeinado y engominado, barba desarreglada y placeres lujosos, Saad no parecía tan fuerte ni políticamente tan astuto como su padre. Según Yacoubian, «era un jovenzuelo con un montón de pasta y el sueño de gobernar el Líbano». Sus extravagancias tampoco ayudaron. Según revelaron los registros judiciales sudafricanos, en 2013 y 2014 Saad le pagó dieciséis millones de dólares a una modelo de bikinis con la que había tenido una aventura.

Saad también se las tuvo con miembros de su propia familia. Uno de sus hermanos mayores, Baha, creía que podía ser un líder más capaz y se gastó una fortuna en Estados Unidos para financiar un centro de investigación y propagar el rumor entre la Administración de que él era el Hariri más indicado para liderar el Líbano. (Discutiendo con un amigo, Baha dijo que esa supuesta riña había sido: «¡Puro teatro!, bobo», para que los electores libaneses vieran a Baha como alternativa en caso de que se volvieran contra Saad. Así, el Líbano seguiría en manos de los Hariri.)

Saad mantuvo la relación con Arabia Saudí. Durante todo el reinado de Abdulah, Saudi Oger se encargó de diversos proyectos monumentales para la Corte Real en terrenos del Gobierno, incluyendo el palacio que acabaría siendo el Ritz-Carlton de Riad. Incluso después de concluir su primer mandato en 2011, Saad siguió siendo una importante fuerza política en el Líbano y mantuvo la alianza que tenía con los saudíes desde hacía décadas, usando los ingresos de la familia real para conservar su riqueza y su poder personal en el Líbano.

Era el tipo de relación que sustentaba la economía nacional, una red de conexiones personales en la que los petrodólares fluían hacia empresarios extranjeros y volvían a los miembros de la Corte Real. En muchos aspectos, funcionaba bien. Los Hariri y varios cortesanos se llenaban los bolsillos y Saudi Oger creaba empleo en Arabia Saudí, aunque muchos de sus albañiles y capataces eran extranjeros. Los proyectos de construcción del rey se hacían realidad y el país tenía un aliado que defendía sus prioridades en la lucha eterna del Líbano por nivelar la influencia de Israel, Palestina, Siria y, sobre todo, del

archienemigo saudí, Irán.

Pero era una de esas relaciones que sacaban de quicio a Mohamed. En la Corte Real de Abdulah, el príncipe se obsesionó por los indicadores de rendimiento de los que hablaban los consultores. A su entender, Arabia Saudí tenía que poder sacar algún rédito a su inversión. El país había invertido una barbaridad de dinero en los Hariri, pero ¿qué provecho sacaba? ¿Cuál era su KPI? Mohamed decidió que los resultados de Saad no se ajustaban a lo que pagaba Arabia Saudí. Según él, tras auspiciarlos durante décadas, los Hariri debían emular a su país y oponerse frontalmente a Irán y al grupo armado que los persas financiaban en el Líbano, Hizbulá.

Y también estaba la faceta económica. Cuando Salmán se hizo con el trono, el reino estaba al borde de una crisis. Los bajos precios del petróleo socavaban los ingresos, pero el gasto seguía siendo elevado. Mohamed se propuso reformar la economía y prometió acabar con los días en que el dinero proveniente del petróleo se derrochaba sin ton ni son. Anunció que el país encontraría formas más efectivas de invertir y que crearía una economía más diversificada, en la que se pudiera ganar dinero en otros sectores que no fueran el petrolero.

El problema era que, cuando Salmán llegó al poder, decretó una prima para el funcionariado que superó los 25.000 millones de dólares. Arabia Saudí cayó en un grave déficit presupuestario.

Mohamed respondió con medidas contundentes, como elevar el precio de la gasolina y adaptar los grandes planes para hacerlos más austeros. Canceló algunos proyectos que Saudi Oger tenía previstos y decidió no pagar por algunas obras ya realizadas. Según él, la empresa llevaba años haciéndose de oro a costa del Gobierno. Ahora le tocaba arrimar el hombro en tiempos de vacas flacas.

Saudi Oger respondió despidiendo a decenas de miles de trabajadores y culpó públicamente de los recortes al impago del Gobierno. La compañía tenía poco cojín para encajar el varapalo; no como Saudi Binladin, que pudo prolongar más su travesía por el desierto.

Saad podría haberse callado y haber apechugado con el impago, protegiendo la reputación saudí. Pero decidió avergonzar

perversamente al Gobierno. Muchos empleados europeos, indios y filipinos de Saudi Oger se quedaron atrapados en Arabia Saudí sin ingresos y, en algunos casos, sin poder irse. Los operarios estaban hacinados en campos de trabajo sin comida ni dinero, así como sin pasaportes, porque la empresa se los había confiscado al llegar al país.

La normativa laboral planteaba un dilema para los empleados. Sin trabajo, técnicamente estaban en el país de manera irregular, pero sin empresa tampoco podían solicitar permiso para irse.

La situación duró meses. Saudi Oger cerró las instalaciones de cocina y detuvo el suministro de comida. El hambre empezó a acechar a trabajadores que llevaban años fuera de su hogar para ganar dinero que enviar a sus familias. El embajador indio en Arabia Saudí lo tildó de «crisis humanitaria» y su Gobierno mandó alimentos y ayuda a los operarios abandonados. Fue humillante que la India enviara socorro a gente residente en uno de los países más ricos del mundo por culpa de la mala gestión saudí. Al final, el Gobierno decidió intervenir.

A los trabajadores franceses se les solía pagar y tratar mejor que a sus colegas asiáticos. Aun así, también se les debían millones de dólares en pagos atrasados, por lo que optaron por quejarse públicamente. El embajador del país galo le envió cartas a Saad para pedirle explicaciones y algunos empleados franceses interpusieron demandas. *The Wall Street Journal* y otras publicaciones internacionales se hicieron eco de la noticia y recalcaron los graves problemas financieros que estaba sufriendo Arabia Saudí en un momento en que Mohamed intentaba postularse como visionario económico.

Para el príncipe, fue una puñalada trapera. Su familia había apoyado a los Hariri durante décadas y, ahora que el Gobierno saudí pasaba por un bache, Saad respondía poniendo a los Saúd en ridículo en el escenario más grande del mundo.

En medio de ese enredo, a finales de 2016, Saad fue elegido primer ministro por segunda vez. Para Mohamed, resultó tan frustrante como líder de Gobierno que como hombre de negocios.

Saad se hizo con el mando en un periodo delicado para el Líbano. El Gobierno llevaba dos años parado porque el Parlamento no había

conseguido elegir a un presidente con la mayoría necesaria de dos tercios de la cámara. Saad aceptó volver como primer ministro y facilitó un pacto que convirtió en presidente a Michel Aoun, un histórico político cristiano y aliado de Hizbulá.

Cuando asumió el cargo, Saad no fue tan inflexible con Hizbulá como Mohamed hubiera deseado. No podía. Encabezaba un Gobierno con el grupo y la democracia libanesa lo forzaba a colaborar con sus líderes.

Mohamed no sentía mucha simpatía por las normas del juego democrático. Arabia Saudí no había invertido décadas y miles de millones de dólares en los Hariri para que luego estos ayudaran a los chiíes a expandir la influencia iraní en el Líbano.

El príncipe también recelaba de los profundos lazos económicos y personales de Saad con los rivales de Mohamed, los hijos y cortesanos de Abdulah. Mohamed ya sospechaba de sus maniobras por debilitar su pretensión al trono y desconfiaba de sus aliados. También estaba el tema de la corrupción. En el seno de la corte corrían rumores de que Saad había ayudado a Jalid al Tuwaijri, mano derecha de Abdulah, a sacar dinero del país. Un amigo de Hariri afirmaba haber visto montones de maletas llenas de dinero en un avión de Saad realizando el trayecto Riad-Beirut; en la Corte Real era *vox populi*. Y algunos hombres de Mohamed sospechaban que parte de ese dinero era de Tuwaijri. Mohamed añadió en secreto el nombre de Saad a la lista de empresarios que investigar.

También ordenó al Gobierno investigar a Saudi Oger. En 2016, el Ministerio de Finanzas contrató a una consultora internacional, PwC, para que estudiara los libros de la compañía. Mohamed instituyó un comité especial para decidir qué hacer con la empresa y afloraron graves problemas. Harían falta miles de millones de dólares para rescatarla.

El hallazgo de los investigadores le sentó aún peor a Mohamed. Según les revelaron los hombres del príncipe a algunos de sus amigos, el padre de Saad había estado años excusándose ante Abdulah de no tener dinero, y el rey había respondido con préstamos de miles de millones que muchas veces había condonado. En Arabia Saudí, ese hecho no suponía un gran problema judicial, ni tampoco político. La palabra del rey iba a misa. El soberano concedía y condonaba préstamos a su voluntad. Además, parte del dinero percibido por

Hariri se destinaba a residencias palaciegas para importantes miembros de los Saúd. A Saad, pues, nunca se le ocurrió que la base de la empresa familiar pudiera entrañarle un riesgo jurídico.

Pero Mohamed no pensaba en los mismos términos que sus predecesores. Para él, era corrupto cualquiera que le chupara la sangre al Gobierno más de lo debido, aunque lo hiciera con el beneplácito del monarca. Estaba decidido a acabar con las viejas estructuras que enriquecían a los empresarios y funcionarios a expensas del Estado, y Saudi Oger y sus propietarios eran un blanco fácil.

Mohamed tampoco mostraba la tradicional deferencia árabe por las antiguas alianzas familiares. Arabia Saudí andaba escasa de dinero, Saudi Oger se estaba quejando abiertamente del impago y los Hariri estaban perdiendo influencia en favor de Hizbulá pese a las décadas que llevaba su país apoyándolos. Dicho y hecho: Mohamed decidió que ya no valía la pena conservar la alianza entre los Hariri y los Saúd.

Incluso cuando Arabia Saudí hubo retomado los pagos a otros contratistas, Mohamed bloqueó los fondos para Saudi Oger y permitió que la otrora gran compañía se fuera marchitando. Saad seguía siendo primer ministro del Líbano, pero en ese cargo se veía obligado a negociar cada día con Hizbulá ante la atenta mirada de Mohamed, y su posición política también se volvió precaria.

Hizbulá controlaba partes del Líbano, había iniciado una guerra con Israel en 2006 y vehiculaba la persistente influencia iraní en la zona. Su poder militar y político representaba una amenaza constante para la estabilidad de Israel y Jordania, y Mohamed empezaba a estar cansado de la situación. Quería que Saad plantara cara, no que gobernara con Hizbulá. El ferviente antiiraní Zamer al Sabhán, ministro de Asuntos del Golfo, se encontró con Saad en otoño de 2017 y le remarcó que los saudíes estaban frustrados.

Luego, el 3 de noviembre del mismo año, Saad recibió a una delegación iraní encabezada por el destacado asesor del Gobierno Alí Akbar Velayati. Tras la reunión, la oficina de prensa del Líbano publicó una imagen de Hariri en la que se le veía hablar cordialmente con los iraníes. La foto iba acompañada de unas declaraciones de

Velayati: «Hemos celebrado una reunión fructífera con el primer ministro Hariri. Ha sido positiva y constructiva, como son siempre las relaciones entre Irán y el Líbano».

Para Mohamed, fue la gota que colmó el vaso. Esa noche convocó a Saad.

Al principio, el primer ministro no se sintió amenazado. Sabía que probablemente tendría que sentarse en una tienda en medio del desierto, delante de un fuego humeante, y escuchar al joven príncipe despotricar contra Hizbulá e Irán; meses antes ya había aguantado quejas similares de Mohamed y de Sabhán. Pero el príncipe heredero acababa de cargarse casi definitivamente a Saudi Oger. ¿Cuánto daño más podría querer infligirles a los Hariri? Saad se mostró optimista con un confidente extranjero. Incluso cabía la posibilidad de que Mohamed aumentara la ayuda financiera al Líbano.

Saad llegó a Riad después del anochecer. En cuanto aterrizó, las cosas tomaron un cariz extraño: los súbditos de la Corte Real se negaron a llevarle a su casa en la ciudad. Le dijeron que iba a reunirse con Mohamed, pero de camino al encuentro cambiaron de opinión: lo llevarían a su casa, donde esperaría a que el príncipe estuviera listo.

Esperó toda la noche. A primera hora de la mañana le llamaron para convocarle a una reunión con Mohamed a las ocho. Se fue corriendo a ver al príncipe sin su convoy habitual, pero lo que se encontró fue un grupo de matones que lo detuvieron.

El político libanés nunca ha querido contar a sus allegados lo que pasó a continuación. Como le dijo a un contacto occidental, «fue terrible», una prueba infalible de que no deseaba compartir ningún detalle más aparte del hecho de que había vivido una «auténtica pesadilla que me dejó secuelas físicas y mentales».

Ante la posibilidad de sufrir física y económicamente a manos de los hombres de Mohamed, Saad se avino a dimitir del cargo de primer ministro.

Esa tarde, en la residencia de Saad en Riad, los saudíes le entregaron un discurso para que lo leyera en televisión. Fue un mensaje peculiar. La cámara mostraba a Saad sentado ante un escritorio al lado de la bandera libanesa; delante tenía un micrófono y

un portátil. Leyó un manojo de papeles, mirando de vez en cuando a la cámara con los ojos bien abiertos. Saad mencionó el asesinato de su padre, dijo que el Líbano estaba atravesando un momento parecido y manifestó: «Soy consciente del complot que se está orquestando para acabar con mi vida», sin añadir más detalles. Para no decepcionar a su pueblo, pensaba dimitir. Luego atacó verbalmente a Irán, acusándolo de sembrar «la destrucción, la desolación y el caos» allí adonde iba y asegurando que Hizbulá estaba usando sus armas contra aliados árabes en el Yemen y Siria.

Los políticos libaneses y extranjeros que conocían a Saad pensaron que aquel discurso chocaba con su estrategia política. Hacía apenas unos meses, le dijo a Susan Glasser de *Politico* en una entrevista que tenía que gobernar con Hizbulá, pese a su antagonismo con Israel y Estados Unidos: «Por el bien del país, de la economía, de los 1,5 millones de refugiados, de la estabilidad y del gobierno del país, tenemos que llegar a alguna especie de acuerdo».

Y hubo otro detalle que cogió desprevenidos a los expertos en Oriente Medio. Saad protestó por la interferencia de Hizbulá en el Yemen, pero lo cierto era que la organización apenas tenía presencia en el país. Y el Yemen no era una gran tribulación para Saad, que ya tenía suficiente tela que cortar en el Líbano. A quien le preocupaba el Yemen era a Mohamed, que se había enfrascado en una guerra sangrienta e interminable con pocas expectativas de acabar en victoria saudí.

El discurso de Saad hizo cundir el pánico en la política libanesa y extranjera. Beirut recibió montones de llamadas de contactos europeos y estadounidenses que preguntaban por lo que estaba pasando. La respuesta era que nadie lo sabía. El presidente libanés se negó a aceptar la dimisión de Saad hasta que pudieran reunirse en persona. La situación quedó en el aire durante tres días. El estatus de Saad estaba en un limbo y Mohamed no hacía muchas declaraciones. Lo que hizo el príncipe fue convocar a Mahmud Abás, presidente de la Autoridad Palestina, para hablar de la política de Oriente Medio. Claramente, estaba intentando ejercer su control sobre la región. Abás abandonó el vis a vis muy inquieto. Mohamed le había dicho que Arabia Saudí estaba dispuesta a ceder a algunas demandas palestinas en su negociación de un acuerdo de paz con Israel, siguiendo la línea de lo que había planteado el yerno y asesor de Trump, Jared Kushner.

Pero eso significaba que, de repente, una de las causas árabes más sagradas de las últimas siete décadas estaba a punto de ser desechada por culpa de su escaso valor para la Visión 2030.

Mohamed le permitió a Saad salir de Riad para una breve incursión a los Emiratos Árabes Unidos, donde se vio con el gran aliado del príncipe, Mohamed bin Zayed. Pero cuando Saad regresó a Riad, y no a Beirut, muchos se dieron cuenta de que lo estaban reteniendo en contra de su voluntad. En ese momento, Macron decidió poner rumbo a Riad.

El presidente francés había estado en Abu Dabi durante los primeros días de la operación Ritz para inaugurar una franquicia del Louvre. Macron envió a alguien con un mensaje para los súbditos de Mohamed: iría a Riad a verse con el príncipe, pero no saldría del aeropuerto y solo hablaría de Hariri. Antes de llegar, Macron y sus asesores optaron por prescindir de la deferencia y la cortesía que muchos líderes extranjeros dispensaban a la familia real. El presidente iba a hablar sin tapujos. Antes del encuentro, declaró ante las cámaras que los líderes del Líbano tenían derecho a desplazarse libremente, allanando el camino de la confrontación con Mohamed.

El príncipe convirtió el encuentro en un espectáculo. Llegó en un *bisht* con flecos de oro y dibujó una sonrisa de oreja a oreja mientras estrechaba la mano de Macron.

En privado, el mandatario francés le expresó su consternación ante la detención de un presidente extranjero. El Líbano llevaba mucho tiempo en guerra o al borde de ella, asediado por grupos armados locales y extranjeros y, durante años, ocupado por Siria. Ahora reinaba la paz. ¿Por qué quería desestabilizar el país? Macron le pidió al príncipe que liberara a Hariri.

Mohamed contestó que Saad quería estar allí y que temía por su seguridad si se iba.

Macron insistió e incluso le dijo: «Estáis haciendo el ridículo».

Nadie se tragaba que Hariri estuviera en Arabia Saudí por voluntad propia.

Macron pudo comunicarse con Saad, pero los saudíes estaban escuchando. Por lo tanto, el presidente no pudo hablar en privado con él ni conseguir su liberación, y se fue de Riad sabiendo que necesitaba un nuevo plan.

La parlamentaria libanesa Paula Yacoubian también fue a la inauguración del Louvre en Abu Dabi, como Macron. Por aquel entonces trabajaba como periodista para un canal de televisión propiedad de los Hariri, y siguió con horror los dramáticos sucesos de Riad. Cuando su avión aterrizó en Beirut, vio que tenía varias llamadas perdidas de su jefe. Le llamó de inmediato.

—Mañana ven a Riad. Me harás una entrevista —le dijo Saad.

Yacoubian no podía creerlo. Estaba casi segura de que Saad estaba siendo retenido contra su voluntad. ¿Era un proyecto periodístico? ¿Una misión de rescate? ¿Algún tipo de pantomima orquestada por los saudíes? Fue en coche a casa de Saad en Beirut, donde la esperaba uno de sus asesores.

—Igual es mejor que no vaya —dijo la periodista.

—¿Has perdido el juicio? —le respondió el asesor. Era obvio que los saudíes querían que Saad diera una entrevista. Si su fiel empleada y amiga Yacoubian se negaba, podía entrevistarle alguien mucho peor —. Estará más seguro contigo.

El canal se coordinó con el Gobierno saudí, que le aseguró a Yacoubian que la entrevista se retransmitiría en vivo y que las autoridades no censurarían ninguna pregunta. Pasada la medianoche, Yacoubian recibió su visado. Apenas durmió unas horas, nerviosa, y por la mañana cogió el vuelo hacia Riad. Un conductor filipino la llevó directamente a casa de Saad, donde la esperaban dos asistentes que la periodista conocía desde hacía años. Intercambiaron un saludo diplomático, pero nadie podía hablar con mucha franqueza. Saad llegó vestido de traje; charlaron unos diez minutos y se sentó para la entrevista.

Fue surrealista. Yacoubian acometió la tarea con un sincero espíritu periodístico. Iba a hacer las preguntas que se hacía el Líbano.

«¿Está usted detenido?», preguntó.

Saad lo negó; ella replicó que no se lo creía. En un momento dado estuvo a punto de llorar y le dijo a su entrevistadora que le estaba fatigando mucho. La entrevista parecía una maniobra de los saudíes para sacar de dudas a los espectadores internacionales y hacerles creer que Saad había decidido voluntariamente quedarse en Arabia Saudí y dimitir como primer ministro, pero les salió el tiro por la culata. Daba la impresión de estar aterrorizado.

Al finalizar la entrevista, Saad se puso tejanos, camiseta y chaqueta de cuero y compartió con Yacoubian una comida típica libanesa: carne asada y pollo con hummus. Luego pasearon alrededor de la piscina del jardín y se sentaron. Fumaron un cigarrillo habano y hablaron en voz baja durante lo que parecieron ser horas.

Cuando Yacoubian regresó al hotel aquella noche, aún no tenía claro lo que estaba sucediendo. Ahora cree que Saad estaba tratando de mandarle un mensaje a Macron con la esperanza de que siguiera presionando a Mohamed.

La entrevista alarmó a los líderes del Líbano y del extranjero. El presidente Michel Aoun dijo que Saad era rehén de los saudíes. Eso le abrió la puerta a Macron, que al día siguiente invitó públicamente al primer ministro a París. Al decir que Saad era libre de ir adonde quisiera, Mohamed se había arrinconado solo. Si le impedía a Saad salir de Riad, faltaría a su palabra y demostraría que era su prisionero.

Pero los aliados de Saad le explicaron a Macron que había un problema. Había miembros de la familia Hariri en Riad. Si el primer ministro se iba a París sin ellos, Mohamed seguiría teniendo la sartén por el mango. Así pues, el 15 de noviembre, casi dos semanas después de la renuncia sorpresa, el francés movió ficha.

En una cumbre por el cambio climático en Bonn, Alemania, Macron comunicó que había invitado a toda la familia Hariri a París. Dijo que su intención no era concederle asilo político a Saad ni permitirle exiliarse allí. Era solo una visita.

Mohamed estaba entre la espada y la pared. No podía decir que no, así que Saad fue a París con su esposa y sus hijos y luego a Beirut, donde se desdijo de su dimisión. Al príncipe le salieron los colores. Incluso después de capar económicamente a Saad, de destruir su negocio familiar y de forzarlo a dimitir ante la comunidad internacional, Mohamed no logró destituirlo. El príncipe salió debilitado y Hizbulá, reforzado. En la guerra regional por el poder, fue una victoria para Irán.

Jamal Khashoggi, a quien Mohamed y los suyos cada vez veían más como un peligroso disidente, dijo: «La imprudencia de Mohamed bin Salmán está acentuando las tensiones, dinamitando la seguridad de los Estados del golfo y de toda la región». Las críticas occidentales fueron masivas y Saad regresó como un héroe al Líbano, donde las facciones políticas pro-Hizbulá acumularon más poder que nunca. Y

esa tendencia se ha seguido prolongando. A finales de 2019, las protestas contra la corrupción obligaron a Saad a dejar el cargo, expulsando del poder al último gran aliado de Arabia Saudí en el país y apuntalando todavía más a Hizbulá.

Yacoubian afirma que también se ha perdido algo menos tangible. Desde que nació Arabia Saudí, el Líbano había sido el destino elegido por los monarcas y príncipes que querían huir del desierto y catar el mundo cosmopolita del extranjero. Aunque Arabia Saudí ayudó a reconstruir Beirut, el Líbano fue la nación que permitió a los Saúd salir de su marginado país. Ahora a nadie le importa, aparentemente. Según Yacoubian: «La nueva generación de saudíes no es como la de antes. No sienten nostalgia del Líbano. Y eso que fue su oasis de libertad».

16

Da Vinci

15 de noviembre de 2017

Para los empleados de Christie's, en Nueva York, la subasta del *Salvator Mundi* era todo menos un éxito asegurado. Seguramente la pintura era auténtica, o al menos había suficientes expertos que así lo creían. Era una obra maravillosa, en la que se veía a Jesucristo medio difuminado haciendo el signo de la cruz con la mano derecha mientras sostenía un orbe transparente con la izquierda. Simbolizaba su condición de salvador del cosmos, con los cielos al alcance de la mano.

Tenía más potencial como deleite de multitudes que como pieza de coleccionista. Un nuevo Da Vinci podía atraer a infinitos visitantes a un museo, disparando los ingresos por el turismo y colocando a una ciudad en el mapa cultural internacional. Lo último que esperaban en Christie's era un comprador de Oriente Medio, más que nada por la evidente temática cristiana del lienzo.

A medida que se acercaba el día de la subasta, el equipo de Christie's fue reduciendo la lista de potenciales compradores a unos siete contendientes. Todos eran enormes fortunas de perfil internacional y nuevos ricos de China y Rusia. De repente apareció un candidato desconocido pero realmente insistente, Badr bin Farhán al Saúd. Los ejecutivos de Christie's buscaron rápidamente su nombre en Google, pero no encontraron nada sobre el joven saudí. No habían oído hablar de él pese a sus años de experiencia en Oriente Medio. Eso sí, parecía muy motivado y su apellido era sinónimo de dinero. El equipo bancario de Christie's le dijo que podría pujar siempre y cuando transfiriera con anticipación alrededor de un 10 % del precio más alto que estuviera dispuesto a pagar por la pintura.

A la mañana siguiente, los poquitos empleados de la casa de

subastas con permiso para conocer los detalles empezaron a chismear, llevados por el entusiasmo. De noche había llegado una transferencia de cien millones de dólares. Es decir, el príncipe Badr estaba dispuesto a abonar mil millones por el cuadro, un precio tan astronómico que excedía las tasaciones más desorbitadas del *Salvator Mundi*. Era el dinero que uno invertía en todo un museo de arte, no en una sola pintura.

Lo que no sabían en Christie's era que Badr bin Farhán era uno de los amigos más íntimos de Mohamed bin Salmán, un primo lejano con el que había convivido desde la infancia. Ambos nacieron en un intervalo de dos semanas y crecieron juntos, creando empresas durante la veintena y soñando con la nueva Arabia Saudí. Los viejos archivos del registro mercantil muestran que ambos fueron socios durante años en iniciativas muy diversas, como una compañía de plásticos, una promotora inmobiliaria y la asociación con Verizon de hacía casi una década. A Mohamed la fama lo precedía, pero pocos conocían su red de amistades y contactos. Nadie había analizado su riqueza ni había identificado sus gustos.

El cerebro de la venta fue Loïc Gouzer, copresidente de arte contemporáneo y de posguerra en Christie's. Era un hombre atractivo y de aspecto juvenil, con el pelo corto y negro y barba de dos días. Gouzer había escalado en la jerarquía de Christie's organizando subastas increíbles, a veces hasta irreverentes. En la subasta «Looking Forward to the Past» de 2015, había presentado obras de Monet y de Prince en la misma puja; otro de los cuadros había sido *Mujeres de Argel*, versión O, pintado por Pablo Picasso en 1955 y vendido por 179.365.000 dólares, un nuevo récord para un lienzo subastado. El comprador había sido el jeque Hamad bin Jasim, ex primer ministro de Catar y primo segundo del joven emir Tamim bin Hamad, uno de los mayores rivales de Mohamed. Gouzer también se movía como pez en el agua entre famosos, deportistas y superricos. Incluso tenía una foto con Leonardo DiCaprio, un buen amigo suyo.

Para la venta del *Salvator Mundi*, Gouzer les comentó a sus compañeros que quería atraer a los mayores compradores de todos: los Estados nación. El cuadro era demasiado notable en sí mismo como para acabar en el comedor de una persona. Solo había una quincena de pinturas conocidas de Da Vinci en el planeta. Además, esa obra arrastraba una narrativa sensacional. Se cree que originariamente fue

vendida al rey Carlos I de Inglaterra y que estuvo en la colección de dos reyes ingleses más hasta que cayó en la oscuridad durante más de un siglo. A la gente le encantan las obras maestras redescubiertas. Mientras trazaba el plan de *marketing*, Gouzer le dijo a un amigo: «No se puede comprar la Torre Eiffel, pero sí una pintura que cuesta menos y atrae a la gente».

Gouzer también conocía los entresijos financieros del mundo artístico. Para reducir el riesgo de los vendedores de perder un cuadro por culpa de un error o una mala coyuntura, las casas de subastas empezaron a emular a los bancos de inversión ofreciendo avales. Tirando de contactos, Gouzer encontró al inversor taiwanés y coleccionista de arte Pierre Chen, que se prestó a avalar la pintura por cien millones de dólares. Eso significaba que el vendedor, el oligarca ruso Dmitri Rybolóvlev, recibiría esa cantidad pasara lo que pasara en la subasta, menos los correspondientes honorarios. En última instancia, Chen siempre podría comprar la obra por ese precio. Si se vendía por más, el vendedor compartiría los beneficios con el avalista.

La subasta de grandes cuadros suscita enormes y costosas campañas publicitarias. La idea es difundir la noticia a los cuatro vientos para atraer al máximo número de postores, comprando anuncios en todas las revistas de lujo y los diarios económicos, e incluso adquiriendo vallas publicitarias exteriores en barrios selectos de las grandes ciudades. Pero Gouzer renunció a todo eso y prefirió contratar a una moderna agencia de publicidad llamada Droga5 para que creara un vídeo dirigido al gran público. ¿El resultado? «The Last Da Vinci», un anuncio breve e hipnotizante grabado desde el punto de vista del propio cuadro, en el que los espectadores aparecen bajo una luz tenue, pasmados o emocionados en plena oscuridad mientras un formidable cuarteto de cuerda toca de fondo. Fue una jugada magistral.

Poco se imaginaban en Christie's que esa táctica iba a tocar tanto la fibra en Arabia Saudí, donde había un Mohamed obsesionado con las grandes ideas y el patrimonio. El joven príncipe se sentía atraído por lo superlativo y se moría de ganas de jugar en la misma liga que los primeros ministros y oligarcas. No estaba muy claro lo que pensaba hacer con el cuadro, pero su idea era exhibirlo en su país.

El día de la puja, Badr llamó a Alexander Rotter. Rotter era copresidente de arte contemporáneo y de posguerra en Christie's y

estaba en la sala de subastas, igual que otros empleados, contestando a las llamadas de potenciales compradores.

En diez minutos, la oferta subió de los 100 millones iniciales a 150, y luego fue aumentando de diez en diez y de cinco en cinco hasta llegar a los 265 millones. El público presente empezó a murmurar y de vez en cuando prorrumpía en aplausos. Se había roto el récord del cuadro más caro jamás vendido.

La puja se convirtió en un pulso entre dos hombres: el cliente de Rotter y el multimillonario chino Liu Yiqian. Yiqian hablaba a través de François de Poortere, jefe del departamento de tasaciones de viejos maestros, que estaba al teléfono adyacente. Ninguno de los clientes conocía la identidad de su rival, siguiendo las normas de Christie's. Pero la puja continuó aumentando y el suspense fue *in crescendo* mientras los ejecutivos de la casa de subastas hablaban por teléfono con sus clientes. El de Gouzer se retiró enseguida, así que el subastador se dedicó a observar atentamente cómo iba subiendo la cifra: 245 millones, 286, 290, 318, 328 y, luego, 330.

De Poortere le hizo un gesto al responsable de la subasta: 350 millones de dólares.

Unos diecinueve minutos después de empezar la subasta, Rotter anunció tranquilamente la puja final: 400 millones de dólares. La estupefacción llenó la sala y acabó dando paso al frenesí y al bullicio. Era el mejor espectáculo que podía encontrarse uno en Nueva York: la historia viva del negocio del arte en una sala llena de gente rica y hermosa. Contando los emolumentos de Christie's, la factura total ascendió a 450 millones, más que todo el presupuesto de Barack Obama para su campaña presidencial de 2012.

Durante tres semanas, la identidad del comprador fue el gran enigma del mundo del arte. Enseguida corrieron rumores sobre quién podía ser. Todo se supo el 6 de diciembre, cuando las fuentes de la Inteligencia estadounidense filtraron la noticia a *The Wall Street Journal* y *The New York Times* para recalcar lo absurdo que era el heredero saudí. Decían que no solo era un derrochador, sino que estaba buscándole las cosquillas a la conservadora comunidad islámica sin ningún otro fin que contrariarla.

Circularon otros rumores sobre la venta, como el hecho de que los dos postores habían sido Mohamed bin Salmán y el emir catarí Tamim bin Hamad, alimentados por su odio mutuo. No era cierto,

pero denotaba una idea cada vez más extendida: Mohamed era impulsivo e irascible.

El príncipe heredero se encontraba en un momento delicado, arremetiendo contra la corrupción y librando una costosa guerra, y le dolió que se hubiera filtrado tan pronto la noticia de su compra secreta. Había conseguido ocultar durante un año entero algunos de sus mayores proyectos, como NEOM. Pero esa compra, así como la adquisición del yate Serene y de un gigantesco castillo francés, se filtraron enseguida. También sospechaba de Catar. Por eso se alió con sus amigos de los Emiratos Árabes Unidos para urdir una tapadera. Se inventaron que Arabia Saudí había comprado el cuadro como un regalo para Mohamed bin Zayed, porque la capital emiratí, Abu Dabi, acababa de inaugurar la nueva franquicia del Louvre unas semanas atrás. La pintura sería un gran reclamo para el jovencísimo museo y atraería a mucha gente ansiosa por posar la mirada en un raro Da Vinci.

Pero Mohamed se lo repensó. ¿Por qué tenía que regalar el cuadro más caro de la historia a Abu Dabi cuando tenía previsto transformar Arabia Saudí en una referencia cultural? El lienzo se envió a un almacén secreto de Europa. Ni Badr ni Mohamed le contaron nada a nadie, por muchas veces que un multimillonario o consultor de arte extranjero intentara preguntárselo aprovechando algún momento en privado.

Abu Dabi había adoptado la táctica de atraer arte a través de su relación con el Louvre; los asesores de Arabia Saudí, en cambio, idearon una estrategia que resaltara el tamaño, diversidad e historia del país. En vez de contratar a un arquitecto célebre para que diseñara un museo grande e impresionante, Arabia Saudí optó por abrir museos más pequeños y restaurar los yacimientos arqueológicos. Algunos museos eran monográficos, como el del Incienso, un tributo al perfume y a las legendarias rutas comerciales que cruzaban el país. Esos nuevos atractivos turísticos suponían un antes y un después para el país, dado que líderes religiosos wahabitas creían que los museos promovían la idolatría, sobre todo los que contenían antigüedades. Durante la primera década de los dos mil, los hallazgos arqueológicos se guardaban en un museo secreto de un palacio de Riad para que los imanes no supieran que los Saúd estaban preservando reliquias históricas.

En 2020, Mohamed y Badr empezaron a trazar un plan para exponer el *Salvator Mundi* en alguno de los nuevos museos previstos para Riad. El tema del cuadro era peliagudo. Seguro que los quejicas imanes wahabitas tacharían inmediatamente de idólatra el retrato de Jesucristo. Jesús (o Isa, como se lo conoce en árabe) no es problemático en sí mismo, ya que aparece en el Corán como uno de los grandes profetas previos a Mahoma. Pero la imagen implicaba una cierta supremacía espiritual que no sentaría nada bien. En la antigua Arabia Saudí ni siquiera se permitía exhibir en público lienzos de figuras humanas.

Badr y su equipo querían exponer la pintura sin darle un museo propio. Sopesaron la idea de abrir un gran museo de arte occidental en Riad, como queriendo decir: «¡Mirad qué obras más curiosas hacen allí!». Sería lo más, pero no sería lo único que causaría una gran sensación.

Tal como había previsto Gouzer, el cuadro era atractivo para cualquier país que quisiera mejorar su oferta turística. No te puedes comprar la Torre Eiffel, pero sí puedes gastarte casi quinientos millones de dólares en una pintura del Renacimiento para atraer a la gente.

La estrategia concordaba con el plan de revitalización cultural que Mohamed había puesto en marcha en un rincón históricamente abandonado de Arabia Saudí, Al Ula. Durante décadas, la zona había sido negligida como si fuera un hijastro repudiado debido al malestar que generaba entre los poderosos wahabitas. Antaño, la ciudad del noroeste del país había sido un oasis fantástico para las caravanas de comerciantes que entraban en la península provenientes de parajes remotos de Oriente Medio y de Asia, o que la cruzaban recorriendo la ruta del incienso. Los que llegaban del norte se refugiaban en los cañones y contemplaban las elaboradas fachadas que hacía dos mil años los nabateos habían esculpido en lomas enormes de arenisca. Las fachadas servían principalmente de entrada a las tumbas de la necrópolis de Madain Saleh, patrimonio mundial de la Unesco. En la propia Al Ula, las caravanas hallaban una ciudad bien abastecida de agua, con cientos de viviendas y tiendas resguardadas entre pequeños promontorios de roca.

El Gobierno llevaba mucho tiempo sin promocionar los yacimientos antiguos y restringía el flujo de turistas por miedo a

contrariar a los radicales que renegaban de la época preislámica. Dos décadas antes, en una remota zona de Afganistán, los talibanes habían sentido tanta repulsa por las antiguas estatuas de Buda esculpidas en un acantilado que las habían hecho estallar. Como eran ídolos, estaban prohibidos. Los virulentos imanes también podían considerar idolátricos los restos y las ruinas de los nabateos, los lihianitas y otras civilizaciones antiguas de la península, y podían abogar por su destrucción. Ideológicamente, muchos wahabitas no distaban tanto de los talibanes.

Pero Mohamed lo veía absurdo y no tenía reparos en mandar encerrar o echar a los religiosos inflexibles. Por eso le dijo a Badr bin Farhán que se centrara en convertir Al Ula en un oasis cultural de bella estampa, con un clima más fresco (con nieve en invierno) y un montón de estructuras, museos y espacios nuevos para celebrar el arte y el deporte. La gestión se pondría en manos de la Comisión Real para Al Ula, encabezada por Badr. Más allá del *Salvator Mundi*, Badr empezó a comprar arte lenta pero incesantemente, y sin llamar mucho la atención. A menudo se le veía con un traje elegante y una gran sonrisa por Londres y Nueva York, donde los principales asesores de arte del mundo se desvivían por ofrecer sus consejos y servicios. Contrató a empresas francesas para gigantescos proyectos de restauración y encargó construir un puñado de hoteles *boutique*.

En pocos años, Al Ula se había convertido en un experimento turístico curioso, una mezcla de yacimientos milenarios e instalaciones de arte moderno. Entre ellos, en un cañón del desierto, había un teatro rectangular llamado Maraya Concert Hall recubierto de grandes láminas de metal espejadas que le daban un aire de ilusión. En 2018 se creó un festival cultural anual de cuatro meses de duración, el Winter at Tantora, con actuaciones del cantante Andrea Bocelli y la estrella del *soft rock* Yanni. La Comisión Real acabó importando algunos locales superexclusivos de Londres, como un club privado sembrado de famosos, Annabel's, que abrió un restaurante efímero. El PIF negoció la compra del 10 % de Soho House & Company, que gestiona clubs de miembros privados con espacios artísticos de moda, restaurantes y habitaciones en Europa, Norteamérica y Asia. La idea era abrir clubs en Arabia Saudí y aprovechar la influyente clientela de Soho House para lavar la imagen del país.

Los grandes artistas, cantantes y dignatarios estaban encantados

de tomar parte en el supuesto renacimiento saudí a pesar de las purgas, los arrestos y la sangrienta guerra en el Yemen. Parecía que al joven príncipe heredero le iba todo de cara, y en su gira por Francia, el Reino Unido y Estados Unidos se convirtió en la auténtica comidilla.

17

El hombre del año

Abril de 2018

Era primavera de 2018 y Mohamed bin Salmán se paseaba en tejanos y camisa por Rodeo Drive, liberado de las responsabilidades y restricciones de la corte, recordando el arrebato que había sentido perdiéndose por París o Marbella a los veintitantos años.

Lejos de las interminables obligaciones de Riad, los actos familiares, las reuniones gubernamentales a medianoche y los tecnócratas exaltados que le enviaban wasaps urgentes a todas horas, Mohamed encontró una libertad impensable en su país. En Riad, las responsabilidades no le dejaban respirar y las obligaciones no cesaban ni cuando navegaba con su yate Serene por el mar Rojo o se iba a Al Ula de fin de semana. El príncipe trabajaba toda la noche y gran parte del día. Además, es imposible salir a dar una vuelta por la capital. El calor de Riad, el polvo y los altos edificios separados por anchas avenidas de aceras partidas impiden que exista la cultura de deambular tranquilamente por puro placer; y, aunque hubiera esa costumbre, el príncipe heredero no podría salir a pasear sin armar revuelo ni provocar un riesgo de seguridad.

Pero en Beverly Hills, donde su cara no aparecía en una valla publicitaria cada pocas manzanas, Mohamed podía andar sin ser reconocido. Cuando entraba en una cafetería o una tienda de lujo, simplemente era un rico más disfrutando de los placeres de la vida cosmopolita. Lo que había cambiado era que ahora Mohamed tenía un gran poder, además de una inmensa riqueza. Los norteamericanos, sobre todo los importantes, empezaban a comprenderlo.

En esa gira por Estados Unidos, de repente le vino a la cabeza un restaurante neoyorquino. Había comido allí durante los meses que había pasado en los EUA con su padre mientras trataban de cáncer a

su tío Sultán bin Abdulaziz, el príncipe heredero. Recordaba que le había encantado. Les dijo a sus acompañantes que irían al bar Masa. No era una petición que tomar a la ligera. Los saudíes habían alquilado buena parte de las habitaciones del hotel Plaza y, como destacado dignatario, Mohamed llevaba una comitiva enorme de guardaespaldas saudíes y norteamericanos. Sus súbditos le suplicaron permiso para llamar y alquilar el restaurante y organizar un convoy adecuado. Pero él se negó y fue directo al ascensor que daba a la calle, andando tranquilamente durante quince minutos por la zona sur de Central Park hasta llegar a Columbus Circle, mientras los guardias se adelantaban a toda prisa para crear un perímetro de seguridad.

Mohamed llegó a Estados Unidos tras una visita por todo lo alto al Reino Unido, donde Saúd al Qahtani se había gastado millones en espacios publicitarios engalanados con el rostro de Mohamed y eslóganes que proclamaban «Bienvenido, príncipe heredero» o «El artífice del cambio saudí». Tanto miedo tenía su escolta a las protestas y amenazas que contrató a docenas de guardaespaldas británicos, instándolos a buscar y contratar a cualquier otra persona que conocieran del sector de la seguridad privada. También se les ordenó seguir a los manifestantes y proteger a todos los representantes saudíes que pudieran. El príncipe heredero se vio con la reina y asistió a una cena privada en el Palacio de Hampton Court con amigos poderosos como Evgeny Lebedev, propietario de *The Independent* y del *Evening Standard*. El encuentro secreto generó habladurías en la prensa. Los medios indagaron en las misteriosas ventas de los periódicos a un empresario saudí, formalizadas ese mismo año y el año previo, y también en el acuerdo por el que el grupo editorial de la familia Salmán, Saudi Research and Marketing Group, iba a colaborar con *The Independent* para abrir nuevas sedes patrocinadas por dicho periódico en árabe, urdu, turco y persa.

A un par de manzanas de Rodeo Drive tenía su despacho Ari Emanuel, el superagente de Hollywood que estaba intentando cerrar un acuerdo de casi quinientos millones de dólares con Mohamed para que Arabia Saudí entrara en el sector cinematográfico. Cerca del Four Seasons, donde Mohamed reservó las 285 habitaciones para todo su séquito, vivía Rupert Murdoch, que dio una cena para presentarle al príncipe a Morgan Freeman, Michael Douglas y Dwayne *la Roca* Johnson.

Mohamed estuvo muy cordial durante esos encuentros, e incluso gracioso. En *petit comité*, dijo que adoraba la serie *The Walking Dead*, cuyos zombis le recordaban a los islamistas, y que admiraba *Juego de Tronos*, aunque morían demasiados reyes y nobles para su gusto, según afirmó con una gran sonrisa.

Ese mismo mes, Arabia Saudí celebró el primer gran estreno en décadas. *Black Panther* se emitió en un auditorio lleno de estands típicos con palomitas. Fue uno más de los cientos de cines que se inauguraron, marcando el inicio de una nueva era para el entretenimiento en el país. Muchos expertos no pudieron sino subrayar los símiles que había entre la Arabia Saudí actual y la sinopsis de la película, que trataba de un joven rey que tenía que decidir entre esconder su reino en la selva o abrir las puertas al mundo exterior.

Esa fue una de las caras del frenético 2018 que vivió Mohamed. Fue un año en el que impulsó sus planes de transformación social y económica a un ritmo vertiginoso y a ojos de todo el mundo. En los meses subsiguientes se reunió con presidentes, directores generales y multimillonarios del sector tecnológico como Elon Musk y Bill Gates, anunciando públicamente un futuro nuevo y moderno para su país. Prometió una y mil veces que iba a apostar por la realidad virtual, la energía solar y el urbanismo vanguardista.

«El líder árabe más influyente. Una fuerza del cambio internacional con solo treinta y dos años»: así de orgullosa lucía en los quioscos estadounidenses la portada de una enigmática revista titulada *The New Kingdom* (vendida a 13,99 dólares) justo antes de la visita del príncipe.

La otra cara del año de Mohamed tuvo lugar en las sombras, con una intensificación de la vigilancia, los arrestos, los secuestros y la violencia contra sus supuestos enemigos saudíes y extranjeros.

Ambas caras salieron a relucir con el año nuevo, cuando Mohamed tomó el osado paso de imponer una tasa al consumo. En la mayoría de los países hubiera sido considerada una ley burocrática sin más, pero en Arabia Saudí se trataba de una reforma importante, de esas que el Banco Mundial promovía. El país llevaba décadas usando

los ingresos del petróleo para financiar las arcas públicas, en vez de los impuestos, por miedo a la posible respuesta popular a tener que tributar sin obtener a cambio representación política. Mohamed decidió imponer un pago por los servicios públicos que prestaba el Gobierno. La reacción fue tan virulenta que, al cabo de cinco días, Salmán otorgó una paga puntual a la ciudadanía.

Esa misma semana, Mohamed realizó un movimiento mucho más secreto.

Al principio, Salmán bin Abdulaziz dejó sonar el teléfono. Era medianoche y él y su esposa se habían retirado pronto a sus habitaciones separadas, como es costumbre entre los Saúd.

Salmán era tocayo del rey, pero no era más que un príncipe algo mayor que Mohamed y un poco díscolo. De joven, veraneando en Francia, había tratado a Mohamed despectivamente por su educación saudí; en 2016 había contrariado al príncipe dejándose ver con el congresista demócrata Adam Schiff durante la campaña presidencial que Mohamed había querido que ganaran los republicanos.

Salmán no aspiraba al trono. Era uno de los miles de miembros de la realeza sin peso político, es decir, herederos del nombre Saúd y de pagas gubernamentales, pero no de poder. La estructura hereditaria de Arabia Saudí implicaba que sería un donnadie muy rico.

Pero Salmán bin Abdulaziz tenía una ambición que sobrepasaba lo que dictaba su estirpe. Había estudiado en la Sorbona de París y se pavoneaba por Europa pidiendo la paz mundial y promoviendo su filantrópico Visionary Movers Club. Pero lo cierto es que la filantropía de Salmán parecía consistir, sobre todo, en esa peculiar práctica saudí de colmar de regalos a algunos beduinos relativamente pobres que vivían cerca de su casa de campo en las afueras de Riad.

En 2017, Salmán eligió a media docena de beduinos que nunca habían salido del país y que no habían visto a una mujer en tejanos, según contó un miembro del séquito, para que lo acompañaran a París. La idea era enseñarles la cultura y la vida refinada. Les alquiló un piso y se pasaron los siguientes pocos meses viendo pornografía y acostándose con prostitutas antes de regresar con el príncipe a Arabia Saudí. Fue un proyecto ridículo.

Mohamed no soportaba a los príncipes como Salmán. Parecían estar siempre de vacaciones y no contribuían al futuro del país. Dejaban en mal lugar a los saudíes con sus ostentosos viajes por Europa y Estados Unidos. Quizás lo peor de Salmán era que su esposa, Areb, era hija del rey Abdulah. Había heredado más de mil millones de dólares al morir su padre, un dinero que Mohamed creía que pertenecía al Gobierno.

A principios de 2018, Mohamed tenía suficiente poder para no tener que aguantar a esos cargantes parientes. Eso fue lo que provocó que aquella noche sonara el teléfono de Salmán hacia las dos de la madrugada.

Al final, alguien se despertó y levantó al príncipe, a su esposa y a parte del personal. Los llamaban para convocarlos al Diuan Real, las oficinas de la corte. Mohamed quería verlos. Salmán y un súbdito no saudí se fueron en un SUV hacia la reunión, perplejos e inquietos.

Llegaron aún en plena noche. Salmán le dijo a su acompañante que esperara mientras entraba solo a las oficinas. Inmediatamente se vio rodeado de guardias que lo abofetearon y se lo llevaron a una celda. El criado de Salmán esperó fuera hasta media mañana y entonces se fue, convencido de que el príncipe no iba a salir.

Al día siguiente, la Corte Real anunció que se había arrestado a un grupo de príncipes, entre los cuales destacaba Salmán, por haberse presentado en la sede del Gobierno y haber montado una escena. Estaban enfadados por tener que pagar la electricidad, ya que Mohamed había decidido dejar de regalarla a los miembros de la Casa Real. La familia y el personal de Salmán no entendían qué pasaba. No les importaba pagar por la electricidad; Salmán tenía tanto dinero que literalmente no sabía qué hacer con él. Estaba construyendo un zoo privado porque no sabía en qué otra cosa invertir su dinero.

El padre de Salmán, Abdulaziz, entró en pánico. Había visto cómo había tratado Mohamed a los detenidos del Ritz y a Mohamed bin Naif, y le preocupaba que su hijo pudiera haber hecho algo para fastidiar al hombre que gobernaba *de facto* Arabia Saudí. Así que tomó una decisión arriesgada: llamó a un extranjero para pedirle ayuda.

El intermediario, Elie Hatem, era un abogado de París que conocía a Mohamed y a Salmán desde que eran críos. El padre de Salmán pensó que podía echarle una mano porque recientemente había ayudado al príncipe heredero en una situación peliaguda con

otro elemento díscolo de la familia: la hermana de Mohamed, Hasa.

Hasa era mayor que su hermano y la única chica de la familia. Siempre había tenido una vena independiente, así como una relación fría con Mohamed durante muchos años. Su vida en París, donde solía salir de fiesta hasta altas horas de la madrugada, y sus rabietas en público, por las que era conocida (en una ocasión, recuerda un amigo, le lanzó una bandeja a un camarero en un restaurante de caviar), la convertían en una posible debilidad. Un día de 2017, Hasa llamó a Hatem muy nerviosa porque la policía estaba en su casa parisina amenazando con arrestarla. Un trabajador había denunciado que, el año anterior, un guardaespaldas de la princesa lo había apaleado siguiendo sus órdenes.

Hatem fue directo a la casa de Hasa, en la avenida Foch. La princesa tenía los ojos llorosos y estaba temblando; dijo que el trabajador le había sacado una foto con el móvil cuando ella salía del baño y su guardaespaldas le había roto el teléfono. Mohamed activó el control de daños. Hasa contrató a Hatem como representante y Mohamed lo llamaba a menudo para saber cómo avanzaba el caso. No quería que Hasa avergonzara a la familia actuando como la típica princesa mimada.

Pero Mohamed demostró que no terminaba de entender cómo funcionaban los países occidentales y sus ordenamientos jurídicos. En una llamada de 2017 que Hatem divulgó posteriormente a un socio, Mohamed le dijo al abogado que su padre había hablado con el presidente, así que todo quedaría en nada. Le contó que el rey le había mencionado el problema al entonces presidente de Francia, François Hollande, y que cabía suponer que se archivaría el caso.

Hatem le dijo en árabe a Mohamed: «No, no, no funciona así. El presidente no puede intervenir». No estaban en Arabia Saudí, donde los fiscales respondían ante el monarca. Estaban en Francia, una democracia con tribunales independientes y una prensa libre. El presidente no podía dictaminar sin más que una causa penal fuera sobreseída; si lo hiciera, ardería Troya.

Hasa volvió a Arabia Saudí, pero el procedimiento continuó sin ella y un juez francés emitió una orden de detención en 2018. En medio del caso, el abogado viajó desde Chipre a París y, nada más aterrizar, se encontró un mensaje de su viejo amigo Abdulaziz en el que le pedía que lo llamara de inmediato.

Hatem lo llamó desde el aeropuerto. Abdulaziz necesitaba ayuda. Su hijo Salmán había acudido a una reunión con Mohamed el día antes y se había metido en una especie de barullo en Palacio hasta que lo habían arrestado. Abdulaziz había oído toda clase de rumores, incluidos algunos que señalaban que los guardias eran norteamericanos. No sabía dónde estaba su hijo y quería que Hatem lo ayudara a encontrarlo.

Dos días después de la detención de Salmán, Hatem llamó a Mohamed. El príncipe le preguntó si era por algo relacionado con su hermana, pero Hatem contestó: «Le llamo por su primo. Me gustaría saber en qué situación se encuentra Salmán».

Mohamed dio un respingo. No se esperaba que las riñas familiares se airearan por todo el mundo. ¿Por qué le llamaba un abogado francolibanés por un problema entre él y su primo?

Mohamed no quiso responder a ninguna de las preguntas de Hatem. Sus guardias arrestaron a Abdulaziz, el padre de Salmán, y también lo mandaron a la cárcel. Hatem dejó de defender a Hasa y supo por medio de unos contactos que nunca volvería a trabajar para la familia real. Nadie vio a Salmán ni a su padre durante meses, aunque un recluso de la prisión de Al Hair le contó a un amigo que había visto al príncipe ahí encerrado en 2018. Según dijo, le habían propinado una paliza.

Poco después, varios millones de dólares que la esposa de Salmán había heredado de su padre desaparecieron de sus cuentas en bancos saudíes, junto con la herencia de los otros hijos de Abdulah. Los miedos que habían surgido en el clan Abdulah antes de la muerte de su padre se estaban haciendo realidad. Un hijo, Turki, estaba en la cárcel, y los otros habían visto desaparecer gran parte de su fortuna.

Mohamed y sus asesores se estaban volviendo muy susceptibles. Cualquiera que criticara su poca experiencia estaba negando la evolución del país. Para ellos, las reformas no eran solo cambios graduales que podían mejorarles un poquito la vida: eran necesidades existenciales para los Saúd. Sin ellas, la familia podía perder el control y el país, seguir una senda peligrosa. Esa mezcla de convicción en el proyecto y reticencia a tolerar las críticas dio pie a una represión

tristemente severa.

A nivel internacional, uno de los casos que más han impactado es el de Loujain al Hazloul, una joven y brillante saudí a la que se trató como a una combatiente de Al Qaeda renegada por su lucha a favor de los derechos de las mujeres. Hazloul nació en Yeda y vivió gran parte de su vida en el país, salvo por los cinco años que pasó de niña en Francia y los cuatro que estudió en Canadá, en la Universidad de Columbia Británica. Fue allí donde despertó su activismo político.

Cuando viajaba a su país, les hablaba a sus hermanos pequeños sobre el horripilante estado en el que se encontraban los derechos de las mujeres. Ellos le decían que llevaba mucho tiempo fuera, pero Hazloul replicaba que no se dejaba influenciar por opiniones externas; creía que esos derechos humanos eran universales y que se estaban negando a la mitad de la población. Después de licenciarse en la universidad, se sintió atraída de vuelta al golfo y acabó en los Emiratos Árabes Unidos, donde las mujeres gozaban de mayor libertad y había más empleo.

Pero sus opiniones políticas la roían por dentro y la llevaron a unirse a una protesta no violenta contra la prohibición de conducir impuesta a las mujeres. En 2014 se subió a su coche en Dubái, donde tenía carné, y cruzó la frontera de Arabia Saudí. Perplejos y furiosos, los policías saudíes la arrestaron y la metieron en una cárcel de menores y de mujeres víctimas de violencia doméstica. Estuvo recluida setenta y tres días. La trataron bien; ella les dijo a sus amigos y parientes que fue una experiencia que le abrió los ojos. En el derecho saudí, si una esposa intenta huir de su marido, aunque sea por violencia doméstica, él puede llamar a la policía y ordenar que la detengan por faltarle al respeto. En muchos aspectos, recuerda a una práctica de principios del siglo XX en Estados Unidos, donde los maridos encerraban en los manicomios a las mujeres que se quejaban del trato que recibían.

Arabia Saudí no era tan violenta. Aunque Hazloul cruzó una línea roja, nadie la maltrató físicamente. La liberaron porque su padre firmó un documento en el que prometía no volver a hacerlo. En casa, el suceso resultaba un tanto cómico y todos decían que en diez años se reirían de lo ocurrido.

Al cabo de poco, Hazloul conoció al cómico y monologuista Fahad al Butairi, el «Seinfeld de Oriente Medio», que acabó siendo su

marido. Se conocieron por Twitter y luego, debido a las costumbres saudíes, se encontraron en persona en los Emiratos, donde está mejor visto salir con gente. Hazloul no había perdido su pasión por el feminismo y su descontento se había hecho más palpable. Acudió por su cuenta a una cumbre para mujeres en Ginebra y criticó sin pelos en la lengua a la delegación oficial saudí por su hipocresía. Fue criticando una a una las afirmaciones de la delegación en una serie de tuits que se hicieron virales y, sin saberlo, cayó directamente en el radar de Saúd al Qahtani.

En marzo de 2018, unos agentes de seguridad nacional de los EAU la arrestaron sin miramientos y la llevaron a Arabia Saudí, donde fue recluida en circunstancias más aciagas. Estuvo en prisión unos pocos días hasta que la liberaron y pudo volver a casa de su familia, aunque le retiraron el pasaporte.

En mayo, unos agentes la arrestaron de nuevo. Esta vez la acusaron de conspirar con enemigos extranjeros, especialmente Catar, y de facilitar información sobre el país a otros Gobiernos. Hazloul no escondía nada, pero el simple hecho de criticar a su patria delante de otros era suficiente para ser considerada una traidora y una «amenaza a la seguridad nacional». La arrestaron junto a otras activistas por defender los derechos de las mujeres y su marido fue detenido en Jordania.

Al cabo de unas semanas llamó a sus padres para hacerles ver que todo iba bien, que estaba en un «hotel». Pero ellos se olían la tostada. Hablaba con palabras vacías y en un tono forzado. Cuando al fin pudieron verla, siguió con la pantomima delante de los agentes. Espeluznada, su madre se quedó sin saber qué decir, viendo que le costaba coger el vaso de agua o incluso tragar. Tenía marcas rojas por el cuerpo. Más o menos en ese momento, Al Butairi decidió que no podía seguir con ella y le pidió el divorcio (según algunas versiones, las autoridades le obligaron). Era un castigo cruel para una joven que solo estaba pidiendo derechos existentes y protegidos en gran parte del mundo.

En la tercera visita de su familia, Hazloul admitió que la estaban torturando. Era como si sus interrogadores creyeran que podrían convencerla por la fuerza de que renunciara a su activismo y olvidara cualquier recuerdo negativo de su experiencia bajo custodia policial. El propio Saúd al Qahtani es uno de los presuntos culpables. Aunque

el Gobierno siempre ha negado el uso de la violencia, dicen que se la amenazó con violarla, matarla y arrojar su cuerpo a las alcantarillas para que nunca se encontraran sus restos.

La triste ironía era que Mohamed bin Salmán estaba abogando por las mismas reformas que ella pedía. ¿Qué sentido tenía reprimir a los activistas cuando lo único que tenía que hacer era invitarlos a los *majlis* y prometerles que él también creía en su causa? La respuesta era inquietante. En la Arabia Saudí de Mohamed, las reformas solo podían venir de arriba. De lo contrario, la ciudadanía llegaría a creer que podía obtener derechos protestando o criticando sin rodeos a la familia real. Por muy liberal que fuera, en una cosa Mohamed tendía a coincidir con sus tíos, tías, hermanos y primos: era mejor que los Saúd fueran los dueños del cotarro.

Las tácticas brutales salieron mal y el caso de Hazloul se convirtió en un flagelo internacional contra el régimen de Mohamed bin Salmán.

En marzo, cuando arrestaron por primera vez a Hazloul, Mohamed desvió su mirada al extranjero y se fue a Egipto. Allí, no dudó en doblar la apuesta de su belicosa política exterior y, durante una entrevista con un periódico, dijo que Turquía era parte del «triángulo del mal» junto con Irán y los grupos islámicos extremistas. El presidente turco Erdoğan había tratado de reconducir la relación de su país con Arabia Saudí, pero Mohamed frustró de un plumazo esas esperanzas.

Aquel viaje por el extranjero llevó al príncipe a los Estados Unidos, por cuyo mundo financiero corría el rumor de que Mohamed y el fondo soberano estaban preparando una serie de compras de increíbles proporciones. Empezaron invirtiendo cuatrocientos millones de dólares en una empresa llamada Magic Leap, que estaba desarrollando unas gafas de «realidad aumentada», pero que todavía no había empezado a vender ningún producto. Michael Klein, exbanquero de Citigroup y viejo amigo de Al Walid bin Talal, negoció el acuerdo.

Pero el objetivo principal del viaje a Estados Unidos no era gastar millones de dólares. Ahora que era príncipe heredero, Mohamed

esperaba reunirse con políticos y grandes empresarios para convencerlos de invertir su dinero en un país que se estaba transformando a marchas forzadas. Bajo su mando, Arabia Saudí dejaría de ser un lugar al que los emprendedores norteamericanos irían a buscar capital. Mohamed estaba convencido de que la modernización económica, la población rejuvenecida y el liderazgo innovador atraerían a Arabia Saudí miles de millones de dólares de inversión estadounidense.

El 20 de marzo de 2018, en la Casa Blanca, la cosa empezó bien. Había pasado casi un año exacto desde que había almorzado allí. Entonces era solo príncipe heredero segundo y si consiguió comer con el presidente fue solo porque la invitada principal, Angela Merkel, se retrasó por culpa del mal tiempo.

Ahora Mohamed era el invitado de honor y abanderaba una delegación de saudíes ataviados con *bishts* negros. Aun así, en el despacho oval apareció enseguida una fisura en la visión del príncipe. Sentados a los pies de un retrato de George Washington, Trump le dijo a Mohamed lo satisfecho que estaba con su relación: «Ahora eres más que el príncipe heredero. Nos hemos hecho buenos amigos en muy poco tiempo». Sin embargo, al lado del presidente había un póster que hizo estremecer al príncipe.

Parecía sacado de una exposición científica de instituto. Sobre un fondo amarillo aparecía un texto en negro que decía: «Ventas inminentes a Arabia Saudí». Debajo había un mapa de Estados Unidos que resaltaba las regiones que, según Trump, se beneficiarían de los 12.500 millones de dólares en ventas de armamento. «Eso para vosotros es calderilla», le dijo al príncipe.

Mohamed sonreía fríamente en su silla, pero por dentro estaba rabiando. El presidente se estaba cargando todo su discurso y estaba tratando al príncipe como un pozo de dinero sin fondo del que sacar rédito político. En la declaración emitida por la Casa Blanca, Trump afirmó: «Arabia Saudí es un país muy rico y va a dar a Estados Unidos parte de esa riqueza».

Esa discrepancia entre los objetivos del príncipe y los objetivos de sus homólogos norteamericanos impregnó todo el viaje. Para

Mohamed, el compromiso saudí de modernizarse rápidamente y de construir un parque industrial, así como su dominio de la tecnología y su apertura al entretenimiento occidental, tenían que convertir el país en un lugar atractivo donde invertir miles de millones de dólares. Para los norteamericanos con quienes se reunía, la ecuación era mucho más simple. Mohamed era un tío con un billón de dólares por gastar y dirigía un país con una población «equivalente más o menos a dos tercios de California», según dijo textualmente un agente de Hollywood contratado por los saudíes para generar negocios del sector del entretenimiento. Es decir, la mayoría de las compañías no veían suficientes ventajas para justificar la inversión de miles de millones en un país con tribunales opacos, leyes restrictivas para las mujeres y la amenaza constante de algún escándalo mediático.

Todos los hombres con quienes se veía Mohamed tenían algún plan para usar la gigantesca riqueza saudí, pero no hablaban mucho de invertir su propio dinero. Los directores de estudios cinematográficos esperaban que Mohamed apoyara nuevos proyectos. Silicon Valley quería capital para agrandar burbujas como la de WeWork y Wag (una aplicación para pasear mascotas). Incluso la curiosa revista que apareció misteriosamente por todo Estados Unidos para celebrar la visita del príncipe parecía un anuncio.

La revista seguía una línea hortera de veneración a la realeza que no se veía en los quioscos desde los tiempos de Lady Di. Bajo el título *The New Kingdom*, Mohamed miraba a cámara vestido con un *shemagh* de cuadros rojos y un *thaub* blanco, esbozando una sonrisa, pero aparentando seriedad. A su alrededor había cuadros de texto que pregonaban: «Nuestro mejor aliado de Oriente Medio y su erradicación del terrorismo», «Su fascinante imperio de cuatro billones de dólares» o «Empiezan las obras de la ciudad del futuro: 640.000 millones de auténtica ciencia ficción». Se habían sacado las cifras de la manga. No se sabe cuánta gente llegó a comprar la revista de 13,99 dólares o si alguien la consideró periodismo de verdad. Pero daba igual; parecía publicada solo para un lector, el propio príncipe heredero, siguiendo las órdenes de gente que perseguía un pedazo del pastel saudí.

El editor David Pecker era director general de American Media, la sociedad matriz de *National Enquirer*. Pecker había apoyado a Trump desde el principio y se había visto salpicado por un escándalo

de encubrimiento. Como periodista, se había comprometido a pagar y a no publicar material incriminatorio de una estríper que afirmaba haber tenido una aventura con el presidente. Su compañía estaba buscando inversores para expandir el certamen Mr. Olympia a Oriente Medio. Pecker había conocido a Mohamed en 2017 y en 2018 estaba preparado para firmar un acuerdo. Curiosamente, su interés coincidió en el tiempo con la aduladora publicación que promovía la visión de Mohamed para el llamado «reino mágico».

Otro individuo que se dio a conocer en esa época fue un joven banquero francés llamado Kacy Grine. Grine firmó un artículo sobre la nueva economía saudí rubricado con una foto de sí mismo, en la que aparecía con aire tenso al lado de Trump. Era otra de esas personas que uno nunca espera que entre en la órbita del príncipe, una de esas figuras internacionales que, en el mundo del dinero saudí, pueden pasar del anonimato a la primera fila con un solo apretón de manos.

Grine tenía treinta años, pero parecía más joven. Su rostro no lucía ni una arruga y era barbilampiño. De su cabeza brotaba una lustrosa mata de pelo marrón castaño, como una seta. Inspirándonos en Robert Caro, biógrafo de Lyndon B. Johnson, Grine parecía el «hijo profesional», un joven que se había hecho un hueco cultivando una figura paternal tras otra.

Grine había entrado en los negocios saudíes sobre todo a través de Al Walid bin Talal. Se habían conocido años antes, cuando Grine era solo un bisoño banquero que participaba en un acuerdo entre Al Walid y el presidente de Senegal. El viejo príncipe se quedó prendado del agudo francés, que prefería escuchar antes que hablar y que, cuando se dignaba a abrir la boca, lo hacía con calma y brevedad.

En acuerdos posteriores, Al Walid sugirió a sus socios contratar a Grine como asesor. Sabía llegar a pactos fructíferos. Al cabo de poco, la gente que quería dinero de Al Walid aprendió que Grine podía ser su vía de entrada. Grine cultivaba esa relación yendo a la casa de Al Walid en Riad varias veces al año. Y lo acompañaba a reuniones y viajes al desierto, donde el príncipe entregaba dinero en efectivo a los beduinos.

Cuando Mohamed acababa de hacerse con el poder, Grine parecía bien colocado. Al Walid fue el primero en sugerir la estrategia de emplear los petrodólares saudíes para hacer grandes inversiones en el extranjero y elogió públicamente los ambiciosos planes económicos

del príncipe. Grine también entabló relación con hombres como el magnate britanicoestadounidense Len Blavatnik y el agente de Hollywood Ari Emanuel.

Fue gracias a Emanuel que Grine conoció a Pecker. Y, en 2017, Pecker se llevó al joven banquero a la Casa Blanca para presentarle a Trump. Con los contactos de Trump, de Hollywood y del príncipe saudí más prominente, Grine parecía la persona ideal para colocar al frente de la revista.

Sin embargo, en el momento de la publicación existía una dificultad engorrosa. Al Walid había sido recluido en el Ritz y seguía en arresto domiciliario. Mohamed lo había encerrado acusándolo de corrupción, le había cortado el grifo y luego lo había sacado ojeroso a pasear, humillándolo a ojos de todo el mundo mientras intentaba mandar un mensaje de que todo iba bien. Al terminar todo aquello, Al Walid seguía sin poder viajar.

Tras años de negocios y amistad con Al Walid, Grine aparecía de repente en una revista que ensalzaba al hombre que lo había encarcelado. Los periodistas y analistas no sabían por dónde cogerlo, pero Grine les dijo a sus socios que seguía siendo leal a Al Walid.

La revista fue un chasco para casi todo el mundo. Los saudíes tuvieron que negar ante la prensa estadounidense que el Gobierno hubiera pagado por esa publicación. En muchas mesas de tertulia, el acento se puso en la relación de Pecker con Trump, no en los grandes planes del príncipe. Grine, que prefería pasar desapercibido, se vio envuelto en un pandemonio embarazoso que le hizo muy famoso, pero que no le aportó ningún beneficio.

Mohamed continuó la visita reuniéndose con ejecutivos como Mark Zuckerberg, Bill Gates y Tim Cook de Apple. Cenó con Jeff Bezos y se sacó una foto con el fundador de Google Sergey Brin. Llevaba el clásico conjunto Silicon Valley: americana, zapatos de vestir y una camisa de botones metida por dentro de los pantalones, obviamente unos tejanos oscuros con el cinturón atado en medio de su abultada barriga. Se vio con Oprah Winfrey, el inversor de capital riesgo Peter Thiel y los directores generales de Disney, Uber y Lockheed.

También se vio con Jeffrey Goldberg, el jefe de redacción de *The*

Atlantic que años atrás había entrevistado a Barack Obama y había llevado a Mohamed a creer que el expresidente prefería Irán antes que Arabia Saudí. El príncipe hizo unas declaraciones asombrosas en las que aseguró que Israel tenía derecho a existir. Era algo inaudito para la Casa Real y un cambio drástico respecto a la postura de un país que, en 2012, publicaba libros de texto de secundaria que decían que los judíos eran simios.

Las declaraciones se sumaron a la aceptación en Hollywood y Silicon Valley, entornos donde primaba el liberalismo social, de su promesa de «moderar» el islam en Arabia Saudí. Eso hizo que algunos norteamericanos se llevaran una idea equivocada. Uno de los comensales en casa de Murdoch, el actor y expúgil de lucha libre Dwayne Johnson, publicó en Facebook que había sido un placer conocer al príncipe: «¡Qué ganas de ir y descubrir Arabia Saudí! Ya llevaré mi mejor tequila para compartirlo con Su Alteza Real y su familia». La Roca y otros estadounidenses no entendían que, en lo realmente importante, Mohamed era un conservador. Podía beber, pero solo en privado. Y sus reformas (el sí a Occidente, la ruptura con la clase dirigente religiosa y la legalización de las mujeres al volante) pretendían satisfacer a una población joven que podía causar problemas. Todo lo había hecho con el objetivo histórico de los Saúd en mente: mantener el poder sobre el país.

A la hora de controlar Arabia Saudí y los países vecinos, Mohamed no tenía nada de progresista, y los observadores más avispados lo sabían. En la entrevista en *The Atlantic*, Mohamed le dijo a Goldberg que el líder supremo de Irán era peor que Hitler. Desde Riad también se filtró el rumor de que el príncipe había detenido a su propia madre porque había cuestionado algunas de sus decisiones ante el rey.

Mientras en Estados Unidos se aplaudían las nuevas libertades para las mujeres, los secuaces de Mohamed estaban haciendo una redada contra las mismas mujeres que pedían esas reformas. Aunque las activistas y el príncipe coincidían en que se las tenía que dejar conducir, las personas que se oponían públicamente a su Gobierno, en especial quienes se desahogaban en el extranjero, terminaban entre rejas.

A principios de abril, Mohamed puso fin a su viaje por Estados Unidos en Houston. No había hecho grandes progresos en su propósito

de conseguir inversiones, pero sí había causado sensación como inversor, prometiendo más de 20.000 millones de dólares para armas, proyectos petroquímicos e inversiones en tecnológicas y compañías del entretenimiento, como los cuatrocientos millones para la empresa Endeavor de Ari Emanuel y unos dos mil para Tesla.

Regresó a su país sintiéndose envalentonado para llevar a cabo reformas aún más ambiciosas. También se esforzó por dar la impresión de que varias compañías occidentales de peso invertirían en Arabia Saudí. Se marcó como objetivo a Jeff Bezos. El príncipe y el fundador de Amazon cenaron juntos en Los Ángeles, se dieron el teléfono y empezaron un largo intercambio de wasaps. El proyecto era que Amazon invirtiera dos mil millones de dólares o más en unas instalaciones que iban a alojar ordenadores para procesar datos de clientes de Oriente Medio.

Para Bezos, el acuerdo podía ser una buena manera de entrar en ese competitivo mercado. Para Mohamed, era un proyecto relativamente humilde en términos económicos, ya que las granjas de servidores no generan mucho empleo. Pero que el hombre más rico del planeta trajera una de las empresas más potentes a su país sería muy positivo para su imagen.

Durante los siguientes meses, le mandó mensajes a Bezos expresando su ilusión por el acuerdo y su tristeza por que Amazon hubiera tardado tanto en llegar a Arabia Saudí. Según le dijo, le había decepcionado que Amazon hubiera abierto una sede en la cercana Baréin antes que en Arabia Saudí. También se excusó: eso había obligado a su país a invertir en una empresa rival de comercio electrónico. Ahora tenían la oportunidad de forjar una lucrativa asociación. Además, el príncipe y el multimillonario podrían anunciar esa nueva alianza sobre un escenario. Lo harían ese mismo año, durante la cumbre de inversores Davos del desierto celebrada en Riad. «Amigo mío, para mí es importantísimo que vengas a Arabia Saudí durante el próximo foro de inversores. Ahí anunciaremos esta asociación de 2.800 millones de dólares para la Visión 2030», le dijo Mohamed por WhatsApp.

Este golpe de efecto propagandístico era el principal objetivo de Mohamed: atraer a un escenario a Bezos. Poco después de esa cena, Musad al Aibán, el responsable de seguridad que ayudó a planificar la visita de Trump a Riad en 2017, decidió no seguir adelante con el plan

de Amazon porque la compañía no iba a permitir a la inteligencia y a las fuerzas de seguridad acceder a los datos almacenados en los ordenadores de la compañía. Pero hubo una cosa que se recalcó a los miembros de la Corte Real, y era que Amazon nunca debía enterarse. Un asesor del Gobierno que trabajó en el proyecto comentó a *The Wall Street Journal* que las instrucciones habían sido estas: «Nunca digáis que no públicamente. Seguiremos haciéndonos los suecos y alegaremos trabas burocráticas».

En Arabia Saudí, las reformas sociales y la deriva autocrática de Mohamed continuaron. En junio se levantó de forma oficial la prohibición de conducir impuesta a las mujeres. La *haia*, la fuerza policial de barbudos religiosos que deambulaban por los centros comerciales de Riad castigando a las mujeres que llevaran el *abaya* abierto, había empezado a desaparecer de la vía pública en 2016, cuando Mohamed los confinó a un despacho. Ya casi no se los veía. Tras años y años de prohibir los conciertos y los cines, Arabia Saudí fue invadida por nuevas formas de entretenimiento. Para Mohamed, fue un orgullo que el canadiense Cirque du Soleil tuviera previsto visitar el país.

Pero una noche, pasadas las diez, un dignatario canadiense recibió una llamada inesperada del ministro de Entretenimiento saudí, Ahmed al Jatib. El ministro tenía contactos en Canadá porque también trabajaba en la compra de material militar y las compañías canadienses estaban intentando vender productos al país arábigo. Pero no llamaba por las ventas del material de Defensa. Se trataba del Cirque du Soleil, que acababa de cancelar su visita por motivos de calendario.

Jatib le dijo a su interlocutor: «Mohamed está que echa humo. Le encanta el Cirque du Soleil. Esto es inaceptable. Oblígueles a venir».

El funcionario canadiense le explicó cortésmente que alguien como él no tenía poder para obligar a un circo a actuar. Si el Cirque du Soleil no quería ir a Riad, no tenía por qué.

Frustrado, Jatib colgó y se puso a buscar una alternativa. Pero la imitación rusa que contrató no embaucó a nadie. Sus acróbatas vestidas con leotardos provocaron tal polémica en Twitter, donde un

montón de saudíes hablaron de rusas «desnudas», que Mohamed bin Salmán sustituyó a Jatib como ministro de Entretenimiento.

Al cabo de poco, las relaciones entre Arabia Saudí y Canadá se deterioraron aún más. En verano, Mohamed avanzaba rápidamente con sus iniciativas sociales y de política exterior, sin parar mientes en nada ni en nadie, en ningún país que se interpusiera en su camino. Fue entonces cuando sus súbditos sugirieron el plan de abrir un canal que separara Catar del resto de la península, convirtiendo el pequeño país en una isla. Entonces, el 3 de agosto, el Gobierno canadiense publicó un tuit en el que lamentaba el trato que Arabia Saudí dispensaba a la disidencia e instaba «a las autoridades saudíes a liberar de inmediato» a los activistas civiles y feministas que había encarcelado.

Los hombres de Mohamed no se hicieron de rogar. Le comunicaron al embajador Dennis Horak, que estaba de vacaciones en Toronto, que pasaba a ser *persona non grata*. También se cancelaron los acuerdos comerciales con Canadá, se hizo volver al alumnado que estudiaba allí y se acusó públicamente al país de entrometerse en cuestiones que no le incumbían.

La polémica siguió cerniéndose sobre Mohamed y sus iniciativas durante todo el verano de 2018. En agosto, el director general de Tesla Elon Musk anunció en Twitter que estaba sopesando dejar de cotizar en bolsa y dijo que estaba negociando un pacto con el PIF saudí. Las autoridades federales sospechaban que Musk quería manipular el precio de las acciones de Tesla y el Departamento de Justicia de los EUA convocó al jefe del PIF Yasir al Rumayán para una reunión. En un primer momento, el Gobierno saudí intentó proteger a Rumayán alegando inmunidad diplomática. Un dignatario trató de convencer al fiscal general Jeff Sessions de que Rumayán no debía acudir a esa entrevista porque podía poseer secretos de Estado. Pero cuando la fiscalía recalcó que Rumayán no era un diplomático, aceptó ser interrogado. Su representante estadounidense pidió a los fiscales que se refirieran a él como «Su Excelencia», pero se negaron. Rumayán les dijo que no había llegado a ningún pacto con Musk para sacar a Tesla de la bolsa. Musk negó haber intentado inflar el precio de las acciones, pero al final llegó a un acuerdo con la SEC, la comisión estadounidense del mercado de valores.

En septiembre, Ahmed, hermano carnal del rey Salmán, compareció en público y dejó a todo el mundo boquiabierto. Ahmed podía llegar a ser un problema para Mohamed. Era un tío que había atraído a su alrededor a miembros de la familia escépticos con el nuevo rumbo de Arabia Saudí. Cuando Salmán llegó al trono, el Gobierno restringió durante un tiempo sus movimientos. Al final se fue a Londres, donde unos manifestantes se reunieron delante de su casa para protestar por los bombardeos sobre el Yemen.

Ahmed plantó cara a los asistentes y una cámara grabó el lance. Les dijo que no culparan a todos los Saúd, que la familia quería que la guerra acabara ya. Los dos únicos responsables de los ataques eran el rey Salmán y su hijo Mohamed. Era raro que uno de los pocos parientes que podían aspirar legítimamente al trono expresara su oposición con tanta ligereza; por convención, se suponía que Ahmed regía el Consejo de la Lealtad, el órgano que determina la línea de sucesión.

Entre tanto, los agentes saudíes estaban llevando a cabo una operación de vigilancia en Canadá que tuvo nefastas consecuencias. Omar Abdulaziz era el disidente a quien los topos de la Corte Real habían pirateado la cuenta de Twitter. Pero los saudíes también lo atacaron de otra forma, con el programa para piratear móviles que habían comprado. Al entrar en su teléfono, los hombres de Mohamed leyeron los mensajes que Omar se había enviado con el periodista y disidente Jamal Khashoggi. Ambos estaban armando un grupo de personas críticas con Mohamed para plantear una oposición organizada como nunca se había visto en el país.

Por esa época, Mohamed empezó a incomodar a sus visitantes presentándose como un príncipe algo trastornado. Llamaba a la gente, algunos de ellos detenidos del Ritz, para que fueran a verle al Serene y contemplaran lo que algún día esperaba que fuera NEOM. Hablaba con entusiasmo de la isla de Tirán, por donde merodearían dinosaurios robóticos. Un año antes, el presidente egipcio Abdulfatah al Sisi había cedido Tirán y otra isla, Sanafir, a Arabia Saudí. Había entregado esos islotes de importancia estratégica para ganarse el favor

de Mohamed, alegando que siempre habrían tenido que formar parte de Arabia Saudí, aunque los tribunales egipcios hubieran dictaminado lo contrario.

Con la camisa medio desabrochada, Mohamed aludía a avances médicos con los que los habitantes de NEOM podrían vivir mucho más que nadie en la historia. Él mismo viviría cientos de años, decía, y explicaba que ya había empezado a invertir en estudios de longevidad. Desconcertado, el invitado se preguntaba si de verdad creía que iba a gobernar Arabia Saudí cuando superara los trescientos años de edad. ¿Ese era el hombre más poderoso de Oriente Medio?

18

A sangre fría

2 de octubre de 2018

Jamal Khashoggi aterrizó en Estambul justo antes de las cuatro de la madrugada, cuando el escuadrón de quince asesinos ya se estaba colocando en su sitio.

Khashoggi cruzó la aduana en un santiamén y se dirigió a su nuevo apartamento en Zeytinburnu, en la parte europea de la ciudad. La idea era echarse una siesta en el que iba a ser su hogar conyugal con su prometida Hatice Cengiz y, luego, comer algo rápido por allí cerca. Era un día especial para la flamante pareja. Se habían conocido en un congreso hacía unos meses y habían conectado en el acto.

Tras dos duros años de oposición contra Mohamed, Khashoggi se sentía solo después de su último divorcio y acusaba el distanciamiento con sus hijos, que vivían en Arabia Saudí. Ese iba a ser el comienzo de una etapa más feliz y gratificante. Llevaba meses buscando a su alma gemela en Washington, donde se estaba labrando un nombre con sus provocativas y mordaces críticas al príncipe heredero.

Siempre había sido un poco bala perdida, pero esa nueva fase era diferente: ahora vivía como un disidente de pura cepa, algo impensable unos años atrás. Sus viejas amistades recelaban un poco de comunicarse con él, y más aún de verse en persona. Así que estaba triste y buscaba una pareja que lo calmara y con la que compartir la carga. Con cincuenta y nueve años, se había casado al menos tres veces (incluso con más de una mujer a la vez, siguiendo la tradición saudí). Ahora estaba inaugurando un nuevo capítulo de su vida. Hatice era una doctoranda de treinta y seis años y una rata de biblioteca. Estaba muy enamorada de Khashoggi, un osito de peluche con gafas, voz ronca y aire romántico.

Después del desayuno, el plan era que Khashoggi fuera al

Consulado saudí a pedir los papeles para demostrar que estaba divorciado y que no tenía ninguna esposa en el país, un requisito previo que exigían el padre de Hatice y las autoridades turcas para que el matrimonio fuera legal. Cuando había ido al Consulado unas semanas atrás, lo había hecho con nervios, pero tras unos minutos cachondeándose con los empleados, estos habían sido amables y atentos. Le dijeron que tardarían unos días en preparar la documentación y en ponerse en contacto con las autoridades de Riad. Lo que no sabía el periodista era que su visita sorpresa había provocado una llamada a la agencia de inteligencia saudí, que puso en marcha un plan mortal para silenciar a su más reputado crítico.

Khashoggi se dirigió al apartado complejo consular con suspicacia. En Washington había ido varias veces a la Embajada y siempre lo habían tratado bien. El embajador Jalid bin Salmán, hermano carnal de Mohamed, incluso le había pedido verle más y le hablaba con respeto. Pero sabía que la ciberseguridad era un peligro. A sus amigos ya les habían pirateado con programas maliciosos enviados como enlaces aparentemente inofensivos. En los dos teléfonos tenía mensajes que se había mandado con periodistas de todo el mundo, compañeros disidentes y amigos que podían avivar las llamas en Arabia Saudí. Por lo tanto, antes de irse le entregó a Hatice sus móviles, diciendo que volvería más o menos en una hora. Si no regresaba, ella debería llamar a su amigo Yasin. Yasin era Yasin Aktay, un político turco cercano al presidente Erdoğan y amigo de Khashoggi desde la Primavera Árabe.

Las cámaras de seguridad muestran al periodista entrar tranquilamente en el edificio con una americana oscura y pantalones grises. En ese momento Aktay estaba en su despacho, trabajando a destajo en una columna que tenía que escribir y enviar por la noche.

Khashoggi llegó a las 13:15 horas y, en pocos minutos, supo que algo iba fatal. Seguramente reconoció a un agente de inteligencia con expresión severa llamado Maher Abdulaziz Mutreb, al que conocía de cuando había estado en el Consulado de Londres varios años atrás.

En tres años, Khashoggi había pasado de ser un influyente adepto de los Saúd, pese a sus ocasionales críticas, a ser una grave amenaza para

la seguridad nacional, según la Corte Real. Ese cambio no se había debido tanto a lo que había dicho o escrito en sus columnas de opinión en *The Washington Post*, sino a la percepción de los analistas de seguridad de Mohamed, para quienes Khashoggi se estaba irguiendo en el gran unificador de los saudíes contrarios a las reformas y a la gobernanza del príncipe heredero. Para algunos aliados del príncipe, los lazos de Khashoggi con políticos turcos cercanos a Erdoğan eran la prueba de que el escritor estaba colaborando con potencias extranjeras para menoscabar al país. Su íntima amistad con la directora ejecutiva de Qatar Foundation International, Maggie Mitchell Salem, que le ayudaba a escribir y pulir sus columnas, se consideraba la prueba irrefutable de que se había pasado al bando de los enemigos declarados del Estado.

El histórico moderado que criticaba a su nación también se había convertido en un altavoz de todas esas informaciones que demostraban las malas prácticas de Mohamed en su uso del poder. Khashoggi podía denunciar tanto los resultados económicos como un rumor acerca de un despilfarro, pasando por los rapapolvos a algún súbdito. El periodista estaba cofundando un nuevo grupo llamado DAWN (siglas en inglés de «Democracia Ya para el Mundo Árabe»), una iniciativa de lo más provocadora. El nombre en sí ya evocaba la Primavera Árabe. Tal vez no hubiera nada más molesto para los Saúd que un saudí con influencia exigiendo democracia en su país.

Khashoggi también lanzaba provocaciones más modestas que dificultaban que Mohamed pudiera presentarse como un visionario. En noviembre de 2017, el periodista dio un discurso en Washington ante un laboratorio de ideas vinculado a Catar: «Durante mi trayectoria como periodista y redactor, he pedido todo lo que Mohamed bin Salmán está haciendo en estos momentos. Está haciendo justo lo que le exigíamos. ¿Por qué lo critico? Pues simplemente porque hace lo que toca, pero lo hace mal, muy mal».

Pocos días antes de volver a Turquía, Khashoggi apareció en la BBC. Antes de que empezara la entrevista propiamente dicha, ofreció un retrato sincero del príncipe heredero que reflejaba esas cosas que había dicho en Washington y en todo el mundo. La BBC publicó luego la grabación, en la que se le oía decir: «Cada dos semanas o dos meses, el príncipe nos presenta un proyecto monumental de miles de millones de dólares que no se ha debatido en sede parlamentaria ni en la

prensa. La gente aplaude y dice: “Sí, qué bien, queremos más”. No va así. No creo que pueda volver a casa. Cuando me entero de que han arrestado a un amigo que no ha hecho nada para que lo detengan, me convenzo de que no debería volver».

Saúd al Qahtani llevaba años detrás de Khashoggi, pidiéndole una y otra vez que regresara a Arabia Saudí y ofreciéndole restaurar su relación con la Casa Real. Pero Khashoggi tenía miedo de que los Saúd quisieran encandilarle con sus súplicas. Sus «traiciones» eran una afrenta personal para Qahtani porque el responsable de Seguridad no había logrado pararle los pies al periodista cuando había tenido la ocasión.

Durante más de tres años, Qahtani había tratado de neutralizar las voces críticas atacándolas con su ejército de Twitter, entrando en sus teléfonos móviles o secuestrándolos y llevándolos de vuelta a Arabia Saudí. En Twitter, juraba lealtad a Mohamed a menudo e intentaba demostrar que tenía una relación estrechísima con el príncipe. Daba la impresión de que Saúd se encargaba de hacer realidad los deseos de Mohamed.

En abril de 2018, Saúd escribió un editorial en la página web de Al Arabiya acerca de su relación con Mohamed: «Me dijo muy educadamente que quería que hiciera una investigación. Y tenía que hacerla yo, no delegarla en alguien. La investigación era sobre planificación estratégica. “Quiero que te dediques en cuerpo y alma a esta tarea”, eso fue lo que me dijo cuando iba a contestarle que estaba ocupado con cosas más importantes. Me dio la impresión de que era una misión altamente clasificada».

Qahtani siguió los pasos de Khashoggi las semanas antes de su primera visita a la Embajada de Estambul. Los trabajadores del consulado le dijeron que el periodista volvería y Qahtani vio una oportunidad de atrapar al disidente. Sabiéndolo, ordenó a su equipo de asuntos turbios que se preparara. Un grupo de técnicos fue a Estambul a limpiar el consulado de micrófonos ocultos y dispositivos que sospechaban que el Gobierno turco había instalado. No encontraron ninguno, y eso que los había.

El Centro de Estudios y Asuntos Mediáticos de Qahtani era el

centro de mando para operaciones secretas. El equipo de seguridad a cargo de las misiones recibía el nombre de Grupo Saudí de Intervención Rápida. Su comandante era el agente de seguridad y exmiembro de la Inteligencia que Khashoggi había conocido en Londres, Maher Mutreb, que apenas unos meses antes había sido fotografiado con Mohamed durante su gira de varias semanas por Estados Unidos.

Maher trajo consigo a una serie de efectivos de seguridad y al teniente coronel Salah Mohamed al Tubaigy, un médico que trabajaba para el Ministerio del Interior y que presidía el Consejo Científico de Medicina Forense de Riad. Posteriormente, el rol de Tubaigy permitió suponer que el asesinato había sido planificado desde el principio. Según revelan unos audios que Turquía grabó dentro del edificio, mientras esperaba nerviosamente a Khashoggi, les explicó a los demás que solía escuchar música y beber café mientras abría los cadáveres en canal.

Al personal del consulado se le dijo que no se presentara al trabajo el día que Khashoggi tenía pensado obtener su certificado de divorcio. Y a los trabajadores que había en casa del cónsul general, muy cerca del lugar de los hechos, se les dijo que tampoco salieran debido a unas obras de ingeniería que se tenían que realizar. Minutos antes de que llegara Khashoggi, Maher preguntó: «¿Ya ha llegado el animal para el sacrificio?».

En el consulado, la cosa se puso seria enseguida. Un grupo le dio la bienvenida a Khashoggi y lo acompañó escaleras arriba, al despacho del cónsul general.

—Tenemos que llevarte de vuelta —le dijo Mutreb a Khashoggi mientras lo metían en una sala, poco después de llegar al consulado—; hay una orden de la Interpol. La Interpol ha pedido que se te mande de vuelta y hemos venido a buscarte. ¿Por qué no quieres volver?

—¿Por qué no iba a querer volver a mi propio país? Si Alá quiere, tarde o temprano volveré —contestó Khashoggi.

—La Interpol está en camino. Tenemos que retenerte hasta que lleguen —le explicó Mutreb.

—Esto infringe todas las leyes. ¡Me estáis secuestrando! —espetó Khashoggi.

—Te llevaremos de vuelta a Arabia Saudí. Y, si no colaboras, ya sabes lo que te espera —dijo uno de ellos.

Khashoggi se resistió.

—Tranquilo, será rápido —añadió otro hombre.

Sacaron una jeringuilla.

—¿Me vais a drogar? —preguntó Khashoggi a las 13:33 horas.

Y fin. En los siguientes cinco minutos, sedan y asfixian a Khashoggi. A las 13:39 horas, se oye al experto en desmembramiento de cadáveres cortando en trozos el cuerpo del periodista.

Pero la misión no había concluido. Un miembro del equipo, un robusto agente de inteligencia llamado Mustafa al Madani, de complexión parecida a la de Khashoggi, se puso la ropa y las gafas del fallecido y una barba falsa y salió por la puerta trasera del complejo. Su labor era desviar la atención de los investigadores con una pista falsa y que no sospecharan de Arabia Saudí. Cogió un taxi hacia la Mezquita Azul con otro miembro del equipo, pasearon unas cuantas horas y fueron a tomar el té. Entonces tiraron las prendas y fueron al aeropuerto, desde donde ambos regresaron a casa en dos *jets* privados del PIF, al que Mohamed acababa de otorgar nuevos poderes.

Con lo que no contaban los asesinos era con que Hatice estaba esperando fuera, ni con su propia ineptitud a la hora de encontrar los micrófonos de la embajada. La Inteligencia turca tenía perfectamente grabado el terrorífico asesinato, de principio a fin.

Tras esperar más de tres horas, Hatice llamó a las 16:41 horas al contacto de emergencia de Khashoggi. Al principio, Yasin Aktay no contestó porque pensaba que era una llamada personal, pero cuando volvió a ver en la pantalla el número de Khashoggi, lo cogió. Era Hatice. Le dijo que Khashoggi no había vuelto y le pidió ayuda.

El político turco se asustó. Entendía los riesgos que corría Khashoggi y le dijo a Hatice que contactaría con las fuerzas de seguridad. Primero llamó al jefe de inteligencia turco, Hakan Fidan. Fidan no contestó a la primera, así que Aktay llamó a uno de sus subordinados.

Le contó que tenían un grave problema. Khashoggi había ido al consulado a hacer un recado y no había salido.

Su interlocutor le dijo que ese había sido un movimiento muy peligroso: «¿Por qué ha ido?». Le prometió a Aktay que le llamaría tan

pronto como supiera algo.

Entonces Aktay llamó a la oficina de Erdoğan y le comunicó al secretario del presidente lo que estaba pasando. El personal de Erdoğan puso en alerta a los servicios de seguridad e inteligencia y Aktay volvió a llamar a Hatice, diciéndole que solo se podía esperar. Turquía aún no sabía que Khashoggi estaba muerto.

El asesinato convirtió a Turquía y Arabia Saudí en enemigos públicos, a pesar de que ni Mohamed ni Erdoğan lo deseaban. Compartían intereses, como derrotar a los terroristas del Estado Islámico en Siria, y tenían poco que ganar con una hostilidad sin cuartel.

Pero la relación entre ambos países había empeorado con las fricciones de los últimos años y se veía agravada por la histórica discordia entre los turcos y los árabes del golfo. Buena parte de la Arabia Saudí actual había formado parte del Imperio otomano, que los turcos habían gobernado como una potencia colonial, subyugando a los árabes. El abuelo de Mohamed, Ibn Saúd, había tenido que vencer a los otomanos para lograr su sueño de fundar el reino saudí.

Pasado apenas un siglo, los saudíes regían gran parte de la península y, gracias al petróleo, tenían mucho más dinero que los turcos. Además, controlaban las dos ciudades sagradas, La Meca y Medina. Para cumplir su deber religioso de visitar La Meca como peregrinos, los musulmanes turcos necesitaban el permiso de sus antiguos súbditos. Mohamed todavía veía a los turcos como los colonizadores altivos de antaño, que se creían superiores a los árabes.

Turquía no podía competir económicamente con Arabia Saudí, pero tenía otra ventaja. Su país poseía instituciones de gobierno históricas que pervivían pese a los cambios de liderazgo político. Para bien o para mal, en la historia reciente de Turquía el poder ha estado en manos de las instituciones y del sinfín de burócratas que las dirigen. En consecuencia, las ramas del Ejército y de la Inteligencia gozan de un cierto continuismo en sus prioridades, estructuras y culturas y de una mina de expertos perfectamente instruidos desde los rangos más elevados hasta los más bajos.

En Arabia Saudí, el poder institucional es casi inexistente, exceptuando Aramco. La autoridad del país reside en la familia Saúd,

en el rey y en el selecto puñado de príncipes que nombra para cargos clave. Cuando llega otro príncipe, sus fieles seguidores sonríen y quienes eran leales al príncipe anterior se ven apartados. Esos trastornos pueden provocar cambios generales en las estructuras del Gobierno, del Ejército y de la Inteligencia.

Las estructuras políticas de ambos países son distintas, y otra consecuencia es que los líderes turcos no se pueden permitir ignorar movimientos como el de los Hermanos Musulmanes o, en mayor medida, la Primavera Árabe. Turquía es una democracia; para ser reelegido, el presidente tiene que escuchar los deseos del pueblo. Y tanto en su país como en el extranjero había una oleada de apoyo a los movimientos democráticos de Oriente Medio. Por lo tanto, a principios de la segunda década del siglo XXI, Erdoğan respaldó algunos movimientos prodemocráticos ligados a los Hermanos Musulmanes, que reclamaban el derecho a elegir políticos islamistas. Abdulah no se lo perdonó jamás. Para Abdulah, el apoyo de Erdoğan a los demócratas era malo para los Saúd y, por consiguiente, el presidente turco era un enemigo. La tirantez duró hasta que murió el viejo monarca.

Aunque Erdoğan no respaldó a las monarquías del golfo durante la Primavera Árabe, tampoco deseaba andar a malas con ellas. Cuando falleció Abdulah, Erdoğan vio la oportunidad de firmar una tregua. Él y Salmán habían hablado previamente y se respetaban. El presidente se vio con el monarca saudí varias veces durante el primer año de este en el trono y pensó que su interlocutor no compartía el profundo escepticismo de Abdulah con respecto a Turquía. Erdoğan y sus asesores estaban convencidos de que iban a entrar en una nueva etapa de colaboración con el reino arábigo. En 2017, Arabia Saudí extraditó a Turquía a dieciséis personas a las que Erdoğan acusaba de simpatizar con Fethullah Gülen, un predicador turco que presuntamente había tramado para asesinar al presidente (algo que Gülen niega).

Pero, en los meses siguientes, los turcos detectaron una amenaza imprevista en el príncipe heredero. Mohamed no parecía ser tan permisivo con la discrepancia como los turcos esperaban de su padre. Las tensiones llegaron a un punto álgido con el boicot a Catar. Catar y Turquía habían sido aliados toda la vida y Erdoğan consideraba que no podía abandonar a un aliado respaldando el boicot liderado por los

saudíes.

Al empezar el aislamiento, Erdoğan manifestó: «Aislar de esta forma a Catar no va a resolver nada. Para mí, decir que Catar es sospechoso de terrorismo es una acusación gravísima. Los conozco bien desde hace quince años». Cuestionando los motivos de la medida, dijo: «Aquí hay gato encerrado. Aunque todavía no hemos identificado quién está detrás». Erdoğan comunicó que había hablado con el rey Salmán y que le había hecho partícipe de esos problemas «en una charla muy sincera».

El presidente turco aún tenía esperanzas de llegar a un acuerdo con los saudíes, pero cuando los suyos hablaron con el país arábigo, se les dijo que tenían dos opciones. Una era apoyar la iniciativa y la otra, ser considerados enemigos. A Erdoğan no le cupo entonces ninguna duda de que Mohamed era un obstáculo para las buenas relaciones entre ambos países.

19

El señor de los huesos

Octubre de 2018

En el palacio presidencial de Ankara, Recep Tayyip Erdoğan cavilaba mientras escuchaba el informe de los servicios de seguridad turcos. Antes de que Khashoggi fuera a buscar su certificado de divorcio, se habían instalado dispositivos de escucha en la embajada saudí. El análisis preliminar de las grabaciones reflejaba un panorama funesto: había sido un asesinato premeditado.

Una hora antes de la muerte, el experto en cadáveres había descrito en términos bastante inequívocos lo difícil que iba a ser cortar en pedazos el cuerpo de Khashoggi. Luego se hizo una referencia al «animal para el sacrificio»; y, al final, podía escucharse el sonido desgarrador de los hombres troceando un cadáver justo después de asesinar a Khashoggi.

«*¡Haram!*», gritó Erdoğan. Era un acto tan vil que suponía una afrenta a Alá. Khashoggi no solo era un periodista extranjero asesinado en Turquía: el presidente lo había conocido en persona y sus asesores lo habían consultado en relación con los sucesos en Arabia Saudí y el mundo árabe en general.

Por si fuera poco, la respuesta de Arabia Saudí aumentó la frustración de Erdoğan, ya que la Corte Real negó saber nada del asunto. ¿Pensaban que los turcos eran idiotas?

Erdoğan y su camarilla pusieron en marcha un plan para ir filtrando información sobre el asesinato poco a poco a fin de castigar al Gobierno saudí. Fue evidente que Salmán tenía que enviar a alguien para debatir sobre lo que se tenía que hacer a continuación. Erdoğan vio en la situación la oportunidad de acorralar a Mohamed y quebrantar su antagonismo hacia Turquía, y tal vez hasta convencer a Salmán para que despojara a su hijo de un poco de poder en materia

exterior.

Al principio, los saudíes no picaron el anzuelo o no se percataron de cuánta información tenía Erdoğan. En vez de ir rápidamente a Turquía, el equipo de Mohamed negó tener nada que ver con el asesinato y se aferró a un guion que solo se habría sostenido si las autoridades turcas no hubieran tenido pruebas concluyentes del homicidio.

La noche de los autos, Mohamed dio una entrevista a *Bloomberg News* que llevaba mucho tiempo planeada. Su deseo era sobre todo hablar de sus planes económicos, pero también le hicieron preguntas sobre Khashoggi. Sin exhibir ningún signo de tensión, Mohamed dijo: «Hemos oído rumores de lo que ha pasado. Es un ciudadano saudí y tenemos mucho interés en saber lo que le ha sucedido. Por lo que sé, entró y salió al cabo de unos minutos o una hora. No estoy seguro. El Ministerio de Exteriores lo está investigando bien para determinar exactamente qué pasó durante ese lapso de tiempo».

Jalid, el hermano menor de Mohamed que servía como embajador en Estados Unidos, tuiteó: «Os prometo que los periodistas que sugieren que Jamal Khashoggi ha desaparecido en el Consulado de Estambul, o que las autoridades saudíes lo han detenido o asesinado, mienten descaradamente».

Al oír las declaraciones del príncipe heredero y otras del Gobierno saudí, Erdoğan mandó filtrar detalles a la prensa, como la increíble revelación de que un miembro del escuadrón de la muerte había entrado en el país con una sierra para cortar huesos y que había llegado en un *jet* privado del PIF. Mohamed bin Salmán recibió un nuevo apodo: «el Señor de los Huesos». Que un Gobierno asesine a un disidente siempre causa consternación, pero lo que hizo del homicidio de Khashoggi un escándalo internacional fueron los detalles escabrosos de la brutalidad empleada por los autores, que descuartizaron el cuerpo del periodista como auténticos carniceros. Los desmentidos de Arabia Saudí eran inverosímiles y lo hacían todo aún más espeluznante.

Mohamed reaccionó con ira al ver que el mundo se ofendía tanto por el asesinato de un hombre a manos de agentes corruptos, cuando se aceptaban sin problema persecuciones más graves y sistemáticas en China y otros países. En privado, los saudíes alegaban una versión del argumento que decía que Estados Unidos llevaba décadas

bombardeando a civiles por todo Oriente Medio. ¿Por qué a ellos no se los juzgaba con tanta severidad?

Los saudíes veían injusto que se los reprendiera tanto por una sola muerte. En los meses posteriores, cuando fueron conociéndose los detalles de la relación de Khashoggi con Catar, algunos vieron la medida justificada. Decían que había sido un chaquetero y un saboteador, pero aun así había un matiz de incertidumbre en sus declaraciones. Al fin y al cabo, a cualquier persona le costaría aceptar detalles como aquellos.

Los ánimos se fueron caldeando y aparecieron nuevas revelaciones sobre las grabaciones que sumieron a Arabia Saudí en una crisis. Salmán decidió enviar al gobernador de La Meca, Jalid bin Faisal, de setenta y ocho años, a mediar con Erdoğan. El príncipe poseía décadas de experiencia diplomática como vigía de La Meca y tenía una reputación especial en el mundo islámico. Parecía la mejor opción para llegar a un pacto privado con los turcos. Los Bin Faisal también tenían un vínculo especial con la familia Khashoggi, dado que Turki había sido jefe del periodista en Londres y Washington durante años.

Cuando llegó Jalid, la intransigencia de Erdoğan lo cogió desprevenido. Ninguna oferta económica de los saudíes iba a convencerlo de no usar su as en la manga para intentar desbaratar los planes de sucesión de Mohamed. Según revela *The New York Times*, les dijo a sus familiares: «Le costará librarse de esta». Tanto el rotativo de Nueva York como *The Washington Post* y otros decidieron publicar noticias a diario sobre el asunto Khashoggi y lo convirtieron en una campaña periodística. *The Times* hasta identificó a miembros del escuadrón con técnicas de investigación visual.

Aunque se había llegado a un punto muy candente, Erdoğan y los escandalizados columnistas internacionales que pensaban que Mohamed estaba al borde del abismo desconocían hasta qué punto el joven príncipe había consolidado su poder. En la Arabia Saudí de antes, si un miembro de la realeza o de la corte cometía un error o una indiscreción, podía verse apartado de un plumazo de la estructura de poder de los Saúd, o incluso ser secuestrado. Pero en la nueva Arabia Saudí las consecuencias eran mucho más funestas, porque el

poder radicaba en las cortes del rey y del príncipe heredero. Y ¿quién mandaba en la corte del rey, además de en la suya propia? Mohamed bin Salmán.

Mohamed también se sentía alentado por su relación con Donald Trump, otro fan suyo, irascible y poderoso. El príncipe había tendido puentes muy sólidos con los Trump charlando con Kushner y prometiendo invertir miles de millones de dólares en acuerdos (presentados por el presidente como «muy beneficiosos para Estados Unidos»), por no hablar de sus muestras de aprecio, como el regalo de esa toga revestida de piel de tigre blanco durante la visita del presidente. Tan fuertes eran los lazos que para el líder de los EUA sería políticamente perjudicial abandonar a Mohamed a su suerte. Trump tardó unos días en hacer comentarios.

Cuando un periodista de Fox News le preguntó si Khashoggi había sido asesinado en el consulado, Trump declaró: «Supongo que hay que reconocer que de momento parece ser así. Habrá que verlo...». Ese mismo día, les dijo lo siguiente a otros periodistas: «Quizás nos llevemos una grata sorpresa, pero, no sé por qué, lo dudo». Y unos días más tarde manifestó que valoraría imponer un «severo castigo» si se demostraba que el Gobierno de Arabia Saudí estaba detrás del asesinato.

La provocadora respuesta saudí del 14 de octubre parecía incitar el enfrentamiento. La agencia de noticias estatal emitió un comunicado de un miembro no identificado del Gobierno: «El país se reafirma en su rechazo a las amenazas y los ataques recibidos, sean mediante el aviso de imponer sanciones económicas, el uso de presiones políticas o la reiteración de las falsas acusaciones. El país también tiene a bien avisar de que, si es objeto de cualquier acción, responderá con una medida de mayor proporción, y señala que su economía ha tenido un papel influyente y trascendental en el mercado internacional».

El secretario de Estado Mike Pompeo visitó a Mohamed y, nada más regresar, afloró un atisbo de contranarrativa. Trump hizo como que le echaba una mano al príncipe y el 15 de octubre declaró: «Acabo de hablar con el rey de Arabia Saudí. Niega saber nada sobre lo que le ha sucedido a un ciudadano de su país, según dice él. No puedo saber lo que piensa, pero me pareció que podrían haber sido asesinos actuando por su cuenta. ¿Quién sabe? [...] Y también parecía que ni él

ni el príncipe tenían conocimiento de ello».

Unos días después, *The Washington Post* publicó la última columna escrita por Khashoggi, titulada «Jamal Khashoggi: lo que más necesita el mundo árabe es libertad de expresión». En ella se lamentaba de que «la narrativa dictada por el Estado» dominara el pensamiento público del mundo árabe, pero también elogiaba al Gobierno de Catar por su apoyo a la labor periodística internacional. Para los lectores occidentales indignados con el asesinato, fue el artículo perfecto de un héroe del periodismo. Pero muchos saudíes lo consideraron una prueba de que Khashoggi trabajaba para los enemigos declarados de su país. En una entrevista televisada, el ministro de Exteriores Adel al Jubeir sacó a relucir la tortura de prisioneros que Estados Unidos había cometido años atrás en la cárcel iraquí de Abu Ghraib.

El sábado, 20 de octubre, la contranarrativa que eximía al príncipe heredero de cualquier culpa salió reforzada gracias a una nueva versión de la historia. Según dicho relato, varios agentes saudíes habían viajado a Turquía para traer a Khashoggi de vuelta a su país, pero la discusión había «pasado a mayores» rápidamente y había «desembocado en una pelea y un forcejeo entre algunos de ellos y el ciudadano». La «reyerta fue a más y terminó en su muerte y en el posterior intento de ocultar lo ocurrido». La declaración del Ministerio de Exteriores anunciaba: «El Reino de Arabia Saudí expresa su profundo pesar por los trágicos acontecimientos que han tenido lugar y reitera el compromiso de las autoridades para poner los hechos en conocimiento de la gente».

Trump tildó las declaraciones de «un buen primer paso». Salmán y Mohamed fueron a ver al hijo de Khashoggi, Salah Khashoggi, en Riad. Con rostro serio y pálido, el joven estrechó la mano del príncipe heredero. Salmán ordenó reformar el aparato de la Inteligencia y hacer los cambios oportunos para asegurar que todas las operaciones cumplían con los tratados de derechos humanos y con el derecho internacional; Mohamed fue puesto al frente de la iniciativa y una compañía estadounidense, DynCorp, envió a un equipo de consultores para ayudar a Arabia Saudí a mejorar su capacidad de inteligencia,

aunque el Departamento de Estado acabó negando que hubiera dado el preceptivo visto bueno al contrato de DynCorp.

El mismo día de la visita a Salah Khashoggi, tuvo lugar la segunda Iniciativa de Inversión Futura en el Ritz-Carlton de Riad. Para desolación de los organizadores, el clima parecía más propio de un funeral. Algunos de los nombres más destacados del día cancelaron su presencia, entre ellos, viejos fans del príncipe heredero como David Petraeus y varios magnates de la banca. *The New York Times*, que había patrocinado el congreso del año anterior, se retiró.

Lubna Olayán, la empresaria más famosa de Arabia Saudí, se dirigió al abatido público, compuesto sobre todo por saudíes y un puñado de intrascendentes ejecutivos extranjeros: «Quiero decirles a nuestros invitados extranjeros, cuya presencia esta mañana nos resulta muy grata, que los actos terribles que se han conocido estas semanas no forman parte de nuestra cultura ni de nuestro ADN».

El propio Mohamed acudió y manifestó que no se podía justificar aquel «espantoso crimen», afirmando: «Nos duele mucho a todos los saudíes, como creo que les duele a todas las personas del mundo». Como queriendo dar la impresión de que todas las noticias que habían aparecido sobre él se habían tergiversado vilmente, le hizo un gesto a Saad Hariri, el primer ministro del Líbano que había detenido contra su voluntad un año antes, quien ahora aplaudía entre el público. Mohamed dijo, sonriendo: «El primer ministro Hariri estará dos días más en la ciudad. Que nadie diga que lo hemos secuestrado».

El caso Khashoggi seguía copando las portadas y Joel Rosenberg no tenía claro si su gran acto seguía en pie. Rosenberg era un cristiano activista por la paz interconfesional nacido en Israel. Jalid bin Salmán lo había invitado a Arabia Saudí con una delegación de cristianos evangélicos porque Mohamed había querido dirigirse a un perfil demográfico importantísimo de los EUA, pero también para empezar a mostrar su tolerancia reuniéndose con personas nacidas en Israel, algo que ningún rey ni dignatario anterior había hecho en público. Rosenberg lo consultó y sus contactos en la Embajada le contestaron

que la reunión seguía en marcha, así que cogió el vuelo y llegó a tiempo para verse con Mohamed el 1 de noviembre. Rosenberg tuvo la sensación de que no tenía más alternativa que empezar por Khashoggi, y le preguntó por ello.

El príncipe heredero estaba con su hermano Jalid, con el ministro de Exteriores y con un destacado asesor islámico, y contestó que había habido «un terrible error»: «Vamos a pasar cuentas con los responsables. Estamos esperando a que Turquía envíe toda la información, y la queremos. [...] Juro que las personas responsables responderán ante nosotros y que abordaremos cualquier problema que haya en el sistema».

En esa misma conversación, Mohamed acabó admitiendo: «Puede que yo tenga parte de culpa. Pero no porque autorizara el terrible acto, que no lo hice, sino porque quizás he conseguido que algunos de nuestros ciudadanos amen demasiado a nuestro país. Quizás he delegado poder de tal forma que es muy fácil para esos ciudadanos creer que nos contentarían tomando cartas en el asunto». Dijo que sus enemigos estaban explotando la tragedia para sacar provecho: «Si estuviera en su lugar, seguramente también lo haría».

Hablando con un contacto saudí después del asesinato, Mohamed negó que lo hubiera ordenado y se lamentó del daño que estaba sufriendo su reputación ante los líderes occidentales. «¡Ahora pensarán que me dedico a asesinar periodistas!», espetó, frustrado.

Los Saúd cerraron filas en torno a Mohamed. El príncipe Ahmed, el tío que había criticado los bombardeos del Yemen un mes antes, aceptó regresar a Arabia Saudí cuando el Gobierno británico le aseguró que garantizaría su seguridad.

Los políticos, empresarios y banqueros extranjeros, a los que Mohamed llevaba semanas intentando convencer de que era un nuevo tipo de líder, se distanciaron. Bezos canceló su presencia en el segundo Davos del desierto. Los ejecutivos y políticos no querían parecer aliados de un hombre acusado de haber matado a un autor por expresar su opinión.

El agente de Hollywood Ari Emanuel renunció a los cuatrocientos millones de dólares de inversión que tanto le había costado conseguir, prometiendo que devolvería el dinero y dejaría de tener tratos con Mohamed. «Ese tío es un animal», le dijo a un amigo. El agente, que antes se había mostrado embelesado por el príncipe, lo describía ahora

como un «doctor Jekyll y señor Hyde». El 12 de octubre, Richard Branson se desdijo del acuerdo previsto de mil millones saudíes para su empresa de viajes espaciales. Si los líderes saudíes habían participado en el asesinato de Khashoggi, dijo en una declaración preparada y publicada por la compañía, «afectaría claramente a la capacidad de cualquiera de nosotros, los occidentales, para tratar con ese Gobierno». Branson también dijo que suspendería su rol como director de dos proyectos turísticos.

En privado, Branson mantuvo el contacto con Mohamed; después de todo, Arabia Saudí representaba una gran oportunidad económica. Le aconsejó al príncipe revertir parte del daño a ojos de Occidente. Podía empezar por liberar a algunas activistas encarceladas. En un mensaje publicado por *The Wall Street Journal*, Branson le decía al príncipe heredero: «Si perdonara a esas mujeres y a unos cuantos hombres, le demostraría al mundo que el Gobierno está entrando de verdad en el siglo XXI. No cambiaría lo que pasó en Turquía, pero ayudaría mucho a empezar a cambiar la opinión de la gente».

Otros grandes empresarios actuaron con una ambivalencia similar. Masayoshi Son de SoftBank, que gestionaba cerca de 45.000 millones de dólares de inversión saudí, se borró de la conferencia, pero sí fue a Arabia Saudí. Otros ejecutivos que no querían ser vistos públicamente con el príncipe, pero sí preservar el vínculo económico, se juntaron en casa de Yasir al Rumayán, el hombre en quien Mohamed confiaba para dirigir el fondo soberano que invertía en Uber y SoftBank. Allí cenaron un delicioso cordero asado a los pies de una hilera de palmeras iluminadas con luz morada. Entre los invitados estaban el banquero Ken Moelis, el congresista y financiero republicano Eric Cantor y un grupo de peces gordos de Silicon Valley, como el fundador de Uber Travis Kalanick, el inversor de capital riesgo Jim Breyer y un directivo de la compañía de Peter Thiel.

Para algunos, la relación con los saudíes era demasiado valiosa para sacrificarla por un solo asesinato. Bloomberg LP no revocó su alianza con el grupo mediático de la familia Salmán. Jay Penske, cuya empresa posee la revista *Rolling Stone*, tiró adelante con una inversión de doscientos millones de dólares del PIF. Un gestor de fondos libres norteamericano llamado John Burbank, que estuvo en la cena dada por Rumayán, lo expresó sin tapujos en una entrevista con el *Journal*: «Este tema de Khashoggi no significa nada. Es una nadería al lado de

la gran e imparable liberalización que está teniendo lugar en el país». Cuando se trata de invertir en Arabia Saudí, añadió, «la vida de una persona no importa salvo que sea la de Mohamed. Khashoggi no importa».

Mientras el mundo del dinero iba venciendo sus recelos, las agencias de inteligencia y una relatora especial de la ONU sobre ejecuciones extrajudiciales ordenadas por Gobiernos estaban tratando de dilucidar lo que le había pasado realmente a Khashoggi en Estambul. En pocas semanas, la CIA determinó que Mohamed le había enviado a Saúd al Qahtani un mínimo de once mensajes en la franja de tiempo en que tuvo lugar el asesinato. Y también descubrió que, dos meses antes del homicidio, Mohamed les había dicho a algunos allegados que, si no podía convencer a Khashoggi de que volviera a Arabia Saudí por su propio pie: «Tal vez podamos atraerlo a otro país y apañárnoslas». La agencia concluyó que lo más probable era que Mohamed hubiera ordenado el asesinato.

El Gobierno saudí anunció que había inculpado de la muerte a once personas, aunque no a Qahtani. La mano derecha de Mohamed seguía merodeando por la Corte Real, pero recibió un castigo del Departamento del Tesoro de los EUA, que sancionó a Qahtani y a otras trece personas impidiéndoles interactuar con el sistema financiero del país.

Por su parte, los turcos siguieron usando las grabaciones para presionar al país arábigo, con la esperanza de que Salmán le quitara a Mohamed parte de su poder y le diera facultades en materia exterior a otro.

Los líderes turcos también ayudaron en las pesquisas de Agnès Callamard, una investigadora humanitaria francesa afiliada a la Universidad de Columbia y relatora especial de la ONU sobre ejecuciones extrajudiciales. Unos meses después de la muerte de Khashoggi, Callamard viajó a Turquía con unos cuantos compañeros. Mientras se desplazaban por la capital, Ankara, ni a ella ni a sus colaboradores les costó detectar que estaban siendo seguidos por agentes de inteligencia. Incluso recuerda que, en una cafetería: «Intentabas tener una conversación y siempre había alguien sospechoso sentado cerca de ti».

El jefe de la Inteligencia turca Hakan Fidan acogió a Callamard y a los suyos en una sede muy fortificada del Gobierno. Fidan era un

astuto exoficial del Ejército que se había formado en la Universidad de Maryland, alguien a quien Erdoğan había llegado a llamar su «guardián de secretos». Era un experto a la hora de usar el aparato de inteligencia para favorecer los objetivos políticos de su jefe. Había facilitado información sobre operativos israelíes a Irán y también era un importante enlace para la Inteligencia estadounidense (en 2013 incluso apareció en fotos con Barack Obama y Erdoğan en la Casa Blanca).

Al llegar a la fortificada sede de la Inteligencia, Callamard se encontró con Fidan en una sala de la planta baja. Tras una breve charla, el agente turco le dijo que le iban a poner los audios del asesinato. Callamard y sus acompañantes podían escuchar, pero no tomar apuntes. Fidan dijo que no iba a escucharlos, porque era malo para su «alma».

Una vez salió Fidan, les reprodujeron las pistas de audio a Callamard y su equipo, en el cual había también un intérprete. Los trabajadores de Callamard se turnaron para distraer a los agentes de inteligencia presentes de forma que sus compañeros pudieran ir tomando apuntes en secreto. Después de escuchar las grabaciones y consultar a expertos de operaciones especiales, la teoría de la activista francesa fue que el plan inicial de los saudíes había sido secuestrar a Khashoggi. Pero, en algún momento de los dos días previos a su llegada a la Embajada, el equipo debió darse cuenta de la gran dificultad logística e inclinarse por el asesinato.

Las grabaciones ponían la piel de gallina. En ellas se notaba cómo el miedo se iba intensificando en la voz de Khashoggi mientras se acercaba su final. Aun así, a los investigadores les acabó sabiendo a poco. Los turcos tenían siete horas de grabación, pero solo reprodujeron cuarenta y cinco minutos. No se hicieron transcripciones. Se mantuvieron en privado. Según Callamard, «mientras no conozcamos las grabaciones, siempre habrá dudas». Afirma que el opaco procedimiento judicial saudí, la investigación aparentemente centrada en los ejecutores (en vez de en quienes seguramente aprobaron el acto) y la negativa de las autoridades estadounidenses a publicar los dosieres de inteligencia impiden que se sepa todo.

20

Imparable

Diciembre de 2018

Para la mayoría de las capitales del mundo, una carrera de la Fórmula E no sería un evento marcado en el calendario. Pero para Riad, donde la mayoría de los actos de entretenimiento llevaban cuatro décadas prohibidos, la llegada de los monoplazas eléctricos para la primera carrera en la historia del país podía ser el acontecimiento deportivo internacional más grande jamás visto en la ciudad.

Apenas habían transcurrido dos meses desde el asesinato de Jamal Khashoggi y Mohamed quería que la carrera fuera una prueba de que el mundo no le había dado la espalda a Arabia Saudí. El deporte internacional tenía que ser un pilar de su revolución social y económica, y los vehículos eléctricos desempeñaban un papel crucial en sus planes. Así que Mohamed hizo de la carrera un espectáculo. Invitó a docenas de famosos del mundo del entretenimiento y los negocios y procuró que su presencia fuera anunciada a bombo y platillo. Enrique Iglesias dio un concierto y el futbolista inglés Wayne Rooney cogió un avión para asistir.

El circuito estaba engalanado con pancartas de la Visión 2030 y recorría las calles de Diriyah, un pueblo histórico en las afueras de Riad cuyos palacios de adobe fueron la cuna del poder de los Saúd. Presidiendo el asfalto, en una plataforma-mirador de gente vip, había una selección de la flor y nata saudí. Estaba Adel al Jubeir, ministro de Exteriores. También había el ministro de Estado Mohamed al Sheij, que años antes, trabajando para la comisión reguladora, había plantado cara al joven Mohamed por el tema de la manipulación de los precios de las acciones. El ministro de Energía y presidente de Aramco Jalid al Falih y Rima bint Bandar, que pronto se convertiría en la primera mujer embajadora en Estados Unidos, charlaban

tranquilamente mientras los automóviles pasaban como una exhalación, pero sin hacer ruido gracias a sus motores eléctricos. Y tampoco faltaba Mohamed, en un *thaub* y un *shemagh* de cuadros rojos, escoltado por un guardaespaldas trajeado y acompañado por su hermano Jalid bin Salmán, exembajador en Estados Unidos. Otro de los presentes era el líder *de facto* de Abu Dabi, Mohamed bin Zayed.

Con ellos había representantes de las filas cada vez más mermadas de occidentales poderosos dispuestos a dejarse ver con Mohamed tras el asesinato de Khashoggi, como el ex director general de Dow Chemical Andrew Liveris, el exmiembro de la CIA Norman Roule y el multimillonario estadounidense e inversor en recursos naturales Tom Kaplan. La exproductora del programa de las Kardashian, Carla DiBello, también circulaba por el evento. El intrépido corresponsal de PBS Martin Smith grabó el encuentro burlando a los guardias de seguridad y mezclándose con un grupo de camareros que iban escaleras arriba hacia la zona vip. Una vez allí, se acercó al príncipe y le preguntó si podía traer a su cámara.

Todos los asistentes tenían sus motivos para mantener la relación con los saudíes en un momento de tanta tensión. Liveris trabajaba para Mohamed asesorando al PIF en su inversión de decenas de miles de millones por todo el mundo. Roule suele asesorar a compañías extranjeras que quieren operar en el país y acude a esos encuentros para estar al día de lo que sucede en la región. Pero él y Kaplan habían ido a la carrera con un plan quijotesco. Querían que las autoridades emiratíes y saudíes ayudaran a salvar a los leopardos de Arabia, y quizás incluso a transportar algunos desde los zoos de un Yemen desolado por la guerra. DiBello estaba realizando un documental patrocinado por los saudíes sobre la carrera mientras consolidaba sus relaciones en el país, también con el PIF, a fin de hacerse un hueco como intermediaria para empresas que buscaban inversión saudí.

Según pensaban esos contactos, el asesinato de Khashoggi no empañaría para siempre la imagen de Mohamed. Más bien eran del mismo parecer que el príncipe. Y es que su poder provenía de la familia, no del electorado. No necesitaba ser reelegido ni granjearse la aprobación de los líderes extranjeros. Y era tan joven que podía gobernar Arabia Saudí durante otros cincuenta años; o más, si sus inversiones en el estudio de la longevidad daban sus frutos. Según

ellos, la ejecución acabaría recordándose como un desliz y un bache en el comienzo de su trayectoria, pero se vería eclipsada por las grandes noticias que le depararía el futuro.

Era un ambiente muy diferente al que Mohamed había encontrado menos de dos semanas antes, en una cumbre del G20 en Buenos Aires. Allí, una cámara había captado un momento tenso en el que el presidente francés, que estaba a malas con Mohamed desde la detención del primer ministro libanés en 2017, increpó al príncipe por el asesinato de Khashoggi. Estaban en la enorme sala de reuniones, a un lado. Mohamed llevaba un *bisht* blanco y un *shemagh* de cuadros rojos y parecía un gigante al lado de Macron, aunque estaba a la defensiva.

—No sufras —le dijo a Macron.

—Claro que sufro —contestó el francés, sin percatarse de que un micrófono lo estaba grabando—, estoy preocupado.

Siguieron hablando en ese tono y Macron acusó a Mohamed de no seguir sus consejos.

—Nunca me escuchas —dijo.

Para los líderes occidentales y los activistas por los derechos humanos, la respuesta del Gobierno saudí al asesinato de Khashoggi fue totalmente inadecuada. Arabia Saudí juzgó a los hombres que presuntamente habían participado en la ejecución, pero lo hizo a puerta cerrada, así que se sabe poco de las pruebas que presentó la fiscalía. De vez en cuando se veía a Saúd al Qahtani reunido con personas del entorno más cercano de Mohamed. En un momento dado, Turki al Sheij hizo circular una canción que celebraba su inocencia, dando a entender que los líderes saudíes estaban intentando lavar la imagen de Qahtani, al menos en su país.

El rey Salmán hizo poco o nada para coartar las tendencias más agresivas de Mohamed en materia exterior. Ibrahim al Asaf, un exministro de Finanzas que superaba los setenta y que estuvo brevemente recluido en el Ritz, fue nombrado ministro de Exteriores, pero no estaba en posición de influir en Mohamed en cuestiones importantes.

En junio, Agnès Callamard, la investigadora de la ONU, dio a conocer su informe sobre el asesinato. Fue demoledor. Señalaba que había sido una «ejecución deliberada y premeditada» ordenada o consentida por Mohamed, citando, entre otros muchos hechos, el

detalle aparentemente irrefutable de que el equipo de la embajada en Turquía había llamado a Khashoggi «animal para el sacrificio» en las grabaciones secretas, y había estado hablando de despedazarlo trece minutos antes de que el periodista entrara en el edificio.

Aun así, los proyectos más importantes de Mohamed no decayeron. Su Ejército siguió bombardeando el Yemen y sus hombres llevaron adelante la salida a bolsa de Aramco, la petrolera estatal. Mohamed apartó al presidente de la compañía y ministro de Energía, Jalid al Falih, uno de los ejecutivos más experimentados del país y una voz templada y sabia de la Corte Real. Como se había opuesto a la oferta pública de acciones, se lo enviaba a la nevera. Mohamed puso de ministro del Petróleo a un hermano mayor de la primera esposa de su padre, Abdulaziz bin Salmán. El nuevo presidente de Aramco fue Yasir al Rumayán, director del PIF y fiel secuaz del príncipe heredero.

Acusando el desprestigio por el asesinato de Khashoggi y ante las advertencias de sus asesores, que le aconsejaban no cotizar internacionalmente por motivos legales, Mohamed ordenó que la salida a bolsa se realizara solo en Arabia Saudí. Al fin, el 11 de diciembre de 2019 las acciones de Aramco empezaron a cotizar en el Tadawul. Casi todos los que suscribieron acciones fueron inversores regionales y locales, y algunos hasta compraron acciones por la presión de la Corte Real, pero el Gobierno logró recaudar 25.600 millones de dólares con un valor de mercado de 1,7 billones. Mohamed bin Salmán no pudo hacer repicar la campanita de la Bolsa de Nueva York, pero consiguió certificar la mayor salida a bolsa de la historia. Sin darse por vencido ni escuchar a sus detractores, ordenó al equipo que la había hecho posible que iniciara los preparativos para cotizar internacionalmente al cabo de un año.

Por otra parte, la inversión de 45.000 millones de dólares en el SoftBank había creado una burbuja, vertiendo miles de millones en compañías que no tenían cariz tecnológico y que se hacían pasar por innovadoras, como WeWork, la aplicación para pasear perros Wag o una constructora llamada Katerra. Pero a pesar de las malas noticias que llegaban, Rumayán estaba considerando meter más dinero en un nuevo fondo de SoftBank. También estaba trabajando con una persona

hasta entonces poco conocida en el país, la exproductora de programas de telerrealidad Carla DiBello, que apareció en Arabia Saudí de la nada para participar en grandes actos con Mohamed y otros líderes destacados. Su auge fue una muestra perfecta del peculiar funcionamiento saudí y demostró que los personajes rebeldes seguían dominando la vida pública, por mucho que Mohamed hubiera intentado reformar sus instituciones. Todo dependía aún de los contactos que se tuvieran.

Carla DiBello tenía un aspecto muy cuidado. Llevaba el pelo perfectamente teñido de rubio, lucía un cutis sin imperfecciones y sus conjuntos eran una delicia. A primera vista, no mostraba ningún indicio de su actitud peleona y apañada para los negocios. No había ido a la universidad ni tenía grandes conocimientos financieros, pero se había abierto un extraño y particular camino desde Florida hasta la camarilla de la corte saudí.

El primer contacto de DiBello con los saudíes influyentes fue en la adolescencia, a finales de los noventa, cuando entabló una buena relación con una vecina de Sarasota llamada Anoud Ghazawi. Anoud vivía con su marido y sus hijos gemelos en una casa de su padre, Esam Ghazawi. Esam gestionaba dinero para algunos miembros del clan Salmán, incluido el hermanastro más mayor de Mohamed.

Anoud y su esposo se marcharon atropelladamente de Florida en 2001. Según reveló años después una investigación periodística del local *Florida Bulldog*, había informes del FBI que revelaban que dos terroristas del 11-S habían estado un tiempo en casa de Ghazawi.

Al cabo de unos años, Anoud y DiBello fueron a parar a Dubái.

Anoud se hizo diseñadora de *abayas* hechas a medida. DiBello se fue a la costa Oeste y trabajó para el productor angelino y magnate de los casinos Steve Wynn. Vivió en Las Vegas hasta que consiguió un puesto produciendo el programa de las Kardashian y pronto empezó a presentarse como una de las mejores amigas de Kim. Si algo demuestra que DiBello estaba perfectamente instalada en Hollywood es que en 2011 negó públicamente haber tenido una aventura con Kobe Bryant.

Un par de años después, DiBello se mudó a Dubái y fundó una

empresa que se dedicaba a encontrar oportunidades en el golfo para artistas norteamericanos, anunciándose como un contacto de las Kardashian. Al cabo de unos años comenzó a aparecer en actos saudíes, como la primera cumbre Davos del desierto.

A principios de 2019 se presentó a una reunión del PIF y dejó pasmados a los gestores del fondo. (Allí aún es raro ver a mujeres en las oficinas. Un gran cambio de Mohamed fue instalar un baño para mujeres en el Diuan Real, donde opera la corte. Hasta hace poco, cada vez que una mujer tenía que ir al baño, un centinela se ponía a hacer guardia en la puerta del servicio para caballeros.) Los analistas no tenían muy claro por qué su jefe quería que se reunieran con ella.

Al parecer, DiBello tenía el gran plan de que el PIF comprara un equipo de fútbol de la Premier League inglesa, el Newcastle United. No era una idea descabellada, porque los cataríes y emiratíes ya poseían clubes y el PIF había sopesado adquirir uno. Pero no necesitaban que lo hiciera DiBello. Arabia Saudí podía ser el aspirante más insigne a comprar un equipo de fútbol. Podían llamar a cualquier club interesante y presentar una oferta sin necesidad de recurrir a intermediarios. Además, DiBello y su socio querían quedarse con parte de la propiedad y recibir pagos periódicos por la gestión, pese a que ninguno de ellos tenía experiencia presidiendo una entidad. DiBello no supo responder a las preguntas básicas sobre los pormenores del acuerdo, pero Rumayán decidió seguir adelante.

DiBello participó en otros negocios del PIF. Ayudó a conseguirle un vis a vis con Rumayán a un joven ejecutivo de Juul Labs, la empresa fabricante de cigarrillos electrónicos. Otra compañía se asustó porque DiBello se ofreció a ponerla en contacto con Rumayán previo pago. En Estados Unidos, pagar por reunirse con un miembro de un Gobierno extranjero podía constituir un soborno. La empresa buscó asesoramiento jurídico y rechazó la oferta. Mohamed estaba intentando acabar con el viejo sistema de cohecho, aunque, viendo a DiBello, daba la sensación de que se estaba jugando al mismo juego de siempre pero con otros personajes. Se trataba de personas con quienes Mohamed se sentía cómodo: eran ricas, no juzgaban y valoraban mucho la oportunidad que el príncipe estaba brindándoles al país, a la región y a sus propias cuentas bancarias.

En septiembre finalmente estalló la bomba de relojería. Una serie de drones y misiles presuntamente controlados por los rebeldes hutíes del Yemen destruyeron equipamiento clave de las instalaciones de Abqaiq, donde se procesa buena parte del crudo saudí para su exportación. Era algo que los Saúd temían desde hacía tiempo.

En 2003, el exagente de la CIA Robert Baer escribió un artículo en *The Atlantic* acerca de los peligros de que los Saúd se aferraran al poder: «El punto más vulnerable y el objetivo más tentador del sistema petrolero saudí es el complejo de Abqaiq». Otros, como el experto en Arabia Saudí Simon Henderson, en 2006, y el CSIS, en agosto de 2019, publicaron informes en los que recalcaron la misma idea. Y el Gobierno de los EUA llevaba décadas exhortando al país a usar parte del dinero que destinaba a pomposos proyectos nuevos, como la Ciudad Económica Rey Abdulah y el NEOM de Mohamed, a mejorar la seguridad básica de su infraestructura petrolera. Tanto Abqaiq como otras instalaciones esenciales se encuentran en el radio de los misiles iraníes y son un punto débil no solo para la estabilidad nacional, sino para el mercado del crudo internacional.

Para proteger los yacimientos no solo había que dotarse del equipamiento y del conocimiento adecuados. El gran problema residía en el sistema que históricamente habían usado los Saúd para equilibrar el poder entre las diversas facciones, basado en la fragmentación de la autoridad militar. El Ministerio del Interior y sus Fuerzas Armadas, que siempre habían estado en manos del hermano de Salmán y después de su hijo, se encargaban de custodiar las instalaciones del petróleo. Pero para protegerse de los ataques aéreos había que usar misiles Patriot de fabricación estadounidense y estos eran controlados por el Ministerio de Defensa, que históricamente había sido supervisado por otro hermano de Salmán, el príncipe Sultán y su clan. Y las agencias de inteligencia encargadas de recabar información sobre potenciales amenazas a los yacimientos poseían otras cadenas de mando.

Como los príncipes de las diferentes facciones reñían por el trono, la sospecha y la ocultación de información campaban a sus anchas. En teoría, Mohamed había eliminado esas divisiones expulsando a Bin Naif del Ministerio del Interior y asumiendo el mando del de Defensa. Pero, en la práctica, a mediados de septiembre de 2019 cada rama

seguía yendo a lo suyo. Y en ese preciso momento Abqaiq sufrió el ataque con misiles y drones.

El impacto fue tremendo. Estados Unidos y Arabia Saudí concluyeron enseguida que los hutíes no podían haberlo hecho solos. Irán tenía que haber supervisado el ataque. Esa fue la opinión de un experto en ataques aéreos que visitó Abqaiq en nombre del Gobierno saudí en los días posteriores: «Quienquiera que lo haya planeado sabe perfectamente cómo funciona una refinería».

Era una estampa peculiar. Seguían intactos muchos conductos, muchas torres y elementos cruciales de la infraestructura que separaban las impurezas del crudo. Pero varios depósitos de tipo esferoide, que parecen cúpulas metálicas aplastadas y que separan los gases del petróleo, habían sufrido graves daños. Para Aramco y el Gobierno, no cabía duda del mensaje que habían querido mandar los atacantes. A pesar de que claramente contaban con rigurosos mapas y una tecnología de precisión quirúrgica, solo habían ido a por los componentes fáciles de reparar. Las agencias de inteligencia concluyeron que el ataque había sido un toque de atención, no un derechazo, y su propósito había sido mostrar a los saudíes el potencial de Irán. El experto en ataques aéreos descubrió que se había hecho «en menos de diecisiete minutos y gastando menos de dos millones de dólares» en misiles de crucero y drones.

De ahí que provocara tanto miedo. Irán tiene mucho menos dinero que Arabia Saudí para gastar en armas, pero el ataque puso de relieve lo poco que importaba ese hecho. Los saudíes pudieron recuperar la producción de petróleo en pocas semanas porque Irán decidió perdonarles la vida a las instalaciones.

Para los saudíes, el ataque puso de manifiesto dos graves problemas. El primero era que, aunque Mohamed había arrebatado el poder a las facciones rivales de la familia, el sistema de defensa seguía siendo un galimatías. El país poseía misiles Patriot antidrones, pero el Ministerio de Defensa no contaba con ningún sistema para solicitar rápidamente su despliegue. Y era imposible que alguien tuviera que responder por la falta; en una burocracia sometida al dictamen de un monarca absoluto, hay sistemas sofisticados para eximirse y acabar disolviendo la culpa.

Una persona que entonces trabajaba en el Ministerio de Defensa presenció en directo ese proceso. Horas después del ataque, la línea

oficial era que eso no concernía a su ministerio, porque era el Ministerio del Interior el que se encargaba de la seguridad del petróleo. En Interior ya contaban con ese discurso y señalaron que tampoco podrían haber hecho gran cosa, dado que no disponían de inteligencia. Por lo tanto, era culpa de la Presidencia de Inteligencia General, una agencia de nombre singular que se dedicaba a reunir información extranjera. Al final, la conclusión fue que no había sido «culpa de nadie», según explicó esa fuente de dentro del Ministerio de Defensa.

El otro gran problema que puso en evidencia el ataque fue el estado real de la alianza entre Arabia Saudí y los Estados Unidos. Durante décadas, los norteamericanos habían pensado que el país y su sector petrolero eran claves para el buen funcionamiento de la economía global. El personal diplomático, militar y de inteligencia había trabado lazos profundos con sus homólogos saudíes y la superpotencia se había mostrado dispuesta a defender Arabia Saudí y sus yacimientos petrolíferos. Sin ir más lejos, en los noventa habían disipado las amenazas de Sadam Huseín. Si los saudíes podían permitirse su inconexa estructura de defensa, era porque Estados Unidos se había encargado de proteger a su aliado. Incluso después del 11-S, los lazos históricos entre los miembros del Gobierno estadounidense y del saudí mantuvieron viva la llama de la alianza. En 2005, por ejemplo, Abdulah visitó al presidente George W. Bush en su rancho de Texas.

Las cosas cambiaron por completo entre principios de los noventa y 2019. El auge de la hidrofracturación convirtió a Estados Unidos en el mayor productor de petróleo del mundo en 2013. Su economía ya no dependía del crudo saudí. Podía extraer el suyo.

Entonces Barack Obama firmó el acuerdo nuclear con Irán, enemistándose de los líderes saudíes. Mohamed tenía muchas esperanzas puestas en que Trump fuera un soplo de aire fresco en la relación bilateral, de ahí la visita a comienzos de su mandato. Pero el presidente le había dejado claro a Mohamed su objetivo en esa penosa visita a la Casa Blanca, cuando le mostró un cartel en el que se jactaba de las ventas de armas al país arábigo: a esa nueva Administración solo le interesaban las transacciones. Las décadas de alianza entre ambos países no significaban gran cosa para Trump y los suyos. Y a muchos de los hombres de la vieja guardia que habían velado por la

relación, como Mohamed bin Naif y el exdirector de la CIA John Brennan, se los había jubilado (o peor).

Trump tampoco parecía excesivamente inquieto por las implicaciones que tenía para la seguridad el hecho de que Irán cometiera actos flagrantes de agresión contra un país aliado. En los días posteriores al ataque, muchos políticos estadounidenses esperaron una respuesta armada... Durante años, los organismos de seguridad habían creído que Irán no se mostraba directamente hostil porque sabía que Estados Unidos respondería con dureza. Trump los dejó con un palmo de narices. Señaló que no había prisa por contestar, evidenciando lo que un histórico agente de inteligencia estadounidense describe como la «laguna sistémica» que hay entre ambos países. Unos deseaban que perdurara el viejo orden, en el que EUA actuaba como protector regional, mientras que la nueva Casa Blanca quería firmar acuerdos comerciales con los saudíes, pero no tenía un gran interés en sacar a pasear su arsenal. No iban a acudir como alma que lleva al diablo a defender Arabia Saudí.

Trump declaró: «El ataque fue contra Arabia Saudí, no contra nosotros». Y si al final el país decidía tomar medidas contra Irán, dijo, los saudíes participarían de algún modo: «Y eso se traduce en pagar». La superpotencia acabó mandando soldados a la región y, en un ataque aéreo realizado meses más tarde, asesinó al poderoso general iraní Qasem Soleimani.

En octubre de 2019, más de sesenta yates, incluidos varios de los más grandes del mundo, se dieron cita con sus multimillonarios propietarios en la costa noroeste de Arabia Saudí. Allí, la flotilla de once embarcaciones de Mohamed bin Salmán inició su lento desfile hasta ocupar su posición. La estrella del grupo era el Serene —el superyate que el príncipe compró en 2015, poco después de iniciar su ascenso al poder—, seguido por un conjunto de botes que prestaban apoyo a los barcos más grandes y que podían alojar a huéspedes adicionales. El capitán del Serene se había bautizado a sí mismo como «comodoro» y se refería a la flota como «mi armada».

Apenas habían pasado unas semanas del ataque contra Aramco y un año del asesinato de Jamal Khashoggi, con el posterior escándalo

internacional. Mohamed quería demostrar que su país aún era capaz de atraer a los más ricos y poderosos del mundo. A juzgar por ese indicador, el acto, al que solo se podía entrar con invitación y que estaba pensado para tentar a los inversores para que construyeran hoteles e infraestructura en el gigantesco proyecto NEOM, fue un éxito rotundo. El Serene acogió un evento por todo lo alto para gente vip como Fang Fenglei, un banquero chino con fuertes vínculos con los gobernantes comunistas del país, y Mukesh Ambani, el magnate al frente de la mayor empresa de la India. Tahnún bin Zayed, el consejero de Seguridad Nacional de Abu Dabi, llegó en su propio yate y estuvo un buen tiempo con Mohamed en el Serene.

Rumayán arrendó su megayate, el Ecstasea, para celebrar reuniones con Carla DiBello y un socio empresarial, entre otros. Cóctel en mano, se dedicaban a jugar al *ping-pong*.

El cantante John Legend dio un concierto privado en la isla Sindalah, que perteneció a Egipto hasta que Mohamed le exigió al país africano que se la entregara dos años atrás, a cambio de facilitarle ayuda financiera. La revista de lujo *Robb Report* erigió un pequeño complejo a medida para el acto. El chef Jason Atherton hizo gala de sus estrellas Michelin abriendo un restaurante efímero con un menú degustación de siete platos inspirado en la región desértica. Había un balneario hecho a medida, kayaks transparentes y la posibilidad de conducir coches deportivos en carreteras vacías que cruzaban el desierto y recorrían el litoral. La Red Sea Week parecía decidida a convertirse en una cita anual imperdible similar al Cannes Yachting Festival, pero el príncipe heredero le tenía reservado un fin mayor.

Para Mohamed, el Serene ya era mucho más que un parlamento móvil. Con los barcos auxiliares, se parecía más a un complejo palaciego armado y flotante desde el que podía dirigir el país a salvo de los potenciales terroristas islamistas o los conspiradores golpistas. También era un sitio donde podía ser él mismo.

El yate estaba equipado con pantallas de primerísima calidad y con el mejor equipo musical. En un abrir y cerrar de ojos podía dejar de ser una sala diplomática de audiencias y convertirse en una discoteca de gran categoría. Había un espacio donde la tripulación ni siquiera podía entrar: un hangar para helicópteros transformado en un club nocturno de lo más moderno, con barras para bailarines.

Para Mohamed, el yate era un piso franco desde el que intentaba

arrastrar a Arabia Saudí hasta el siglo XXI, contra viento y marea y contra el deseo de muchos primos y miles de imanes. Y si el pueblo lo veía como un potencial autócrata, al menos podría confiar en el apoyo de los superricos.

Las reuniones siempre giraban en torno a las oportunidades de inversión. Pero todos los financieros extranjeros acababan preguntando si el país valoraría invertir parte de su dinero en un nuevo fondo o proyecto. El dinero saudí, totalmente centralizado y monopolizado por el príncipe heredero, seguía siendo un canto de sirena para los empresarios y políticos de todo el mundo. Había poca gente en el planeta capaz de mover tal cantidad de riqueza con tanta facilidad. La oportunidad de embolsarse algunos de esos millones, aunque fueran pocos, era demasiado suculenta.

Una tarde, Masayoshi Son y Mohamed fueron en barca hasta un arrecife virgen y se pasaron una hora buceando. Pero aparte de deleitarse, el japonés tenía otro propósito. SoftBank quería crear un segundo fondo de 100.000 millones de dólares y Masayoshi esperaba sacar tajada de su lealtad a Mohamed durante sus escarceos. ¿Querría Mohamed volver a ser el inversor principal? Tuvo el descaro de ofrecerlo pese a que el Vision Fund aún se estaba recuperando de una serie de graves desaciertos, entre ellos, la baja rentabilidad de muchas inversiones del fondo y la gigantesca apuesta por WeWork, una compañía de arriendo de oficinas que se hacía pasar por *start-up* tecnológica y que habría tenido muchísimas dificultades de no haber sido porque SoftBank había doblado su mala apuesta inicial.

No había muchos inversores como Mohamed en el mundo...: personas con un acceso casi infinito al dinero y con la posibilidad de decidir qué hacer con él en una décima de segundo. Masayoshi le pidió que se olvidara de la rentabilidad y que pensara en el mundo futurista que le esperaba a la vuelta de la esquina. ¿Se atrevería también a doblar la apuesta?

Al final, eso era lo que lo volvía imparable. La represión del Ritz y la consolidación de su autoridad no había sido necesariamente lo que le había permitido a Mohamed aferrarse al poder incluso después del asesinato de Khashoggi. La clave residía en lo involucrado que estaba en la economía más poderosa que haya visto jamás el mundo. Tenía una buena relación con Trump, aunque fuera puramente transaccional, y lo más importante era que el dinero saudí estaba

metido en inversiones de infraestructuras estadounidenses a través de Blackstone, así como en tecnológicas vía el Vision Fund de SoftBank. Unos años atrás, Mohamed había sido un príncipe donnadie; ahora, para el resto del mundo era el único príncipe. Se había convertido en una piedra angular de la economía global, pues controlaba el precio del petróleo con una mano y, con la otra, repartía miles de millones a grandes compañías, permitiéndoles batir a sus rivales.

Al fin y al cabo, la Red Sea Week estaba más pensada para saciar el ego de Mohamed que para promover el desarrollo del país. Lo que está claro es que no sirvió para moderar su mentalidad con respecto a las relaciones internacionales: llegó a Riad envalentonado.

Alentado por el cambio de opinión que había detectado hacia Arabia Saudí y la buena recepción de Trump y otros grandes líderes, que se habían mostrado dispuestos a mantener la relación con él, Mohamed puso en marcha un plan para hacer del 2020 el año de su regreso. 2015 había sido el año de su ascenso; 2016, el del despliegue de la visión transformativa; 2017, el del inicio del cambio y la consolidación del poder; 2018, el de la internacionalización y el varapalo mayúsculo por el caso Khashoggi; y 2019, un año para reagruparse y pasar inadvertido.

Si quería hacer borrón y cuenta nueva, Mohamed necesitaba conseguir grandes triunfos o, al menos, dar carpetazo a problemas que lo atosigaban. Ordenó a los suyos que pusieran fin de inmediato al boicot de Catar, que apaciguaran el conflicto yemení y que no repararan en gastos para la cumbre del G20, una cita que Arabia Saudí acogería en octubre de 2020 y que tenía que ser inolvidable. Encargó a Fahad al Tunsi, un ministro a cargo de todos los megaproyectos, como el NEOM, que hiciera de ese evento su máxima prioridad.

Pero su actitud comedida en el plano internacional duró poquito. En diciembre de 2019, los líderes de Turquía, Catar, Irán, Malasia y Pakistán se iban a dar cita en una cumbre islámica en Kuala Lumpur. *A priori*, el objetivo era hablar de temas importantes que afectaban a los musulmanes de todo el mundo, pero el plan real era cambiar el eje de poder en el mundo musulmán, alejándolo de Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y Egipto. Desde que Mohamed ejercía su

nuevo y agresivo método de liderazgo, los países más débiles tenían la sensación de que Arabia Saudí era un peligro.

Sulfurado, Mohamed convocó al primer ministro pakistaní, Imran Khan, a Riad. Lejos quedaban los días de febrero de 2019, cuando había visitado Pakistán en un clima distendido, en uno de sus primeros grandes viajes al exterior tras el asunto Khashoggi. Khan había sacado la alfombra roja, había hecho aterrizar todos los aviones y había enviado cazas JF-17 Thunder a escoltar a la flota de Mohamed en su entrada al espacio aéreo pakistaní. Se sellaron acuerdos por valor de unos 20.000 millones de dólares y el príncipe heredero fue recibido con veneración en las calles. El Gobierno envió circulares a los jefes de periódicos para que no publicaran ni una noticia ni un tuit negativo durante la visita, y la mayoría acató la orden. Pakistán necesitaba dinero y Arabia Saudí quería a ese país en su equipo.

Pero la cumbre de Kuala Lumpur fue un movimiento inaceptable para Mohamed. Se dice que le exigió fríamente a Khan que cancelara el viaje cuando este le intentó explicar el propósito del mismo en términos más diplomáticos. Parece ser que le amenazó con que Arabia Saudí y los EAU revocarían todos los visados pakistaníes, con lo que cuatro millones de ciudadanos de Pakistán que enviaban dinero a sus familias cada mes se quedarían en la calle. De regreso, Imran llamó al primer ministro malasio Mahatir Mohamed para informarle de que no iba a participar en la reunión.

Según le dijo Imran a un asesor: «Niñato consentido... No podemos permitirnos decirle que no».

EPÍLOGO

Tormenta decisiva

Mientras los líderes mundiales empezaban a hacerse cargo de la magnitud del nuevo coronavirus y del descalabro económico que iba a provocar la pandemia en 2020, Mohamed bin Salmán estaba ocupado con un molesto asunto familiar y frustrado con el bajo precio del petróleo. Para hacer realidad sus sueños económicos más ambiciosos, necesitaba una cantidad de dinero muy superior. Necesitaba cientos de miles de millones de dólares, y no los 25.600 millones que había acumulado con la salida a bolsa de Aramco.

En las conversaciones que mantenía en su despacho con asesores y ministros, ataviado con su inseparable *thaub*, expresaba la frustración que sentía con el ritmo de los cambios. Los precios del petróleo oscilaban en los sesenta dólares, muy por debajo del nivel que necesitaba para materializar todos los megaproyectos a la vez, sufragar el costoso e interminable conflicto en el Yemen y pagar las subvenciones a las que el pueblo saudí seguía acostumbrado. Ese problema llevaba royendo al país desde que Salmán llegó al trono, porque el auge de la hidrofracturación en los EUA había inundado el mercado y había hundido los precios internacionales del petróleo. Y la cosa no hacía más que empeorar. Arabia Saudí había colaborado con Rusia para acotar la producción y evitar el estancamiento de los precios, pero era un acuerdo que empezaba a tambalearse. Finalmente, las negociaciones con Rusia se truncaron y Mohamed optó por acabar con todo.

Así estaban las cosas cuando el príncipe tomó una de las decisiones más trascendentales tras cinco años gobernando *de facto* el Reino de Arabia Saudí. Un viernes de principios de marzo, por la tarde, le ordenó a su hermanastro mayor, el ministro de Energía Abdulaziz bin Salmán, que incrementara la oferta y anegara el mercado. Teniendo en cuenta cómo suelen ser las sobrias y formales

negociaciones del sector petrolero, se trató de un bombazo.

Cuando los mercados abrieron el lunes siguiente, los precios cayeron más de un 20 %. Y siguieron bajando hasta llegar al nivel más bajo en décadas. En las semanas posteriores, los depósitos se llenaron tanto que, en algunas zonas, los proveedores llegaron a ofrecer dinero a los compradores de crudo para que se quedaran con el oro líquido. Mohamed confiaba en que la caída de los precios obligara a cerrar algunas empresas responsables del *boom* de esquisto en los EUA y presionara económicamente al presidente ruso Vladímir Putin para que reinstaurara el recorte en la producción. También quería que Putin, Trump y otros líderes comprendieran que Arabia Saudí no se iba a dejar pisotear en la cuestión de los precios del petróleo. Mohamed dictaría la política que considerara pertinente para el bien de su país. Si otros Estados querían que los saudíes les ayudaran a elevar el precio, sus líderes tendrían que tratar con Mohamed de igual a igual.

El problema era que Arabia Saudí dependía aún más que Rusia de los ingresos del petróleo. Tratando de aumentar el precio a largo plazo, Mohamed estaba saboteando el sector que financiaba sus ambiciosos proyectos de transformación, así como los gastos corrientes.

Pero también estaba allanando el camino a su coronación. Horas después de iniciar su guerra de precios, unos hombres con máscaras negras asaltaron la casa de Mohamed bin Naif, que tenía prohibido salir del país desde la noche en la que renunció involuntariamente a su condición de príncipe heredero, y de Ahmed bin Abdulaziz, tío de Mohamed y uno de los últimos hijos con vida de Ibn Saúd que conservaba la movilidad y las plenas facultades. Los expertos en temas de Palacio se asombraron; ninguno de esos hombres suponía una gran amenaza.

Bin Naif era un gruñón acabado y Ahmed era un carcamal perezoso que se achantaba cada vez que sus parientes le pedían que diera un paso al frente. Era de esos príncipes que preferían lanzar pullas desde el confort que les brindaba Londres antes que zambullirse en los dramas familiares de Riad. Solo era importante porque era hermano carnal del monarca y, al ser el único hijo vivo de mayor edad de Ibn Saúd que todavía no había reinado, se suponía que controlaba el redundante Consejo de la Lealtad. Pero Ahmed ni siquiera había

asumido ese puesto.

El ímpetu que motivó los arrestos, y que luego se amplió hasta englobar a otros trabajadores y socios de ambos hombres, era casi ridículo.

En 2019, Bin Naif llevaba una vida bastante normal en comparación con el arresto domiciliario que vivió durante los meses posteriores a su adiós. Se le permitía desplazarse entre sus residencias saudíes, incluso para ir a un rancho donde le gustaba veranear, y podía asistir a las reuniones de la familia. Su esposa padecía cáncer y ese verano había podido ir a Estados Unidos a tratarse, llevándose con ella a una de sus hijas.

Pero Bin Naif seguía enojado: sus quejas empezaron a llegar a oídos de Mohamed. Cuando se metió Ahmed por en medio, el todopoderoso príncipe decidió que su primo era un problema.

Aunque llevaba mucho tiempo apartado de la política familiar, Ahmed había sorprendido a Mohamed y a Salmán en septiembre de 2018 al plantarles cara a los manifestantes congregados a las puertas de su mansión de Londres, que protestaban por los bombardeos sobre el Yemen. Ahmed instó a la multitud a no culpar a los Saúd, ya que los ataques eran culpa de solo dos hombres: el rey y el príncipe heredero.

Ahmed quiso regresar a Arabia Saudí poco después, por lo que buscó garantías de dirigentes estadounidenses y británicos de que intervendrían si la Corte Real actuaba contra él. De vuelta en su país, comenzó a tocar las narices de nuevo. Quitó los retratos de Salmán y de Mohamed de la pared de su *majlis*, un insulto que se supo rápidamente en toda la familia real, y su sala de estar se convirtió en un ágora donde los miembros descontentos de la familia solían ir a desfogarse.

A finales de 2019, Bin Naif iba a menudo a casa de Ahmed a desquitarse, contrariado por que la Corte Real le hubiera vaciado las cuentas bancarias y hubiera recortado la pensión que recibían él y su familia. Después de que su mujer hubiera ido a tratarse a Estados Unidos, se le dijo que no podría volver a salir del país hasta que Bin Naif hubiera pagado al Gobierno los miles de millones de dólares que, según Mohamed, había robado. Era una acusación peregrina que el príncipe ya había formulado en 2017, cuando dijo que Bin Naif había malversado dinero público destinado a proyectos de lucha antiterrorista saudoestadounidenses. Bin Naif aseguró que había

gastado el dinero correctamente y que incluso había invertido parte de su fortuna personal en los proyectos de seguridad.

Según Bin Naif, no tenía dinero oculto en ninguna parte. En una visita de noviembre de 2019 le dijo a Ahmed que su esposa y sus hijas estaban pasando hambre por culpa del bloqueo económico impuesto a su familia. Quizás simplemente estuviera desahogándose, y no cabía duda de que exageraba, pero el equipo de Mohamed se enteró de la conversación. Ese mismo mes se convocó a Bin Naif a un encuentro con la Guardia Nacional, encabezada por un amigo de toda la vida y gran aliado del príncipe heredero, Abdulah bin Bandar. Tenía que ir si no quería afrontar las consecuencias, pero, haciendo alarde de su carácter irascible, Bin Naif no se presentó.

Eso provocó una primera repercusión. Unos días después, varios guardias de la Corte Real se presentaron en el palacio de Bin Naif y se llevaron a sus más cercanos súbditos, como secretarios, informáticos y su guardia personal de toda la vida. Incluso alzaron una verja en su helipuerto para impedirle huir, aunque en los meses precedentes solo se había estado usando como aparcamiento para coches. Los agentes cuestionaron a los empleados para saber si había en marcha algún plan de huida o golpe. El personal fue liberado, pero súbditos de la Corte Real de Mohamed se hicieron cargo de la seguridad de Bin Naif.

Nada más declarar su guerra de precios, Mohamed ordenó detener a Bin Naif y Ahmed. Según informaciones de *The Wall Street Journal*, Musad al Aibán, el responsable de seguridad que ayudó a planificar la visita de Trump a Riad, llamó a varios miembros de la familia real para comunicarles que Ahmed y Bin Naif se encontraban bajo sospecha de traición.

Tan moribundos estaban que era evidente que no entrañaban ningún peligro ni lo iban a entrañar en el futuro próximo. Simplemente era el momento idóneo para realizar otro paso crucial en el camino hacia el trono, aprovechando la vorágine de noticias y dramas económicos. E incluso después de extinguir esas amenazas prácticamente inexistentes, Mohamed veía claro la senda que seguir en el futuro.

Faisal bin Abdulah, hijo del exmonarca, le escribió una carta a Salmán en la que se quejó del trato a Ahmed. También él fue arrestado.

Una prueba de que la represión contra la familia no fue

orquestada es que, unas semanas antes de la guerra de precios y la purga, Mohamed estaba planificando irse un mes de vacaciones a su palacete de Francia o a la reserva que su familia poseía en Sudáfrica. Muchos de sus principales súbditos también pensaban tomarse un tiempo libre después de encadenar unos meses trabajando la friolera de dieciséis horas al día.

La noche de aquel viernes Mohamed se mostró en todo su apogeo. Tomó una decisión atrevida pese a las increíbles y peligrosas consecuencias que podría tener, con la esperanza de que su apuesta saliera bien. Que todas las petroleras del mundo le maldijeran y que algunos países entraran en quiebra por su culpa... le traía sin cuidado. Si eso significaba que Arabia Saudí salía beneficiada, valía la pena. La represión contra la familia no era necesaria y amenazaba con afianzar su perfil de gobernante sin escrúpulos que sometía a tíos y primos. Pero si ayudaba a su pretensión, aunque fuera un poquitín, el riesgo compensaba. Prefería ser considerado innecesariamente despótico que permisivo con las críticas.

Mohamed había bautizado la primera fase de su guerra yemení como Tormenta Decisiva (o *Asifat al Hazm*, en árabe). Era una expresión que lo representaba. Mohamed no siempre se precipitaba, pero siempre era decisivo. Una vez decidido algo, no hacía prisioneros. Y muchos de sus cambios parecían una tormenta, una ristra de decisiones casi consecutivas y tomadas aparentemente sin reflexionar mucho en lo que podía pasar si sucedían todas al unísono. Cuando escampaba, la ciudadanía siempre se sentía un tanto abrumada. Y llevaba cinco años aplicando cambios de ese estilo.

En un principio, Mohamed había concebido 2020 como un año para recuperar su lugar en la jerarquía mundial. Quería dejar atrás la guerra del Yemen, el escándalo Khashoggi y la mala prensa por su encarcelamiento de disidentes. Su esperanza era que la cumbre otoñal del G20 en Riad reforzara Arabia Saudí como una de las potencias más influyentes y progresistas del mundo, con un líder joven que podría gobernar otras cinco décadas. Colocó a su escudero Fahad al Tunsi a cargo del acto más importante del año.

La elección del país anfitrión no dependía del mérito: la presidencia del G20 era rotativa. Y ahora, simplemente, le tocaba a Arabia Saudí. Pero era una oportunidad perfecta para engalanar al país casi tanto como se había hecho para el primer viaje internacional

de Trump como presidente. La nación ya había vivido cambios drásticos en su día a día. Algunas zonas de Riad y de otras ciudades importantes se parecían cada vez más a Dubái; los hombres salían con mujeres con la cabeza destapada por restaurantes y áreas comerciales. Empezaban a aparecer turistas, atraídos por las personalidades de Instagram a las que el Gobierno pagaba para que fueran a hacer publicidad de los tesoros del país.

Mohamed era el primer miembro de la realeza que le sacaba provecho a la historia saudí, restaurando el hogar ancestral de los Saúd en Diriyah y convirtiendo la localidad norteña de Al Ula en un destino de clase mundial. Nadie podía negar que eran lugares interesantes en sí mismos, así que la preparación de la cumbre del G20 se amoldó para resaltarlos y mostrar la nueva cara del país.

Sin medias tintas, como solía ser su estilo, Mohamed les ordenó a sus más fieles súbditos que resolvieran los principales problemas de su reputación, como la detención de activistas feministas, la guerra en el Yemen y el boicot a Catar. Muchos expertos lo consideraban impulsivo y fervoroso. Pero, para él, todas esas cuestiones eran meros números en un gráfico: Arabia Saudí había pedido encuestas a empresas occidentales, que desvelaron que esas cuestiones eran trabas que impedían al país ganar estatus. Se parecían en resultados a las encuestas que había hecho Mohamed al principio de su mandato, según las cuales el mundo atribuía a Arabia Saudí ideas de fanatismo religioso y pocos derechos para las mujeres.

Por su parte, se suponía que el PIF seguía buscando grandes acuerdos que devolvieran a Arabia Saudí al plano de las inversiones. Habían surgido nuevos fondos que iban a realizar enormes apuestas, como la compra del club de fútbol Newcastle. Además, los banqueros empezaban a volver en masa a Riad, a pesar de que la salida a bolsa de Aramco no fuera el suceso del siglo que podía haber sido, sino un mero acontecimiento regional. Se hablaba de una salida a bolsa internacional, algo que serviría para recaudar más dinero, pero también para demostrar a los innumerables críticos que Mohamed no era un principiante en temas financieros. Según un multimillonario que se reunió con él durante esa fase, Mohamed estaba cambiando realmente como líder. En privado, admitía que en los primeros años dirigiendo el país había tenido la piel demasiado fina y había temido en exceso la disidencia. Pero no estaba arrepentido. Estaba decidido.

Sin embargo, al resto del mundo le costaba olvidar el asesinato de Jamal Khashoggi. Mohamed no había variado su discurso desde que Arabia Saudí admitió el homicidio; ante dignatarios y empresarios, reconocía que había sido el responsable porque estaba al mando, pero juraba que no había sabido nada del incidente hasta su consumación. Los analistas expertos en Arabia Saudí, e incluso algunos ciudadanos, reconocían en privado que dudaban de que un adicto al trabajo tan perfeccionista pudiera no haber conocido de antemano la existencia de una operación de tal calibre, o que los súbditos de un gobernante tan severo pudieran haber tomado medidas tan extremas sin su consentimiento. Pero Mohamed seguía en sus trece. Según él, con tantos empleados no siempre se puede saber lo que está haciendo cada uno, y el asesinato de Khashoggi fue un error.

De vez en cuando repuntaba la importancia del caso, como cuando la relatora especial de la ONU sobre ejecuciones extrajudiciales publicó sus conclusiones en diciembre de 2019. Pero nunca se acabó de materializar una acusación plena. Si había pruebas inapelables, seguramente estaban guardadas en las cámaras de las agencias de inteligencia estadounidenses, y parecía que Washington no veía ningún provecho en abrir la caja de Pandora. La mácula no desaparecerá hasta el día en que entierren a Mohamed, pero quizás se vaya destiñendo con los años, al menos en Estados Unidos y en Europa, sobre todo si da algún paso histórico como estrecharle la mano a un líder israelí. Aunque esa posibilidad tendrá que esperar hasta que sea rey.

Mientras Mohamed seguía tramando sus pasos futuros, los cadáveres que había dejado atrás en su ascenso al poder seguían sin levantar cabeza.

Saad al Yabri, el exagente antiterrorista que presentó el joven Mohamed a sus contactos de los EUA antes de ser expulsado y acusado de extremista, seguía sano y salvo fuera del país. Aun así, su exilio no tenía nada de placentero. Saad había abandonado Arabia Saudí cuando dos de sus hijos eran adolescentes. Ellos seguían allí: Mohamed no quería dejarlos marchar. Cuando sus viejos contactos estadounidenses preguntaban por el hombre al que conocían como «doctor Saad», los saudíes respondían que estaba en busca y captura, en posesión de miles de millones de dólares que Bin Naif había defraudado, y que sus hijos no podrían salir hasta que devolviera el

dinero.

Pero el Gobierno saudí nunca aportó pruebas de esa acusación y los agentes de inteligencia norteamericanos sospechaban que los hijos estaban bajo arresto para evitar que Yabri se fuera de la lengua. Era un hombre con décadas de secretos gubernamentales que Mohamed no quería que salieran a la luz.

Durante casi cinco años, la situación siguió tensándose. Yabri no habló y sus viejos amigos de Washington buscaron un modo de rescatar a sus hijos. Un hijo mayor de Yabri, médico en Estados Unidos, les contó a sus amigos que se moría por echar una mano, pero tenía miedo de que los EUA dieran algún paso político que pudiera enojar a Mohamed y poner en peligro a sus hermanos pequeños. Así que esperaría hasta que su padre se decidiera a hablar.

Ni la indulgencia de Yabri ni la de su hijo fueron recompensadas. En marzo de 2020, cuando Mohamed tomó la decisión de aumentar la producción de petróleo y reprimir la disidencia deteniendo a su tío Ahmed y a Bin Naif, envió guardias armados a asaltar la casa de los dos hijos menores de Yabri. Los encarcelaron sin cargos, saquearon la casa y abrieron las cajas fuertes, aparentemente en busca de pruebas contra Yabri. A saber lo que pensarían los parientes residentes en el extranjero del progreso que había hecho Arabia Saudí desde el ascenso de Mohamed... En los cinco años que habían pasado desde que Salmán era rey, Saad al Yabri había tenido tiempo, primero, de lograr uno de los cargos más altos a los que aspiraba alguien que no pertenecía a la familia real; luego, de ser colocado al frente de la seguridad del Estado y de mantener una buena relación con su aliado extranjero más importante; y tercero, con la misma rapidez, de ser tachado de terrorista, de ser despedido por Twitter y de verse abocado al exilio, mientras sus hijos eran rehenes de un Mohamed con sed de reformas. En su día había conocido los entresijos de la Corte Real, pero ahora estaba tan confundido como los extranjeros que trataban de desentrañar el país y su superinnovador mandatario. En la primavera de 2020, la familia Yabri contrató a un hombre conectado con los Trump, en un intento a la desesperada de convencer al Gobierno estadounidense de intervenir. Querían que presionara a Mohamed para que dejara salir a los parientes retenidos.

Todos los planes del príncipe para 2020 se fueron al garete a principios del año, cuando una pésima noticia salida de China sacudió

los cimientos del planeta entero. El nuevo coronavirus obligó a detener durante meses la economía mundial, confinando a miles de millones de personas para frenar la propagación exponencial del virus y el colapso de la atención sanitaria. Semanas después de hundir los precios por debajo de los veinte dólares el barril, marcando casi un nuevo mínimo en dos décadas, Mohamed acordó rápidamente reducir la producción tras hablar con Jared Kushner, que también se puso en contacto con sus homólogos rusos para poner fin a sus diferencias. La guerra de precios estaba matando a las empresas estadounidenses en un momento en que la economía mundial se resentía.

Durante el conflicto, el Gobierno de los EUA dijo que estudiaría sancionar a Rusia por su papel en el desplome de los precios. Pero con Arabia Saudí optó por los canales diplomáticos y el contacto directo con Mohamed. La guerra de precios pudo costarle a Arabia Saudí miles de millones de dólares, pero al menos el príncipe se aseguró de que la gente le tomaba en serio. El movimiento sirvió para recordar al mundo el poder que tenía Mohamed sobre el mercado global.

Y mientras los saudíes se confinaban en casa como el resto del planeta, lo habitual comenzó a ser encontrarse en Twitter y en redes sociales campañas mediáticas que elogiaban al misericordioso monarca y su valeroso hijo. En otros países, como Filipinas, Hungría y China, las críticas a los tiránicos líderes también se apartaron para dejar espacio a las medidas de emergencia. La vigilancia aumentó sin que nadie rechistara y los Gobiernos acumularon más poder que nunca, rescatando empresas y repartiendo dinero a millones de parados. No era el momento de andarse con pies de plomo, tratando de convencer a la ciudadanía mediante el análisis conductual; la política más eficaz era encerrar a la gente sin dar otra opción.

Sin comerlo ni beberlo, Mohamed entró en esta nueva etapa como quien encuentra una pieza del puzle. Era un momento de apogeo para los líderes fuertes, e incluso despóticos. Mandó cerrar La Meca y confinar a la ciudadanía sin abrir ningún debate, y se fue con un grupo de fieles asesores al palacio familiar en NEOM. Cerca de allí, algunas tribus protestaban por su inminente traslado a fin de vaciar el desierto donde vivían y dejar espacio para la nueva ciudad. Las fuerzas de seguridad de Mohamed respondieron con firmeza, arrestando a varias personas y disparando mortalmente a un hombre que, según se afirmó, iba armado.

El equipo de asesores estuvo toda la noche hablando sobre los años venideros. A los que critiquen, ni caso, dijeron. Mohamed tendía todavía muchos años por delante para demostrar su visión. Ni siquiera era rey todavía. Su legado podía llegar en diez, veinte o incluso treinta años.

Agradecimientos

Tenemos una deuda impagable con nuestras fuentes, muchas de las cuales han querido mantener su anonimato para protegerse del riesgo de sufrir represalias. Si no hubieran consentido en contar lo que saben, no obstante el peligro, no habríamos podido escribir ningún libro.

Nunca habríamos tenido ocasión de profundizar tanto en este tema de no haber sido por las exhortaciones y los ánimos de los redactores de *The Wall Street Journal*. Entre ellos cabe destacar a Elena Cherney, que lideró la crucial atención de los medios a los planes de transición económica y la salida a bolsa de Aramco, avanzando contra viento y marea. Mike Allen editó y defendió esas primeras noticias. Otros redactores que desempeñaron un papel fundamental en nuestra labor y en otros proyectos periodísticos sobre Arabia Saudí son Charles Forelle, Alex Frangos, Ken Brown, Matthew Rose, Steve Yoder, Tammy Audi, Peter Wonacott y Chris Stewart. Nos sentimos agradecidos a Matt Murray por dirigir magistralmente el periódico en su conjunto y por prestar especial atención a Oriente Medio. Bruce Orwall nos dio ánimos en momentos en que nos asaltaron dudas.

También somos afortunados de colaborar en el *Journal* con compañeros de tanto talento y profesionalidad. Summer Said, afincada en Dubái, es una de las personas más valientes y sabias de Oriente Medio en lo que concierne a los cambios de Arabia Saudí, la familia real y el mercado del petróleo. Ha sido un pozo de generosidad y paciencia durante todo este proceso. También hemos tenido la fortuna de colaborar codo con codo con Maureen Farrell, Keach Hagey, Kelly Crow, Josh Robinson, Warren Strobel y Rory Jones.

Muchos expertos nos han ayudado a aprender más de la dinastía Saúd, incluido el investigador en árboles genealógicos Michael Field, el director de investigación de Gulf States News Eleanor Gillespie y el histórico periodista y residente en Arabia Saudí Robert Lacey. Asimismo, tuvimos el privilegio de trabajar con dos investigadores

fenomenales: Lucy Woods en Londres y Kareem Shaheen en Toronto.

Stephen Kalin, un feroz rival cuando estaba en Reuters y flamante compañero en el *Journal*, nos comentó el manuscrito, igual que otros buenos amigos como Gabe Friedman, Steve Lefkowitz, Rob Guth y Jenny Gross. Gracias a nuestro agente, Steve Troha, de Folio Literary Management. Paul Whitlatch nos alentó a estudiar este tema y ayudó a dar forma conceptual al libro, y Brant Rumble de Hachette Book Group lo editó cuidadosamente. También queremos dedicar unas palabras a todo el equipo de Hachette, sobre todo a la editora Mary Ann Naples y a la coordinadora editorial Michelle Aielli. Gracias a Jen Kelland por su mano izquierda corrigiendo el estilo y a Carolyn Levin y Kirsty Howarth por su asesoramiento jurídico.

Por último, no habríamos podido dedicar tantísimo tiempo a deambular por el mundo informando de lo que pasa ni a invertir incontables horas a editar este libro sin la ayuda y la guía de nuestras familias, especialmente de Farah Halime y Chelsea Dodgen.

Láminas

Ibn Saúd, abuelo de Mohamed bin Salmán y fundador de la dinastía que rige Arabia Saudí. Fotografía de 1942.
© ullstein bild/Getty Images

El rey Abdulah con el entonces príncipe Salmán, padre de Mohamed e histórico gobernador de Riad. Fotografía de 2007.
© Hassan Ammar/AFP/Getty Images

Mohamed bin Salmán, príncipe heredero de Arabia Saudí.
© Rungloj Yongrit/POOL/AFP/Getty Images

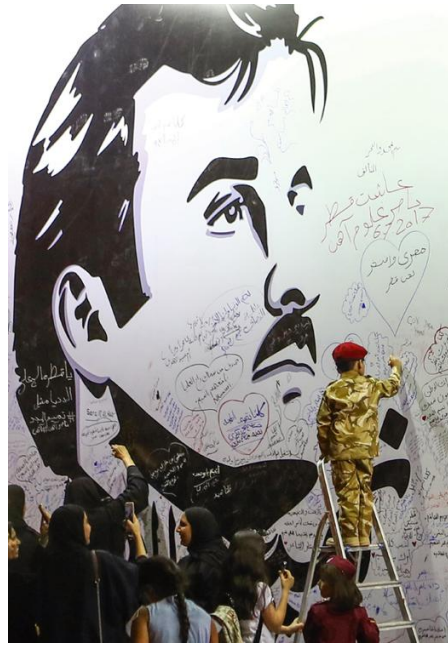
El exdirector de policía Turki al Sheij fue un estrecho colaborador de Mohamed bin Salmán durante su escalada al poder.
© Fayez Nurreldine/AFP/Getty Images

Miteb bin Abdulah. Mohamed bin Salmán y su padre lo expulsaron de la línea de sucesión y luego lo confinaron en el Ritz-Carlton de Riad acusándolo de corrupción.
© Fayez Nurreldine/AFP/Getty Images

Mohamed bin Zayed, líder de los Emiratos Árabes Unidos y príncipe heredero de Abu Dabi, apoyó a Mohamed bin Salmán desde el principio en su ascenso al poder.
© Odd Andersen/AFP/Getty Images

El terrible accidente de grúa ocurrido en La Meca en 2015 sembró la discordia entre Mohamed bin Salmán y la empresa constructora, el Grupo Saudi Binladin.
© Ozkan Bilgin/Anadolu Agency/Getty Images

Mohamed bin Salmán se avino mucho con Jared Kushner, yerno del presidente Trump.
© Mandel Ngan/AFP/Getty Images



Cataríes garabateando mensajes en un muro de Doha con el rostro del emir de Catar, el jeque Tamim bin Hamad al Zani.
© Karim Jaafar/AFP/Getty Images

El príncipe Al Walid bin Talal, multimillonario fundador de la Kingdom Holding Company, una vez liberado del Ritz-Carlton de Riad, donde permaneció recluido ochenta y tres días.
© Guy Martin/Bloomberg/Getty Images

Mohamed bin Salmán apartó de malas maneras a su primo Mohamed bin Naif, mayor que él, para convertirse en heredero natural.
© Olivier Douliery-Pool/Getty Images

Mohamed bin Salmán fue el misterioso comprador del *Salvator Mundi* de Leonardo da Vinci, el cuadro más caro del mundo. Su precio final con tasas y honorarios superó los 450 millones de dólares.
© Timothy A. Clary/AFP/Getty Images

Arabia Saudí se planteó abrir las puertas de yacimientos arqueológicos que llevaban mucho tiempo cerrados a los turistas, como la histórica ciudad de Al Ula.
©Fayez Nureldine/AFP/Getty Images

Mohamed bin Salmán y Donald Trump reunidos en el despacho oval durante la gira de tres semanas que el príncipe hizo por Estados Unidos.
© Mandel Ngan/AFP/Getty Images

El periodista saudí Jamal Khashoggi fue benevolente con el régimen hasta que se convirtió en la némesis de Mohamed bin Salmán. Fue asesinado por agentes saudíes en el consulado de Estambul.
© The Asahi Shimbun

El presidente turco Recep Tayyip Erdoğan filtró a la prensa información sobre el asesinato de Khashoggi para castigar al Gobierno saudí.
© Adem Altan/AFP/Getty Images

Notas

1. *Fuente*: Michael Field, investigador sobre las familias del golfo, y diferentes personas entrevistadas.

1. También es conocido mundialmente como «MBS», sigla resultante de Mohamed bin Salmán.

Sangre y petróleo. La implacable lucha de Mohamed bin Salmán por el poder mundial
Bradley Hope y Justin Scheck

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Blood and oil: Mohammed bin Salman's Ruthless Quest for Global Power*
© 2020, Bradley Hope y Justin Scheck © de la traducción del inglés, Àlex Guardia Berdiell, 2022
Esta edición se publica con el acuerdo de Hachette Books, un sello de Perseus Books, LLC, filial de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, Nueva York, EE.UU. Todos los derechos están reservados.
© del diseño de cubierta, Amanda Kain © de la fotografía de la cubierta, Brendan Smialowski / Gettyimages y Tornado design / Shutterstock © de esta edición: Edicions 62, S.A., 2023
Ediciones Península
Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023
ISBN: 978-84-1100159-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!